



BIBLIOTECA REAL

Sala B
Estante 27
Número 252

Biblioteca Universitaria
GRANADA

Sala C
Estante 143
Tabla
Número 83

B. 598

SAL Y PIMIENTA.



11.386

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE OBRAS FESTIVAS.

CUADROS AL FRESCO.

CUENTOS DE TODOS COLORES, MENOS VERDES.

POR

CECILIO NAVARRO.



MADRID.

Imprenta de El Cascabel, á cargo de M. Bernardino,
CALLE DE LOS CASOS, NÚM. 4.

1866.

MINISTERIO DE FOMENTO DE OBRAS PÚBLICAS

CUADROS AL FRESCO.

CUENTOS DE TODOS LOS AÑOS EN MONEDAS VARIAS.

89

Esta obra es propiedad de D. Carlos Frontaura, quien se reserva todos los derechos que las leyes le conceden.

CECILIO NAVARRO.



MADRID.

Impreso en la Imprenta de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid.

1860.

Sr. D. Carlos Frontaura.

Mi querido amigo: Allá va eso; eso es una colección de cuentos de todos colores (ménos verdes), que acaso lean con sabor los risueños y risueñas, y que dedico á V., que no es patético, publicando así en este recuerdo la estimación y gratitud que le debo.

Bien quisiera yo que mi libro fuera bueno para.... que no fuera malo, y también para que V. lo aceptara sin escrúpulo, siendo entónces digno de su merecimiento. Yo, por mí, he hecho todo lo posible para que sea hasta óptimo; pero, como dicen (y no dicen mal esta vez siquiera) los franceses, *la plus belle femme du monde ne peut donner que ce qu'elle a*; ó lo que es lo mismo, traduciendo en buen romance: mis cuentos no son de Hoffman, porque.... es claro, porque son míos.

Acoja, pues, mis cuentos con su genial benevolencia, así Dios le dé que *contar* más que á mí, que no he *contado* aun nada, y eso que soy contador de un libro entero.

Buenas noches.

Suyo siempre afectísimo amigo.

Cecilio Navarro.

Sr. D. Cecilio Navarro.

Mi estimado amigo: V. ha puesto al frente de este libro la carta con que me remitió los *Cuadros al fresco*; y como yo me precio de cortés y bien criado, he de contestarla á continuacion para decirle cuatro claridades, que ya sabe V. que las digo facilísimamente, quedándome despues tan descansado.

¿Sabe V. qué efecto ha producido en mí la lectura de sus *Cuentos de todos colores*?... ¡Nó?... Pues yo voy á decirselo con la franqueza que me caracteriza.

Los *Cuentos* de V. han excitado mi admiracion hácia su autor, y ¡cómo no admirarme de que haya quien escriba en tan buen castellano como el que V. escribe, cuando en tan mal castellano se escribe para el público en estos tiempos?...

Crea V. que muchas veces, leyéndolos, me he creído contemporáneo de Miguel de Cervantes, ó cuando ménos, de Don Francisco de Quevedo y Villegas, sin poder persuadirme de la verdad, hasta que dejando el de V. tomaba alguno de los libros de novelas que ilustran ahora á nuestro buen pueblo, y más de una vez, profundamente impresionado por la obra de V., he salido de casa, diciendo:—«Voy á ver si está Navarro en las gradas de San Felipe;—en vez de haber dicho: Voy á ver si

está en el café Suizo;—y al salir á la calle me han hecho el mismo efecto que un trabucazo (un poco ménos), los sombreros de copa, los gabanes, las patillas y el empaque de los honrados transeuntes que van por estas calles á sus negocios ó á lo que les parece.

Yo felicito á V. con todo mi corazón, porque V. conserva y respeta fielmente la rica habla castellana, separándose en esto de cierta moderna literatura que, por ser la que más al alcance del pueblo está y más de su agrado es, debiera precisamente formar el buen gusto del lector, que lo conseguiría facilísimamente.

Esta es la razón primera que me ha movido á publicar el libro de V., libro ameno, regocijado, de excelente sabor, lleno de verdades—y de mentiras,—pero mentiras tan discretamente dichas, que á todos han de cautivar.

La cordura de un loco, Doña Sabina, La venta del pobre, y en fin, todos los cuentos de V. merecen ser leídos por ese juez inapelable que, sin ser literato, tiene más literatura que nosotros, y yo creo que hago algo por las letras contribuyendo á que salga á luz este peregrino libro, que tendrá seguramente defectos, como toda obra del hombre, pero si los tiene, yo no los quiero ver, por no cansarme en rebuscarlos, tan escondidos y disimulados como están entre las muchísimas bellezas que avaloran y hacen de gran estima para las bellas letras los *Cuadros al fresco*.

Ahora diré á V. qué otro sentimiento ha despertado en mí el libro de V., se lo diré francamente, sin temor de que V. se enoje, porque V. es, ántes que político, amigo mio. Ese sentimiento es el de una profunda indignación.

¿Qué es esto? ¿Cómo se entiende, señor Navarro? V. que tan bellas cosas escribe, que tan lisonjero porvenir merece y ten-

drá en las letras, se ocupa en política?... ¡Válgame Dios! he aquí la *locura de un cuerdo*.

¿Piensa V. medrar con la política?—Nó.—¿Ayudará V. á subir á los que acaso le sean ingratos?—Sí, probablemente.—Pues amigo mio, permítame V. que le diga que tiene V. pésimo gusto. Deje V. por Dios la política para los que, sabiendo muchísimas cosas, no saben escribir los discretos libros que V. escribe, y escriba V., escriba V. las obras buenas que pueda, que no serán pocas, y acaso de este modo servirá V. mejor al pueblo, que así como necesita moralidad política, tiene absoluta precision de instruccion literaria.

V. no hará caso de este consejo mio, pero yo cumplo con mi conciencia al dárselo.

Ser hombre político es fácil y vale poco; ser escritor popular respetado y querido, deberá ser la mayor felicidad en esta vida.

Y con esto no canso á V. más, ni al lector tampoco, que ya le supongo deseoso de volver la hoja y leer los *Cuentos de todos colores*.

De V. siempre afectísimo amigo y compañero.

Carlos Frontaura





LA CORDURA DE UN LOCO.

I.

De cómo un cuerdo se vuelve loco.

Dice una vieja crónica que en cierto pueblo del mundo vivía un hombre de tan menguada fortuna, que no tenía donde caerse muerto. El dichoso hombre no comía, no había comido nunca, no tenía esperanza de comer jamás: no porque careciera de apetito, que este era en su reino el más insurgente súbdito, sino porque no tenía maldita de Dios la cosa que echar por su desusado esófago.

¿Cómo, pues, vivía?

Eso es justamente lo que no dice la crónica. Pero fácilmente se comprende que vivía.... muriéndose.

También hizo caso omiso de la profesión del héroe; pero un hombre de las condiciones susodichas debía ser necesaria y fatalmente poeta. Dicho se está con esto que el héroe era flaco, enjuto, macilento, *feo*. Este último epíteto tiene una

aplicacion de exactitud más indudable todavía, y lo subrayamos por tanto, sin temor de alterar de ningun modo la verdad histórica; pues no se concibe, filosófica, social y hasta políticamente hablando, que puede ser bello un hombre que no tiene valor entendido.

Y como íbamos diciendo, el poeta vivia en aquel pueblo del mundo divagando de aquí para allá, sin encontrar lo que le hacía falta; y harto ya de divagar en balde, cierto dia sin sol, ni luna, ni estrellas, se sentó sobre sí mismo.... es decir, sobre las ruinas de su cuerpo, y, como Jeremías sobre las de Sion, comenzó á discurrir con toda la sensatez de su juicio, que llamaremos final, porque en efecto, era un juicio que se acababa.

La vida es suspirar, decia juiciosamente el insensato.

¡Ah! es un suspiro.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! es llorar.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! es reir.

¡Ah! es, pues, la vida reir y llorar.

Ni la risa ni el llanto son llanto ni risa; la risa es un sarcasmo, el llanto una recriminacion: dos salivas que se cruzan.

La cruz de esta cruz no es la cruz de Cristo; ó es media cruz de Cristo y media de Satanás.

La risa y el llanto se identifican por su expresion: ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Se identifican por su sabor: el llanto es amargo, la risa es amarga. Los dos sabores acibaran el pecho y pudren lentamente el corazon.

He allí dos piedras, he allí dos hombres. Aquel va hácia una riendo; este hácia otra llorando. Y este tropieza y aquel tropieza; y caen, y se hunden.

Y las piedras quedan diciendo:

«¡Aquí yace un rey!»

«¡Aquí yace un mendigo!»

Conque reir es podrirse, llorar es podrirse, podrirse es vivir, vivir es estarse muriendo.

Sí.

Mas con la risa se pudre uno mejor, muere mejor, ó muere ménos mal. La risa es el sonido que más se parece al son del oro: el oro es una vanidad; pero vanidad necesaria, precisa, indispensable para ser *ser* y hasta para ser *ente*, que es ser *no ser*; porque si vivir es morir, la vanidad del oro es necesaria, precisa, indispensable tambien para morir.

Yo soy; es decir, vivo; es decir, muero: luego cómo; es decir, debo comer, necesito hacer uso de esa vanidad, sin la cual no puede uno morir.

Y el oro es tierra.

Pero ¡ay! es tierra de metal.

¿Cómo diablos convertiria yo en tierra de metal la tierra de tierra?

Comerciendo.

El comercio es la verdadera alquimia. Aplicadla á toda la tierra, y toda la tierra se hará de oro.

Comercemos.

¿Qué es comerciar?

Comprar y vender.

Todo se compra, porque se vende todo.

Se compra un fundo, se compra una casa, se compra una mujer; es decir, se compran las cosas.

Se vende la inteligencia, se vende el sentimiento, se vende la voluntad; es decir, se venden las personas.

Las personas y las cosas se funden en las retortas alquímicas, y resultan estos elementos: mundo, demonio y carne.

El hombre es el amigo del cuerpo del hombre; pero es el enemigo del alma del hombre. Más lacónico: el hombre es el hombre; la mujer es la que no es la mujer. Esta conclusion es oscura, pero es clara.

Yo vendo un mundo, yo vendo un demonio, yo vendo una carne. Nó, no quiero mi carne, ni mi demonio, ni mi mundo. Quiero otro mundo, quiero otro demonio, quiero otra carne.

¡Yo me vendo!

¡No me vendo!

¿En qué quedamos?

En que.... ¡já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡já!

Yo estoy loco, tú estás loco, aquel está loco, todos estamos locos. Pero ninguno sabe que está loco; porque un loco puede estar loco, sin dejar por eso de estar cuerdo; así como un cuerdo puede muy bien estar cuerdo, sin haber dejado de estar loco: el pobre es el que no puede ser rico sin dejar ántes de ser pobre. Es así, que yo soy.... ¿Qué soy yo? Luego lloro, luego río, luego no río ni lloro: luego vivo, luego muero, luego no muero ni vivo: luego estoy loco, luego no estoy loco. Estoy loco, sí; pero estoy loco porque no estoy loco.

II.

Trátase de lo que salga, como quiera que vamos tras de un loco.

Cuando el cuerdo de esta verídica historia se levantó de la silla en que lo sentáramos en el anterior capítulo, ya estaba el mísero loco, porque... *estaba loco*.

Pero no lo compadezcáis si sois filántropos; porque al discurrir ahora el hombre con toda la insensatez de su juicio finalizado ya, halló la felicidad que le faltaba. Dió en la singular manía de creerse Máximo Emperador; y empuñando una caña, que él tenía por cetro de flamante oro, como su imperial corona de carton, comenzó á dictar leyes á todo el mundo, creyendo firmemente que el mundo todo le obedecía; porque en su finalizado juicio toda la tierra era ya suya.

Y en efecto, esa era la verdad, para él, se entiende; porque nuestra verdad no es la creencia agena, sino nuestra propia íntima creencia. Llegue á creer alguno que es Júpiter Tonante, y es seguro que, aunque yaga descamisado en el polvo, nos verá á todos nosotros, míseros mortales, pasar por debajo de su Olimpo.

Un delirio así creeria como verdad el dichoso loco, afirmándose más y más en su creencia, no solo porque al mirar solo

veía esa razon ó lo que sea la sindéresis del loco, sindéresis que excluye todas las ideas, ménos una fija, ó varias alternativamente invasoras y exclusivas; sino porque inspirando lástima á sus conocidos, léjos de contradiccion, solo hallaba condescendencia compasiva.

El juicio de un loco ya sabemos cómo es. Pero ¿cómo será la vista de un loco? No lo sabemos, ni la crónica de que tomamos estos datos dice tampoco una palabra ni media sobre esta cuestion *fisiopsicológica*. Lo que dice es que el loco vestía paños haraposos, y que el Emperador los ostentaba entre sus cortesanos, exhibiéndolos á las personas de buen gusto como riquísima púrpura con recamos de oro, perlas y diamantes, y hasta indicando el engarce de las piedras preciosas y aun los puntos del preciosísimo bordado.

Cortesanos dijimos, y no livianamente aventuramos la idea ni la palabra; que el egregio monomano, á título de emperador, de hecho y de derecho tenia numerosa corte y ejército numerosísimo. La casa en que entraba, y no dejaba de visitar ninguna, aquella era su palacio; los propietarios que le salian al encuentro, sus esclavos, sus bufones, sus eunucos; las plazas públicas sus campamentos ó reales.

Y era de ver cómo, dando previamente sus discrecionales órdenes, á fin de despejarlas, abocaba, como otro Xerxes en su anchuroso espacio, centenares de miles de soldados movilizándolos prodigiosamente en mil y mil evoluciones extratéticas.

Después y á la cabeza de su ilusorio ejército, hacía una expedicion triunfal por los afueras, conquistando reinos, sometiendo gentes, ganando, en fin, palmas de victoria sobre todas las razas de la tierra. Diz que habiéndoselo encontrado un forastero viniente, se paró por curiosidad á verlo; y no comprendiendo cómo un hombre solo y tan descuartizado pudiera ir tan arrogante sin ser siquiera pequeño gran duque, se prostró de hinojos ante él, quien lisonjeado por este pleito homenaje de su fiel vasallo, le dió en el acto el gobierno de una Insula Barataria.

Como era natural, después de un ejercicio tan violento sen-



tia ese instinto de que no se olvidan ni los locos; necesidad de comer.... y comia opíparamente; pues si en sus tiempos lúcidos tenia por fuerza que aplazar indefinidamente esta satisfaccion, ahora que era emperador, entraba en cualquiera de sus palacios, que eran tantos como casas tenia el pueblo, pedia imperiosamente de comer, como quien manda en lo suyo, y le daban por compasion, sosteniendo y aun halagando así su imperial y autocrática monomanía.

Y cuenta que habian de darle lo más exquisito de las reposterías, cual por derecho supremo convenia á su paladar de príncipe. Mesa de estado tenia siempre, por la mañana, al medio día y á la noche. Y es que á su óptica especial y gusto especial tambien, los cascos de acre cebolla eran ni más ni ménos que alones de pichon, y hasta el agua, con no tener desgraciadamente para nadie olor, color ni sabor, tenia para su infeliz majestad todas las condiciones clásicas del histórico zumo de Falerno: purpúrea, aromática, sabrosa.

¡Dichoso estado! exclama á la sazón el autor de esta vieja crónica; ¡dichoso estado el de un hombre que ve hasta el agua de color de rosa! Y añade esta expresiva epifonema: *¡Quién estuviera loco!* Cuya optacion revela claramente que el dichoso autor tenia tambien algo de poeta.

Después de satisfecho el instinto de comer, nuestro Emperador sentia otro no ménos imperioso: el amor. Y su imperial majestad hubo de pensar al fin con toda la formalidad de su imperante juicio en esta grave é ineludible razon de estado.

III.

Es asunto que los locos se enamoran cuerdamente.

Ejercia su profesion donde nuestro heróico Emperador la suya, un médico heróico tambien, porque á sus eficacísimos remedios no se resistia jamás enfermedad ninguna. Sucedia, sí, que la heróica medicina mataba al lacerado paciente; pero en el fondo siempre quedaba palpitante el hecho de que el médico mataba la enfermedad.

El insigne doctor tenia una hija, cuya fama en hermosura corria parejas con la de su padre (suple fama) en medicina. Y el loco, viendo esta vez las cosas en su color natural, vió que la blanca, rosada y fresca doncella era.... fresca, rosada y blanca.

y se enamoró de ella cuerdamente, así como locamente se enamora un cuerdo.

Priesa tendria en lo de resolver su razon de estado nuestro famoso Emperador, porque ver la hermosura de la doncella y enviarle su mensaje nupcial fué espacio de dos latidos.

La doncella aceptó sin vacilar el honor con que le brindara el príncipe, por una especie de condescendencia que la crónica llama *compasiva*. Y ya con esta formalidad, el Emperador, desde uno de sus innumerables palacios, dió solemne edicto, prescribiendo fiestas públicas y distribución de dádivas las más fastuosas que en celebridad de bodas se vió jamás en córte de monarca. Baste con decir que en cuestion de ornato público mandó alfombrar todas las calles y caminos, tapizar todas las paredes y torres, iluminar todos los valles y barrancos; y en punto á beneficencia mandó hacer á todos los pobres ricos, á todos los ricos nobles, á todos los nobles duques, á todos los duques príncipes. Y á príncipes, duques, nobles, ricos y pobres, á todos, sin excepcion, les puso cubierto en su nupcial mesa de estado.

Despues de esta explosion de su imperial munificencia, su majestad se acordó del padre de su amada y le ordenó comparecer á su presencia con toda la autoridad de esta palabra:

— ¡Ven!

Y como los médicos van siempre adonde los llaman, el llamado fué al instante como obedeciendo al imperial mandato.

El loco le hizo subir á un mirador dominante, y con esa seriedad estereotipada en todos los Emperadores, le fué indicando todos los palacios, todas las quintas, todos los plantíos, todos los sembrados, todos los montes, todas las costas, concluyendo con este golpe de estado:

— ¡Miserable! todo cuanto ves es mio.

— ¡Tuyo! dijo el doctor removiendo en confusion la gran farmacopea de su heróico cerebro.

— ¡Mio! replicó el loco dando á la palabra toda la fuerza de su íntima conviccion.

Y añadió con sencillez homérica:

— Dime si lo dudas para mandar que te ahorquen.



—No lo dudo, nó.

—Entónces no te ahorco. Y has de saber, miserable, que todo cuanto poseo aquí y fuera de aquí es el dote de tu hija, desde hoy emperatriz de todo el mundo por mi soberana voluntad. Es bella y quiero que comparta mi felicidad.

—¿Eres feliz? interrogó el cuerdo compadeciendo al loco.

El loco soltó una carcajada compadeciendo á su vez al cuerdo, que lo dudaba; y recobrando muy luego su seriedad característica:

—Ya lo sabes, dijo; me darás la mano de tu hija.

—¿La amas?

—Sí.

Esta palabra, tan breve y todo como es, sugirió al doctor un gran proyecto, esperando á lo ménos ganar más fama, ya que no dinero.

—O lo curo ó lo mato, dijo para sí heroicamente.

Y luego para el loco:

—Otorgo, pues, con mucha honra la mano de mi hija á vuestra imperial majestad. Dignaos venir á mi palacio y....

—Me digno, interrumpió majestuosamente el loco echando delante con gran contentamiento del cuerdo.

En llegando á la calle, el emperador indicó de la manera más llana y graciosa del mundo al comandante de su ilusoria guardia que no queria escolta; y montando en su carroza, tan efectiva como su guardia, fué solo con el doctor, como quien dice de incógnito, al palacio de su prometida.

IV.

De cómo un loco se vuelve cuerdo.

Por sorprender sin duda el juicio del discreto lector, dice la vieja crónica que la doncella blanca, rosada y fresca era hija del doctor heróico. Y la verdad es que la hija doncella no era doncella ni hija, sino mujer del doctor, lo cual no obsta para que fuera blanca, rosada y hasta fresca. ¿Por qué nó?

Con esta salvedad, á que nos obliga la verdad histórica, proseguiremos sensatamente la narracion de este insensato cuento.

Solo, decíamos, fué su loca majestad á ver de cerca á la señora de sus pensamientos, pues ya sabemos que dejó córte y cohorte á la puerta de uno de sus mil palacios. Y hay que notar de paso en semejante soledad la cordura de un loco que tan acertadamente discurría, discurriendo que para casarse un hombre sobran todos, ménos la mujer y el hombre. ¡Así no hubiera hecho la escepcion facultativa, que otro pelo le reluciria! Escepcion de un remedio heróico que vino á echar por tierra, no ya solo el tálamo nupcial mullido por manos de amorosas fadas, sino tambien todos los palacios del imperio, el inexhausto erario de la corona, y hasta la misma corona.

La crónica original no nos da gusto en sus reservas; bien

quisiéramos que fuera más explícita en la narracion de algunos pasajes que, cual este, habríais de leer con sabor de confitura; pero la historia es historia, y he aquí que, atento á la curacion del monomano, solo dice estas palabras textuales:

«El doctor heróico cura por fin al loco *con ayuda* de su esposa.»

Ni más ni ménos.

Y elevándonos ahora á consideraciones filantrópicas, habremos de lamentar otra vez más una omision culpable, como que deja velado, perdido para siempre acaso, un secreto de arte clínica que pudiera aplicarse en nuestros dias en bien de la humanidad demente; porque habrá, á no dudarlo, muchísimos locos que, no siendo Emperadores, quisieran volverse cuerdos.

Pero no hemos de ser nosotros quienes falseen la verdad por el gusto de llenar el vacío de la crónica. Y así, pues, daremos fin y cabo á este capítulo repitiendo con el texto:

«El doctor heróico cura por fin al loco *con ayuda* de su esposa.»

V.

Justificase la desesperación de una testa descoronada.

Luego que su ex-majestad perdió de vista su púrpura, sin haberse mudado de traje, sentóse otra vez sobre sus propias ruinas, y sintiendo de nuevo cierta ansiedad bajo el diafragma sin tener ya ni un casco de cebolla para amortiguarla, alzó las manos al cielo y lloró maldiciendo con Job y Jeremías la hora en que lo parió su madre.

En esto llegó un amigo suyo, pobre y *descuartizado* como él (que á ser rico, ni su amigo fuera ni llegara); llegó felicitándolo con las manifestaciones jubilosas de quien celebra un triunfo; pero su ex-majestad, que no tenia nada que celebrar, hubo

de preguntarle absorbió por la causa de tan para él inoportunos plácemes.

—Te felicito una y mil veces, contestó el amigo, por tu fortuna.

El afortunado se miró de arriba abajo con la imparcialidad del que mira una entidad que no es la suya, y viéndose en toda su desnudez, interrogó nueva y curiosamente á su amigo:

—¡Tengo yo fortuna!

—Has logrado al fin tu curacion y....

—¡Mi curacion! ¿Pues estaba yo acaso enfermo?

—Estabas loco.

—¿Loco dices?

—Sí. Y por cierto que diste en una manía espléndida, omnipotente, imperial.

—¿Es posible?

El amigo entónces le refirió punto por punto la verídica historia de su falaz imperio, desde su coronacion hasta su descoronamiento; y notando luego el mal efecto de sus revelaciones, que impresionaron dolorosamente el alma del inconsciente loco, cuerdo ya:

—No te apenes, le dijo; eso ya pasó, gracias á las artes del doctor heróico.

—Al diablo se las daré yo, que no al doctor inicuo; mala peste le dé Dios á él y á toda su ralea, dijo el destronado echando á rodar con estrépito de mil demonios todas sus ruinas.

El amigo dió algunos pasos retrógrados como para no ser arrollado, y dijo dudando ya un tanto del doctor:

—Si efectivamente estás curado, debes estarle agradecido.

—¡Agradecido yo á ese ladron! Corre vé y dile que haré valer mi derecho contra él, y que aun he de matarlo, si no me satisface cumplidamente.

Y esto diciendo, enrevesó los ojos y crispó los puños en tan resuelta hostilidad, que el amigo, juzgándolo ahora más loco que ántes, puso piés en polvorosa y fué de allí gran trecho volviendo la cara atrás hasta ponerse á buen recaudo.

Y se engañó, por cierto, el medroso fugitivo al juzgar livia-



namente que el cuerdo estaba loco; porque la verdad es que en su vida tuvo un momento más lúcido. Ni el doctor con toda su heroica fama pudiera querellarse de injuria por la dureza del susodicho apóstrofe, toda vez que había perpetrado en aquel el mayor de los despojos.

—¡Cómo! decía el cuerdo con más furia que si estuviera loco. ¡Cómo! ¡A tanto se atreve el intruso curandero sin temor á la vindicta pública ni privada! Juro á Dios tomarme la justicia por mi propia mano, si el tribunal no me la da pronto por la suya. Protestaré una vez y mil do quiera haya una conciencia que me escuche, para que nunca se crea que consiento ni ménos autorizo una iniquidad que las asume todas.

Y lanzándose afuera con toda aquella locura que está permitida á un hombre cuerdo, enderezó sus pasos hácia el foro en querrela de despojo y demanda de justicia.

VI.

Narras el hecho de la querrela más famosa que registra los jurídicos anales.

En virtud de la entablada denuncia, el juzgador de aquel foro, cuya jurisprudencia ignoramos, citó solemnemente al doctor, quien compareció ante su merced con la exactitud de una parca, que no llega nunca ántes ni despues, sino á la hora sonante y contante.

Ételos ya frente á frente acusador y acusado ante la vara de la justicia aquella.

Y en esta solemnidad el juzgador interrogó, segun su fuero, al demandante.

El demandante contestó:



—Señor, yo era el más poderoso de los Emperadores, desde el Nemrod babilónico hasta el tudesco Carlos V, porque el mundo entero era mio; tenia palacios, parques, castillos, jardines, ser-

rallo, córte, cohortes, esclavos, esclavas, bufones, caballos, carrozas en número infinito; poseia más riquezas que habria acumulado en un tesoro todo el dinero guardado y apetecido por todos los avaros que hay en el infierno; en mi joyería brillaban más piedras preciosas que viles piedras hay en el casquijo de todos los rios y mares. Nada de lo apetecible apetecia yo que no satisficiera servido *incontinenti*, porque todo estaba al alcance de mi omnímodo poder. Pues bien, este doctor heróico, ínucuo, feroz, ¡malhaya él y toda su progenie! este ladron me lo ha robado todo, dejándome sin calzones, sin camisa, sin zapatos, sin pan que llevarme á la boca.

—Señor, dijo á su vez el preguntado médico: yo no he hecho otra cosa que aplicar la heroicidad de mi ciencia á la enfermedad de este cuerdo que estaba loco.

—Llamadme como querais, médico rapaz; lo cierto es que yo era feliz, porque creia serlo; y que vos, doctor intruso, malévolo, despojador, destruisteis la base de mi felicidad curándome, es decir, usurpándome una locura que era exclusivamente mia y que no le debía nada á nadie.

—Es verdad, dijo el acusado sin saber exculpase de este cargo.

—Pues si es verdad, añadió subiendo de tono y de justa indignacion el demandante; si es verdad, me debeis restitucion *in integrum*, y tendreis que devolverme lo que me habeis quitado. Por tanto, pido al tribunal justicia, costas, etc.

Y el tribunal, ciñéndose extrictamente al universal principio de *tribuere suum cuique*, falló:

«El doctor heróico pondrá en quieta y pacifica posesion de su locura al cuerdo desposeido, ó caso de no alcanzar á tanto su heroicidad, lo indemnizará hasta donde alcance su peculio, con apercibimiento de ser tratado con todo el rigor de mi vara de justicia, caso de reincidencia en quitar locuras ajenas.»

Y esto diciendo el juzgador, levantó en alto la susodicha vara á guisa de levantar la sesion, con lo cual todos se levantaron y se fueron.

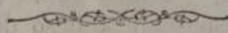
VII.

Conclusion.

Dice la crónica que el heroico doctor ensayó, como *in anima vili*, en el cuerpo de su cliente todos los recursos del arte, y que no pudiendo devolverle su primitiva locura, ni siquiera matarlo, curacion tan fácil para todos los médicos, aunque no sean heroicos, tuvo que indemnizar al Emperador descoronado con la mitad de sus bienes; bienes que volvieron á juntarse en una sola pertenencia, porque curándose entónces á sí mismo el doctor, dejó viuda á su jóven esposa, blanca y rosada como sabemos, la cual pasó á segundas nupcias con el cliente del doctor y suyo, como quiera que ella ayudó á ponerlo cuerdo.

Añade la crónica que fué dichoso el cuerdo en su nuevo estado, pero siempre muchísimo ménos que cuando estaba loco.

Y con esto doy yo fin y remate á este insensato cuento, insensato y juicioso al mismo tiempo, por cuanto es la historia del loco más cuerdo del mundo.





I.

Un día magnífico.

Este era un hombre rico, y sino rico, porque la riqueza tiene ya su expresión numérica en millones, y el hombre de este cuento no tenía tanta pecunia, tenía á lo ménos todo lo necesario y un poco más de supérfluo por herencia de sus padres para tratarle á cuerpo de rey, cuando el rey del cuerpo no lo es *in partibus infidelium*.

El hombre era todo un caballero, no solo por sus títulos de propiedad, sí que tambien por sus buenas costumbres, pues salvo algun que otro vicio, los demás eran virtudes; y vivía en esta villa y córte solo y señero, no contando la compañía de su cocinera, su lacayo y su ayuda de cámara, como quiera que ambos á tres eran gallegos de pura raza.

Don Luis, que así se llamaba el caballero, teniendo en sus rentas seguros y aun cobrados sus derechos, no se habia aplicado á facultad ninguna; pero tenia en cambio mucha afición á la lectura y no poco discernimiento.

No podríamos aritméticamente sumar sus años de edad, ni

sería tampoco de buen tono; pero así al bulto representaba ser un jóven que no era jóven, ni viejo tampoco: vendría á tener la edad del gallo, ese volátil que dejó ya de ser pollo, ó para que lo entendais mejor, la mismísima edad del infrascrito, infrascrito aunque no soy escribano.

Era tambien don Luis soltero, lo cual quiere decir que no se habia casado nunca, no porque odiara el matrimonio, que, como reza el refran, á nadie le amarga un dulce, si lo es el sudicho; sino porque entretenido con sus honestos pasatiempos habia llegado ya á la edad *adusta* sin pensar siquiera en ello.

En cambio tenia un amigo calavera que llenaba este vacío, amenizando con la hilaridad de su carácter sus horas de *spleen* anglo-español, y dirigiendo su conducta con muy prudentes consejos, porque Lorenzo, como se llamaba el amigo, con ser un casquivano, no dejaba de tener meollo.

Hubiera querido Luis estrechar las distancias todavía, trayéndoselo á vivir á su propia casa, y muchas veces hubo de proponerle el cambio de domicilio, suplicándole, como si no fuera él quien dispensara la gracia; pero nunca obtuvo por parte de Lorenzo otra que esta insensata y prudentísima respuesta:

—Amigo mio, soy un sér inteligente y libre y bien hallado en mi privada república, por nada ni por nadie perderia la independencia racional de mi individuo, el derecho inalineable de comer cuando tengo apetito, de dormir cuando tengo sueño, de levantarme ó nó, segun mi gusto, de hacer, en fin, lo que me da la real gana en el inviolable ejercicio de mi libertad política ó grosera. Pero si no del todo, á medias si que vivia con Luis, pues en uso de esa misma independencia halagaba sus amistosos deseos visitándolo á menudo, comiendo en su mesa, paseando en su coche y exhibiéndose en su palco, siempre que le daba la real gana.

Eran las doce de un crudo dia de invierno. Luis acababa de levantarse.

—¡Domingo! dijo llamando por tercera vez, despues de haber roto el timbre y el cordon de la campanilla.

—¿Llamábame, señor? dijo acudiendo con prontitud gallega el andaluz de poniente que le servia de ayuda.

—¡Quinientas veces!

—Lléveme el diablo, señor, si he sentido más de seis ó siete.

—Pues el diablo te llevará, si no acudes otra vez á la primera.

—Bueno, señor.

—¿Qué tal dia hace?

—*Mantífico*, señor.

—Creí haber oido silbar el aire.

—Mucho aire hace, señor.

—¿Y sol?

—Puede ser que luego salga, porque ahora está el cielo muy *encarañulado*.

—¿Está lloviendo quizás?

—¡Oh! nó, señor, nevando.

—¡Llévete el diablo á tí y á tu dia *mantífico*!

—En la cocina, señor, no se siente cosa de frio.

—Pues leña á la chimenea, dos cubiertos en la mesa y el coche casa de don Lorenzo.

—Bueno, señor.

II.

El almuerzo.

A las dos entraba Lorenzo casa de Luis.

—Vengo bajo cero. ¡Lumbre! ¡un tizon, aunque sea del infierno!

—Dí siquiera buenos dias.

—¡No faltaba más sino que dijera yo tales calumnias! ¡Malos, pésimos dias!

- Ya no te esperaba.
- ¿Por qué?
- Porque tardabas ya mucho.
- ¡Hola! ¿Quieres someterme á mi á tiempos de ordenanza como á un recluta? ¡Pues no he querido ser general por no apretarme la cintura! ¿Y para qué soy yo llamado con tanta urgencia?
- Para que pasemos el dia juntos, empezando por almorzar.
- ¡Voto á mil diablos! ¿Por qué no me avisaste con más oportunidad?
- ¿Ya has almorzado?
- Es el primero de mis ejercicios cotidianos. Sin embargo, no soy yo de los que desairan la mesa de los amigos, y prometo, bajo palabra de honor, hacerlo cumplidamente á la tuya, con tal que nos sirvan algo apetitoso. ¿Qué hay en lista?
- ¿Qué sé yo?
- ¿Pero será cosa digna de mi?
- María lo dirá.
- ¡María! ¡Mariquita! ¡Maritornes! gritó llamando Lorenzo. ¡Llévense los diablos á todos tus domésticos! Al que ménos, le faltan cinco sentidos corporales.
- Mándeme, señor, dijo entrando despues de un buen espacio la cocinera, moza alta de pechos y de rostro amondongado.
- ¿De dónde eres? le preguntó Lorenzo.
- De Pontevedra.
- Que es la tierra de María Santísima.
- Sí, señor, muy buena tierra es.
- ¿Cuántos años tienes?
- Treinta haré para Todos los Santos.
- ¿Para Todos los Santos, ó para todos los diablos?
- ¡Libreme Dios!
- ¿Y no te has casado ninguna vez?
- ¡Ah, señor! ¿Quién ha de quererme á mi?
- Tienes razon. Pero ¿qué me importa á mi nada de eso, mujer de Dios?

—Como pregunta V....

—Pregunto qué hay que almorzar.

—¡Ah!

—¡Oh!

—Pues hay.... postres de....

—¡Lógica, lógica! mujer de Dios. Los postres son el fin de los principios. ¿O es que se come ya al revés en esta casa?

—Pues hay.... jamon....

—Esa, esa es la premisa que has de sentar por principio para que sean necesariamente lógicas tus absurdas consecuencias.

—Y hay merluza, y ternera, y huevos, y...

—Basta, basta. Eres la primera gallega que he oído hablar bien en castellano. Ea, date prisa.

—Voy corriendo.

—Mira no te caigas, añadió Lorenzo marcando con la cabeza el compás mayor de la que iba corriendo.

—Luis amigo, dijo luego, hazte cuenta que estoy en ayunas.

—Pues á la mesa.

—Estoy á tus órdenes.

—Eres un hombre feliz, decía Luis á Lorenzo ya almorzando. Me cambiaria por tí sin vacilar.

—Sería menester que me volvieras mucho dinero, porque yo, con ser tan pobre, soy mucho más rico que tú. Séneca decía, y si no lo hubiera dicho Séneca, lo diria yo, que la pobreza no consiste en tener poco, sino en desear mucho; no deseando yo nada, claro es que todo me sobra. Ahora bien, ¿cómo ha de ser infeliz un hombre tan sobrado? ¿Sabes lo que almorcé?

—Nó.

—Pues almorcé un vaso de leche. Y ni siquiera me acordé de tu jamon.

—Mal hecho, sabiendo que siempre tienes aquí la mesa puesta.

—Bien hecho, porque yo no necesito sentarme á ninguna mesa para almorzar un vaso de leche.

—Repito que eres un hombre feliz. ...

—Soy de tu misma opinion. ...

—De todo sacas jugo, con todo te diviertes, por nada tienes penas.

—Pues no será porque deje de tener mi parte en la manzana de marras, única herencia que me legó mi padre Adam (que esté en gloria), sino porque yo no la acepto sino á beneficio de inventario; es decir, hasta donde llega mi buen humor. La sociedad, amigo mio, no es una cosa seria, y yo sigo la broma y me rio. ¿Por qué no te ries tú tambien?

—¿Qué sé yo?

—A tí te falta algo.

—Justamente.

—Jamon no será.

—Ya ves que nó.

—¿Y jamona?

—¡Pchel!

—Eso es. A tí te hace falta esposa. ¡Oh! si; necesitas una mujer.

—Acaso.

—Acaso, ¿es una afirmacion?

—Tal vez.

—Tal vez, ¿es una duda?

—Nó.

—Pues entónces cómprala.

—¿Qué he de comprar?

—¡Hombre! ¡Obtuso eres de entendimiento! La duda no ha de ser, ni la afirmacion: luego....

—Habla con formalidad.

—Creo no haberme siquiera sonreido. Debes comprarla, ó hablando canónicamente para no lastimar tu conciencia, debes casarte. El hombre civil no reintegra su personalidad hasta que se une á la mujer; ni el hombre religioso puede realizar sus altos fines ni completarse tampoco sino recobrando su costilla.

—Hablas bien.

—Como siempre.

—¿Y por qué no te casas tú?

—Esa no es cuenta tuya.

—Sin embargo, quisiera oír tus razones.

—En buen hora: yo no me caso porque... no me da la gana.

—Esa es una necedad.

—Pero con mucho talento.

—¿Quieres hablar seriamente?

—¡Hombre! ya ves que ni siquiera me sonrío.

—Pues responde bien.

—No preguntes mal.

—¿Me haces el favor de decirme por qué razón no te casas?

—¿Yo?...

—Tú.

—Yo no me caso.... porque nó.

—Esa razón no es razón.

—Pero está en razón.

—Pues señor, veo que no hay medio de hablar contigo formalmente.

—Pero hombre, deja despacharé este plato, que absorbe todo mi buen criterio, y después, con una breva en la boca, y una copa en la mano, y el café en el velador, hablaremos con toda esa solemnidad que requieres.

—Y mientras tanto ¿en qué hemos de ocuparnos?

—¡Hombre! me parece que yo á lo ménos no estoy ocioso.

—Es verdad: nadie dijera que viniste ya almorzado.

—No sé yo quién esté inapetente delante de una merluza.

—Es que has estado lo mismo delante de la ternera.

—Eso es agua.

—Y el jamon ¿qué es?

—Vino.

—Y Lorenzo vació un vaso de cariñena.

III.

Tonterías filosóficas.

Después de los postres, y al amor de la lumbre, con un puro en la boca, y una copa en la mano, y el café en el velador, tomó Lorenzo la palabra con toda la solemnidad prometida.

—Luis amigo, le dijo, abordemos ahora con más peso la filosófica cuestión del matrimonio. ¿Conque queremos casarnos?

—Hombre, francamente, razones de conveniencia me hacen pensar seriamente ya en ese estado, que debe ser el punto céntrico de la felicidad humana.

—Sin embargo, conozco yo muchos estados que no son ni tangentes de la circunferencia de ese centro.

—La excepción no anula la regla general.

—Ciertamente, pero falta saber cuál es la regla general y cuál la excepción.

—Yo bien lo sé.

—Y yo también.

—Estamos de acuerdo.

—Creo que nó. Pero vamos al grano. ¿Tienes ya novia?

—¡Pche!

—Y si no la buscaremos; á bien que es la función más fácil de la vida: buscar novio ya no es tanto. Ahora bien, sepamos: ¿cómo te gustan las mujeres? ¿morenas ó rubias?

—¡Báh!

—¡Pálidas?

—¡Cállate!

—¡Quizás te gusten negras! En fin, cada cual tiene su gusto. Corriente: yo sé dónde hay una guachindanga recién llegada de su tierra, cuyo color de azabache te ha de enamorar seguramente. ¿Qué te parece?

—No te escucho.

—Digo que te buscaré una negrita para....

—¡Qué insensatez!

—¡Tampoco! Pues hijo, no queriendo blancas, ni negras, ni mestizas, difícil te ha de ser elegir, como no vayas por las pajizas al Paraiso de Mahoma.

—Yo no me enamoro del físico.

—¿Estás por la moral? Perfectamente: en ese caso estamos de acuerdo. El espíritu, como dice un sábio que está presente, y no eres tú, debe preponderar sobre la materia.

Eso es lo que yo quiero: una mujer de talento, de instrucción, que sepa discurrir y hablar como uno habla y discurre, para que podamos comprendernos.

—Pues amigo, ya no estamos de acuerdo.

—¿Por qué?

—Porque mis principios y los tuyos son en este punto antitéticos, antipáticos, antipódicos. Yo, Luis, como el gran Quevedo, que es autoridad irrecusable en achaque de mujeres, cuando quiero filosofías tomo un libro; cuando busco una mujer, no quiero encontrar un libro, quiero encontrar una mujer.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que la mujer debe ser tonta.

—¡Qué barbaridad!

—En buen hora: es una barbaridad, pero muy filosófica.

—Entonces....

—Permítame V.

—Cuando necesite uno un consejo en los negocios domésticos....

—¡Pido la palabra!

—Negocios que son ya incumbencia de ambos cónyuges....

—¡Para rectificar!

—Tendrá que pedírselo á un extraño.

—He propuesto una tésis algo peripatética en la forma, aunque no en su fondo filosófico, y cúpleme hacer algunas aclaraciones. En el calor.... de la improvisación, se me ha escapado una absoluta, que como buen filósofo, retiro modesta-

mente. Fé de erratas: donde dice mujer, léase esposa. Ahora he de sentar otra absoluta, de que no retiraré ni una letra, ni un punto, ni una coma. Toda esposa debe ser tonta.

—Se conoce, Lorenzo, que hace operacion el líquido.

—Aun no he vaciado esta copa de rom.

—Pero la botella de vino, sí.

—El vino, señor don Luis, es sólido cuando se amasa con carne. Y prosigo. En una soltera reconozco yo el derecho de ser todo lo que quiera, hasta poetisa; pero reconozco tambien que al casarse, pierde *ipso facto* ese derecho, derecho que debe convertirse en un solo deber, deber que los asume todos: el deber civil, político, social, sacramental de ser tonta.

—Tú sí que estás....

—Estoy en el uso de la palabra, y continúo. Nó, no rectifico. Pero advierto á V., señor don Luis, que cuando digo tonta, no quiero decir *tonta*, sino tonta.

—Pues no te entiendo.

—Pues creo que hablo en castellano.

—Sí, pero un castellano muy....

—Es verdad, muy filosófico. Pero hablaré más claro. El adjetivo tonto tiene, como muchas otras palabras de nuestro rico idioma, una elasticidad adaptable, acomodaticia, subjetiva, hablando ahora en aleman para que mejor me entiendas. Así, pues, cuando se aplica ese epíteto á un individuo ó individuoa, hay que atender hasta al tono de la voz para alcanzar la exactitud y precision de su sentido. Quiero decir con esto, que la mujer casada debe reducir toda su sabiduría á los siguientes capítulos: Coser, guisar, barrer....

—¡Hombre!

—Barrer.

—¡Qué horror!

—Barrer, sí, señor. Y á lo más, respecto á letras, deletrear, escribir sin ortografia, y contar hasta la multiplicacion: ni más ni ménos.

—Pues señor, eres un bárbaro.

—Si bárbaro es filósofo, acepto con mucho gusto el epíteto.

—No estamos de acuerdo. Yo quiero una mujer de talento.

—¿De talento doméstico? Pues hombre, eso es ser tonta. Estamos de acuerdo.

—Nó, no estamos: el talento supone instruccion.

—Niego la consecuencia. Pero, en fin, puesto que tú solo has de leer en ese libro, cástate con él y.... tiempo al tiempo, que ya te vendrás á mi escuela.

—No lo esperes.

—Yo puedo esperar lo que me dé la gana. Mas ya que te empeñas en casarte, y casarte con una crítica, á lo ménos autorízame á mí para elegirla, y la elegiré de las ménos tontas, esto es, de las más *tontas*.

—Está elegida ya.

—¡Y tan callado me lo tenias!

—No era una cosa resuelta; ni creas que le he dicho nada tampoco: solo median meras simpatías.

—¿Y podría yo saber quién es esa.... simpática?

—No hay inconveniente.

—Sepamos.

—Pues.... Sabina.

—¡Sabina!

—La misma.

—¡Vade retro! A quien no quiere caldo, la taza llena. ¡Pero Luis, si esa mujer no es ya libro, Luis! ¡Luis, si es una librería! ¿Te vas á encuadernar con Sabina?

—Sí.

—¿Resueltamente?

—Sí.

—Niego mi asenso.

—Lo sentiria, porque contaba contigo para todo.

—Contaste muy mal, porque yo no debo, ni puedo, ni quiero ser cómplice de semejante consorcio. Niego mi asenso.

—Prescindiré entónces de él, por irracional, como se dice en derecho.

—En derecho suelen decirse y hacerse cosas muy torcidas.

—Estoy aburrido ya de verme aislado, solo, triste, y quiero gozar ya en paz las dulzuras de la familia.

—En buen hora; pero cástate con otra.

—Para casarme ha de ser con Sabina.

—¡Por Dios! mira que es *literata*.

—Ya lo sé.

—¡Y á sabiendas te sacrificas! En fin: *tibi aras, tibi seris, tibi eidem metis*, como dice Salomon. ¿Sabes quién es este Salomon? Pues es.... tu amigo Lorenzo.

—¿Conque al fin me das tu asenso?

—A fortiori. Pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que ántes de que Sabina entre en tu casa, le he de romper yo los libros, la pluma y.... ¡Qué diablos! en no rompiéndole la cabeza, no habremos adelantado nada.... su mal está en la calavera.

—¡Qué mal la juzgas! Y es que no la conoces bien.

—Ni me hace falta.

—Es una gran mujer.

—Sí, es alta. (Y huesosa.)

—Voy á leerte su poema, titulado *Dulzuras del hogar doméstico*.

—¿Es muy largo?

—Nó: solo tiene setenta pliegos..

—¿Setenta no más? Pues entonces leeré yo miétras el periódico.

—Fuera desairar á la autora, y eso me ofenderia á mí tambien. Oye atentamente, y verás cómo al fin te aficiones....

—¿A quién?

—A Sabina.

—¡Pues no le rezo á Santa Teresa porque era *literata*, y vendria ahora á ser devoto de esa pecadora!

—Me estás ofendiendo.

—¡Pero hombre de Dios! ¿me quieres casar á mí tambien con tu libro? Cásame ántes bien con tu Maritornes.

Luis, sonriendo bondadosamente, comenzó á leer el poema, y Lorenzo, refunfuñando se arrellenó en su butaca.

Pasados los setenta pliegos *no más*, que el enamorado declamó con todo su entusiasmo, preguntó á Lorenzo:



—¿Qué te parece?

Lorenzo no contestó.

Estaba dormido.

IV.

Hojas de una cartera.

Luis se casó al fin con Sabina, la cual continuó componiendo, como quiera que Lorenzo no le rompió libros ni pluma, porque como ya dijo, estando su mal en la calavera, nada habría adelantado, á no romperle otra cosa.

Pasemos en claro todo ese tiempo que llaman luna de miel, tiempo de poesía aun para los prosadores, y penetremos en el tiempo de la prosa de la vida, aun entre los poetas.

Pero estando ya hecha esta reseña, en la cartera de Lorenzo, especie de olla podrida donde hay sabor para todos los gustos, copiamos, con su permiso, textualmente algunas hojas, encabezadas con este chistoso epigrafe:

•Apuntes para un libro que he de escribir sesudamente bajo el título de *Dulzuras del hogar doméstico*, y con la intencion filosófico-moral de probar, como tres y dos son cinco, que toda mujer casada debe ser *tonta*, ó lo que es lo mismo, no debe ser tonta.

Día 23 de Noviembre de 1858.

Estamos de bodas.

Advierto que no soy yo la persona que padece ni la que hace tampoco: soy simplemente un caso oblicuo en esta oracion, oracion que, en mi leal saber y entender, no se dirige al cielo.

El amigo se casó.

Buen provecho le haga. A mí se me ha indigestado la gallina: la gallina no es la novia, puesto que no la he gustado, es decir, no he querido hablar con ella, ni ella conmigo tampoco. No nos entendemos. Y es muy natural: ella habla en griego, y yo en castellano castizo. Por eso digo que mi paladar, tan agradecido á todo contacto sávido, es refractario á estos dulces.

El novio rebosa de placer, de dulcísimo placer, como todo hombre que está de tálamo presente.

Mañana será otro día, porque mañana no es hoy, ó es hoy en tiempo pasado; más claro: porque la futura ya presente, vendrá á ser un pretérito hartó imperfecto; más claro todavía: porque se habrán acabado los dulces de la boda.

La novia ha leído con entonacion dramática un epitalamio, que he oído yo con la misma atencion que su poema de mar-ras, ó sea de *Dulzuras del hogar doméstico*. Picada sin duda por mi atencion, me despierta con un epigrama bastante gro-

sero, clavándomelo hasta la misma cabeza en el mollero del brazo, con grande aplauso de los circunstantes.



En revancha, y por despedida, brindo á su salud con este otro alfilerazo:

Del estómago en la boca
se me sentó la gallina,
aunque he comido muy poca.
Pero no obstante, me toca
y he de brindar por Sabina.

Y si merecen castigo
versos tan iliteratos,
el juez seré yo conmigo,
y cual Apeles, me digo:
zapatero, á tus zapatos.

Sabina no me da gracias por el brindis, ni ménos aplausos por los versos, aunque son mejores que los suyos, y se retira frunciendo las cejas y los labios, como quien entiende la indirecta. Al verla yo enojada, me creo en el deber de desenojarla, dándole una explicacion satisfactoria.

—Señora, le digo con toda cortesía, le advierto que en lo de los zapatos no he aludido á V., puesto que no dije *zapatera*.

—¡Bárbaro! me dice por toda respuesta con la mayor literatura.

Como las palabras de nuestro rico idioma son todas tan elásticas, entiendo que bárbaro quiere decir filósofo, y no tengo por qué ofenderme, ántes bien le doy las gracias, diciéndole también hermosa, amable, sábia y otras alabanzas de la misma elasticidad.

Después me pongo á sus piés desde muy léjos, y me retiro. Son las doce de la noche.

Tomo una taza de café para corregir la indigestion, vuelvo á mi casa, y me acuesto.

Pero no puedo dormirme.

Tomo mi cartera y escribo, comenzando un diario, diario en que anticipo una fecha con su apunte, y apunte y fecha que entrarán textual y crónicamente en su lugar el año inminente.

He aquí la anticipacion.

Dia 23 de Noviembre de 1859.

Luis toma, como tomé yo hace un año, una taza de café para corregir la indigestion, y se acuesta: se le ha sentado la *gallina* en la misma boca del estómago.

Ojo. Téngase presente la fecha.

Dia 24 de Diciembre de 1858.

La novia ha pasado buena noche, y el novio también.

Esto no tiene nada de extraño; lo extraño será lo otro: ni lo otro tampoco; todo está en carácter, en situacion, ó más filosóficamente, en literatura.

—¡Domingo! Luis llama, pero Domingo es lunes, quiero decir, sordo; así como su amo es martes, esto es, ciego.

—¡Domingo!

—Mándeme, señor.

—Dí á la señora que está aquí mi amigo Lorenzo.

Domingo va en gallego, y vuelve diciendo con toda la sal de Andalucía:

—Dijome, señor, la señora, que le diga á don Lorenzo que no está en casa la señora.

—¡Bárbaro!

—Lo que me dijo dije.

—¿Qué ha de haberte dicho eso?

—Dijomelo, señor.

—¡Vete á la gran porra, estúpido!

Domingo se fué á donde lo enviaron, y Luis prosiguió diciendo:

—¿Puedes creer tú, amigo Lorenzo, que sea mi Sabina capaz de tal descortesía?

—De ningun modo.

—Espera, y oirás sus explicaciones.

Luis fué y volvió diciendo:

—Espera un momento, amigo mio: está componiendo y.... pero acabará muy pronto. Compone una poesía que me dedica, y no he querido interrumpirla, contando con tu indulgencia. No vayas á ofenderte.

—¡Qué disparate!

—Sabe ya la intimidad que nos une, y te trata como si fueras de casa.

—¡Qué llana es!

—Estoy muy satisfecho de ella.

—Debes estarlo.

—Y cada dia estaré más.

—Asi sea.

—¿Lo dudas?

—Nada de eso. Ea, adios.

—¿Te vas?

—Sí.

—¡Cómo!

—Andando, andando.

—¿Y vas á hacerle un desaire?

—*Par pari refertur.*

- Habla en castellano.
- Digo que es ya tarde.
- No son mas que las dos.
- Y media.
- Nada, nada. Siéntate sin prisas, que hoy comes tambien con nosotros.
- Tengo ya la mesa puesta.
- Mentira es, Lorenzo: tú comes á la francesa.
- Nó, hijo: mi madre es zaragozana, y lo hace todo á la española.
- Pues quiere decir que comerás hoy dos veces.
- Hijo mio, si me quedo aquí no comeré ninguna.
- ¿Cómo es eso?
- Es infalible. A la española se almuerza por la mañana, se come á estas horas y se cena á la noche. Vosotros comeis á la francesa, es decir, almorzais á las doce y comeis á las siete. Vuestra comida, pues, sería mi cena. Ahora bien, y mi comida ¿qué sería? El vaso de leche. Y lo tomé á las nueve.
- Pues tomarás ántes las once.
- Son las dos.
- ¿Qué importa eso? ¡Domingo!

Domingo tomó las órdenes, y trajo luego las once, ó más exactamente, las tres menos cuarto, en una muestra de salchichon, queso, pasteles y otros líquidos, yéndose despues de hacer tiestos adonde se fué la otra vez (á la gran porra). Sentámonos nosotros ante la chimenea y entre Vich y Málaga, ó entre Flandes y Jerez, ó entre Pinto y Valdemoro, hablamos por hablar algo de cosas indiferentes, murmurando del Gobierno con el respeto debido.

Y dieron las tres, y las cuatro, y las cinco, y las seis, sin que madama Sabina compareciera.

Por fin, á las seis y media se dignó salir á escena, trayendo como viva parodia de Melpómene, por cetro una pluma, y no de águila, de pua de puerco-espín, por tragedia una oda en silba, y por máscara su propia fisonomía.... mia nó, de Luis.

—Excúseme V., Lorenzo, por la inconveniencia del recado.



—Está V. excusada, Sabinita.

—En estando yo inspirada, no sé lo que me digo, créalo V.

—Basta que V. lo diga, señora.

—Oid.

Y sin mas exculpacion, ni exordio, ni permiso, Melpómene entró en silba leyendo con voz trágica su interminable madrigal.

No habiendo podido dormirme esta vez, no por falta de virtud en su poesía, mas por defecto de mi prosa, me vi obligado á aplaudir por no faltar.... á la literatura.

Satisfecha sin duda de mi aplauso, la inspirada componedora me invitó á comer con gran empeño, apoyando la iniciativa de su esposo, y ofreciéndome improvisar en los postres un soneto.

Pero yo, que en achaque de versos estoy siempre [por los

libres, tomé el Helicono abajo sin oír ya más musas ni músicas.

6 de Enero de 1859.

¡Día de Reyes! Teníamos Luis y yo que dar unos días, no á los reyes, que yo, bien que tenga frac, estoy *sansculottes* para visitas de tanta etiqueta, sino á un respetable magistrado con cuya primogénita debiera yo casarme, porque es tonta, no tonta, sino *tonta*; pero es algo feita, más de algo, y esta necedad no entra en mi *tontería* filosófica. La menor es bellísima, pero no será el hijo de mi madre quien la haga feliz, porque, sin ser Sabina, es también algo tonta, más de algo.

Sin embargo, no me siento mal entre las dos, porque sé yo sacar partido de entrambas. ¡Cómo? Hablando con la feita y mirando á la hermosa. ¡Oh! ¡si fuera posible hacer de las dos mi unidad conyugal! ¡Solo á esta condicion sería yerno del respetable magistrado.

Pero llamémonos al órden.

Decía que Luis y yo teníamos que hacer hoy esta visita, y que al fin, y á mi pesar, no la hemos hecho.

¿Por qué?

Porque para presentarse con decencia habia de vestir siquiera de limpio el señor don Luis, y el señor don Luis tiene sucias sus 24 camisas.

Sabina.... Sabina sigue componiendo.

8 de Febrero.

He hecho una ausencia de un mes á un pueblo de esta provincia en busca de *trigo*. Como yo tengo de sobra para mi año económico con doce fanegas, puedo decir que me las traigo en el bolsillo.

Si fuera marido de la mujer de Luis, á buen seguro que no me bastaria toda la paja y cebada de la Mancha.

Y por Dios que lo he pasado mejor que en la córte en el cortijo. He de ir allá otra vez.

La hija del ricacho aquel me gustaba un poco, más de un poco. De muy buena gana la hubiera hecho feliz; pero era más tonta de lo que permite mi filosofía, esto es, tonta de remate, y no tan calvo ya que se nos vean los sesos.

No obstante, si se me encerrara en la ineludible disyuntiva de casarme con Sabina ó con Gregoria, me casaría.... ¿Con quién me casaría? ¡*Gre....go....ria!* ¡Dios! ¡Cuánta prosa!... ¡*Sa....bi....na!* ¡Diablos! ¡Cuánta poesía!... No me casaría con ninguna.

Anudemos el hilo de esta historia.

Vengo del Parnaso.

Sabina me ha dicho que soy un poco grosero por no haberle contestado á una oda filosófico-moral que me compuso ella y remitió Luis al pueblo en los primeros días de mi ausencia.

Yo, por mí, le dí las gracias en carta para su esposo: ahora, contestar á la oda, no contesté ¿ni quién había de contestar á estas arrastradas aleluyas, plagiaras después de arrastradas?

¡Oh! qué dichosa vida
la del que huye el mundo y su ruido
y busca en su hu da
la sabiduría que en olvido
echan los que sábios nunca han sido.

Así continúa la gran Sabina la oda de Fray Luis de Leon, remendándola tan bien como remendará las camisas cuando le vaya faltando tela al pobre Luis.

Pero concluye con una estrofa original, originalidad que, como suya, podemos llamar remiendo de otro paño:

Allá vá:

Mirando en la ladera
las cabras y el pastor de humildes portes
paciendo, y ea la pradera
la cabaña y el perro y los consortes,
bien puedes compadecernos en las córtes.

Sí, Sabina, te compadezco, y á Luis también, á los dos.

10 de Marzo.

La mujer más antipática puede llegar á estar interesante; Sabina está en ese estado. Pero sigue componiendo, esto es, no deja de ser antipática.

Agítase una cuestion de gran trascendencia entre los padres de lo que salga: la cuestion de nombre, cuestion que siempre ha sido accidental. Luis quisiera el bautismo Juan ó Antonia; pero Sabina combate retóricamente esta vulgaridad, sosteniendo que los nombres ejercen, mala ó buena, una influencia fatal sobre los individuos ó individuos, y que un Juan y una Antonia no pueden dejar nunca de ser Antonia ni Juan, así como un Pindaro y una Safo son siempre una Safo y un Pindaro.

Luis se da por vencido como siempre, y prevalece la opinion de Sabina. En su virtud se resuelve que si lo que salga es macho, se llame Víctor Hugo, y si es hembra, Madama Stael.

Cuando me presentaron esta especie de candidatura para que la apoyara, me excusé diciendo que mi Almanaque que notraia tales santos.

—Usted no vive en este siglo, me dijo Sabina con enfado y desenfado al mismo tiempo; y dándome la espalda se partió.

¡Lástima que no fuera por las vértebras!

15 de Abril.

Sóbrame la razon para estar indignado, y rasgo el papel con la pluma. Mi fraternal amigo Luis ha vendido una posesion para tirar á la calle ocho mil duros. Si hubiera consultado con Lorenzo, no habria hecho semejante disparate; pero Sabina lo ha vuelto hasta reservado conmigo.

¡Cómo se entiende! ¡Gastar cinco mil duros en libros y tres mil en bustos de poetas y demás muebles para el gabinete-estudio! ¡Qué necesidad hay de ese estudio? ¡No sabe V. ya bastante, doña Sabina?

¡Insensato Luis!

Pero donde cae el burro, dice el refran, allí debe llevar los palos.

Y los llevó.

—¿Cómo?

—Hélo aquí:

—Sabina, pégame este boton.

—No tengo agujas, Luis.

!!! !!!

18 de Mayo.

Vengo de la república de las letras, ó sea de casa de Sabina, adonde solo voy de uvas á brevas por no hablarle, es decir, porque ella no me hable á mí.

Por fortuna no estaba en casa, segun dijo Domingo.

¡Cuán feliz soy! decia el novio con espontánea sonrisa el dia de sus bodas.

Ya no se observa en él aquella espontaneidad. Le he preguntado que si en efecto lo es, y me ha respondido que *sí*; pero un *sí* sério, seco, sospechoso, casi afine de *no*.

—Me alegro, le he dicho yo del mismo modo.

Y hemos hablado de las *Dulzuras del hogar doméstico*. Pero yo solo he hecho el gasto: Luis no ha hecho mas que fumar y escupir, como si ya le amargara tan dulcísimo poema.

20 de Junio.

Luis viene á visitarme sin cuello.

Entiéndase que este cuello es el de la camisa, que el suyo lo trae el hombre puesto, aunque no muy bien cosido tampoco.

Pregúntole cortesmente por Sabina, y al contestarme, estornuda y no me contesta.

Busca el pañuelo de las narices, y no lo encuentra en ninguno de sus bolsillos rotos.

Mi madre, que trata á Luis con cariñosa franqueza, muy

pronto remedia estos males. Tráele para elegir seis pañuelos y doce cuellos, que, limpios y planchados, tiene siempre á disposicion de su hijo. Toma su neceser, que llama tabaque la señora mia, por no usar la palabra francesa, ó porque le da la gana de llamarlo así, que es para mí la razon suprema; tabaque ó neceser que tiene ya treinta años; neceser ó tabaque provisto siempre de agujas y alfileres y madejas de seda, de hilo, de algodón; ármase al punto de una aguja que le enhebro yo, como siempre que estoy en casa, porque la buena señora no ve mucho y quiere ver por mis ojos, que ven toda la luz al mirar sus venerables canas; y con muy buenos puntos, aunque sin comas, deja como nueva la levita de Luis. Mi madre no sabe de literatura, pero sabe hacer muy buenas oraciones, tan buenas que las aplaude Dios, y por eso ni nos falta pan ni bendiciones; mi madre no sabe matemáticas, pero sabe contar mejor que Vallejo los cuartos que tiene una peseta, precio del honrado trabajo de su hijo, y mide exactamente todas las horas del dia, sin que le falte un minuto ni le sobre; mi madre no sabe ni le hace falta saber quién es Lamartine ni Víctor Hugo, pero supo siempre quién era mi padre y no olvida jamás quién es su hijo; mi madre, pues, es tonta; pero no es *tonta*, que tiene todo el talento que necesita.

—¿Por qué no te casas?

—Porque nó.

—Esa razon no es razon.*

A ver si ahora que conoceis á mi madre, es razon mi *porque nó*.

¡Dios guarde á mi madre! ¡Madre mia!

30 de Julio.

Sabina es ya mamá, y mamá con doble título, por cuanto los echa á pares, no los títulos, los párvulos. Y, para que la fortuna sea completa, macho y hembra, como debian ser Madama Stael y Víctor Hugo.

Y en vano la Iglesia les ha puesto Juan y Antonia: Sabina sigue llamándolos Víctor Hugo, Madama Stael.

Pero ahora que me acuerdo. Me parece que Sabina ha tenido mucha prisa en salir de su cuidado, y paréceme tambien que no debiera haber tenido tanta. Ajustemos esta cuenta. Nó, no nos metamos en tanta... literatura.

15 de Agosto.

Luis está sério, fosco, cejijunto, y se distrae con frecuencia mirándose las manos, como si ajustara alguna cuenta con los dedos.

3 de Setiembre.

La mamá dice que no puede amamantar á ninguno de sus hijos, y les pone dos amas.

16 de Octubre.

La mamá no puede componer con los niños siempre en casa y les pone dos niñeras para que los lleven á paseo.

Y son tres, y dos cinco, y dos, ¡siete criados!

Posdata. Y la doncella (*salvo meliori*), á quien Sabina llama mitológicamente Ebe.

19 de Noviembre.

Luis vende otra posesion.

Como el arroyo va al rio y del rio á la mar, así va Luis fatalmente del Parnaso al Erebo, del Erebo al Tártaro, y de aquí... á la gran porra.

Ya no me incomodo, por más que sienta su perdicion: la predije y la espero resignadamente. Ni hay que darle vueltas; sentadas las premisas, caen por su propio peso las consecuencias.

En cierto modo me alegre, es decir, no me alegre, pero aplaudo sin reserva la infalibilidad de mi sistema filosófico. Todo esto y más predije, y no atestiguo con muertos: lo que está escrito, escrito está, como dicen los *fakires*.

23 de Noviembre.

Luis no anda muy bueno, que digamos. Y es que necesaria y fatalmente debia estar malo al llegar á la fecha cuyo apunte anticipamos con *ojo* un año hace.

El apunte á que nos referimos entra ya crónicamente en su lugar.

Hélo aquí:

«Luis toma, como tomé yo hace un año, una taza de café para corregir la indigestion, y se acuesta: se le ha sentado la *gallina* en la misma boca del estómago.»

(Textual.)

V.

Un episodio.

Rompamos por un momento las unidades de este drama, ó comedia, ó lo que sea, para insertar, como entre paréntesis, una carta que encontramos en las últimas hojas de la cartera de Lorenzo, y que acaso leais con gusto los benévolos.

No tiene ningun enlace en esta historia: aunque no es del todo impertinente, puesto que abunda en las mismas ideas; es un episodio, pero es un rasgo muy característico que hace resaltar la fisonomía intelectual y moral de nuestro amigo Lorenzo, ese hombre incalificable, tonto y discreto á la vez, y á la vez sensato y calavera.

Dice así el documento:

«Mi querido amigo: recibí tu jeremiada del 3 del corriente, y como el caso lo requiere, voy á contestarte con toda la seriedad de mi carácter filosófico, aunque el mismo caso haces tú de mi filosofía que yo de tus inspirados versos.

Te lamentas de tu suerte, y haces bien, porque es *malvada*,

pero no te compadezco por lo mismo. Sin embargo, me intereso por tu bienestar, y debo darte consejos útiles *jútiles!* y te los daré repitiéndote lo que te he dicho ya cien veces, y si no son ciento, serán noventa y nueve y tres cuartas: no me equivoqué en mucho; en un *cuarto* de vez, mientras tú te equivocas en todos los reales de plata.

Malvada es tu suerte, en verdad, pero esto no quiere decir que sea mala, porque no es lo mismo *pobre* que *empobrecido*; bien que en último resultado los dos extremos sean el revés de la moneda, ó un mismo *descuartizamiento*.

Tú mismo has hecho mala tu suerte por tu gusto, que es un gusto muy especial, acaso el *bello desorden* que llamais vosotros, porque el orden es que el hombre tenga gusto de pasarlo bien, y este gusto, aunque sea feo, es mil veces preferible al tuyo, aunque sea bellissimo.

En primer lugar, te has hecho poeta; ¡poeta! Necesario es que el hombre se haga algo; pero hacerse poeta, hijo mio, es no hacerse maldita la cosa: vale más hacerse una horca y mercerse en ella con todas las reglas del arte; porque, filosóficamente hablando, esto ya es hacerse alguna cosa.

¡Poeta! ¿Has visto tú, ú oído decir siquiera, que algun poeta sea rico? Si sabes de este fenómeno, mándame las señas de su palacio, porque bien vale la pena de hacerle una visita. Sería un hombre singular, el príncipe de los alquimistas, como quiera que habia llegado á hacer oro de aire. Y ya no se diría piedra filosofal, sino *aura poetal*. *Risum teneatis*.

Nó, amigo, nó: el aire es aire; esto es, el poeta, poeta es y poeta será; quiero decir, que el poeta está condenado á no tener una peseta. (Borraré esta peseta, no sea cosa de que haya hecho yo un verso.) Rectifico: está condenado á no tener camisa.

Y esto no es de ahora, que el anatema viene de muy atrás, y seguirá muy adelante. Homero, el divino, como vosotros decís, era un ciego descamisado. Y Camoens era un tuerto descamisado. Y Milton.... yo no sé lo que era respecto de ojos, pero sé que no veía tampoco una blanca. Y sin irnos á otros pai-

ses, Cervantes, el gran Cervantes, era tuerto y descamisado de todos sus remos. Y sin retroceder á otros tiempos, Espronceda, ese Dante enrevesado que, con más genio que aquel, subió el infierno á la gloria, vivió como quiso el diablo. Y Zea, el simpático Zea, murió como Dios quiso, y fué al cementerio como no queria el sacristan; *¡gratis!* ¿No te hace gracia la gracia de este poeta? Pues hijo, todos los poetas estais estereotipados sobre el mismo molde.

En segundo lugar, te has hecho político *sensible*, y eres por tanto y por tonto un desdichado político: los políticos hábiles han de ser matemáticos, aritméticos, calculistas, ya que no pueden ser lo que yo, político grosero; es decir, trabajador independiente.

Observa bien y verás que el político hábil no es radical, ni absolutista ni autónomo, porque ninguno de esos dos tipos es de actualidad: aquel pertenece á la historia, éste á la profecía; el uno á lo que pasó, el otro á lo que ha de venir. Así es que se queda en medio, y así medra y sube, aunque por riguroso escalafon ó escalon: del primero al segundo, del segundo al quinto, del quinto al vigésimo, y así sucesiva y religiosamente.

En tercer lugar, te fias mucho de los hombres, y los hombres sois muy malos; desconfia de todos ellos, aunque sean héroes, que los héroes no somos tampoco muy buenos. Desconfia tambien de tí mismo, de tí más que de todos, pues te juro por todos tus dioses (y mis diosas) que nunca te has dicho la verdad; como que te has hecho creer que Midas tenia el tacto de oro, y lo que tenia Midas eran orejas de asno.

En cuarto lugar, no quieres casarte, y has de saber que el matrimonio es una carga que baja las ilusiones á los piés y sube las realidades á la altura de los ojos: justamente lo que te hace á tí falta.

Pero guárdate muy mucho de adherirte á mujer poética, porque si á un simple poeta se lo lleva el aire, á un poeta compuesto de tales ingredientes se lo llevaria sin falencia el mismísimo diablo.

En quinto lugar.... Tema hay para todos los lugares teológicos; pero baste de lugares.

En resumen:

Si quieres mejorar tu malvada suerte (*malvada*, no mala), entra en la vida real y aprende que el mundo es un gran mercado: en un grande, como en un pequeño mercado, el que toma dinero es el que da en cambio algun producto ó género.

Ahora bien, ¿quieres decirme á qué género pertenece la poesía? ¿Es seda, es hilo, es algodón siquiera?

La poesía es el corazon, dirás tú con Byron. Sea; pero el corazon ya no se estila; y á ver cómo vendes en el mercado de España una moda vieja, ahora que todos los dias vienen nuevas de París *de Francia*.

Aprende, amado Teótimo, que la política útil no ha de ser *sentimental*, sino positiva, culinaria, *masticable*, y sé político hábil, ya que quieras ser político. Aprende que todos los hombres no son héroes, y que los héroes suelen ser Ulises. Aprende que las mujeres hacen casa, cosa que tú no tienes, y que así como la mujer, que es literata, hace de un duro ménos de una poseta, la mujer, que no es literata, hace de una peseta más de un duro.

Apréndeme, en fin, de memoria, apréndeme á mí, libro en rústica, es verdad, pero de muy buena filosofía, y llegarás á ser, como yo, rico; que rico es el que, despues de haber comido, tiene en el bolsillo un sobrante de reales vellon—50 céntimos.

Por lo demás, puedes disponer de mi sobrante con la misma franqueza que te lo ofrece tu afectísimo amigo.—Lorenzo. (Está rubricado de mi real mano.)

VI.

Cuatro hojas más.

Volvamos, por decirlo así, á las andadas, ó sea á las musas, tomando cuatro hojas más de la cartera de Lorenzo, referentes á Sabina.

Día 25 de Diciembre de 1859.

Desciendo del Olimpo, en cuya cúspide queda Sabina, rodeada de todos los poetastros de la córte.

La ambrosía ha corrido por allí como un arroyo: Champaña, Burdeos, Rhin, rom, *rhum*, como se dice allende. Sabina obsequia, Luis paga; paga y calla, porque Luis va perdiendo el don de la palabra. No obstante, aun estando solo el matrimonio, no se advierte, digámoslo así, el vacío: Sabina lo llena hablando por ella y por él. Verdad es que nosotros los iliteratos no podíamos tener voz en una especie de certámen en que se había impuesto, como *sine qua non*, la condicion de hablar en verso.

No poseyendo yo el habla de los dioses, tomé mi sombrero y me vine sin despedirme, por no quebrantar la condicion impuesta.

Miéntras la mamá se daba á tales aleluyas, los pobres gemelos, medio desnudos, súcios y yertos como dos *enfants perdus*. lloraban, acaso de hambre, en brazos de las niñeras.

Es noche en que da Sabina á sus concolegas un té danzante, y en que improvisará una oda (que tiene ya compuesta).

15 de Enero de 1860.

Hoy he tenido un mal encuentro, sin duda por no haberme

persignado esta mañana, como dice mi madre siempre que tropiezo. Fui á hacer mi visita mensual al pobre Luis y estaba sola Sabina, quien por fatuidad sin duda mandó que me introdujeran en su estudio.

Estaba componiendo, y no dejó la pluma al entrar yo, ni contestó á mi saludo á guisa ó *desaguisado* de inspirada; solo me hizo una ligera indicacion para que tomara asiento.

En mi vida he visto mujer más ridícula ni que ménos se alejara del tipo ideal de lo poéticamente feo. Lánguida, amarilla, ojerosa, desgreñada, aquella cabeza de Medusa me inspiraba á mí el temor de ser convertido en piedra, si seguia mirándola, y volví la cara á otra parte.

Cuando se le pasó la inspiracion, contestó á mi saludo preterito, diciendo dramáticamente:

—Guárdeos Dios.

—Adios quedad, dije yo en el mismo tono tomando mi sombrero.

—Deteneos, añadió Sabina extendiendo el brazo y perpetuando la actitud artística.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Sentaos á mi escritorio.

—Pero....

—Sentaos.

—Siéntome.

—Escribid.

—Señora, ved que yo no entiendo de literatura.

—Ya lo sé, y por lo mismo no exijo tanto de vos: quiero solo que me copieis este poema, lo cual es un ejercicio harto mecánico.

—Advierto que tampoco tengo puntos ni comas.

—Pero los tengo yo.

—Extraño es, Sabina, que V. no tenga buena letra, teniendo, por otra parte, tanta.... literatura.

—¿Dónde ha visto V., Lorenzo, que una persona de letras tenga buena letra? Eso sería absurdo, y se queda para los copistas.

—Muchas gracias; pero....

—Basta de *antitesis*, si os place, que es una señora quien exige.

Y me dictó el primer verso.

—Los niños lloran, dije yo, llamándole la atención hácia otra más preferente, seria y perentoria.

—Que llorén, replicó la buena madre con aquella sangre fria que solo se calentaba al fuego de Apolo.

Y como si este rasgo no fuera bastante para definirse á si propia, añadió:

—Cuando estoy componiendo me abstraigo completamente del mundo exterior, olvidando cuanto me rodea. Solo asi me viene la inspiracion y soy capaz de hacer lo que hago.

Y volvió á dictarme el primer verso de su arrastrado poema.

—¡Conque no hay remedio! repliqué yo oponiendo *antitesis* aun. ¡Conque he de hacer yo tambien versos!

—Nó; los versos míos son: no quiera V. ya apropiárselos.

—¡Dios me libre, Sabina, de tan indiscreta tentacion! Yo no me apropio versos de nadie, y mucho ménos de V., que tanto dista de mí como el Parnaso de un almacén de comestibles.

—Es verdad.

Y la muy.... literatastrá volvió á dictarme otra vez el primer verso.

Y héte aquí á Periquito hecho fraile, quiero decir, á Lorenzo hecho poeta bajo la inspiracion de tal musa, de tal Medusa.

Tengo que tomar una purga.

20 de Febrero.

Pues señor, Luis se quedó mudo.

Y es que al lado de Sabina, esa biblioteca ambulante que tiene un libro en fóllo, aunque descuadernado, para todos los temas posibles, no puede un profano decir mas que buenos dias y V. lo pase bien. Y como el pobre es de casa, no puede tampoco decir esto.

Luego la criticaona quiere que su marido, por serlo de tal mujer, sea un diccionario, ya que no una biblioteca, y le exige definicion de toda palabra, manteniendo que no debe usarse ninguna cuyo sentido no se abarque en todas sus acepciones.

—¿Mienta V., por ejemplo y por casualidad, una gran calabaza? Pues ya tiene V. encima el *quid est* de la catedrática.

—¿Y qué es calabaza?

—Calabaza es una cosa como.... V. puede definirla, porque yo no estoy muy fuerte en este punto.

—¿Se habla de vinos, de chocolates, de café, de leche, por no hablar de literaturas? Pues le ha de dar V. sus elementos químicos. Y si no, ella se los da á V., que es mucho peor.

Tomábamos café esta noche los tres en amor y compañía. Luis callaba y yo tambien, sin que se notara la falta de nuestro contingente parlamentario, porque ella lo suplía con ventaja.

Domingo servia, y poniéndome á mí más leche de la que necesitaba, se lo hube de advertir diciéndole vivamente:

—¡Bárbaro!

—¿Qué quiere decir eso? me preguntó al punto Sabina.

—Perdone V., señora, mi inconveniencia.

—Nó, no lo digo por tanto. Abordo la cuestion filosófica. ¿Qué quiere decir bárbaro?

—Bárbaro quiere decir.... Domingo.

—Nó, y ahora se convencerá V. de su mala aplicacion. Bárbaro, del latino *barbarus*, de la raiz griega *bárbaros*, es una derivacion de *bar-bar*, onomatopeya con que los griegos llamaban á los estranjeros que estropeaban su idioma. Bárbaro, pues, solo significa estranjero, en su acepcion histórico-filosófica.

—Quedo enterado. Pues, estranjero, me has puesto mucha leche.

—¿De qué se compone la leche? me volvió á preguntar Sabina.

—La leche.... se compone.... de leche.

—Ese es un círculo vicioso.

—Pues no me sacaré V. de él, porque ignoro las propiedades de ese líquido.

—Es fluido.

—O fluido.

—No sé cómo osan VV. valerse de voces, cuya filosofía ignoran tan profundamente.

Iba yo á decirle que leche y no filosofía de leche era lo que yo tomaba con el café, cuando Sabina me interrumpió con su explicacion científica, diciendo que la leche se componia de manteca, azúcar, agua, tinta y no sé qué otros ingredientes.

—Basta que V. lo diga, señora.

—¿Con qué letra se escribe basta?

—Con *h*.

—¿Qué disparate!

—¿Nó? Pues yo siempre lo he escrito así.

—Pues siempre lo ha escrito V. mal, porque se escribe con *v*.

—Ya lo sé para lo sucesivo; y no solo esto, sino muchas cosas más, porque entrar en el gabinete de V. es entrar en la escuela politécnica.

—Gracias. Pero de seguro ignora V. tambien esa palabra griega.

—Ciertamente.

—¡Y sin embargo, la usa!

—Ahí verá V.

—*Politécnico* es un derivado de *pólis*, que significa muchos, y *teknos*, que vale tanto como ciencias; composicion que da por resultado la idea de muchas ciencias.

No andaba yo ahora descaminado, porque en verdad es V. una biblioteca, cuya significacion tambien ignoro: confieso modestamente mi ignorancia.

—*Biblios-teke*, cajon de libros, librería.

De esta manera convierte Sabina en cátedra, y no del Espíritu Santo, la sala, el gabinete, la alcoba, la cocina.... la cocina nó: las casas de las literatas no tienen más que estudio. Luis (sea dicho entre paréntesis), Luis tuvo que almorzar en mi casa ayer, porque no estando en la suya la cocinera, no

supo Sabina freirle un huevo. Pero sabe perfectamente freirle la sangre.

25 de Marzo.

- ¿Qué hay de bueno, Lorenzo?
- Señora, todo lo que yo sé es malo.
- ¿Hay reaccion política?
- Yo no me meto en eso.
- ¡Cómo! ¡no tiene V. opinion!
- Sí; pero no soy político militante.
- Acaso pertenezcamos á una misma escuela.
- Nó, señora, dije yo simultáneamente casi, aunque no sabía cuál era su conciencia en este punto.
- ¿Qué opinion tiene V? me preguntó.
- ¿Y V? le pregunté yo por precaucion, para buscar luego el polo opuesto.
- Yo soy mujer de orden.
- Ya lo presumía yo.
- No hay que decir que acepto la monarquía con todas sus consecuencias. ¿Y V. qué es?
- Revolucionario.
- ¡Qué aberracion!
- Y socialista.
- ¡Horror!
- Y comunista.
- ¡Pavor!
- Sin aceptar ninguna consecuencia.
- ¿Sabe V. á dónde conducen esas utopias?
- Píncheme V., que estoy en mi terreno.
- Pues conducen al despotismo por medio de la dictadura.
- Mejor.
- ¡Mejor! ¡El sable ántes que la pluma!
- Sí, señora, y cuarteles ántes que *bibliotecas*.
- Cedant arma togæ, concedant laurea linguæ*, ha dicho Ciceron.
- Pues yo digo.... lo que dije.

—Perdonad á este profano ¡oh musas mías!

—Nó, no me perdoneis, musas de Sabina, porque con la tea
ó con el sable he de entrar á saco en el divino Parnaso y....

—¡La lengua! ¡sacrilego! ¿Qué ha osado V. decir en mi
presencia?

—Que no dejaré en el Parnaso....

—¡Silencio!

—Titere con cabeza.

—Prohibo á V. absolutamente hablar en mi casa de anar-
quía, y lo condeno á no ver mi sonrisa hasta que retracte sus
sacrílegas palabras.

—Pues con eso, dije yo al paño, quien se ha condenado
eres tú á estar sería toda la vida.

—Beso á V. la mano.

—A los piés de V.

Y partió mirándome con cierto desden.

30 de Abril.

Me siento combatido por dos afectos contrarios: lástima,
indignacion.

—Hay en casa de Medusa, como yo llamo á Sabina, ocho
criados nada ménos, de los cuales cuatro deben estar exclusi-
vamente consagrados á los niños: lo estarán acaso; pero toda
solicitud es nula ó insuficiente sino, cuando no vela sobre todo
esa providencia doméstica que se llama amor de madre.

Luis está en la calle, Sabina componiendo, los criados y
criadas retozando.

Un golpe, duro y blando á la vez, pero horroroso, inde-
cible, suena en las baldosas del patio, y sucede un silencio pa-
voroso, y luego una confusion de lenguas, una babel entre
criados é inquilinos, á quienes atrae el golpe á las ventanas.

¿Qué ocurre?

La niña gemela se ha escurrido por entre los hierros de un
balcon, y yace muerta en lo hondo.

Luis llega despues.

—Renuncio á describir esta escena, que por otra parte na hace falta en esta historia.

Pasemos adelante.

—¡Silencio! decia Luis á los criados *gementes et flentes in hac lacrymarum valle*. ¡Silencio! que no os oiga la señora.

—¡Desdichada madre! exclamaban los inquilinos.

—¡Y tan desdichada! añadía yo, sin que me entendiera nadie más que Lorenzo, personaje que siempre va conmigo.

Dos veces sonó el reló dando las horas más largas como llamando á una madre, sorda del corazon.

—Sabina va á salir á almorzar, me dijo Luis, y hay que prepararla ántes á recibir la desgracia. Yo no sirvo para estas cosas.

—Yo la prepararé, que sirvo para todo.

Y esto diciendo, enderecé al estudio.

Sabina estaba inspirada, y siguió componiendo sin reparar en mí.

—Señora, le dije mirando aquella cabeza de Medusa, sin ningun temor por entónces de que me convirtiera en piedra, porque me sentia capaz yo de no dejarle un pelo, cuanto ménos una pluma.

—Dejadme en paz, me contestó ensimismada.

—Oigame V.

—No puedo ahora.

—Es preciso que pueda.

—No hay que distraerme.

—A eso vengo resueltamente.

—Basta de impertinencias.

—Esto le pertenece muy de cerca.

—¡*Corpo di Bacco!* Ya se me fué la idea.

—La idea la traigo yo.

—Me carga esa porfía, de muy mal gusto. por cierto.

—Tengo que cumplir un deber de....

—De él os relevo yo de muy buen grado.

—Pues lo que es yo, no me vuelvo sin dar á V. la mala nueva.

—¿Nueva mala?

- Malísima.
- ¡Y para eso insistis tanto!
- Para eso.
- Ea, pues hablad.
- Su hija de V....
- ¿Qué?
- Que, como no tenia quien velara con solícito cuidado por su desvalida existencia, se ha caído del balcon.
- ¿Y se ha hecho daño Madama Stael?
- Como que se ha aplastado la cabeza y....
- Acabad.
- ¿Qué más quiere V? que es muerta.
- ¡Dioses! gritó la gentil (por *politea*) levantándose trágica y terrible.

Despues de una pausa de silencio, muy en situacion, dió algunos pasos vagos y desiguales, como si calzara el coturno; se pasó las manos por la frente, y crispándolas luego sobre el pecho, comenzó á declamar en esta guisa:

—¡Muerta! ¡Ella! ¡Madama Staell! ¡Es cierto? ¡Responded! ¡Nó, no respondais! ¡sellad el labio, bárbaro mensajero del reino de Pluton y Proserpina! ¡Muerta! Nó, no ha muerto. ¡Mentis! ¿Qué haceis ¡oh dioses! que no lo castigais á vista de mis ojos con los suplicios de Tántalo y de Sisifo y de las Danáidas?... Pero el cielo se anubla.... el sol se eclipsa.... la luz se apaga.... mi razon se pierde. ¡Y es que murió! ¡Oh me infelice! ¡Murió! ¡Povera di me!... Pues bien, Parcas crueles que cortais en flor las existencias, cortad tambien la mia, estinguíd mi inspiracion, matad el genio que brilla en esta frente, y yaga la madre cabe la tumba de la hija.

Dijo. Y calculando diestramente la distancia, cayó desmayada en mis brazos.

(Miento, porque indignado con la mistificacion de la tragi-comediante, huí oportunamente el cuerpo y dió con el suyo en tierra. Verdad es que ella, aunque desmayada, procuró caerse *comm'il faut* y no se hizo mucho daño.)

Ignoro lo que haria y diria despues.

15 de Mayo.

Luis está en cama. No me gusta Luis; es decir, el enfermo. Hay, sin embargo, sanos que me gustan menos. ¡Oh! sí; el cólera-morbo, la fiebre amarilla, el vómito negro, me gustaría más que Sabina. Es cuestion de gustos; y como diz que de gustos no hay nada escrito, escribo yo esto para que ya haya algo.

20 de Mayo.

Luis se ha levantado, pero sigue la tosecilla, insistente afección que no me parece catarral: esa tos, aunque suya, es á mi ver de *sabina*, quiero decir, es tos de pecho, de des-pecho.

17 de Junio.

Vuelve á guardar cama Luis, y mi madre va á asistirlo.

—¿Y Sabina?

En el estudio: no sabe Sabina que por más que estudie no ha de saber más de lo que sabe.

24 de Junio.

Luis se levanta; pero caerá otra vez, me parece á mí y á él tambien.

4 de Julio.

Y sigue la tos. ¡Ay qué tos! De catarral no es, nó, que hace un calor de zona tórrida: es, como dije, tos *sabina*, por lo cual no tengo temor al contagio.

10 de Julio.

Voy casa de Luis con ánimo de hacerle una pregunta que, dadas las circunstancias, no me parece inoportuna: que si es feliz con su adorado tormento.

—Luis, le digo, ¿me permites que te haga una pregunta?

—Nó, Lorenzo, me contesta tristemente. Sé generoso conmigo.

—Comprendió mi intencion; pero en su misma evasiva contestó negativamente á mi pregunta.

Con razon le negaba yo mi asenso. ¡Oh! yo tengo mucho talento, aunque dice Sabina que soy tonto. Tonto soy, sí, pero á lo méaos no soy *tonto*. Hay sábias que no pueden decir otro tanto.

25 de Julio.

Se confirman, por desgracia, mis temores. El médico me ha dicho que el constipado de Luis es tisis, y aconseja al enfermo que mude de aires. Pero Sabina está publicando una obra de gran conciencia crítica, y teniendo que corregir las pruebas, no puede ausentarse de Madrid *por ahora*. Luis no se resuelve á partir sin la familia, y se queda con sus tos, es decir, con Sabina.

25 de Agosto.

Luis está peor. El médico insiste en la necesidad de un cambio climatérico, declarando que el mal progresa rápidamente, y que el remedio aconsejado como último recurso, sería mañana tardío.

Tomo cartas en el negocio, pues no debo permitir que por incuria se muera mi fraternal amigo, y le hago salir de su abandono. Pero el tema le ha producido una emocion profunda, y aplaza la decision para otro dia.

No ha de pasar de mañana, como soy Lorenzo.

26 de Agosto.

Despejé al fin la *x*.

Luis no tiene un cuarto. Ni yo tampoco; pero yo estoy en carácter, él nó: él debia tener muchos miles duros; sinó fuera por *x*. Esta *x* es *s*. (Sabina).

En fin, aceptemos la situación, cuyo problema puede formularse así:

Quien gasta más de lo que tiene, queda á deber lo que no tiene.

Pero aquí de los hombres de cacumen financiero.

—Lorenzo, hay que vender otra finca.

—Nada de eso, Luis.

—Entonces tendré que levantar un empréstito.

—Ménos, muchísimo ménos.

—Pues hijo, ¿cómo hemos de partir sin un céntimo?

—¿Cuánto percibes de renta mensualmente?

—Tres mil doscientos reales.

—Pues nos va á sobrar dinero.

—¿Cómo así?

—Señor don Luis, en tu estado no falta dinero, nó; lo que falta es un buen ministro que introduzca en esta hacienda reformas radicales, grandes economías. Y ese buen ministro soy yo, ¡yo! si me autorizas para realizar mi plan económico.

—Tienes toda mi confianza: dispon como en tu propia casa.

—Pero has de sancionar todos mis proyectos.

—Te lo ofrezco.

—¿Llevas cuenta y razon de tus gastos domésticos?

—Mensualmente la llevo.

—Venga la del mes anterior.

—Héla aquí.

—Ve leyendo tú, miéntas yo presento enmiendas, que escritas te daré en este papel para los efectos consiguientes.

—Leo. Alquiler de casa. 1,500.

—La primera y en tierra. ¡1,500 [rs! Ya se ve, como que esto no es casa, como que esto es un Parnaso.... Pues que lo paguen las musas: yo no paso sin enmienda esa partida. Podeis vivir muy decorosamente en una habitacion de 600 rs. ¿Es poco un peso duro todos los días, digámoslo así, *diarios*?

—Pero....

—No admito peros. O aceptas todas mis enmiendas, ó hago dimision de mi cartera.

—Pues corta por lo sano.

- Venga de ahí.
- Mesa y demás gastos domésticos. 2,400.
- ¡Cuatro duros diarios de pitanza! Si fueras á la fonda, te saldría mucho más barato.
- Esta partida no debe enmendarse.
- ¡Que hago dimision!
- No te la admito.
- Pues rebaja la mitad por esta enmienda, y aun tiro de largo, que ya podeis comer alones de pichon y hasta cabellos de ángel con 40 rs. todos los dias, *diarios*.
- Me parece que te engañas.
- Me parece que el engañado eres tú. Otra partida.
- Salario de la cocinera. 90.
- Pongámosle 70.
- Hombre, nó.
- Sí, hombre: esto es consecuencia de aquello. Si ya ha de trabajar ménos. Otra.
- Idem de la doncella. 180.
- Abajo esa doncella, digo, esa partida.
- Si es la que nos cose, hombre.
- Pues no será lo que te ha cosido mi madre.
- ¡Pché! Cuando no está en casa....
- Sabina coserá.
- Creo que no sabe.
- Que aprenda.
- Ya es tarde.
- ¡Que hago dimision!
- No te la admito.
- Pues acepta esta enmienda.
- Queda aceptada.
- Idem de las dos nodrizas. 360.
- Luis ¡y gastas 360 rs. en leche!
- Hombre, yo nó; son los gemelos.
- Pero los gemelos, ¿no están ya nónes?
- Sí, pero la madre dice que no tiene alma para despedir á la nodriza de su desgraciada hija.

—¡Hola! ¡No tiene alma para despedir á la nodriza de su desgraciada hija, y la tuvo para dejar que se rompiera la crisma! ¡Abajo, abajo esa nodriza! Y aun es mucha leche 180 rs. que te dejo.

—A mí nó, al niño.

—Bien, al niño. Y los dejo porque ya no es tiempo de chupárselos á Sabina. Venga otro mote.

—Idem de las dos niñeras. 80.

—Abajo ese mote.

—El de la una.

—El de las dos.

—Hombre, lo que es una, hace falta.

—¿Para qué?

—Para que entretenga al niño.

—¿Y su nodriza?

—No ha de tenerlo siempre en brazos, que pesa mucho.

—Eso no lo sabe aun su buena madre. Pues que lo sepa ya.

—Es que....

—¡Que hago dimision!

—¡Dale, bola!

—Venga otra.

—Idem del ayuda de cámara. 120.

—Este ayuda de cámara, es además ayuda de cocina y de coche y de cuna y sobre todo, es Domingo, quiero decir, es un gran gallego. Este buen servidor no está bien recompensado: ascendámoslo á doncella, es decir, al salario de la doncella, ó sea á 180 rs., y una propina, que le darás en poniéndote bueno.

—Acepto con mucho gusto esta enmienda.

—Otra partida.

—Idem del cochero. 180.

—Abajo ese hombre.

—Y ¿quién va á gobernar el carruaje?

—Ya lo gobernaremos. Otra partida.

—Coche y caballos. 1,700.

—Véndanse.

- Dices bien.
- ¿Ves qué pronto lo gobernamos? Venga de ahí.
- Soirée literaria. 1,000.
- A ver, espícame eso.
- Si lo sabes tú.
- Sí; pero no quiero saberlo.
- Entonces....
- ¡Vamos! espícamelo.
- Pues ¿no dices?...
- Yo digo.... lo que digo. ¿Qué es eso?
- Esto es una reunion de gente de letras, á quien Sabina tiene gusto de obsequiar mensualmente con un té.
- ¡Y en un té gasta 1,000 rs!
- ¿Qué te espanta? Hay tés que cuestan 30,000 duros.
- Pero esos tés son danzantes, ó sean políticos.
- Hombre, no es grosero este.
- ¡Abajo ese té con toda su literatura! ¡Pues no faltaba más!
- Te prevengo que Sabina no va á aceptar esta enmienda, y te hará ruda oposicion.
- ¿Qué me importa á mí la oposicion, si gobierno con la opinion pública.... de mi conciencia? ¡Abajo, abajo ese Parnaso! ¡Qué barbaridad! Venga otra.
- Suscripciones de libros y periódicos. 160.
- Abajo ese papel de estraza. Yo castigaré el Parnaso, digo, el presupuesto. ¿No hay más?
- Queda otra partida.
- Venga.
- Alfileres. 1,000.
- ¡1,000 rs. de alfileres!
- Es fórmula de *toilette* que comprende todos los gastos de... de tocador.
- Pues que no se toque tanto. Suprimanse por ahora esos 1,000 rs., que le darás despues *cada seis meses*.
- No hay más partidas.
- ¡Hombre! ¡Pues y agujas?
- No me las pone en cuenta: se le habrán olvidado.

—Pues los alfileres no se le olvidan. Ahora bien: suma total de gastos.

—Total. 8.590

—¡¡3,590!! ¡Qué escándalo! Solo así se concibe cómo en dos años escasos de literatura hayas gastado tus ahorros de diez, más el importe de las dos fincas vendidas sobre tu saneada renta. Pero aun es tiempo de prevenir la bancarota, y si Dios te da salud y yo no hago dimision de esta cartera, has de recobrar aun todo lo que se llevó el diablo.

Despues, formulé á mi manera la siguiente

COMPARACION ECONOMICA.

MES POÉTICO.

Presupuesto de ingresos.	3,200 rs.
Idem de gastos.	8,590 »
<hr/>	
DÉFICIT.	5,390 rs.

MES EN PROSA.

PRESUPUESTO DE INGRESOS.

Rentas.	3,200 rs.
Aumento por la venta del coche.	3,000 »
Idem por la de los dos caballos.	12,000 »
<hr/>	
TOTAL.	18,200 rs.

PRESUPUESTO DE GASTOS.

Alquiler de casa.	600 rs.
Bucólica.	1,200 »
Cocinera.	70 »
Nodriz.	180 »
Domingo.	180 »
<hr/>	
TOTAL.	2,230 rs.
<hr/>	
Sobrante.	15,970 rs.

Hecho este trabajo financiero, se lo entregué á Luis di ciéndole:

— Hé aquí lo que sabe un tonto. —

Luis leyó con gusto la reforma, y quedó en hacérsela aceptar á su consorte.

28 de Agosto.

Luis ha sido débil y hace algunas concesiones, dejando subsistentes ciertos abusos.

Firme yo en mis principios económicos, y queriendo mantener en su integridad mi plan de hacienda, hago dimision, pero no me es admitida.

31 de Agosto.

Vendo los caballos en.	14,000 rs.
El coche en.	3,500 »
Y cobro la renta mensual.	3,200 »

Existencia en arcas. 20 700 rs.

Se resolvió la crisis metálica.

(¡Lo que vale un buen ministro!)

1.º de Setiembre.

Luis corta por lo sano, por lo enfermo, mejor dicho, las controversias hostiles de su cara y aun carísima mitad, y fija el día de mañana para la partida al punto designado por el médico en la saludable tierra de Valencia, y mañana partiremos, *Deo volente*, con ó sin Sabina. Esta ha ensayado todos sus recursos literarios para desviar á Luis de su propósito, probando con todas las reglas del arte que no hay necesidad de tal cambio atmosférico, y que en todo caso, Biarritz ó París son los climas indicados por la ciencia. Pero estaba yo por medio, y he interceptado el ferro-carril del Norte. ¡Doña Sabina, que sé yo más que V. en español y en francés! *Pas de Paris*, ó lo que es lo mismo, traduciendo en buen romance: Basta de tonterías, y basta.... (Esta palabra se escribe con *v*.)

2 de Setiembre.

Nos partimos hácia Valencia Luis, mi solícita madre y yo. Sabina no se parte, y es una lástima que se quede (entera). Pero la publicista tiene sus compromisos con el público, y no puede aplazarlos ni ménos deshacerlos. Al fin le doy la razon. Y ¿qué he de hacer, si á la infeliz le hace falta? La razon, aunque sea de quien la tiene, es y debe ser para quien no la tiene.

13 de Setiembre.

Ya está Luisico mejor. Y juzgo, aunque ageno á la ciencia de Hipócrito (1), que no ha debido ser solo la benignidad del clima tan favorable influencia. El efecto reconoce una concausa. ¿Cuál? *x*.

5 de Octubre.

En los días intermedios he recibido dos eruditísimas cartas. La primera comenzaba así:

«*Amore nunc videor, antea dilexisse*, ahora me parece que amo, ántes que solo estimaba, diré á lo Ciceron, porque en efecto, tu ausencia ha reduplicado mis latidos, que suenan en la lira de mi ardiente, apasionado y tierno corazon con todas las armonías de Apolo, las sonoridades de Orfeo y las fusas y corcheas de Donizzetti.»

Y así concluía:

«Dall' una a l' altra aurora
te andro chiamando ognora
e tu.... ¡chi sa se mai
ti sowerrai di me!

(1) Lorenzo, como iliterato, cometió aquí un error histórico, poniendo Hipócrito por Hipócritas, príncipe de la medicina. (Nota del autor.) (2)

(2) Hipócrates debió enmendar el autor, que en punto á *literatura*, ha de calzar los mismos que Lorenzo. (Nota del traductor.)

¡Addio! ¡addio! ¡addio!
Pensa, mia vita, a questo
barbaro addio funesto;
pensa.... ¡Ah! ¡chi sa se mai
tí sowerrai di me!....»

En medio de toda esta poesía venia intercalada esta prosa:
«Necesito, esposo mio, tres mil reales, que espero recibir á vuelta de correo.»

Erá, pues, la carta una *letra de cambio* librada en el Parnaso. No hay para qué mentar la pluma, ni ménos decir que la contestacion fué un protesto.

La segunda carta era una invectiva acerada y eruditísima tambien contra mi humilde persona, ¡inocente de mí! que solo en calidad de amanuense hice el protesto; pero hice, eso sí, poner á Luis su firma entera. Mi contestacion, pues, debió ser ahora *protesta*.

Y la última carta era una necrología de Víctor Hugo, el cual, refiriéndome al texto «ha ido á reunirse con su hermana Madama Stael á los amenos jardines de los Eliseos Campos.»

A esta última epístola, que oculté á Luis prudentemente, contesté suprimiendo en el presupuesto doméstico la partida *Nodriz*, ó sean los 180 reales de leche.

18 de Octubre.

Preséntase Sabina en nuestro pacífico retiro sin decir *jagua va!* y entra en palestra desde luego con muy poca literatura, si he de decir la verdad. Anuncia una especie de interpelacion para mañana, y se acuesta y duerme y hasta ronca. Sí, señor, ronca. Y agarradme ese poema por la cola.

19 de Octubre.

Sabina trae la pretension de partirse (sea en buen hora), de partirse para la Habana, tierra de promision, en cuyo

seno virgen, perfumado y poético, ha de fundar un periódico para implantar allí su gusto literario.

Luis, el bueno de Luis, contra mi leal consejo, le deniega su permiso (¡peor para él!). Y ella, protestando con mil abrenuncios trágicos, toma prosáicamente fósforos, á falta de cicuta, y.... no se muere. (¡Dioses del diablo! ¡Y no se muere!)

Aconséjole que vuelva á la córte dejándonos en paz, paz á que puso un precio tan alto, que tuve que *desaconsejarla*. Pero, ¡aquí fué Troya! Hasta entónces no supe yo que en el lenguaje de los dioses hay tales y tantos dicharachos.

20 de Octubre.

El pobre Luis cae en cama, como fatalmente habia de suceder despues de estas controversias literarias.



23 de Octubre.

—¡Oh musas! decia Sabina esta mañana. Perdonad si no os doy culto en estos aciagos dias, que cierro entre paréntesis, como ajenos á este lustro de mi vida. ¡Qué pueblo tan prosáico! ¡Ni un teatro! ¡ni un ateneo! ¡ni una biblioteca! ¡ni un bardo

entre tantos jóvenes! La inspiracion huye de aquí y en vano la llamo golpeando esta frente atormentada siempre por la elaboracion de las ideas. Y es que la luz no se aviene con las sombras.

—Yo me limité á recitar una copla, que por mala no puedo olvidar nunca.

«Esta es:

«Mirando en la ladera
las cabras y el pastor de humildes portes
paciendo, y en la pradera
la cabaña y el perro y los consortes,
bien puedes compadecernos en las córtes.»

—Sepa V., señor criticastro, que no hay poesía donde no hay ficcion. Así lo dijo Plutarco, así lo dijo Chateaubriand, así lo dice mi digno amigo y compañero Leoncio, y así lo tengo yo dicho en octavas reales.

—Eso ya lo sabía yo, sin haber leído tan grandes autoridades.

—Y si no ha leído V. tan grandes autoridades, ¿á que se intrusa á criticar lo que no entiende?

—Señora, algo entenderé, cuando estoy de acuerdo en ese punto con tan grandes autoridades. Por ventura ¿no he acertado al creer que en la oda filosófica de V. hay un gran fondo de ficcion poética, como diria Plutarco y Chateaubriand y Leoncio y V. misma?

—Sí, pero da V. siempre un golpe en el clavo y cien en la herradura.

—Eso consiste en que no tiene V. el pié quieto, repliqué yo, recordando la agudeza del P. Estrada, y en derecho de propia defensa, ya que ella quiso mortificarme con la alusion de la herradura.

—No comprendo esa figura.

—Porque no es de retórica, señora; es de gramática parda.

—Como todas las de V. Pero al que no sabe más....

—Es claro; las costuras le hacen llagas.

—No quiero discutir con V.

—Muchas gracias.

24 de Octubre.

Luis ha pasado malísima noche, insomne, febricitante, atormentado por una tos dolorosa y fija como el monótono latir de un reló de pared clavado en la misma tabla de su pecho.

Mi madre, que es buena, á la cabecera del enfermo como una hermana de la Caridad; yo, que soy malo, á sus piés, como un perro; el perro símbolo es siquiera de la fidelidad. Sabina, que es... lo que es, ha velado tambien como nosotros, pero no con nosotros. Duerma ó vigile, Sabina siempre está en la cumbre del Parnaso; monte que mi madre llama *Tibidabo*, aludiendo á la tentacion de Satanás.

—Si se pone peor, avisadme al momento, nos dijo al retirarse la *solicita* esposa.

Mi madre me hizo rezar un paternoſter, diciéndome piadosamente al oido:

—Por las que están en pecado mortal, hijo mio.

Por fin se durmió el enfermo, sosegado ó rendido, bien entrada la mañana.

La campanilla del escritorio, con su argentino y penetrante son, nos hizo acudir al dichoso Monte.

—¡Prudencia, por Dios, señora! que va V. á despertar al paciente.

—Estas cartas al correo.

Mi madre que, aunque humilde, se acuerda de que es zaragozana, siempre que ve á un extranjero ó extranjera, dió media vueta á la izquierda (ó la derecha, segun le dió la gana, que no lo recuerdo bien), y salió afuera, si no altiva, majestuosa, eso sí, y hasta marcial como otra reina Isabel (la Católica, por supuesto).

Yo la seguí como otro Gimenez (de Cisneros, se entiende).

Y las cartas quedaron donde estaban.

De allí á poco volvió á sonar la campanilla con más bachi-

llería que primero, y acudí yo solo, si solo va quien lleva todos los demonios en el cuerpo.

—Tenga V. la bondad, señora, de no hacer ruido, que está descansando el enfermo.

—Esas cartas al correo.

—No está Domingo en casa.

—Debiera estar.

—Pues no está.

—Que no vuelva á salir sin mi beneplácito, y que se me presente en cuanto venga.

—Bien.... (ó mal).

Y me salí solo, como entré.

Domingo había ido á la botica, y aunque calzaba mis botas, le pesaban como sus abarcas, pues era andaluz del mismo Lugo, y se tardaba en verdad.

Otro repique de campana me hizo saltar de la silla.

—¡Mujer de Dios!

—Esas cartas al correo.

—Vengan; yo las llevaré.

Y salí con ellas... y con ellos.

La lectura de los sobres me inspiró una idea feliz, que puse en ejecucion sin retardo.

En vez de ir al correo, fui al... Escusado es decir adonde fui. Y allí, en aquel buzón, digno y condigno vehículo de tan sabios pensamientos, fui echando una por una las siguientes cartas:

«Señor Director del periódico literario *El Olimpo*.»

«Señores Redactores de *El Parnaso*.»

«Señor Director de *La Biblioteca*.»

«Señor Presidente de la Sociedad literaria *Las Musas*.»

«Señor primer actor y Director de escena del teatro del Príncipe.»

«Señora poetisa Doña Escolástica Feba.»

(La *b* sobra).

«Señora Directora del Apolo.»

A la media hora asomó Medusa su bellissima cabeza por entre las cortinas:

- ¿Y las cartas? me preguntó.
—Yo mismo las he llevado á su destino.
—Gracias.
—V. mande.

26 de Octubre.

Sabina ha atraído con la fuerza de sus simpatías, simpatías de talento y de belleza, á la juventud del pueblo y sus contornos. Con estos pobres muchachos y muchachas, que, con licencia poética, llama Sabina aristocracia, se ha hecho una pequeña corte, que yo con mi licencia profana llamo cortijo grande.

En el seno de esta ilustre sociedad discútese con gran interés sobre la necesidad de fundar un teatro, que venga á ser una escuela activa de civilizacion en el país.

El proyecto de Sabina, que de Sabina es y no podia ménos de ser este exabrupto, se acepta por unanimidad.

27 de Octubre.

Descubrimiento zoológico.

Acostumbra Sabina ponerse á escribir segun sale de la cama, despeluzada, despechugada, desencuadrada, bien que ceñida ó descenida de bata, que ella técnicamente llama *toga*.

Tiene que pasar desde su dormitorio á la sala, que llama estudio ella, por un cuarto intermedio, en donde mi madre y yo solemos sentarnos en reposo, por ser tambien el más inmediato á la alcoba del enfermo.

Y Sabina pasaba.

—¡Tentacion! le dijo mi madre indicándole la rasa tabla del desnudo pecho. ¡Que hay aquí un hombre!

—¡Eh! contestó ella con menosprecio.

Y añadió este rasgo de genio:

—Las poetisas no tenemos sexo.

Mi madre entendió *soso* y dijo sencillamente:

—Es verdad.

—Ya lo sabeis, digo yo filosofando. Las poetisas no tienen

sexo. No sirven para casadas. Pero entónces, ¿y Víctor Hugo y Madama Stael? ¿Serian expósitos? A lo ménos eran huérfanos de madre.

30 de Octubre.

Ya hay local para el teatro, que es el granero del alcalde, y se reparten los papeles para la representacion de una tragedia que es nada ménos que el *Edipo*. Sabina hace de Yocasta, el sacristan de Layo, el barbero de Edipo.

1.º de Noviembre.

Luis se va.

2 de Noviembre. (¡Animas benditas!)

Luis se fué. (La Reina de los mártires lo haya acogido en su seno).

Sabina está en los ensayos, *en escena*.

iii!!!

—Y ¿quién da tan mala nueva á su infeliz esposa? me decía anegada en llanto mi piadosa madre.

—Yo, madre, yo se la daré.

—Prepárala poco á poco, que no se desespere esa desdichada mujer.

—Descuide V., madre, que ya lo haré yo como convenga.

—¿Sabina?

—¿Qué ocurre?

—Nada.... Luis que se ha muerto.

—¡Dioses!

—¡Diablos! digo yo, señora, y perdone V. mi falta de literatura.

—¡Tan de repente!

—¡De repente, y llevaba ya un año de tisis!

—No lo sabía.

—No lo sabía V., ¿eh?

—Creí que era un tenaz catarro. ¿Por qué me han ocultado VV. la gravedad del mal?

—Porque estaba á la vista, buena señora.

—¡Horas y parcas, enemigas de mi ventura! ¡gozaos en vuestra obra!

Un buen espacio pasó sin que la viuda derramara una lágrima.

—¿Pero no llora V., mujer de Dios?

—He nutrido el corazón con la sávia de la filosofía, y tengo valor para arrostrar serena todas las desgracias. ¿Decís que mi esposo ha muerto? Oid mi respuesta, y comprendedla si sabeis.

Y parodiando el célebre dicho histórico de aquel filósofo griego en parecida circunstancia, dijo acentuadamente:

Sciebam enim esse mortalem.

Después de esta *filosofía*, me dije yo á mí mismo.

—Lorenzo, apaga y vámonos.

Y apagué y me fuí.

23 de Noviembre.

Todo se acabó.

Vengo de tributar al difunto las últimas honras.

¡La tierra le sea ligera!

¡Luis! no puedes exigir más de Lorenzo. Te he asistido en tu enfermedad, he rezado en tus exequias, me he arrodillado en tu sepulcro, estoy llorando tu memoria y.... ¡Cómo ha de ser! Dios lo ha hecho y.... ¿Dios ó Sabina? Dios, que es muy justo, en castigo de no haber seguido mi consejo.

—Que traigan para las exequias de mi esposo la orquesta del teatro principal de Valencia, me dijo ayer la viuda sin derramar una lágrima.

—Nó, señora; en las exequias de Luis no quiero yo que se cante cosa de zarzuela.

—Yo lo mando.

—Está bien.

Pero no la obedecí, porque estaba mal.

—Que graben, me dice hoy, en mármol con letras de oro este epitafio para el túmulo de mi amado esposo.

—Está bien.

He aquí su elucubracion poética.

EPITAFIO.

«Aquí finó mi dicha, aquí fué mi ventura,
aquí empieza el dolor sin ya consuelo,
aquí yace mi Luis en esta sepultura,
que fué de esposos ejemplar modelo.
De la vil parca la guadaña dura,
segó su flor y la remontó al cielo.
¡Ay! En una de llorar eternamente
su esposa se ha trocado de agua fuente.

¿Cómo se llamará esta figura?

¡Con letras de oro en mármol! ¡eh?

No será en mis dias.

Este será el epitafio que se escriba en una prosáica tabla:

«¡AQUÍ YACE UN MÁRTIR!»

«Jóvenes, aprended.»

24 de Noviembre.

Ultimo apunte.

Ojo. Toda mujer casada debe ser tonta, sí, tonta.

Y firmo:—Lorenzo Cantaclaro.

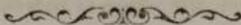
VII.

Conclusion

Cuatro palabras más para cerrar esta historia, inútiles, pero necesarias.

Nuestros benévolos lectores y lectoras, no nos harán cómplices de las *tonterías filosóficas* de Lorenzo, como quiera que no hemos hecho otra cosa que copiar literalmente sus apuntes, ó extractar los que no, á buena conciencia, reservándonos nuestra opinion en la materia.

Nosotros, lo primero, no tenemos el honor de haber conocido á doña Sabina, ni hemos dicho, lo segundo, á propósito ó despropósito de tan sábia literata, que la mujer debe ser tonta; lo que sí diremos ahora por nuestra propia cuenta, es que no debē ser *sabina*; ni más ni ménos.



III

Caro papirio...
 Nostros...
 quos...
 de...
 de...
 de...

~~~~~



## I.

Prepárase el lienzo para esta bambochada.

Hace algunos años fui, no recuerdo con qué objeto (ó lo recuerdo y no quiero decirlo), á un pueblecillo de la provincia de Málaga, pueblo (cuyo nombre se me ha olvidado tambien), donde hice conocimiento con sus principales personajes, merced á la amable oficiosidad del maestro de escuela. Este simpático jóven, digno en verdad de mejor suerte, me visitó espontánea y francamente desde luego, y amigos ya en la primera entrevista, me presentó casa del párroco, que tenia, por cierto, una sobrina muy guapa; casa del sacristan, que tenia dos; casa del alcalde, que tenia tres; casa del médico no me presentó (aunque hubiera podido tener cuatro), por la sencilla razon de no haber médico en el pueblo.

—Y ¿cómo se mueren VV. sin médico? le hube yo de preguntar.

—Cuando alguno piensa en eso, me contestó el maestro sonriendo, trae al del pueblo inmediato, médico que, mediante un

contrato con ambos municipios, tiene sobre su derecho el deber retribuido de matarnos á unos y á otros.



Tampoco me presentó casa del secretario, no porque faltara este *tu autem* en aquel ilustre cabildo; mas porque no estaban en buena armonía el maestro y él. Y habia ciertamente razon para el tal entredicho: es que el secretario, en su propio concepto, sabía mucho ya para necesitar maestro, y el maestro no necesitaba al secretario ni para cobrar sus honorarios, puesto que no los cobraba hacia ya seis meses.

Tenia, en efecto, el secretario gran reputacion de *leio y escribio* como decian sus admiradores; y en lo de sumar, restar y multiplicar, diz que se perdia de vista, sobre todo en partir, como todos los.... iba á decir estafadores, pero no lo digo.

Deseoso yo de conocerlo, siquiera por informes, para estudiar el carácter, hube de preguntar al maestro, quien siempre escusaba la respuesta con una sonrisita que se pudiera muy bien llamar *guasona*; sonrisita legible, traducible, que se formulaba así: *Es un animal*. Hasta que un dia contestó el ático maestro á mi insistente pregunta, diciéndome que á su afectísimo amigo le arrastraba como cola ó rabo su nombre y apellido.

En efecto, el tal secretario se llamaba y se llamará siempre, aunque no quiera, *Silvestre Mula y Aznar*.

Dicho se está que no era de la provincia de Málaga, ni de ninguna ciudad ni villa ni villorro de Andalucía.

Dejando en paz al párroco, venerable anciano consagrado á apacentar sus ovejas, y tambien el sacristan, pobre hombre dedicado al culto y al cultivo, digamos cuatro palabras acerca del alcalde.

El alcalde era un hombre gordiflon y bonachon y socarron (y atadme esos dos cabos por donde podais). No era estúpido, pero era positivamente simple ó sencillo, si quereis: aunque en medio de su sencillez dejaba asomar, no más que asomar, algo de la gracia del país, á que no es refractario ningun carácter *de raza*, y que se hereda y posee como el aire de familia. Era, pues, alcalde de monterilla, de *vara*; vara adherida á su individuo como un retoño á su tronco, y que le servia así para un fregado como para un barrido; esto es, lo mismo en el concejo que en la cuadra; para hacer justicia y para domar asnos y mulas. No hay que advertir que no aludimos al secretario, pues en hecho de verdad, la es verdad que el señor Mula y Aznar era el que domaba al alcalde.

En casa de su merced llegué, por fin, á conocer al Silvestre, Alto, enjuto, de frente deprimida, de rostro amojamado, de espresion mohina, el funcionario me pareció desde luego lo que era: Silvestre, mas lo que arrastraba.

El alcalde me lo presentó haciendo mil encomios de su *ju-lispruensia y emas letra menua*, encomios que reforzaron las mujeres. El calló modestamente: solo despues de haberme vencido en todas las cuestiones suscitadas, me dijo que ya *estaba gastado*; modestia que ha de interpretarse así para que corresponda fielmente la version con su original: ¿Ves cuánto valgo ahora? Pues ántes he valido mucho más.

Secretario y alcalde formaban un contraste singular, no ya solo en bultos ó personas, y sobre todo en aptitudes, si que tambien en gramática, ó más propiamente en ortología. El alcalde, gran prevaricador de la lengua, descoyuntaba todas las palabras, comiéndose todas las letras que en buen andaluz *hacen punta*; el secretario no pecaba nunca por carta de ménos, que

siempre ponía letras demás, diciendo *tardido, corrido, bacadado, vuciencia, sociabilibidad* y otras mil *barbarabilidades*.

Pero los hombres son sus propios vicios y virtudes, y con ellas y ellos se han de aceptar. Aceptadlos, pues, tales como son, que no os pesará al fin y al cabo en viéndolos funcionar.

## II.

Dase otra pincelada con la misma brocha para hacer otro retrato que falta en esta galería.

Hemos dicho que el secretario domaba á su merced, bien que su merced empuñase la vara; pero esta subordinacion inversa era puramente oficial. Fuera de este círculo, que llamaríamos vicioso, á no reconocer por punto céntrico la virtud ó aptitud del secretario para el *espedienteo*, el alcalde se acomodaba perfectamente con el sindico, personaje que, supuesta su poca pluma, habia sido cabo de vara de no sé qué regimiento y era á la sazón contrabandista, cuyas funciones no debian ser incompatibles con las del sindicato, puesto que no lo eran.



El hombre era manco del brazo izquierdo y cojeaba un poco del pié contrario, lo cual era como tener el derecho algo torcido; y aunque, como hemos dicho, tenia poca pluma, es de-

cir, letra gorda, servia de secretario á su merced en lo que pudiéramos llamar alcaldía privada ó sea consejo íntimo. Él (el contrabandista) le leía y contestaba las cartas particulares, aun las del diputado á córtes (desempeño difícil tanto más, cuanto que su señoría les era completamente desconocido); le ajustaba las cuentas por entrada y salida, según ordenanza, y venia á ser á su lado un elemento de fuerza un tanto bruta con que su merced hacia valer en ciertos casos su digna autoridad.

No podemos decir si este servicio era gratis, ni habria que estrañar lo fuera, toda vez que el síndico hacia muy buenos alijos, y amen de esto, era primo, ó tío, ó.... en fin, algo era de la mujer del alcalde, la cual, dicho sea de paso, habia sido una buena *jembra*, y no era *maleja* todavía, bien que frisara en los cuarenta.

Por lo demás, el tal contrabandista era un hombre muy canpechano, y conmigo fué más fino, quiero decir, ménos grosero que el secretario con todas sus leyes y demás letra menuda.

A él debo un precioso documento, espécimen de administración local, que he de transcribir aquí por via de episodio con la certidumbre de dar un buen rato á mis risueños lectores.

Regía los destinos de esta nacion, *patria amada* de todos nuestros gobernantes, un español que pudiéramos llamar frances, por cuanto solo viene de Paris *de Francia* ó de Loja, *village* del vecino imperio tambien, para hacer felices á sus *compatriotas*.

El *prefecto* de Málaga, secundando las órdenes del gobierno, habia circulado las suyas á todos los municipios de aquel *departamento*, dando instrucciones sobre la cuestion de orden público (cuestion que, entre paréntesis, es siempre *x* en la escuela ó cuartel del partido *soi disant* moderado), y exigiendo á los alcaldes estricta é ineludible responsabilidad.

—¡Aquí te quiero, escopeta! (ó vara) dijo el de este cuento al contrabandista, como quiera que no tenia secretario á quien decírselo, por estar vacante á la sazón la plaza que vino á ocupar despues el advenedizo Silvestre.

La órden oficial apremiaba, el maestro antecesor leía y aun comentaba á los mozos de la villa el periódico popular *La Discusion*, las rondas nocharniegas habian apaleado al alguacil.... Las circunstancias, pues, eran muy *gravosas* al decir de nuestro alcalde, y habia que poner á salvo toda responsabilidad, empleando toda la energía que mandaba el señor gobernador.

Encerráronse en el *despacho* ambos á dos compadres, y mo-  
jando alternativamente en tinta y *tinto*, dieron de sí el sabroso  
jugo del siguiente

## «BANDO

que manda echar en toas las esquinas de mi dino mando el alcarde cus-  
titusional de eyas, por la grasía é Dios y la mesma custitusion.

Hago saber que toitos los suidiadanos están ebajo e mi ju-  
rision, sin que naide e este mundo puea juir el cuelpo á mi  
vara e justisia, sigun toas las leis del Menisterio de la Reina,  
que me las ha trasmetio por su condurto y emás efeutos (que  
Dios guarde), el señon gobernaor de la provinsia y dislas ayá-  
ausentes; los cuales, esinos y vesinas de esta vesindá, serán  
corresponsables de este artícul y los que vienen e saga con sus  
presonas, muebles y semosmientes.

ARTÍCULO PRIMERO. To Dios se acuestará al escureser en pun-  
to como es rigular, ú onde nó, le jará fuego el aguaisil de mi  
dino mando á la tersera vez que no se acueste.

ART. 2.º En viendo que vea el aguaisil un burto á hora es-  
compasá, le jará fuego en el auto. Si aluego el burto es mujer,  
la riconoserá ántes de yamar candela, y la prienderá viva pa  
los efeutos de las leis y emás efeutos oprontunos.

ART. 3.º Caso de que por causalidá fuera presiso dir á es-  
hora e la noche por el Santo Olio pa argun enfermo emprivis-  
to que no puea asperar, sus endividos ú endividias rispitives  
están obligaos á sacar premisio mio ende el dia antirior.

ART. 4.º Ende agora mesmo se quea prohibia toa leyenda de papeles prúbicos que no sean de los menistros, los cuales pagarán la murta de sien reales en veyon pa los propios de mi dino mando por via de indiniasion.

ART. 5.º El aguaisil de mi dino mando quea encargao e disorver á mano armá al maestro y emás que se riunan en su casa, el cual no cobrará el mes del mes pasao por el mesmo consiguiente, y si no anda erecho de aquí alante, será empapelao por justisia, y rimetío sin pérdia e correo al señon gobernaor pa que le quite la escuela y lo jeché á presiyo, como es lo rigular.

ART. 6.º Nenguna riunion cuestará e más de ventisinco endividos, no siendo endividos de una misma madre; en siendo que sean hijos ú hijas, podrán ser tos los que sean.

ART. 7.º El endivido que diga en el forro intesno de su consensia que el Menisterio es malo, me dará parte el que lo oya dicir pa echarlo á caena prepétua, inclusivie con la debia indiniasion, porque es mu güeno.

ART. 8.º Tos los que desataquen las emás alvertensias que me jase privamente en su ofisio el señon Gobernaor, quean comprendíos en la mesma caena.

ART. 9.º Tos los espachos e bebías cólicas quearán serrás ende este bando á las ánimas benditas. Si aluego fuera mester agualdiente, vino, aseite ú otro articul de primera neseciá pa alguna melesina, en mi boega se espacha al mesmo presio.

ART. 10. El apaleaor que güerva á apaleaor al aguaisil de mi dino mando pagará desisiete cuartos por la primera ves, una peseta por la sigunda, seis riales por la tersera, y así suversivamente jasta que no le quee un maraveí.

ART. 11. Cualquiera menticato ú menticata que la jeché á guasa y sea usao á mormurar de mi dina autoridá disiendo, verbo en grasia, que este mi dino bando es una balbariá, los pondré á la sombra onde no risueyen en quinse dias y sus noches, sin prejuisio de ser trataos con toa la riguridá de mi vara e jurision y las costas de indiniasion pa propios y estraños.

ART. ÚTIMO. Ojo, y no digo más.

Como se ve, bien vale un doblon (de á treinta seis como los cañonazos) tan precioso documento, y en esta creencia no hemos debido defraudar á nuestros lectores, que como amigos de sal y pimienta no nos perdonarian la estafa.

— Veamos ahora como sobre.... vino la pendencia.

### III.

De cómo la justicia de un lugar se encuentra un cadáver «muerto.»

Una tarde (dia de fiesta, por más señas) tuve el gusto de ser personalmente convidado.... á tomar el sol por el alcalde y algun otro *silvestre*; no el secretario, que este, á caballo siempre en la etiqueta (caballo que el maestro y yo teníamos por *mula*), no se dignó nunca visitarme, por mi falta de atencion en visitarlo á él á mi llegada al pueblo: el maestro, segun esta política, debia haber incurrido en una grosera *inculpabilidad*.

Pero si no se dignó entrar en mi alojamiento el altivo secretario, esperó paseando con sublime contoneo en la puerta de la calle, adonde lo mortificó el maestro, que me acompañaba de antemano, retardando nuestra salida por todos los medios que halló al alcance de su ingenioso y picaresco talento.

Por fin echó delante el alcalde, dejando pendiente una de las cien cuestiones ó astucias de mi simpático amigo, y hubimos de ir detrás solapando la risa que nos retozaba en el cuerpo.

De paso por la iglesia se unió á nosotros el cura, y salimos luego al campo hablando en sana paz, hasta que el secretario nos presentó la batalla enmendando la plana á cada renglon al inofensivo maestro. El maestro rehuyó al principio la contienda; pero despues, y á instancias mias, vino á aceptarla y luchó, mientras yo, poniéndome al parecer de parte del otro, le ataba, por decirlo así, de piés y manos la *sindéresis* para

que su adversario y mi amigo lo descuartizara á su sabor, cobrándose así siquiera su semestre de honorarios.

Puesto ya el sol, vino á interrumpir el debate una noticia que nos dejó á todos boquiabiertos. Trájola el alguacil en alas de los vientos, como un lúgubre gemido de alma en pena.

—*¡Señon alcarde!* dijo gritando desde lejos, *¡Un asinato!*

No dijo más, ni más fué menester tampoco para poner en funcion, en atribuciones á alcalde y secretario, especie de jurisprudencia en dos tomos, uno en rústica y otro.... desencuadernado. El bueno del cura se descubrió, y despues de una breve pausa de estupor por nuestra parte:

—*Et ne nos inducas in tentatione*, dijo.

—*Sed libera nos á malo*, contestamos.

Y todos nos encaminamos, guiando el alguacil, al sitio de la catástrofe (*del asinato*) con la presteza que permitian la flaqueza del párroco, la obesidad del alcalde y la prosopopeya del picapleitos.

—Y *¿cómo* ha sio esa tragedia? preguntó el alcalde jadeando de emocion y de cansancio.

—Yo, por mí, no he visto más que el cadábre ya muerto, contestó el alguacil, ocultando lo que sabia con esa precaucion del vulgo, que huye de los alguaciles, aunque esté, como ahora, *oficialmente alguacilado*.

—¿Has visto si risueya otavía, Galduña?

—Cuando le digo á osté, señon alcarde, que está el cadábre ofunto, es que no le quea ya nengun risueyo.

—Pero, ¿muerto del tó?

—Jasta las uñas de los pieses. Tres veces lo he yamao, y no nes, le sorté un puntiyon, y didem pelidem.

—¿Y se sabe quién ha sio el asinio?

—Yo por mí, lo inoro disolutamente, señon alcarde.

—¿Ni se sussurran inculpabilidades?

—Naide dise esta boca es mia.

—Les aseguro á VV. que no se escapará de mi pluma el perpetrante.

—Disen que se juyó.

—Transcurro yo más que él en teniendo papel, pluma y obledas en mi secretaría.

—Esa se le ha escapado, dije yo aparte al maestro.

—Si, me contestó tambien al paño: el señor Aznar debió decir *secretarida*.



En tan sabrosas pláticas llegamos por fin á la era de *Atrales*, lugar del sacrificio, donde no se veia un alma: solo un cuerpo habia allí tumbado, del cual nos tuvimos todos á una distancia, por decirlo así, respetuosa, unos por no tener *estó-gamo*, y otros por tenerlo. Solo el padre cura se le acercó, aunque no mucho, para echarle encima otro responso. Pero á la ya fosca luz del último crepúsculo, todos pudimos reconocer un muerto, nadando al parecer en su propia sangre.

Despues que la justicia hubo practicado así esta diligencia

de invencion, especie de reconocimiento que llamaremos *mediato*, dejando en medio el *canguelo* y aun la *espantabilibidad*, osaron ya acercarse á nosotros, no al *cadábre muerto*, algunos vivos y aun vivas.

—¿Quién ha sio de vusotros, les preguntó el alcalde, el *rey* de este asisinato?

¿Veis un puñado de moscas espantadas? Así escaparon los curiosos y curiosas (que eran bastante súcias, segun me dijo el maestro).

—¡A ver! aguaisil, priéndeme á uno ú dos de esos juíos.

El alguacil obedeció la órden del alcalde, alcanzando á duras penas, y trayendo casi á la rastra, á un cojo y á una vieja.

—¡Yo no he sio! ¡yo no he sio! repetian angustiosamente en coro preso y presa. ¡Yo no he sio!

—Pos entonses habré sio yo, argüia su merced, con toda la lógica de que podia disponer.

—¡Yo no he sio!

—Güeno; ¿mas no habeis uio isir quién ha sio?

—Nó, señor, nó, señor, por estas cruses de Dios.

—Pos nengun cadábre asisinao se muere sin asisinio.

—Es mu sierto.

—Aluego....

—Aluego semos inosentes.

—Estónses, Galduña; éjalos en libertá, dijo el alcalde vencido.

Y el alguacil los soltó, no sin asentarles dos palos con su vara de justicia, aplicable, como la de su merced, á todos los usos.

—¿Qué jasemos? interrogó la misma merced á su in'rascrito, que un tanto aislado y abstraído recordaba su práctica forense.

—Auto, contestó el secretario saliendo de su abstracion súbitamente. Hágase declarar en esta sumaria mortal á todos los vecinos de esta vecindad; recíbase su inquisitiva al redo prófugo; hágase al cirujano la autopsia del cadáver, del cual se dará parte al señor juez del partido, y excétera.

—Pos al avío. A ver, tú, aguaisil, caiga con el cadábre del muerto, y tráetelo á la casa.

—Nó, de ningun modo, objetó el secretario: al cadáver no hay que tocar hasta que lo reconozca el cirujano. Son cosas estas muy delicadas, y.... nada, nada; aquí quieto.

—Estónses se lo van á jamar los perros.

—Se le pondrá una custodia de hombres honrados.

—¿Y aónde vamo: agora por esa custodia, si sa díó ya el pare cura y estará serrá la ilesia?

—No es eso, hombre.

—¿Pos qué es?

—Un guarda que lo guarde.

—¡Ah! A ver, aguaisil. Ves y tráete pa acá un hombre honrao.

Garduña fué, y volvió diciendo que no encontraba lo que fué á buscar.

—¿Y ha e ser presisamente hombre honrao? preguntó sencillamente el alcalde.

—Cualquiera es bueno para esta diligencia.

—Estónses, Galduña, ves y tráete á cualisquiera.

Y dejando de guardia á *cualisquiera* (que muy luego la abandonó meticoloso), se dirigió á su foro la justicia á incoar los procedimientos, es decir, á continuarlos, que incoados ya estaban con el auto, cabeza de proceso, que sin pluma ni papel, escribió ya al aire con su dedo índice el incomparable secretario.

El maestro de escuela se retiró desde aquí sin poder dominar sus antipatías hácia un individuo ó *subgeto* tan para mí digno y meritorio, no solo por su gran cabeza, si que tambien por su gran.... cola. (Mula y Aznar.) Yo, como que el acto prometia, me agregué á la justicia con carácter de auxiliar, demandando y obteniendo préviamente la autorizacion del infrascrito.

—Un detalle más para redondear este capítulo.

—Caiga con esos arfileres, mandó el alcalde á Garduña al retirarse del lugar *ensangrentado*.

El alguacil levantó del suelo dos navajas abiertas que á mí me parecieron sables.

#### IV.

Donde el curioso lector verá á un «rey amarrao de manos y pieses y piscueso.»

Ya estamos en la casa del alcalde. La cocina representa una sala de justicia con todos sus menesteres, es decir, está Mula y Aznar, y basta.

No está, sin embargo, solo este Silvestre: está el alcalde tambien y su mujer y sus hijas y sus cuñados y sus primos, toda su parentela, en fin; pero toda esta curia, inclusa su merced, está como estar debe, subordinada á la pluma del secretario, que los mira á todos por debajo de la pata (hablando técnicamente), aunque se halla sentado á una mesilla tribunal.

El alcalde ha citado ya por propio al cirujano, cuya mitad pertenece al pueblo de su mando, para que comparezca inmediatamente, ó refiriéndonos al texto, para que *se ayegue á galope á escuartisar un cadábre que nus han asisinao*; el infrascrito ha dado ya *parte del cadáver* al juez de primera instancia, teniendo ya tambien encabezado el sumario; y el alguacil va y viene en diligencias de justicia, aunque sin poder dar con un testigo de los muchos que presenciaron la riña y que huyeron precautoriamente al ver caer en tierra el cadáver *muerto*.

En tal conflicto, mandó la autoridad se hiciera comparecer uno por uno y por una á todos los vecinos y vecinas del pueblo, prometiéndose llegar, por medio de este registro universal, al esclarecimiento del hecho.

Para hacer más asequible el fin, propuso la alcaldesa ofrecer al declarante ó declaranta un puñado de higos, y el alcalde un trago de lo tinto: el infrascrito, empero, desestimó por em-

piricos uno y otro recurso, haciendo prevalecer el suyo de empapelarlos á todos por encubridores y *perjurios*.

En esto estaban, cuando entró como Pedro por su casa un forastero á la cocina. Era lo que se llama un buen mozo, aunque delgado un poco y un mucho moreno.

—¡Guenas noches y salú, dijo el recién llegado.

—Buenas noches, contestamos.

—Señá Justisia, añadió, encarándose con el alcalde, ¿le han dao á osté parte del cadabre que han matao ahí atrales?

—¿Por qué es la pregunta? interrogó á su vez la autoridad.

—Lo digo al tanto; porque si es caso que otavía no ha pae-sio el rey de ese clímen, yo vengo á eclarar honramente ante to er mundo que yo soy er mataer.



Al sonar este disparo tan á quemaropa, las mujeres chillaron levantándose, los niños gimieron apegándose á las faldas, y niños, y mujeres, y algun hombre tambien, se pusieron luego en cobro huyendo atropelladamente por la inmediata puerta del corral, donde los dejaremos por ahora, y si quereis, por siempre, toda vez que, en la *señá Justisia* (incluso el secretario) y en el reo, ó más técnicamente, el *rey del clímen*, tenemos ya los principales actores de este paso.

—¡Pos no juye poco esa gente! dijo el *mataor* sonriendo con cierta espresion de lástima. Y añadió como ofendido: ¡Aunque habiera entrao un lairon!

Dirigiéndose luego al alcalde, que, como el secretario y los otros tertulianos, no habia salido aun de su estupor, le hizo esta observacion, por demás característica.

—Señá Justisia, aquí no hay motivo pa quearse escupeflautos; que suisidiar honramente un hombre á otro no es otavía nengun clímen de ilesia y majestá.

—¡A ver, dijo el alcalde entrando ya en ejercicio. Yamar al aguaisil.

—Pare osté esa jaca y diga osté pa qué.

—Para los efectos consiguientes, contestó el secretario, invadiendo la alcaldía con voz, sino con voto, como todos los secretarios de los pueblos.

—Eso es otra cosa, repuso el *rey* satisfecho, aunque no entendiera la fórmula. Pero si la pena del omesiyo que he jecho, añadió, no tiene á la fin y postre rebaja, estonses, señá Justisia, güenas noches y salú.

Y dió unos pasos hácia la puerta sin que nadie se le interpusiera.

—Eso no, Juanico; replicó el alcalde sin perseguirlo; aspírate un poco y no endispongas mi dina autoridá. Juanico, aguántate por la güena, que es lo más mejor, Juanico.

—¿Pa qué?

—Para los efectos consiguientes, repitió el secretario á espaldas de la *dina autoridá*.

—Eso es otra cosa, dijo el mozo *cruo*.

Y desandando los pasos, añadió:

—Cabayeros, yo he jecho una mala partia consigo mesmo, jasiendo la entriega de mi presona á la señá Justisia, sin que naide me la prienda. ¿He jecho argo, ú nó? Me paese que esta hombrá es mu dina de rebaja.

—En efeuto, es verdá, dijo la múltiple voz del auditorio.

—¡Pos no ha e ser! Es verdá porque es verdá, y sino fuera, sería porque lo digo yo.

—A ver, Sirvestre, saca el cóigo sevil, mandó el alcalde á su *dino* secretario.

—¿Para qué? preguntó este con cierto desvío.

—Pa que le leas su rispitive al rey confito y confesio.

—Me lo sé yo de memoria desde el principio hasta el *finix eorona topus*.

—Pos ricuérdalo bien, y prosupuesta su entriega envoluntaria, quítale de ensima arguna pena, si pué ser.

—Pero ¿quién le niega su derecho de exculpabilidad penosa? La exhibicion expontánica de un redo es sin viceversa una circunstancia extenuante.

—Aluego hay rebaja, arguyó el *rey*, hecho ya *redo* por el *repulistis* secretario. ¿Hay, ú no hay?

—¿No has oio ya al mesmo cóigo sevil, ó eres sordo é la cabeza? dijo el alcalde de un modo indescriptible.

—Estonses, señá Justisia, tiene osté mi premisio pa que me prienda el aguaisil y.... *San Sacabó*.

El alguacil, que estaba ya en el dintel de la cocina, esperando órdenes de su merced con cierto *canguelo*, como diria Juanico, ó *expantosabilidad*, como diria el secretario, se acercó atentadamente por detrás del reo y lo embracijó de improviso al son de esta anticuada fórmula:

—¡Favor al rey!

—¡Por aetrás! ¡Josú! ¡Qué sinvelguensería! dijo indignadamente el *rey confesio*, amen de *confito* por *la dina autoridá*. Eso no se jase con nengun español, cuanto ni ménos con un andalus, que quiere isir español y medio. A los reis que no son marroquises, se prienden por enlante.

—Dise bien, murmuró aquel público, digámoslo así, privado.

—¡Nó que nó! Señá Justisia, ¿estamos aquí, ú en San Pestesvulgo!

—Galduña, amárralo por enlante como es de ley.

—Su mersé perdone, señon alcarde, que pue jaser conmigo un azurdo.

—¡So gayina! amárrame sin gindama, que yo, aunque rey

de muchos climes, mulabo honramente hombres, no aguaisiles.

—Es un compromiso pa mí, señon alcarde.

—¡Qué no te tienda yo la vara de mi dina jurision, Galduña!

—¡Galduña habias de ser, gran trasionero, pa tenerlo toiti-to aguaisilao.

El alguacil obedeció la *dina jurision* del otro, atando á este por delante, pero desde léjos, como se cincha á un macho mohino.

—Este es el *mo* de amarrar, dijo satisfecho ya Juanico; asin es como Dios manda y la ilesia nus prepone.

—¿No oyes tú, Galduña? No le amarres na más que los brasos, y los pieses y el piscueso, que es un rey mu honrao, dijo el alcalde, no sabemos si de veras ó de *güasa*.

—Muchas gracias, señá Justisia, añadió el paciente del mismo dudoso modo.

El alguacil cumplió estrictamente la órden de su merced y se retiró á respetuosa distancia.

Hubo una pausa de silencio: el reo miraba á Garduña, Garduña al alcalde, el alcalde al secretario, y el secretario se miraba á sí mismo; esto es, repasaba dentro de sí la práctica forense, que se sabía de memoria desde el principio hasta el *finix corona topos*, para incoar aquel magno proceso con toda la *acertabilidad* que todos esperábamos de su competencia, y él queria poner muy especialmente delante de mis ojos.

—¿No oye osté, señá Justisia? preguntó al fin el presunto *rey*, ¿Se pué saber la pena que merece en el cóigo del señon Sirvestre el cadábre que he matao?

El alcalde miró á su secretario, como declarándose incompetente en aquella cuestion jurídica, y el secretario, como tan fuerte en la materia, la abordó directamente, contestando á la pregunta.

—La pena, dijo, que merece, no el muerto, sino su mortificante, es garrote vil, item más el secuestro rústico y urbano.

—¿Y qué rebaja podria rebajarse de esa pena al rispitive de mi sircoistansia estenuante?

—Teniendo mano allá arriba, podría rebajarse hasta la mitad de la penabilidad.

—¿Y me jase osté el favor de isirme cuál es la mitá del garrote sevill?

—Esa es una pregunta cabciosa, contestó desconcertado, y no sin razon, el secretario.

Pero rehaciéndose en seguida, como tan ducho en espe-dientes, contestó con su gentil desenfado:

—Sin embargo, diré á V. para que vea que aquí no remen-damos de viejo: la mitad del garrote y del secuestro, pudiera ser la condonacion del secuestro.

—¡La condenasion del sicuestro! ¿Y eso se come con gucha-ra ú con los deos!

—El secuestro es el acervo comun de todos los bienes radi-cales, muebles y semovientes.

—¿Y no pudiera ser, señon Sirvestre, que la señá Justisia me jisiera la condenasion [del garrote queándose con tos mis bienes y emás semosvientes?

—Eso ha de fallarlo en su alta justificabilidad el juez de pri-mera instancia.

—¡Ay! Ya me paese que la distansia del juez la tengo en junto al piscueso. En fin y úrtimamente, los hombres son pa eso: quie isir que risusitaré con toitos los muertos el día del deluvio universal, como resa el catisismo. No me acharo por mí, sino por el probe hijo, que es otavía mamanton.

—Sirvestre, que se jase tarde y hay que darle mucho á la pluma, advirtió el alcalde. ¿Qué le jasemos?

—La inquisitiva, contestó formulariamente el secretario.

—¿No oye osté, señá Justisia? ¿Qué es lo que me se va á ja-ser á mí? preguntó un tanto alarmado Juanico.

—La equisistivia, contestó el alcalde.

—Eso nó.

—Si es tu esclarasion, burrucho.

—Eso sí.

Y el tribunal salió de la cocina y se constituyó en otro lo-cal no ménos digno ó condigno de aquella *señá Justisia*.

V.

Declaracion indagatoria, ó sea «quisistivía.»

Nuestro infrascrito secretario, sentado ahora en la presidencia de esta sala (que tambien pudiera ser corral por señas de un cabestro colgado en la pared, la paja desparramada en el suelo y una clueca con sus pollos debajo de un camastro), está ya en pleno ejercicio de autoridad con su pluma en la mano y su cigarro en la boca.

El alcalde, con toda su *dina* vara, aparece rezagado y á su izquierda, sitio de todo alcalde cero en presencia de la cifra secretario, que es siempre un guarismo significativo, aunque no llegue á la unidad como Silvestre.

No hay que estrañar, por tanto, ver esta de caractéres (barbaridad se llama esta figura) transposicion repentina, estando, digámoslo así, tan dentro de *jurision*, ó sea de *señá Justisia*.

Encima de la mesa tribunal hay un velon de hoja-lata, un tintero de cuerno, des navajas que á mí me parecieron sables, un cesto con higos pasos, y una jaula de perdiz sin la perdiz.

El público tiene sin duda vénia para presenciar el juicio, y lo presencia arrinconado y en silencio; silencio respetuoso, que por su parte apénas turba algun eructo, sospechoso, en mí leal saber y entender, por su fuerte olor de azufre.

El *rey* está donde estar debe: en medio del corral.

—Heced la señal de la cruz. (Habla el infrascrito.)

—¿Es asin? preguntó Juanico volviéndose y mostrando las manos atadas por detrás.

—¿Jurais decir verdad en lo que supiéreis y fuéreis preguntado?

—Ea, contestó *el mataor* dando un chusco beso al aire.

—Si asin lo jaces, dijo el alcalde anticipando la única fórmula que sabía, Dios te lo apremie, y sino que te desmande.

—Amen.

—Preguntado por las generales de la ley.

—¡Yo, pobre de mí! no pico tan alto.

—No es eso, hombre, no es eso.

—¿Pos qué es?

—Las generales de la ley son el nombre, naturaleza, vecindad, oficio, estado, edad....

—Pare osté esa jaca, señon escribano; que yo soy mu ruo de caletre pa ritener tantos vocaulos entre sejas.

—No puedo tratar con tontos.

—Semos del mesmo gusto.



—Pregunta lo. ¿Cómo se llama?

—La pregunta es escusá.

—No es escusá, Juanico, dijo terciando el alcalde. Responde á los preguntaos y no desataques mi dina autoridad.

—Toito el mundo sabe el nombre que me yamo, y la señá Justisia lo sabe tamien.

—La Justicia, añadió el secretario, no sabe más que lo que le dicen, y el presunto ha de decir su nombre, porque así lo exige la fórmula.

—¡Váigame Dios! La Frómula es la primera presona inorante de mi nombre.

—Fuera de invasivas y dé V. una respuesta categórica.

—Lo que es católicas, toas mis ripuestas lo son, que esiendo gratis á Dios por línea reuta de mu güenos esendientes.

—Naide te pregunta por la salú, Juanico: abre los síntios y mítis. Y tú, Sirvestre, güervele á jaser la equisistivia.

—Preguntado. ¿Cómo se llama?

—Yo me yamo Juanico, por la grasia é Dios y la custitusion de toitos los españoles.

—¿Juan de qué?

—De Buscasurrios.

—Ese es mal nombre.

—Es mu güeno, señá Justisia: con él me he paseao por toita Andalusia, inclusivie con Castiya, y naide ha sio usao á isirme que Buscasurrios es mal nombre.

—Bien, bien: lo que se quiere es el apellido.

—¿Qué apeyío?

—El de sus padres.

—Me estetaron mu trepano y no los ayegué á riconoser.

—Eso no es razon para ignorar sus apellidos.

—Argo será cuando el hijo de su pare y de su mare los inora.

—¡Qué ignorancia tan incalificativa! ¡Ni siquiera sabe V. cómo se llamaban sus padres!

—Nengun hijo de la Inclusia pué saber tanta sabiuría.

—¡Acabaras de parir! dijo el alcalde tomando un higo del cesto. Eso quiere icir que.... que eres del pósito.

—Con muncha honra.

—Pos apúntalo así tú, enfrasquito.

—¡Qué canalla!



—Jaga osté la bonda, señoñ escribano, de jablar con más pulítica; que otavía pue ser que este su siguro selvior sea primo y géñito de argun conde ú marqués, lo cual no puen isir muchos Frasquitos. Y aluego de to, yo no soy corresponsable de las fartas de la Inclusia: ca uno es ca uno, y el que más y el que ménos, toitos seremos na drento e sien años en el catrefalco del sepurco.

—Es usted un tonto.

—Y osté mu iscreto.

—¡Juanico! ¡Que no te tire yo del ronsal!

—Seña Justisia, güeno sería que le tirara osté más ántes de la luenga á este su Frasquito.

—Y ¿por qué no contesta V. categóricamente?

—Me paese que no jablo en jarabia.

—¡Silencio! Preguntado. ¿De dónde es natural y vecino?

—Soy nasío en el barrio é Perchel, bautisao con agua salá en la mesma catreal de Málega, y natural y vesino de Antequera, que es por onde sale el sol de toita Andalucía. ¿Hay más que preguntar?

—Sí, señor.

—Pos al avío.

—Preguntado por su profesorado.

—Agora me atoca á mi esirle que jable osté católicamente.

—¡Qué rudeza! Digo que en qué diablos se ocupa V.

—Digo que en lo que me sale.

—¡Otra te pego! Y ¿qué es lo que le sale á V?

—Pos, como soy jarriero, me sale.... ya una mujer, ú hombre, ú niño que yevar de aquí pa ayá; ya una carga e ropa, ú hebestibles, ú sal y pimienta; ya un cambalache e burros, perdone osté el moo e señalar, ú ya....

—Todo está dicho con decir que es V. gitano.

—Eso no. Y no escriba osté maldesia la letra en punto á gitanería, ú amarrao y to jago peasos el profeso.

—¡Juanico! ¡que estás ebajo el poer e mi dina autoridá!

—Seña Justisia, naide tiene poer pa bautisar á naide e gitano, sino es la Santa mare ilesia; y esa güena señora me puso

á mí Juanico con agua mu salá, como cuesta ya en ese paper seyao.

—No hay que abroncarse por eso, Juanico, que to se arreglará. A ver, Sirvestre, ponle en las deligencias ofisio de cas-teyano nuevo.

—Eso es otra cosa.

—Pues idéntico es, dijo el asno del secretario.

—No es, Sirvestre, repuso el alcalde.

—Sí es. ¡Me querrá V. enseñar á mí gramática.

—Sirvestre ¡que no te tire yo á tí tambien del cabestro!

—¡Ya la soltó V!

—Pues ¿no la he de soltar, si no sabes por aónde va el agua del molino?

—¡La que se me escape á mí!...

—¡Que haiga pas, cabayeros! dijo mediando Juanico con esa gracia *resalá* que se llama *guasa* en andaluz.

Y el secretario prosiguió:

—Preguntado por su estado.

—Lo que es mi estao,... estoy grasis á Dios sin noveá.

—¡Juanico!

—Seña Justisia.

—¡Que naide te pregunta por la salú!

—Pos ¿por qué es el preguntao?

—Sirvestre, esplicotéate más catigólicamente.

—Yo habló, como ha lugar en derecho. Preguntado. ¿Qué estado tiene?

—Quie isir mi enfrasquito que qué estao tienes.

—¡Ah! Pos ese mesmo.

—Nó, hombre: que si eres moso ú casao.

—Ni una cosa ni otra y dambas cosas.

—Eso no puede ser.

—Pos es.

—¡Pero, hombre de Dios! si ha mentado V. enantes á su hijo.

—Efitivamente; lo esembuchó la mujer ántes de casarse.

—Luego está V. casado.

—Aluego no estoy casao.

—¿Qué embolismo es ese?

—Tú no entiendes, Sirvestre, por aónde va el agua del molino. Juanico quie isir.... que.... vamos.... ¿No es eso, Juanico?

—Eso es, señá Justicia: osté entiende por aónde va ese moliniyo.

—Es decir, señor presunto, que es V. un concuvino.

—Cuando ayega la mano y es caso de honor, bebo tamién agualdiente; pero nengun dios ma visto en jamás privao, pos sé tenerme yo mu tieso como ca quisquis y andar pansia alante sin traspieses.

—No es eso.

—Pos será lo otro.

—Hago alusion á su mujer.

—Se engaña osté como un chino, porque ilusion no le jase á eya nengun Frasquito.

—Yo hablo segun derecho.

—Me paese que se tuerse osté un poquiyo.

—No admito reconconvenciones.

—Ni yo que me laiguen quina.

—¡Juanico!

—Es el señor Frasquito.

—¡Frasquito!

—Es el señor presunto.

—¡Prisunto! Dambos á dos, metersos la lengua en el bolsiyo y siga la equisistivia.

—Es que yo no sé tratar con hombres tan insensáticos.

—Yo arreglaré este cotarro con mi dina jurision. De to esto risulta que Juanico está casao; porque aunque no está casao, está casao por el cachorro que parió.

—Mi mujer, prosupuesto.

—Pues, señor presunto, su mujer es una circunstancia muy agravante.

—Efitivamente; es mu güena mosa y está otra ves en esa sircoestansia.

—¡Hombre! ¡V. es atroz!

—Efitivamente.

—Constará en autos. Preguntado. ¿Cuántos años tiene?

—Trintitres, como el mesmo Niño Josú.

—Preguntado si sabe la causa de su prision.

—La inoro.

—¡Esta es otra! Cuando digo que no puedo tratar con bárbaros, estudiado lo tengo!

—Ejame á mí Sirvestre. ¿Cómo que la inoras, Juanico? Pos ¿no has comparesio tú mesmo involuntariamente y en presona ante mi dina autoridá eclarando que tú mesmo habias matao por tu mano el cadábre que está muerto ayá en la era?

—Es mu sierto.

—Aluego ¿cómo te güelves atrás?

—Yo no me güelvo atrás en la via de los climes que acometo, como sabe mu bien to Dios que anda pa alante.

—Estonses, ¿cómo inoras la causa e tu prision?

—Pero, ¿estoy yo preso?

—Como es de ley.

—Güeno. Yo.... lo dije al tanto: como no tengo amarrás na mas que las manos y los pieses y el piscueso....

—No te escudies, Juanico, y ten mucho cudiao con mi vara e jurision. Mia que no es mano e guasa este auto de justisia, y en jugando que juegues, te voy á jaser güeno que aquí no hay mas trunfos que lo que yo tengo en la mano. A ver si agora rispondes mas catigólicamente. Siga la equisistivia.

—Preguntado si sabe por qué está preso.

—Por na.... por haber jecho un omesiyo.

—¿En qué persona?

—No era presona.

—¿Pues qué era?

—Era Lagaitija, el hijo é la tia Silpiente.

—¿Qué causante dió lugar al homicidio?

—El causante que dió lugar al omesiyo, fué que Lagaitija (que esté en gloria), tenia toitos los diablos en el cuelpo ende que me vido jablar con la Maruja Tisones, que es, entre parientes, la jembra mas baril de to este domisiyo, y ende que fué sabeor de cómo díbamos en camino e matre y monio.

—¡Hombre de Dios! Pues ¿no ha dicho V. ya que está casado con la otra?

—Sí, señor; mas como estoy otavia moso, me pueo casar tamien con esta.

—Pues señor presunto, esta es otra circunstancia agravante.

—Le asiguro á osté, señon escribano, bajo palabra de honor, que farta osté á la verdá.

—Con el tintero le voy á romper á V. el cráneo.

—¡Sirvestre!

—Ejelo osté que me rompa ese cráneo.

—¡Juanico!

—Me ha dicho que miento.

—Que farta osté á la verdá es lo que he dicho.

—Llámale ache.

—Yo no pongo motes á naide. Y he dicho lo que he dicho, porque osté se ha propasao á esir que esa güena mosa está en sircoestansia agravante, y no está punto ménos que la Víngen Perdicauda de la mesma litanía.

—¡Qué estupidad!

—Eso es.

—¡Vamos! eso no es na.

—No es, señá Justisia, mas me paese que no es ley romperle ningun cráneo á un rey atao e manos y pieses y piscueso.

—Se arremató la cuistion. Sigue tu perrorrata, Juanico, y no te abronques tú tan presto Sirvestre, que pa eso está aquí mi dina autoridá.

—Pos señor, siguiendo mi perrorrata, diba yo esta talde etrás e los peasos de esa jembra (con mu güen fin prosupuesto), cuando topé manos á boca con Lagaitija, el cual me dijo:—Adios, Juan. Ven con Dios, Pedro, le dije yo. Ven conmigo, me dijo. Y jechó pansia alante y yo fi etrás.

Pasemos dos ú tres cayes, y le dije yo: ¿No oyes tú, Perico? ¿A dónde me yebas? No tengas mieo, y ven, que te voy á conviar, me dijo. Contestasion mia: Sabes, Perico, que yo no conojo el mieo, Perico, y por lo consiguiente, eres tú mu dueño

de conviarme á toito lo que quieras, porque soy yo mu hombre pa tomar contigo ende una caña e Jerés, jasta una lengua e Guais. Ni él me dijo más ni yo le dije, y signimos pansia alante jasta la tabesna del tio Tenasas, que es la que está al rigorver de la caye Rial.

Entremos, nus asentemos, y pidimos de lo dus; él, no yo, porque Lagaitija conviaba. Bebiendo que bebíamos, se risusitó la cuistion de la Maruja Tisones (güena moza, porque Dios la jecho) y me dijo Silpiente mu fantesioso.... díjome.... dise: Juan, ¿sabes una cosa, Juan? Perico, si tú me la dises, la sabré, Perico: fué mi rispuesta.—Pos es que lo que es á la Maruja no la siduses tú, como sidusistes á la Frasca.—Hombre, si tú no quieres que la sidusa, no la sidusiré; más si yo quiero sidusirla.... esa es ya jarina de otro costal.—Que no.—Que sí.—Que qué sí yo.

Y en esta conversasion de palabras, Perico (Dios lo jaya peldonao), que era un tonto mu jechao pansia alante y mu gayo inglés de los que pican y juyen, sacó su jerramienta, y.... yo, que entendí la jugá, saqué tamien mi guaiseña; picó él tabaco y piquemos los dos (mu malo por sierto, porque era del estanco custitucional).

Como vido él que yo arrecogí la china y lo asperaba pa cobrar, serró su navaja, y jumó, y yo serré la mia y jumé: ni me dijo ni le dije. Y aluego que jumemos, gorvió á risusitar la cuistion, porque Silpiente (que en pas de Dios esté) era mu majaero en puniéndose que él se ponía á majarear, másimi si estaba bebío, como verbo y grasia.

En fin y úrtimamente, gorvió á sacar el guierro, sin sacar, como era lo esente, la pataca. Y de como vide yo la endireita, le dije con toa pulítica: No seas bábaro, Silpiente, y no jagas que te endiñe una fobetá en la cara, Silpiente. No le dije más, porque los hombres pruentes han de jablar con pruentisia jasta lo urtimito, que ya es nesezario jaser la balbariá

Pos señor, como asisten en este mundo reondo argunas criaturas con sino de fenecer suisidiaos, Silpiente (que esté en gloria) se jiso el bravucon y me sortó esta chaná sin ricordar

mi pruencia: El bárbaro serás tú. Yo, que efitivamente soy mu bárbaro, metio ya en jarana, porque tengo malas purgas pa aguantar con pasensia las franquesas del prójimo como resa el catismo, la verdá, me abronqué, y ayí mesmo lo hubiera arrematao, si no fuera por lo que fué. Mas con ojeuto que no intripitara por canguelo mi pruencia, sorté la risotá.

Juan, me dijo estonses Perico, si esa risotá es por mí, otavía te pueo jaser otra boca pa que te rias más mejor. Contesasion mia: ¿Una, ú dos?—Las que tú quieras, Juan.—Pos vamos ayá, Perico.

Y fimos á la era de ahí atrales, prosupuesto despues de pagar el gasto gastao, que lo paguemos yo y él, porque no ar cansó su desinueve.

Pos señor, ya en el reñiero, le dije yo: ¿No oyes tú, Silpiente? ¿Cuántas bocas me vas á jaser? Una no mas, Buscasurrios, me rispondió; pero vas á tener bastante, si no pa pelar la pava con Maruja, pa darle las güenas noches á tu tantaragüella. A lo cual le dije yo: ¿Y si yo te jago á tí esa boca? Estónses me dijo estas palabras laterales, que fueron las urtimitas que jabló:—Pa eso, Juanico, has mamao tú otavía mu poco, Juanico.

Saquemos estónses las teas, y se armó el sipisape. Yo le laigué á él un tiento, él me laigó á mí otro, yo asigundé, él asigundó, y ayá va esa y ayá va la otra, y moja Pedro y guarda Juan, y trís trás, trás trís y.... esetra. La esetra siguiente ya está en jurision de la señá Justisia.

—Preguntado si reconoce por suya alguna de las dos navajas que se le presentan.

—Riconojo efitivamente esta lanseta; pero otavía la riconoserá más mejor el cadábre del efunto.

—Preguntado si no sabe que tales armas están prohibidas expresivamente por la ley.

—Sigun toitas las leis que yo he deprendio, no está privá mi navaja, que no tiene más que tres mueyes y no ayega serrá á la vara, aunque abierta es un poquiyo agúa.

—Preguntado para qué llevaba tan excesivo instrumento.

—Pos.... pa picar tabaco y.... emás efeutos consiguientes.

—Preguntado si tiene ó espera tener bienes de fortuna que estén á las resultancias del proceso.

—Inoro si por muerte de mis pares me atocará alguna cosa, porque jasta agora no he tenio más fortuna que el ofisio.

—¿Sabe V. firmar?

—Voy á deprender agora.

El secretario cerró ya la *equisistivia*, con todas las fórmulas de su derecho, quedando como de perlas con el gráfico pié de *Juaquin del Fresno*, la cruz y calvario de *Juan Buscasurrios*, y la pata, digámoslo así, de *Silvestre Mula y Aznar*.

## V.

De la autopsia de un cadáver, muerto en andaluz.

Despues de tan famoso acto ó *auto* de justicia, su merced (mi dina autoridá), por aviso al paño de su asesor *Frasquito* ó sea *Silvestre*, mandó constituir en prision al *rey confito y confesio*, el cual quedó muy luego á buen recaudo en una como cuadra, que era la cárcel pública, por lo mismo que un como corral era el foro de aquella *señá Justisia*.

En esto llegó el cirujano citado, á quien su merced dió órden de hacer inmediatamente la autopsia cadavérica. El facultativo, sin detenerse más que á encender un cigarro, enderezó al lugar de la catástrofe, guiado por el alguacil y acompañado de algunos curiosos, entre los cuales no contamos á la *señá Justisia*, no porque fuera sucia, mas porque no fué á esta diligencia, quedando en tribunal permanente, segun la jurisprudencia del sabihondo secretario.

Para pasar más sabrosamente el tiempo de esta sedentaria diligencia de justicia, propuso su merced pasar á la cocina á tomar un *piquislabis*; y no habiendo en contra de esta otra diligencia ninguna ley en el código del secretario, se trasladó

allá el tribunal, donde se despacharon unas magras y algunos vasos de lo tinto.

Volvió luego el cirujano dándose á todos los diablos.

—¿Ha jecho osté ya la utosia del cadábre? preguntó el alcalde.

—Sí, ya la he hecho. Pero encargo á V., señor alcalde, que otra vez mande practicar una fé de libores ántes de hacerme pasar el mal rato del camino, porque no me hacen maldita la gracia chistes tan grotescos.

—Y eso ¿qué intitula?

—Que si la justicia se hubiera acercado al *cadábre*, siquiera á cincuenta pasos, hubiera oido á buen seguro su dolencia.

—¿Pos no murió de jeria?

—Ni un rasguño de alfiler tiene en su cuerpo.

—Pos si el mesmo mataor....

—¿Qué matador ni qué diablos!

—Pos estónses, ¿cómo emonios sa muerto ese mardesío cadábre?

—Creo que no están ninguno de ustedes en su cabal juicio.

—¿Es quisá que revivió ese endino?

—Es claro; en cuanto durmió la mona.

—¿Conque dispues de tos los dispueses, risurta mona el cadábre! Sirvestre, ¿pos no vimos tos la sangre?

—Yo, por mí, no reparé, contestó Silvestre sacudiendo su *responsabilidad*.

—Sí, habia un charco e sangre lo menos de....

—De treinta y dos cuartillos, añadió el cirujano.

—Sangre, sangre.

—Vino, vino; vino era. Por fortuna se le dejó al beodo al aire fresco, no sé si por prevision ó por descuido....

—Por prevision, intercaló el secretario.

—Y por eso, y la evacuacion y el sueño, ha vuelto á recobrar sus facultades.

—¿Y efitivemente está sano y sarvo!

—¿Hombre! salvo no diré yo; pero sano.... certifico. Sin embargo, le he *propinado* unas lavativas frias, de que puede

tambien hacer uso el matador y la justicia. Ea: hasta otra, que es tarde y hay de aquí allá un buen rato de camino.

—¡Pos güen viaje!

Y el cirujano partió.

El alcalde y el secretario se miraron de un modo indefinible.

—¿Qué jasemos agora? preguntó despues de un rato el primero?

—Sobreseder, contestó tan hábil como pulidamente el segundo.

—Pos sobresede, tan y mientras voy yo con mi vara de justisia á preguntar al cadábre por su salú rispitiva.

Y el alcalde salió.

El secretario, ya solo, volvió á ocupar la presidencia, y cerró el sumario con el siguiente proveido:

*Auto.* Habiendo cesado ya el cuerpo del delito por la supuesta embriagabilidad del cirujano, el cual declaró ante su merced y mí que no estaba muerto el presunto cadáver, y sí en estado de putrefaccion vinosa, mandó por ante mí su merced, el alcalde de estos autos, sobreseder en ellos, poniéndose en libertad al redo involuntario y su respectivo cómplice, con apercibimiento de ser tratados con toda la rigurosidad de las siete partidas y demás recopilaciones, caso de reincidencia en homicidios frustrados, y sin que esta sumaria les irrogue por ahora perjuicio en sus injustificables reputaciones. Y para que no quede rastro de este crimen presunto, el alguacil limpiará ántes que amanezca el charco de la vomitera, dando parte al señor juez de primera instancia para los efectos consiguientes. Lo mando, y firmará, etc.

Y aquí acabó la causa, y con ella el cuento, bien titulado *Sobre... vino una pendencia.*





Donde el lector ó lectora hará amistad con un fraile.

En el convento de franciscanos de mi pueblo, habia en tiempo de antaño un fraile, especie de Padre Cobos, por lo chocarrero, que por lo demás, aunque moreno y chato, era hombre muy gentil de su persona y galano en el vestir, cuando dejaba los hábitos.

La *Marquesa*, mendiga que aun alcanzó nuestros tiempos y que fué en los suyos tercera despues de haber sido prima (por decirlo á lo Cervantes), decia que el Reverendo se calaba hasta la capucha con muchisima sal, *sandunga* decia ella; y á ella, que no á mí, habreis de exigir la responsabilidad de este cuento, como quiera que la tal fué la primitiva historiadora; aunque mucho tendríais que abondar para dar con la dichosa *Marquesa*, pues piadosamente creyendo, á mujer de tales tratos debieron llevársela los frailes, quiero decir, los diablos.

El de este cuento (el fraile, no el diablo) no estaba muy conforme, que digamos, con su voto de pobreza, ni ménos con

la pobreza del convento, aunque en hecho de verdad, la verdad es que nunca le faltó á su reverencia un pernil en su bien cerrada librería, bien que no le fuera lícito comer carne: esto quiere decir que no estaba tampoco conforme con la regla.

Fuera de esto, su merced del fraile no tenia ningun demérito: asistia infaliblemente al refectorio, aunque se estuviera muriendo, y no faltaba al coro mas que cuando estaba indispuerto.

Era además estudioso como todos sus concófrades, y recogido como él solo, pues salvo á sus paseos matinales, visitas vespertinas y devociones nocturnas, no salia nunca del cláustro; por lo cual solia dar de vez en cuando á la estampa algunos libros en buena teología y mejor latín ó romance, que intitulaba, despues de maduro exámen, *Ars culinaria*, ó *Casos de conciencia*, ó *Fruta de sarten*, ó *Vida y milagros de nuestro bendito Padre San Francisco de Paula*.

La *Marquesa* no quiso decirme nunca, por más que lo supiera á ciencia fija, para qué necesitaba dinero un fraile que tenia en su celda hasta jamon para quebrantar la regla, sin contar el queso, chocolate, chorizos y otros *lacticinios*, que no le costaban un cuarto; pero es la historia que el fraile necesitaba dinero, y no teniéndolo en el cláustro, tenia que buscarlo fuera, para lo cual ensayaba cuantos recursos le sugeria su piadoso celo, unido á su ciencia y artes.

Muchas veces iban á buscarlo á él para ponerle el negocio en la misma mano, y con esto se ahorrraba su merced la busqueda. Hubo mujer en cinta que, deseando varon... esto es, que no deseando parir hembra, solicitó la gracia por su intercesion con el Santo bendito, ofreciéndole hasta veinticinco ducados. Y el bueno del fraile daba por hecho el milagro diciendo para sus hábitos: Si sale con barbas, San Anton; y sino.... la Purísima Concepcion.

Y diz que más de una vez llegó á acertar el gran Mínimo, sin que lo desconcertara el desacierto de otras, hallando en su filosofía los suficientes *ergos* para probar teológicamente que no convenia varon, sino hembra, ó *viceversa*; con cuya dialéctica

filosófica y teológica á la vez, embolsaba, por fas y por nefas, los ducados ofrecidos.

Pero esto es *peccata minuta*, digamoslo así, ante el gran milagro del *ánima en pena*, que es tambien el alma de este cuento. Para entrar ya en materia, ó sea en espíritu puro, puesto que hemos de entrar en el ánimo de un fraile, pongamos aquí punto cerrando ya el preámbulo, ó más en carácter, prefacio, y enderecemos á casa de la *hermá* Escolástica, beata de gran santimonia, que os ha de gustar sobremanera, no por su cara de *mater* dolorosa, ni por su cuerpo de *memento homo*, más si por su espíritu de ánimo en pena, aunque, segun de uso queda dicho, no sea ella el alma de este cuento.

## II.

Donde la lectora ó el lector hará amistad con una beata.

La casa en que entramos está de duelo.

El marido de Escolástica yace cuatro dias ha bajo el polvo, polvo en que ella tambien ha de convertirse.

Murió el martes, dia aciago para todos los viajes, y por tanto aciago dia para morirse, como quiera que la muerte es la jornada más larga de esta vida.

Y es sábado, dia de judíos, brujas, duendes, ánimas en pena y demás volátiles.

Escolástica, pues, está todo lo triste y lacrimosa que puede y debe estar una beata á quien le falta su marido, aunque marido no ha de faltarle á Escolástica, que, sin hijos ni parientes de afinidad, es por testamento heredera universal del fiel difunto, y no heredera de paja y cebada como los terratenientes, sino de muchos doblones de oro en oro, como los avaros.

No es esto decir que ella lo fuera, pues solo para exéquias de su muerto (que en paz descanse) dió sin regatear hasta cien ducados, sin contar los que para misas diera al convento de

San Francisco; decir es que su marido (que esté en gloria), aunque cristiano, fué judío, ó lo que es igual, mercader pro-  
vecto.

Pero la viuda solo pensaba ahora en el amor divino, dejando para despues el humano, dado que le fuera posible olvidar las caricias del difunto, cuando estaba vivo, se entiende. Así que no dejaba pasar dia ni noche sin derramar las perlas de sus manantiales ojos sobre la recién abierta y cerrada sepultura, ofreciendo al cielo todas sus virtudes por las que al finado le faltaran, que, según pública fama, no eran una ni dos, sino las tres teologales y las cuatro cuardinales.

Con todo eso, no creía Escolástica que el alma de su esposo hubiera ido al infierno, donde *nulla est redemptio*, como teológicamente decia ella; pero, á decir verdad, tampoco creía que hubiera ido derecha á la gloria, como alma que tenia que finiquitar en algun lugar intermedio, que no le parecia el limbo, más de una cuenta de mercaderías. Y en tal creencia se la representaba en sus visiones beatíficas, estendiendo las manos y pidiéndole con mucha necesidad entre las llamas del santo purgatorio ese auxilio espiritual que alcanza á todos los pecadores por la comunión de los santos, como hábilmente le enseñó ya nuestro fraile (el suyo) desde la cátedra de San Francisco.

Fray Alonso, que así se llamaba el fraile, como fraile de tanta caridad como ciencia, no se dispensaba nunca el deber de consolar á los pobres afligidos en semejantes desgracias, especialmente cuando los pobres eran ricos y los afligidos afligidas; y abundando ahora, como siempre, en tan piadosos sentimientos, venia una vez diaria todas las noches casa de Escolástica á *digerir* su conciencia, teniendo como tenia el chocolate seguro, que Escolástica, aunque tan triste en su duelo, no olvidaba nunca las exigencias sociales ó monacales de la época.

—¡*Charitas!* dijo Fray Alonso al entrar esta noche casa de la afligida, anunciándose, según costumbre, con el que pudiéramos llamar estratégicamente *santo* y *seña* de su orden.

Y añadió luego saludando:

—*Dominus tecum.*

—*El con espíritu tuyo*, contestó en latin y con voz de profundis la beata.

Y los dos continuaron la rúbrica con la misma entónacion de canto llano.

—¿Ha tenido hoy mas apetencia, hermana? interrogó Fray Alonso despues de una pausa de silencio.

Escolástica no contestó, y el fraile volvió á preguntar:

—Decia, hermana, que si ha tenido hoy más ganas de hacer por la vida, pues Dios, que es la suma bondad, no quiere que nos dejemos morir de inanicion, y por eso da con su infinita providencia de la semilla el tallo, del tallo la espiga y de la espiga el pan nuestro de cada dia.

—Perdone vuestra merced, Fray Alonso, si no paro agora mientes en su habla y sabiduría, contestó la beata.

Y como para justificar su distraccion, sacó la mano derecha por entre su recado de *requiem* y le exhibió su rosario.

—¿Y por qué tiene la hermana tan poca caridad de mí peccador, que se reserva para sí exclusivamente toda la gracia de ese piadoso ejercicio? Déme, déme esa camándula y recemos de consuno en honra y gloria de Dios y en paz del fiel difunto (que gloria haya).

—Sea así en buen hora, dijo la beata entregándole la jurisdiccion.

—¿Cuántos dieces ha rezado? interrogó el fraile.

—¿Cuántos?... ¡Válgame Dios! ¡Como tengo la cabeza con esta batalla de tristes imaginaciones, ya no me acuerdo! Pero comience vuestra merced de nuevo, y así le tocará más parte de gracia.

Fray Alonso, que tenia bastante con la suya, y que habia despachado ya todos los rezos del coro, arrugó las cejas á favor de la penumbra, como diciendo piadosamente: ¡Todo sea por Dios! y tuvo que comenzar de nuevo; pero estafando cuentas y más cuentas, no ya á la sierva, sino á la misma Reina del Rosario, muy luego despachó tambien este otro rezo, parándose en la letanía, porque no ignoraba que en esta parte del rezo era Escolástica mucho más estafadora.

En efecto, despues de asegurarle que esta série de tiernas invocaciones hechas por ella misma á la Madre de los affigidos aliviaria sus pesares, tomó la voz cantante Escolástica, y, aunque inconsciente, estafó tambien la letanía, dejándola hecha una lástima, tanto más, cuanto que la estafó en latin la pecadora.

Y era de ver la sonrisita del fraile, sonrisa despues de todo piadosa, y la devocion de la beata, diciendo alternativa-mente:

- Santa Ley Génesis.
- Ora pro nobis.
- Maten literatas.
- Ora pro nobis.
- Virgo ven y manda
- Ora pro nobis.
- Somos aire.
- Ora pro nobis.
- Fuera de esa arca.
- Ora pro nobis.
- Juana Felix.
- Ora pro nobis.
- Sal, infiel moro.
- Ora pro nobis.
- Rigina patriahorcaron.
- Ora pro nobis.

*Et sic de cæteris.*

Despues del rosario y un responso de paternostres, costas imperdonables para la dolorida viuda, mandó esta á su sexagenaria sirvienta hacer dos jicaras de chocolate, bien que Fray Alonso no tuviera la mayor gana, segun dijo; y debió decirlo así por buen parecer sin duda, que gana sí tenia, aunque acababa de merendar en casa de otra affigida.

En este intervalo travaron conversacion, y la viuda halló espacio para querellarse de su suerte, lamentando el *fenecimiento* de su esposo.

—Recuerde al santo Job, hermá Escolástica, y hará más li-

viana su desgracia, decia consolándola Fray Alonso. *Eratque vir ille magnus inter omnes orientales*. Y sobre sus pingües posesiones tenia siete hijos y tres hijas.

—*¿Unde venis?* ¡Dé dónde vendrás tú ahora, angelito! dijo el Señor, Dios nuestro, á Satanás un dia que se lo encontró en el camino.

—De dar una vuelta por todo el mundo, contestó el enemigo, de quien Dios nos libre.

—¿Has visto, por acaso, á mi siervo Job, el cual no tiene semejante sobre la tierra en lo de ser hombre de bien?

—¡Ya lo creo! no le hace falta nada, y por nada tiene que impacientarse. Afigelo con males, y ya verás cómo te se sube á las barbas.

—Ea: pues en tu mano pongo todo cuanto tiene, y de todo puedes disponer para tentararlo; *tantum in eum ne extendas manum tuam*.

—Queda apostado.

Y dice la Sagrada Escritura que, estando los hijos é hijas del Santo Job comiendo y bebiendo vino en casa del hermano primogénito, fué un nuncio cerca del santo Job diciendo:

—Los sabeos cayeron sobre tus bueyes y asnas y se los llevaron consigo, matándonos á todos tus siervos, ménos á mí, que te traigo la noticia.

Y aun estaba hablando este, cuando vino otro diciendo:

—Fuego de Dios cayó del cielo y nos quemó á todas las ovejas y pastores, quedando yo solo sin quemar para traerte la noticia.

Y aun estaba hablando este, cuando llegó otro diciendo:

—Los caldeos nos acometieron á todos tus camellos y gañanes, y yo solo me salvé para traerte la noticia.

Y aun estaba hablando este, cuando vino el cuarto diciendo:

—El viento del desierto sopló en la casa de [tu primogénito, donde comian y bebian vino tus hijos é hijas en paz y en gracia de Dios, y no quedó piedra sobre piedra, ni hijo, ni hija que te trajera la noticia.

¿Y sabe la hermá Escolástica lo que dijo el Santo Job al perder en un día hijos, hijas, siervos y demás camellos y asnos?

*Tunc surexit Job*, dice la Sagrada Biblia, *et dixit*. Desnudo nací y desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. *Nudus egressus sum*.... Quien debe y paga el dinero, queda á deber cero. *Dominus dedit, Dominus abstulit*.

—¡Ay! exclamó la beata viuda suspirando de lo hondo. Pero á lo ménos el Santo Job no se quedó sin marido....

—Es verdad, replicó el socarron del fraile; pero se quedó con su mujer, que fué peor, por cuanto lo tentaba diciendo: *Adhuc permanes in simplicitate tua!* ¿Hasta cuando has de ser camello?

—¡Marido de mi ánima!

—¡Resignacion, hermá Escolástica!

Después de un breve espacio de gimoteo por una parte, y de Sagrada Escritura por otra, aprovechó la ocasion la buena de la beata consultando con su merced el fraile lo de la vision beatifica. Díjole cómo se le representaba su esposo tendiéndole entre llamas los brazos, y aun añadió que entre sueños habia oido una voz, que triste y lamentosamente le decia: ¡Escolástica! ¡despierta y oye! Pero que despertando con gran escalofrío, y poniendo el oido atento, no oia ya cosa de palabra ni voz, sino ruido de algo, así como pájaro que revoloteara en su alcoba.

—Eso, hermá Escolástica, respondió el fraile, resolviendo teológicamente aquel misterio, eso es una prueba evidente de la misericordia del Señor. El fiel difunto debió olvidar sin duda aqui abajo alguna deuda, y por permission divina viene á pedir á su esposa que satisfaga por él en caridad.

—Y si eso es así, como vuestra merced lo dice, ¿cómo no lo declara sin *escrupul?*

—*Judicia Dei impenetrabilia sunt*. Pero ruégueselo.

—Anoche mesmo se lo rogué arrodillada y en cruz; y norecabé respuesta al preguntado, á pesar de la cruz y el arrodillamiento.

—Acaso, hermana Escolástica, quiera demostrarle las penas

de su alma ántes de descubrir el pecado, dudando de su caridad.

—¡Cómo así, Fray Alonso! Pues las almas, ¿no entran en las almas como *espíritos* que son?

—Distingo. Todas las criaturas están sujetas al Supremo Creador: *atqui*, es así, que las almas son criaturas; *ergo*, luego las almas están sujetas al Supremo Creador.

—¿Y qué intitula eso?

—Intitula que las almas pueden ó no pueden compenetrarse, segun que tengan ó no la permission divina.

—Pues agora bien, arguyó Escolástica midiendo su dialéctica y aun su teología con la del fraile; *alqui*, es así, que el ánima de mi difunto tiene esa permission, puesto que yo la siento revolotear: *elgo*, luego debe saber que yo tengo en mi arca hasta quinientos ducados en oro de buena ley apartados para hacer bien por su alma.

—Bien, sí, pero... murmuró el Mínimo un tanto desconcertado con la fuerza de aquel argumento de tres *aes*. Pero rehaciéndose en el acto, replicó victoriosamente:

—Por lo mismo, hermana beata, que el ánimo de un fiel difunto puede requerir y escudriñar, como sujeto de la permission divina, el corazon de la criatura terrestre, el ánima de su esposo sabe en este punto más que vuestra merced. ¿Podria vuestra merced, hermana Escolástica, poner la mano en el fuego atento á perseverar en tan piadosa intencion?

—En la hora de agora, sí; pero el espíritu flaquea cuando más fuerte batalla y.....

—¡*Ergo!* redarguyó ahora á su vez el otro escolástico: *ergo* hace bien el ánima de su difunto (que en paz descansa) en demostrar sus penas de daño y de tormento á su flaca mujer, dudando prudentemente de su caridad.

—En Dios y en mi alma, padre mio, que apetezco ansiosamente la prueba de si soy ú no caritativa para con el alma del muerto de mi alma. ¡Guay! ¡Quién me diera purgar por él!

—A la mano de Dios, que no en otra, hermá Escolástica, ha de ponerse el gran negocio de nuestra eterna salvacion. *Et*

*sperent in te qui noverunt nomen tuum.* Procure también su merced, hermana mia, dormir á solas y á oscuras, porque las almas en pena son de suyo espantadizas y amigas de las sombras.

—Estoy, señor de mi ánima, tan amedrentada, que, contra mi gusto, tengo que traer cabe la sepultura de mi lecho los huesos de la vieja Mónica.

—¡Cuidado, hermana, con las supersticiones, que turban la conciencia y la aparejan al pecado. Los muertos no resucitarán sino en el dia del Juicio, y *De illa autem die et hora nemo scit, neque angeli caelorum nisi solus Pater.*

—¡Guay! pero las ánimas....

—Esa ya es harina de otro costal. Las ánimas salen cuando están en pena y solo con la permission divina. Y eso de temer á los espíritus puros, arguye falta de piedad, por cuanto se opone al alivio de sus penas y á la voluntad de Dios. *Qui non est mecum contra me est.*

—En ese caso abrenuncio: que duerma la vieja en la puerta de mi alcoba.

—Eso es; pero en la parte de afuera, que no oiga....

—Es un poco tenienta.

—No obstante.

—Pero á oscuras, Fray Alonso, me moriria de espanto.

—¡Volvemos á las supersticiones!

—No tal; quiero decir que á oscuras siempre son más negras las penas del espíritu, y más á los ojos del mío, ya de suyo malenconico.

—Bien; podeis estar entre dos luces.

—Mi lámpara no alumbrá mucho, y ménos con la pantalla, que es redonda.

—Pues no deje de ponérsela, á ver si así recabá su piadoso objeto. Y para alejar tristes reminiscencias, no duerma en la alcoba conyugal.

—Si duermo en esta otra desde que feneció mi amado conyuge.

—Muy bien hecho. El recuerdo de la felicidad pasada aflige

naturalmente el espíritu, y debemos prudentemente alejarnos del objeto que al vivo nos la representa. Ante todo, la tranquilidad y la salud. ¿Está bien ventilado este otro dormitorio?

—Mucho que sí: tiene una gran claraboya que da al corral, con su vidriera, que de día y de noche dejo abierta en este tiempo de estío.

—¡Hola! ¡tanto temor por los muertos y ninguno por los vivos! Pues ¿y si entrara un ladrón?

—Por esa parte estoy segura, Fray Alonso. Ni los gatos podrían subir al boquete, que además tiene su reja. Venga vuestra merced y la verá.

Y la beata asió la luz y entró en su dormitorio, seguida de Fray Alonso, que se reía solapadamente, sin que podamos decir por qué en este capítulo: en otro será.

Cuando salieron estaba servido el chocolate, y aunque el fraile no tenía la mayor gana, se sentó enfrente de la beata con muy buena disposición para sacar á pulso el líquido un tanto espeso de ambas jicaras.

No sabemos si lo sacaría; sí que comenzó este otro ejercicio, tan piadoso como todos los suyos, por estafarle un bizcocho á la beata.

Y pues vosotros, benévolos lectores y lectoras, no tendreis tampoco la mayor gana de cacao, ni á tenerla, el fraile os ha de dejar olor, color, ni sabor de chocolate, puesto que acostumbraba beber agua en la misma jicara, dejemos á estos dos bienaventurados que se lo tomen ellos solos.

#### IV.

De cómo entre las doce y la una salen á revolotear las ánimas en pena.

Tres días con sus noches pasaron desde esta última entrevista, y en ellos juntó Escolástica, á pesar de los saludables consejos del fraile, toda la superstición que pudo adquirir

platicando con sus comadres y algun compadre lego, quien hubo de jurarle por todas sus órdenes haber visto por vista de ojos el alma de su abuela en forma de lechuza bebiéndose el aceite de una lámpara la misma noche de su entierro, y entre las doce y la una.

Con esto y aquello y lo otro, sucesos tan fidedignamente atestiguados, como que además los habia leído en letras de molde en sus libros devocionarios, la triste y atemorizada viuda no solo pudo ya á oír la voz, si que tambien llegó á ver la cara y todo el cuerpo del difunto en forma de murciélago, revoloteando por la noche en su dormitorio. Y bien que sudara y trasudara de espanto, ni quiso allegar compañía, ni ménos avivar la luz de su lámpara, toda vez que tinieblas y soledad quieren las ánimas en pena para espontanearse, como así se le asegurara piadosamente Fray Alonso, que no debía engañarse ni engañarla.

La gran campana de la Encarnacion, cuyos profundos ecos cunden sonoramente vibrando hasta dos leguas en contorno, moduló doce gemidos pausados, intensos, espantables.... eran las doce de la noche, esa hora que, al decir del vulgo, desencadena y llama y echa á volar por los espacios fantasmas, duendes, brujas, trasgos y vestiglos, hasta el otro gemido de la una, más pavoroso aun, que los vuelve á llamar y recoger.

El guarda del huerto cercado, paralelo á las tapias posteriores del convento, creyó ver, á la tibia luz de las dormidas estrellas, algun espíritu inmundo vagar por los aleros y aun echarse á volar en alas de mil diablos; y flaco de corazon, no se detuvo á ver más, y huyó de allí y aun del huerto, dejando allí su escopeta para correr con más garbo. A tener más ánimos, hubiera conocido que el inmundo que echándose á volar en alas de mil diablos, cayó en la calle intermedia, no era un espíritu, sino un fraile de carne y hueso, sin hábitos ciertamente, pero con todas sus órdenes *in sacris*.

Lo que es daño no se hizo el fraile en su caida, bien así como si aquella no fuera la primera oveja que hubiera desollado, ni podia hacerse tampoco, volando con ayuda de tantas alas.

Y como estaba oscuro y nadie lo seguía, el caído, levantado ya, tomó pian piano una dirección preconcebida, y se perdió.

¿Dónde iría el reverendo Fray Alonso?

¡Vive Dios! ¡Ya la solté! Y nadie sospechaba que era su merced.

## V.

Donde se verá como un Mínimo llega á ser Máximo.

El cuarto de las doce daba el mismo reló, cuando pareció el perdido. Digo yo que sería él un gato ceniciento que trepaba suave y blandamente por la tapia de un corral, y del corral á un terrado, y del terrado...

—¡Escolástica! dijo el gato con voz del otro mundo, arriando como pudo la boca ó el hocico á la claraboya de cierto dormitorio. ¡Escolástica! ¡Despierta y oye!

—Conjúrote de parte de Dios, dijo por dentro otra voz de flauta rota, que me digas quién eres.

—Una ánima en pena.

—¿Anima de quién?

—De tu desdichado esposo.

—¡Esposo mio! Desciende al casto lecho de tu triste esposa, te estrecharé entre mis brazos.

—¡Ay de tí entónces! porque el fuego de purgatorio en que ardo, reduciría á cenizas tu carne y huesos.

—Entónces no descieras, esposo mio de mi alma.

—No soy más que fuego, fuego invisible á los ojos de la carne, pero fuego de intensidad tan grande, que á no ser por la esperanza, sería mil veces peor que la lumbre del infierno.

—¡Jesús mil veces!

—¡Ayl... ¡ay!... ¡ay!

—Y ¿qué quieres de mí? ánima en pena de mi amado esposo?

—Que redimas en caridad el pecado por cuya reliquia estoy penando.

—¿Puedo yo redimirlo?

—Puedes.

—¿Cómo y cuándo? No hay sino decillo, y luego al punto serás redimida.



—¡Dios te lo pague, según el bien que me haces y tu caridad merece! Sabrás, *bienaventurada* Escolástica, que en mi condenado oficio de mercader retuve siempre que pude (y pude muchas veces), lo ageno contra la voluntad de su dueño. Y Dios, como tan justo, no quiere perdonar mis deudas hasta que pague yo las de marras.

—Justo es todo lo que quiere ó no quiere el Señor Dios nuestro, esposo mio. Y ¡á cuánto monta la deuda?

—A unos.... quinientos ducados, nada más.

—Pues no haya más penar, que contados los tengo yo en

un rincón del arca, con presupuesto de gastarlos en sufragios. Pero ¿á quién se los he de entregar?

—Imposible te será llamar un concurso de tales y tantos acreedores. Y después de todo, sería deshonesto mi memoria.

—Entonces se hará la restitución en limosnas.

—Nó, que en eso pudiera traslucirse mi pecado.

—Pues que te lo digan de misas.

—Esa es mi voluntad. Pero has de elegir un buen ministro.

—¿A quién quieres tú que elija?

El ánima en pena calló prudentemente, y la viuda volvió á preguntar:

—¿Te gusta el Padre Roque?

—Nó, contestó el ánima resueltamente.

—¿Y el Padre José?

—Tampoco.

—¿Y el Padre Juan?

—No quiero seculares.

—Entonces elegiré á Fray Diego.

—Nó, que es muy hablador.

—Pues á Fray Mamerto.

—Ménos, que no sabe de la misa la media.

—Pues á Fray Dimas.

—Mucho ménos, que sabe demasiado y no me las dirá.

—Pues entonces, ¿á quién quieres elegir?

—Yo, por mí, no tengo interés en eso: á quien tú quieras.

—¿Es bueno Fray Alonso?

—No es malo, contestó el ánima en pena con su peculiar desinterés. Pero has de encargarle, añadió, sigilo de confesión sobre un negocio que lleva en sí mi honra y la tuya. ¿Juras hacerlo así?

—En cuanto Dios amanezca.

—Sí así lo hicieras, Dios te lo premie, y si no te lo demande.

—Amen.

—Confiado en tú promesa, vuelvo al purgatorio.

—¡Esposo mio! ¿Y no has de visitarme ya nunca jamás?

- Sí, cuando apague tu caridad el fuego en que me abraso.  
—Mañana, sin falencia, y con la ayuda de Dios.  
—Pues mañana volveré de paso para la gloria *per omnia secula seculorum*.  
—Amen.  
—¡Adios, esposa mía!  
—¡Anima de mi ánima!  
—¡Esposa mía, adios!

Calló en diciendo esto el ánima en pena, y mientras la beata gemía en su casto lecho lamentando su viudez, un gato tamaño como un fraile se deslizaba suave y blandamente del terrado á la tapia, de la tapia á la calle y de la calle....

Al dar la una, el guarda del cercado, que hubiera permanecido en donde estaba á las doce, habria vuelto á ver el espíritu inmundo que lo ahuyentara, pero ahora lo hubiera visto subir.

## V.

En que se verá sin pena al ánima en pena.

A la noche siguiente, á la misma hora y en el mismo tragaluz del dormitorio, decia el fiel difunto con voz de alma ya despenada:

- ¡Escolástica! ¡Despierta y oye!  
—¿Qué quieres? contestaba por dentro la otra voz.  
—Bendígotte de parte de Dios, esposa mia, y te doy gracias por tu heroica y superlativa caridad. ¡*Beati misericordes!* porque ellos cobrarán allá *in calendas græcas*. Apagado ya el fuego que me consumia por virtud y gracia de los quinientos pecados de marras, ó sean del arca, voy ya á gozar el galardón de los justos en la gloria, *per omnia secula seculorum*.  
—Amen.

—*Cratias agimus tibi* ¡oh la más bendita y bienaventurada entre todas las devotas de San Francisco de Paula!

—Pero ¡ánima ya despenada de mi esposo de mi alma! agora que no quemarás, presupuesto el apagamiento del fuego, ¿porqué no bajas á abrazarme por la vez postrera?

—Tengo mucha priesa, contestó el esposo del alma de la esposa, despues de un momento de duda.

Y añadió en seguida:

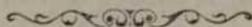
—Ea, pues, Escolástica, hasta el valle de Josafat.

—¡Que en paz descanses!

—Amen.

Y Fray Alonso echó á volar, y subió á la gloria diciendo para sus adentros:

—*Beati pauperes spiritu!* porque ellos poseerán.... lo que nosotros les dejemos.



—Cualquier género de vida es más sencilla y bienaventurada  
entre todas las de este mundo. — San Francisco de Sales.

—Pero también es sencilla de tal modo de tal modo que  
en que no quisiere, pues que el espíritu del mundo,  
porque no tiene a abarcarlo por la vez primera.

—Tanto mucha gracia, como el espíritu del mundo de la  
esposa, después de un momento de haber  
Y así en su vida:

—En que, finalmente, hasta el valle de los muertos.  
—En el que se ha pasado.  
—Amén.

Y así, como se ve, y así se ve, y así se ve,  
por un camino.

—Y así, como se ve, y así se ve, y así se ve,  
por un camino.



## I.

Donde el curioso lector verá alguna cosa.

Vivia en cierta ciudad de España, y en tiempo que no recordamos, un solteron propietario de pingües fondos, cuya renta, escediendo con mucho á sus necesidades de regaló (que el regalo es necesidad en los que pueden regalarse), le dejaba un ahorro anual de dos mil ducados y pico.

Vivió hasta unos sesenta años *vellon*, edad en que habia ya ahorrado algo más de un cuento en buenos doblones de á ocho; y no queriendo morir *abintestato*, bien que esta forma de testamento negativo no elvida á ningun heredero, testó en buena salud *privadamente*, sin duda por no fiarse de la fé pública, que siempre fué, es y será sospechosa, no sabemos por qué causa; y así testando, guardó su última voluntad en el misterio de lo que en lengua *procesada*, ó sea curial, se llama testamento cerrado.

Hecho por sí y ante sí este especial instrumeto (punzante siempre, sino contundente, para los herederos), nuestro sexage-

nario se dió á la devocion, que nunca es tarde para llamar al cielo: solo que la fé pública (y no la de escribano) desconfiaba de una piedad tan tardía, como que vino despues de omitir cincuenta veces el precepto de confesar y comulgar á lo ménos una vez por Pascuas floridas; ni puede exculparlo el piadoso narrador, diciendo, en caridad, que su merced del viejo era impecable, pues la misma fé pública decia en confianza que tenia á su cargo el peso de muchos pecados de esos que no se perdonan con agua bendita, ni con pan bendito tampoco.

Con todo eso, el devoto llevó sus tardías, pero al fin piadosas devociones, hasta el punto de hacer construir en su propia casa un oratorio con su altar y su nicho y dos imágenes, que representaban, en pequeño tamaño, la Visitacion de la Virgen á Santa Isabel en el momento bíblico *Exultavit infans*.

Los presuntos herederos del testamento cerrado, bien que no necesitaran su respectiva partija para vivir holgadamente, propietarios como eran tambien cual más cual ménos todos, ansiaban con impaciencia de acreedores cobrar sus contingentes, ó sea descifrar el misterioso enigma; lo cual es un eufemismo del cronista, por decir retóricamente que los sobrinos de su tío deseaban que su merced pasara á mejor vida, aunque no la hacía mala ya el devoto. Y si este era el deseo de los amables sobrinos, el tío, amable tambien, no los impacientó mucho tiempo, porque apenas lo tuvo él para ponerse bien con Dios, aunque no con la fé pública.

Esto quiere decir que el tío murió. Sí; murió el tío en gracia de Dios, y sus desconsolados sobrinos abrieron el testamento sobre su lecho aun caliente: tal y tanta es la impaciencia de todos los herederos; sobrinos, por cumplir la voluntad de todos los testadores, tios.

Muchos eran, en verdad, estos derechohabientes; pero á ninguno de tantos olvidó el difunto (ántes de morir, por supuesto), asignando á cada cual su parte alicuota, y á cada *cuala* tambien, aunque en hecho de verdad, no tenia sobrinas: serían tias. Esto no lo aclara bien la crónica.

—Pero ¿y el oro? ¿y el tesoro? decian los acreedores de este

concurso á cada *item* del cerrado testamento, abierto ya, viendo venir la pinta con el gráfico afan de los tahures.

Por fin, y despues de media hora de fervorosa devocion, rezando aquel rosario póstumo, en que la voz del testador iba diciendo *item* y el coro de herederos contestaba *ora pro nobis*, salió la carta del dinero: sino que vino la contraria.



«Item. Dejo un tesoro de un cuento, etcétera, escondido en esta casa; y es mi voluntad que lo adquiera de derecho y lo posea de hecho el que tenga la fortuna de hallárselo, sin más título de pertenencia que este *item*, que quiere decir, que á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.»

No decia más sobre tan interesante punto el bueno del testador, festivo hasta en sus postrimerias.

Y decirlo y disolverse el concurso en todas direcciones y en ninguna, fué obra de ese fugaz momento encerrado entre paréntesis, paréntesis de dos latidos, latidos de fiebre amarilla.

Todos los herederos conspiraban á un mismo fin; pero cada uno queria arrebatar al otro, sin saber de qué manera, el *jus primi occupantis*, que traducido al aire libre, ó sea al sentido,

vale tanto como un millon de reales de plata en oro, *item* más la *etcétera*. Quién golpeaba las paredes por si sonaran á huecas, abriendo los oídos y la boca y los ojos y hasta las narices, como codiciando tragarse todo el sonido del oro y aun su olor, color y sabor, sin dar parte ni de esto á los demás; quién arrancaba un ladrillo del pavimento, sin más instrumentos que sus propias uñas y bufando en hostilidad á la aproximacion de algun otro coheredero, como gato con sardina delante de un perro sin ella; cuál se arrodillaba en la cuadra, donde estaban los cuadrúpedos de pié, escarvando en el estiercol con las manos; cuál entró en la carbonera, tiznada, oscura, negra, alumbrándola al entrar con la luz fosforescente de sus ojos dilatados, electrizados, hambrientos de metal, esa comida, que, con ser tan sólida, no sacia nunca el hambre del avaro; porque no es hambre de su estómago, sino de su alma, que es un estómago sin fondo....

Y las paredes macizas, y el pavimento relleno, y la carbonera vacía, y la cuadra.... *epigramática*.

De estos estudios, por decirlo así, preliminares, pasaron á otros más profundos y trascendentales, aplicándolos cada cual á su modo y á reserva siempre de los otros. Pero al cabo de un año de rebusca, tocando todas las teclas y registros (ménos uno), se hallaban tan desorientados, sino más, que el primer día.

Pasó otro año en la inacción, y volvieron á la carga ensayando nuevos procedimientos inventados por espíritus insomnes y aun engendrados supersticiosamente en los ensueños.

¡Y el tesoro escondido!

Y volvieron á descansar y á emprender nuevos registros.

¡Y sin dar con el tesoro!

El testador, que fué gran maleante, debía reirse el muy socarrón ahora en la gloria, ó donde estuviera, á costa de sus sobrinos, que por equivocacion llamaremos ahora *primos*.

Estos (aquellos), desesperanzados ya de hallar lo que tan escondido estaba, aquel tesoro de 50,000 pesos *etcétera*, especie de  $x$  ó incógnita de la cuadratura de un círculo que los hubiera cuadrado á todos ellos, ni aun parte querían ya en la impro-

ductiva casa, prefiriendo un equivalente en fertiles terruños, que no estériles ni pocos se los dejaba el tío á partir por aquel su famoso testamento: sino que siendo todos los coherederos del mismo parecer, nadie quiso cargar solo con la dichosa por desdichada casa, y hubo de adjudicarse á todos rata por cantidad, ya que no pudo ser cantidad por rata.

## II.

Donde el curioso lector no verá gota.

Por lo dicho y por lo que se dirá, las dificultades crecieron, y he aquí cómo nadie, ni propios ni estraños, habitaban la casa hereditaria.

El mayordomo del difunto, que esté en gloria (el difunto, no el mayordomo), familiar que entraba muy adentro en los secretos de su amo, creyéndose perjudicado en el testamento cerrado (en el cual, dicho sea de paso, no pudo entrar, hasta que estuvo abierto), y no perdonando el caso omiso de su mayordomía, á pesar de que él, como tal mayordomo, se habia adjudicado ya *inter vivos* su *ilegítima*, hubo de decir lo que sabia y un poquito más, sin respeto á la memoria de los muertos.

Entre las muchas mentiras que hiciera cundir por el vulgo, propaló una verdad, que, sino en el fondo, era en apariencia un sacrilegio, que ponía el alma del difunto del color de los tizones, residuos de un hogar que no está por cierto en la gloria. Decía el pícaro y deshonrable mayordomo que el bueno de su amo no habia creído nunca en Dios ni ménos en su santa Madre, puesto que él (el mayordomo) lo habia sorprendido más de una vez en su oratorio, no orando como parecia y debiera orar para que Dios lo perdonara, sino escarneciendo con sacrilegas sonrisas de condenado las benditas imágenes del nicho.

Añadió tambien el maldiciente mayordomo que su amo no

habia querido que las limpiara nunca, diciéndole con la misma sonrisa condenada que para lo que valian las imágenes ¡las sagradas imágenes! estaban muy bien con polvo.

Con esto, escandalizado el vulgo, condenó el cuerpo y aun el alma del difunto herege, especie de iconoclasta que acercaba devotamente las imágenes para profanarlas así más á su gusto. Y como el vulgo de antaño era todo el mundo, en achaque de santimonia, hasta los mismos sobrinos de su tío condenaron piadosamente al tío de sus sobrinos, dejando la dicha vivienda como *abintestato*, la cual diz que olia á azufre por dentro y por fuera, y que hasta su demolicion vino llamándose *la casa del Condenado*.

Tambien influia en esta *abnegacion* ó *abrenuncio* por parte de los sobrinos otra circunstancia, que venia á ser una consecuencia lógica de tales premisas; pues á no ser así, los sobrinos, aunque tan piadosos, no escrupulizaran el oro del *Condenado*: era la desconfianza, desconfianza del muerto y de los vivos.

Del muerto decian:

—¡Báh! Quien era capaz de burlarse de los santos, más capaz sería de burlarse de los pecadores. (Y de las pecadoras, añadía alguna *impeccable* heredera.) El dichoso tesoro, seguian diciendo ellos, es solo el *item* del testamento, y el item no es más que una broma pesada del difunto.

(Que esté en gloria, diremos nosotros, ya que omitian esta optacion caritativa los buenos de los sobrinos).

Y decian de los vivos:

—Y sino mintió el condenado testador, ¿quién sabe si alguno de mis coherederos, acaso el más pacato, habrá dado ya en el nido?

Esto lo decian piadosamente todos y cada uno á reserva de cada uno y de todos.

Despues (antes nó) pasó más de un cuarto de siglo azotando á aquella generacion de sobrinos, que á su vez llegaron á ser tios, y aún vagaba como el soplo de un viento cálido, sobre la casa del *Condenado*, ya en ruinas, el maldiciente rum

rum del mayordomo (que esté... ¿Dónde diablos estará aquel mayordomo?)

Hasta que, por fin, vinieron al pueblo ciertos pájaros, negros á guisa de cuervos, los cuales, con sus anchas alas y sus largos picos y sus uñas no cortas, por cierto, entrarán en acción ó facción en el capítulo siguiente.

### III.

Donde el curioso lector lo verá todo, ménos lo que no vea.

—*Pax huic domui.*

—¿Quién nos viene?

—Un canónigo, dos prebostes y cuatro oidores.

—¿Estudiantina tenemos?

—Para servir á Dios y á vuestra merced.

—Ahórrense en buen hora ese trabajo por lo que hace á mí, que yo me sirvo á mí solo.

—¿No es esta la posada de *San Dimas*?

—Nó, sino la de la *Raposa*.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo.

—Sí, hombre de Dios: las cuestiones de nombre son meros accidentes del discurso. Prescinda, pues, de accidentes, y vamos á la sustancia. Traemos para vuestra merced un mensaje comendatorio en favor nuestro de parte de su ilustrísima el prelado de la diócesis.

—¿Mensaje para mí?

—Para el *Raposo*.

—Pues perdone su ilustrísima, porque yo no soy el tal *Raposo*.

—¿Cómo que nó!

—Que nó.

—Reflexione bien vuestra merced, no sea cosa que se engañe.

- No me engaño.
- ¿No es vuestra merced el dueño de la posada de la *Raposa*?
- Soy.
- Ergo*....
- ¿Que es *ergo*?
- Ergo* es que el dueño, ó sea el macho de la raposa, es naturalmente el raposo.
- Niego la inconsecuencia.
- Probet*, y midamos las dialécticas. *Probet*.... Ea. ¿Qué dice vuestra merced?
- Digo.... que no tengo nada que decir.
- Entónces concede tácitamente que es el macho de la hembra susodicha, y en ese caso, nosotros tenemos que decir. Decimos, pues, que necesitamos un cuarto de estancia, otro de carnero, otro de arroba de pan y otro de cántara de vino.
- Perdonen vuestras mercedes, señores pobrotos, porque yo no conozco al rey, sino es por su moneda, y ántes de todo, y para tratarlos segun sus merecimientos, quisiera ver yo por mis propios ojos á cuánto monta la recomendacion de su ilustrísima el perlado de la diócesi.
- Vuestra merced no saldrá nunca de su círculo vicioso. Ya le hemos probado *ad unguem*, que esa es mera cuestion de nombre.
- Así es la verdad; pero, perdóneme su ilustrísima, el perlado de la diócesi; vuestras mercedes no pasarán adelante, si no me nombran al rey, nuestro señor, por valor de venticuatro reales de plata.
- ¡Venticuatro reales de plata!
- De la plata hago merced á las vuestras, como sean venticuatro los reales. No es mucho para doctores: á cuatro por borla, ó sea por barba. Pero á secas, se entiende.
- ¿A secas dijo?
- Dije.
- ¿Qué significa esa sequía?
- Significa servir á vuestras mercedes todos los cuartos que se han servido pedirme, quito el de carnero, pan y vino; á no

ser que quieran agua sus mercedes, en cuyo caso podré remojarlos á su gusto. Item más, han de dormir bajo llave, no sea que me pase lo que en las vacaciones de antaño con otros ilustrísimos tunantes, que, por dejarlos yo sueltos, se llevaron seis gallinas, amen del gallo.

—¡Oh maledicencia humana! ¡Que así se calumnié á la ciencia militante! ¡*Seculum sic est!* Así es el vulgo, y de él se dijo: *Nunquam dedit nec dabit quercus palmás.*

—Pues no miento.

—Yo os probaré que sí, con un argumento en pava.

—Es verdad, tambien se llevaron ese pico.

—Y otro que habia en una jaula.

—Ciertamente, el perdigon con que yo cazaba.

—Vea vuestra merced cómo mentia al decir que no le quitaron más que las gallinas y el gallo.

—Así es. Y porque es así, apostaria yo otra pava á que vuestra merced entró en el ladroncio, dando como da de él pelos y señales.

—Miente vuestra merced tambien en esto, hermano en Cristo, por cuánto yo no he dado sino plumas y picos, quiero decir.... que estos son meros accidentes del discurso, y lo que importa es la sustancia: conque mándenos servir esa otra pava de la apuesta, ya que no el cuarto de carnero.

—Déjense de burlerías, ó hago traer una manta y la llevan completa los tunantes.

—¡Así hace vuestra merced honor á su ilustrísima!

—Así.

—¡Oh tempora! ¡Oh mores!

—¡Ea! Por allí se va á la calle.

—¡*Homo homini lupus!*

—Conque buenas noches.

—¡Malas te las dé Dios, hermano en Cristo!

—Amen.

—¡Y nos va á cerrar la puerta!

—Y las ventanas tambien.

—¡*Vae victis!* Pero tú pierdes, macho de la hembra susodi-

cha, pues nos llevamos todas las indulgencias que nos dió su ilustrísima.... para gastos de posada.

—*Deo gratias.*

—A Dios sean dadas.

—Buenas noches nos dé Dios.

—¡Hola! ¿Tunanticos á mi?

—Hable bien, hermano, que eso no cuesta un blado, y al fin, como dijo nuestro Padre San Buenaventura....

—¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¿Hijos del santo sois?

—Por la gracia.

—¡Ahora sí que venís mal!

—Niego la consecuencia.

—Yo lo que niego es la posada.

—¿Y cómo se prueba ese absurdo?

—Probándolo, aunque en punto de gramática, yo solo entiendo la *grama*, como dijo el otro.

—Asiente las premisas.

—Si vuestras mercedes son, amen de tunantes, hijos de tan buen padre, el mio ha de ser por fuerza malísimo.

—Ese argumento no está en forma.

—Ya he dicho que yo solo entiendo de *grama*.

—Pues nosotros le explicaremos la *tica*.

—Lo que yo quiero decir es que no hay posada.

—Ya ese argumento está en *bárbara*.

—Si soy ó no soy bárbaro, esa no es cuenta de nadie. Y tengan la fiesta en paz, porque tengo malas pulgas y....

—Las pulgas no nos molestan en siendo buena la cena.

—Muchacho, cierra esta puerta, que estos señores se van.

—Vea vuestra merced que no.

—¿Cómo que nó? Ahora mismo.

—Vea vuestra merced que somos siete *licenciados in utroque*, de los cuales el que ménos lleva encima otras tantas órdenes *in sacris*, y no es cosa de que durmamos *sub dio*.

—Si vuestras mercedes son tan *licenciados*, pueden meterse

en casa del alcalde, que lo que es en la mia, juro á Dios por estas cinco cruces que no ha de pernoctar un cuervo; cuanto ménos siete y tan *bienaventurados*.

—No hay medio de argüir con gente iliterata, que jamás sale de su círculo vicioso. Vuestra merced se sirva poner en forma ese argumento, y verá cómo no le dejamos hueso sano.

—En punto á ese punto, soy yo más *licenciado* que todos los *utroques*. ¡A ver! Diego, trae esa estaca.

—¡*Que ex abrupto!*

—Si soy bruto ó nó, ahora lo vereis.

—Perdone vuestra merced.

—No perdono.

—Pues ni nosotros tampoco. *Exorcistas, ¡sit anathema!*

—¡*Anathema sit!*

---

Así de asendereados iban de Zeca en Meca y de Zoca en Colodra por este inhospitalario pueblo, siete de aquellos célebres sopistas en comparsa, que pudiéramos hoy llamar *orden de calavería andante*, y cuya mision no era otra que cantar y comer: solo que estos, más bien *gementes et flentes*, no tenían dónde ni qué cenar esta noche, sin dejar de ser por eso hijos de *San Buenaventura*, como luego se verá.

Cansados ya de recorrer el pueblo, despues de una jornada de seis leguas (estrechitas, pero largas), sentáronse los siete *licenciados* en el átrio de un convento, cerrado tambien como la posada del *Raposo*, y allí esperaban ó desesperaban en silencio, que de vez en cuando interrumpian con bostezos y sentencias.

—¡*Magna civitas, magna solitudo!*

—¡*Et instat fames!*

—¡*Tantum vales quantum sonas!*

—¡*Heu me miserum!*

—¡*Maledicta nox in qua peperit me mater mea!*

—¡*Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram!*

Así se lamentaban por turno los misérrimos, pero ilustrísi-

mos tunantes, cuando acertó á pasar junto á ellos una vieja, que iba derecha al *Infierno*, plazuela sita un poco más allá del monasterio.

—*¡Ave, mater!* dijo saludándola el *postulante*, escolar que no tenia nombre de familia, pero que lo tenia de aula, donde por su aprovechamiento, era llamado técnicamente *decurion de decuriones*.

—*¡Ave!* repitieron los otros á coro.

—Mas vale ser ave que cuervos.

—¿Luego los cuervos no son aves?

—No tal.

—Pues ¿qué diablos son?

—Estudiantes.

—Presto nos oliste.

—El azufre trasciende.

—¿A eso olemos?

—Y á cuerno tambien.

—Y tú, grandísima cuarta, que es algo más que tercera, ¿á qué diablos hueles?

—A santa.

—Pues oye nuestras preces.

—Rezad.

—Santa maldita, maldita de Dios, ruega por nosotros, pobres doctores ahora, ó es la hora de tu muerte, amen.

—¿Qué quereis?

—Posada.

—Pues id á la de la *Raposa*.

—Que será la tuya.

—Nó, sino de Jorge.

—No queremos esa.

—¿Por qué, siendo tan buena?

—Porque.... no está madura, como tú digiste á la uva.

—Pues id á la de Anton.

—Tambien está verde.

—Pues á la de Roque.

—Está muy más verde.

—¿Que decís?

—Decimos lo que el divino maestro, *Et quicumque non receperit vos, exeuntes foras de domo vel civitate, excutite pulverem de pedibus vestris. ¡Væ vobis! ¡Ay de vosotros, raposos de ambos sexos!*

—No entiendo el griego.

—¿Y el turco?

—Puede ser.

—Pues oye.

Y el decurion le preguntó turcamente por la salud de sus sobrinas, contestándole la tía en la misma lengua.

—Llévanos á tu casa á pernoctar.

—No puede ser.

—¿*Quid ita?*

—Porque teneis poco dinero y sois muchos cuervos.

—¿Pues cuánto llevas por pico?

—Un ducado.

—*In partibus*, sin duda, porque esa es moneda imaginaria.

—Ya he dicho que no entiendo el griego.

—Si es turco.

—En remate, ¿quereis ó no quereis pernoctar en mi posada?

—Queremos.

—Pues siete por nueve.... ochenta y cinco.

—Y ocho que llevas.... ciento.

—Déjense de silogismos y....

—Y de cero no llevamos nosotros nada.

—¿Eso es! No teneis ni tres maravedises.

—Los tenemos, *plus minusve*. Conque guíanos.

—Ahí en frente, amplia y vacía, teneis la *Casa del Condenado*.

—¿Nos abrirá su merced si llamamos á su puerta?

—Acaso por ser hijos de un mismo padre.

—¿Tambien era él hijo de *San Buenaventura*?

—Mejor me la depare Dios á mí, porque él era hijo del mismo Satanás.

- Habla mejor de tus hermanos.  
—¡Niego las *premisias*! Aunque pobre y pecadora, no quiero ya parentela de tan alta guisa.  
—Pero á lo ménos sabrás esa condenada historia.  
—¿Quién no la sabe en el pueblo?  
—Pues entónces.... Erase que se era un gran camello. Continua.



- Y los escolares rodearon á la vieja.  
—¡Atrás, gente baldía! dijo esta rehuyendo.  
—Erase un gran camello, repitieron en coro todos siete.  
—Tengo mucha prisa.  
—No tengas ni quieras tener jamás sino dinero.  
—Dejadme en paz, que no tengo tiempo.  
—¡Oh! Tiempo te daremos nosotros todo el que tú quieras.  
Erase un camello....  
—No era eso.  
—¿Pues qué era?  
—Un señor muy rico.  
—Llámale H. Si el rico no hubiera sido camello, habría pasado por el ojo de la evangélica aguja; es decir, no se hubiera condenado.

—Ea: pues dadme un polvo á lo ménos.

—*Vade retro!*

—¿Ni siquiera teneis rapé?

—Porque no tienes tú cincuenta años siquiera.

—Setenta y dos.

—No hay rapé: á secas.

—¡Mal año para mí!

—No es muy bueno para nosotros.

—Es lo cierto.

—Ea: santíguate y comienza.

—¡A la mano de Dios! Erase lo que era. El aire para las aves, el agua para los peces, el fuego para los malos, la tierra para vosotros, y la gloria....

—Para tí, interrumpieron los estudiantes.

—Así sea, añadió la empecatada santiguándose piadosamente.

Despues de esta introducion de fórmula sacramental, la buena de la mala vieja refirió la historia que nosotros ya sabemos, añadiendo de *proprio Marte* todos los pavores de supersticion que pudo inventar el vulgo, de que ella era encarnacion tan descarnada como legítima.

Codiciáronse los famélicos doctores al son de aquellas tan metálicas razones, como quiera que la vieja no omitió el asunto para ellos capital del escondido tesoro; y luego de coger todos los cabos, le intimaron órden irrevocable de introducirlos en la *Casa del Condenado*.

—Cerca de treinta años hace ya que está cerrada, objetó la vieja.

—Cerrada ha de estar precisamente para que se abra, repuso el decurion. Ven y llama.

—¡Llamar yo á la puerta del *Condenado!*

—A tí te toca, que eres de la familia..

—*Nequaquam!* Hace veinte años que un insensato osó llamar á la maldecida puerta y.... ¡guáy! primero se le secó la mano, luego el brazo y luego *excétera*, hasta que murió todo seco y negro como el mismo *Condenado*. Y otra insensata se

sentó cansada en el portal, y no pudo luego levantarse. Hasta un perro que entró una vez, no se sabe por dónde, salió *hidrofobio* como un *elegímeno*.

—Pues nosotros hemos de entrar, siquiera salgamos *elegímenos* y aun *hidrofobios*.

—No hagais tal, que va en ello la salvacion.

—Tambien va el tesoro.

—¡Eh! El tal tesoro fué una burlería del *Condenado*.

—No importa. *Procedamus in pace*.

—No seré yo quien tome á cargo de conciencia el pecado de ayudaros en tan temerario empeño.

—No te resistas, corneja, porque entónces llevas manta, ó manteo más propiamente.

—Lo más que yo puedo hacer, hijos míos, es guiaros á casa del heredero que tiene las llaves de esa casa.

—¡Pues guía!

—Seguidme, pues.

Y la corneja echó delante seguida ó perseguida por los cuervos.

#### IV.

Donde el curioso lector verá más de lo que quiera.

La vieja condujo á los estudiantes hasta la puerta del sobrino mayor del tío condenado, y se fué otra vez derecha á la plazuela, sita allende el monasterio.

—¿Quién va de embajador? interrogó el decurion.

—*Fers principatum*, tú eres el jefe, respondieron sus concollegas.

—Pues esperad.

Y el corifeo entró en la casa como Pedro por la suya.

—*¡Deo gratias!* dijo anunciándose devotamente.

—A Dios se deben, contestó una voz hermafrodita, es decir, la simultánea voz del matrimonio.

—¿Mi señor el dueño de la casa?

—Yo soy.

—*Salutem plurimam.*

—¿Qué ocurre?



—Soy el licenciado Félix, aunque no *in utroque*, decurion de decuriones en las aulas, capellan de grados y corona en ocasion propíncua de prima *in sacris* y *dua* postulante de la más honrada y noble tuna que salió jamás del templo de Minerva, como que en ella y *sub mea ferula* solo vienen doctos y aun doctores *licenciados*, y este preboste *in fieri* que no reconoce más *ferula* que la de vuestra merced, á quien humildemente se ofrece atento, seguro servidor y capellan, que su mano besa.—Félix *No-in-utroque*.

—¿Y qué sacamos de esa algarabía?

—No es cuestion de sacar, sino de meterse *sub lectum*.

—No entiendo.

—Quiero decir, muy señor mio y carísimo dueño, que hemos recorrido toda esta heróica y culta ciudad sin que nos haya sido dado hallar posada; miento, y perdone, porque posadas hemos hallado hasta tres: ahora, alojamiento nó.

—¿Y qué?

—¡Despacio! Ya he sentado las premisas y voy lógicamente á deducir la consecuencia, contando siempre con vuestro precedente beneplácito. Estando á la inclemencia del cielo, ó sea á la del posadero (bípedo que, entre paréntesis, es el primer animal de nuestra noble especie), acertó á pasar por allí una buena señora (mejorando la presente), señora tia (por cuanto tiene sobrinas), que tuvo la benevolencia de ponernos en autos, ó sea en camino de topar con vuestra merced.

—Con mi esposo no topa nadie, señor *licenciado*, objetó la esposa dándose por aludida justamente, es decir, injustamente, puesto que ella era una buena señora (sin mejorar las presentes), como diria y dijo de hecho para exculpase el *licenciado*.

Y luego de exculpase con su *atqui* y con su *ergo*, prosiguió en su demanda, diciendo:

—El deseo, pues, del cláustro en pleno, cláustro de que soy ahora, aunque indigno, digno representante y legado, es pura y simplemente dormir bajo techado, para cuyo fin vengo á suplicar á vuestra merced sea servido de darme la llave de la inhabitada casa de su buen tio el *Condenado* (que esté en gloria).

—¡Jesús! exclamó á la vez el matrimonio santiguándose en guisa de conjuro.

Y añadió simultáneamente tambien:

—Vuestra merced, señor capellan, tiene los diablos en el cuerpo

—Juro por todas mis órdenes y las de mis concofrades tambien, que no tengo en el cuerpo cosa de comestible.

—Hablamos de espíritus malignos.

—Carne es uno de los enemigos del alma.

—Pues si no los tiene dentro, está en ocasion próxima y nosotros no podemos contribuir, sin grave cargo de conciencia, á semejante maleficio.

—¡Válgales Dios por bienaventurados! ¿Cómo, señores míos, cómo unas entidades tan católicas, apostólicas y romanas como vuestras mercedes parecen, se dan á creer tan vulgares supersticiones?

—¡Supersticiones! Todo el que tiene oídos, oye dentro de la maldita casa el espantable ruido de arrastrar cadenas casi todos los viernes del año; y todo el que tiene olfato, huele el olor del infernal azufre; y nosotros mismos hemos oído los lamentos del *Condenado*, que vaga como un murciélago enorme en la media oscuridad del oratorio, donde están las imágenes de qué él sacrilegamente se mofaba.

—Sepan vuestras mercedes que están en pecado mortal.

—No lo creemos.

—Voy á probarlo con toda la teología y con todos los Padres (yo inclusive) de la Iglesia.

El *licenciado* probó lo prometido; pero sus adversarios se quedaron en sus trece y aun en sus catorce con el refuerzo de los demás coherederos, tíos y sobrinos, que fueron llegando durante la controversia, y se opusieron de consuno á la demanda.

Viendo el escolar que por este camino no los llamaba Dios, torció por el de la izquierda, diciendo con pesar:

—Vuestras mercedes pierden.... y nosotros tambien, que para todos habria.

—¿Qué habria? preguntaron con cierto interés sobrinos y tíos.

—Habria pecunia.

—¿Cree el señor preboste en el tesoro?

—A pié juntillas.

—¿Cómo? ¿No le parece eso una burlería del *Condenado*?

—Y ¿por qué habia de burlarse de vuestras católicas mercedes el *Condenado* (que esté en gloria)?

—Como él no era muy católico, que digamos....

—No es eso una razon para burlarse de nadie y mucho ménos de su propia sangre. Podrá, sí, haber sucedido que un quidam más afortunado, por ménos supersticioso, haya puesto el dedo en la llaga, quiero decir, la mano en el nido; pero si el nido está aun en su agujero, juro por mi tonsura y la crisma de vuestras piadosas mercedes que tendremos tortilla.

—Mucha seguridad tiene vuestra respetable merced.

—No sin razon. El más ruin de mi ilustre cofradía es el bachiller Vulpécua; pues ese bachiller, cierta noche, sin cena, y aun sin luz, vió relucir un alfiler de oro debajo de la capa vegetal de nuestro planeta, y nos lo cenamos, por más señas: esto es, cenámonos la vitualla mercada con su importe.

—En ese caso, y por mi voto, dijo el dueño de la casa, nada se pierde con hacer ese registro científico; pero somos seis coherederos, y hemos de ponernos de acuerdo.

—Enhorabuena. Pero adviertan vuestras mercedes, que todo el tiempo que inviertan en argüir lo pierden en contar pecunia.

—Pronto resolvemos, estando aquí, como estamos, todos juntos.

Incontinenti, tios y tias, sobrinos y aun sobrinas entraron en íntimo consejo, sin salir de donde estaban, con lo cual quedó con voz y voto *in sesione* el forastero, pudiendo así rebatir todas las objeciones, que, dicho sea de paso, fueron ya pocas y débiles.

Y veis aquí cómo lo que la gracia de Dios no pudo, pudo la tentacion del diablo, ó sea del oro, pues luego al punto, y por unanimidad, quedó la cuestion resuelta en favor del mandante

Así las cosas, el ama de la casa hizo entrar á los otros seis *licenciados*, reprendiendo al sétimo por la descortesía de haberlos dejado afuera, y dispuso una succulenta cena, que, supuesto el atraso de este oficio, venia como de molde en el cuerpo inane de aquella cofradía: sino que, ya á mesa puesta, el bachiller Vulpécua, que era capaz de envasar él solo diez raciones, juzgó que no habia de quedar muy satisfecho con la

suya la noche de aquel día de hambre; y queriendo participar siquiera de otra, se levantó y espuso:

—*Quirites*, somos llamados aquí á resolver un arduísimo problema, cuyo término incógnito exige gran fuerza de raciocinio.

—Así es la verdad, contestaron los otros.

—Ahora bien, siguió diciendo Vulpécula, que debía ser discípulo de Hipócrates. *Pesima ad cogitandum saturitas*.

—Comed poco, se dijeron mútua y simultáneamente los demás.

—*Jejunium optimum*.

—Ayuna en buen hora, y á la vez satisfaces por tus culpas.

—Sobre eso hay mucho que hablar.

—Pues para hablar hay poco tiempo.

—Compendiaré. Yo, carísimos, opino (*salvo meliori*) que uno de nosotros, uno solo, debe tomar á su cargo el estudio y solución del *tesaurico* problema, supuesta la incuria de toda responsabilidad colectiva.

—Ciertamente: oído, como consejo auxiliar, el parecer de todos, uno solo debe ser el que *escarve*.

—Pues ese tambien debe ser el que ayune.

—En tal supuesto, á tí te atañe como preopinante.

—Nó, sino al más hábil.

—Tú eres.

—Yo, como todos, reconozco modestamente la superioridad y magisterio de quien ha merecido, *nemine discrepante*, el título de decurion de decuriones.

—Perdone el bachiller, que yo soy un bárbaro, y por consiguiente, no tengo la sabiduría necesaria para.... quedarme sin cenar. Quédese Galeno.

—Mi facultad no es la llamada á hacer inventario, cuenta y particion de esa herencia. Ahí está el jurisperito.

—*Nequaquam*. Mi delicadeza no me permite aceptar una mision que, por ser de tanta confianza, corresponde de derecho al *licenciado* Marramaquiz.

—Si se trata de mision, á nadie corresponde más que á Fray Supino.

—Perdone vuestra merced, que se trata de ayunar, y ese medio de justificacion beatifica solo corresponde á *San-tiago*, que va en carrera de Obispo.

—Nó, que corresponde á *Vulpécua*, quien, al sustentarse el argumento, ó sea el ayuno, tácitamente lo acepta.

—Miente su ilustrísima, señor Obispo, con toda la boca que Dios le ha dado, (que no es pequeña), porque tengo yo muchísima hambre para aceptar semejante sofisma. Lo que se puede hacer, para dirimir la discordia, es echar suertes.

—Echémoslas.

Y las echaron con seis garbanzos blancos y uno negro en la urna de un tricornio, sacando por su propia mano el negro y fatal garbanzo el escolar más famélico.... el bachiller *Vulpécua*.

—¡Voto á Dios.... me perdone! exclamó el *agraciado*, viendo humear la cena, que salió al mismo tiempo que el garbanzo.

—Te se permite, sin embargo, dijo el decurion, un vaso de vino y un bizcocho para que no te desmayes; pero no habiendo aquí cosa de bizcocho, no te se permite más que el vino.

—Esa conclusion no es lógica.

—*Probet.*

—No habiendo bizcocho, se me debe permitir una hogaza.

—Probó *ad hominem*. Pero désele, además del vino, un texto para el sermón de refectorio.

El pobre *Vulpécua* pudo al fin, y á fuerza de lógica, sacar por toda consecuencia una corteza de pan, y con ella y el vino y el texto, divirtió á los comensales, aunque no sus apetitos, escitados por todos sus sentidos corporales.

Mientras tanto, la gente de la casa tuvieron sesion privada en que, recordando el *item* del testamento, que adjudicaba el tesoro á su inventor, resolvieron no dejar de la mano á los escrutadores. Para esta vigilancia hubiera bastado un testigo de vista; pero temiendo aun al alma del *Condenado*, ninguno se aprestó solo, y tíos y sobrinos, todos los hombres de la familia hubieron de unirse para acometer la empresa.

Proveyéronse luego de antorchas, picos, azadones y otros

instrumentos, y entregando las llaves á los estudiantes, partieron todos juntos á la casa del *Condenado*, sin que ningun extraño se apercibiera de ello.



Referir los temores y sobresaltos de los supersticiosos herederos al acercarse á la casa, al meter la llave en la cerradura, al crugir de su pestillo, á aquel lamentoso girar de la puerta sobre sus enmohecidos goznes, y á cada vuelta y revuelta de los solitarios pasillos y aposentos, fuera el cuento de nunca acabar. Baste decir que iban rezando en coro todos ellos, con gran divertimiento de los impávidos tunantes, así como cantan los muchachos al entrar en alguna pieza oscura.

Y este era el orden de aquella procesion sacro-profana: El decurion iba delante, alumbrando con una antorcha; detrás Fray Supino, con un manojo de llaves; despues el bachiller Vulpécua, con un martillo en la mano; luego los demás doctores del cláustro, y en zaga todos los piadosos condenados, esto es, los sobrinos del *Condenado*, con instrumentos, armas y antorchas.

El héroe de esta aventura, no hay que decir que era Vulpécua: pequeño y flaco, aunque algo abdominal, se alzaba sobre tíos y sobrinos, y aun sobre sus mismos cofrades, dominándolos á todos y llenando las pavorosas estancias como el alma del *Condenado*: sus ojos, diminutos y hundidos, le saltaban

ahora de sus órbitas, empujados por el tropel de ideas de su cerebro, ojos largos, puntiagudos, digámoslo así, que se hincaban al mirar, penetrando pisos, techos y paredes.

Así hizo el registro de casi toda la casa, sin escarvar en ninguna parte, como si supiera que había de escarvar en vano.

*Casi* toda hemos dicho, por decir que faltaba registrar el oratorio.

—¡Alma del condenado, inspírame! dijo el gran inquisidor devotamente, entrando el primero y á oscuras.

Los sobrinos retrocedieron brusca y simultáneamente, como si la evocada alma les hubiera caído por delante; pero entrando luego los otros estudiantes y viéndose afuera solos, es decir, acompañados del miedo, entraron también simultánea y bruscamente, como si el alma les hubiera caído por detrás.

—¡Tontos! ¡estúpidos! ¡bárbaros! exclamó sordamente Vulpécua golpeándose la espaciosa frente al apercibirse de las pequeñas imágenes del nicho.

Y añadió de un modo indefinible señalando el vientre de Santa Isabel:

—¡Aquí está el tesoro!

—¡Mal año! exclamaron á una sus concofrades. Si ahí está, aunque esté en doblones de oro, no nos toca ni á maravedí de cobre.

—Justamente, añadió el heredero mayor: mi tío, que esté en gloria, tenía oro para llenar esta pieza. Si no sabe más el licenciado, sabe mucho menos que nosotros.

—Pues ahí ha de estar, repitió Vulpécua saltando sobre el altar.

—Quiera Dios que no, dijeron sus compañeros.

Y fijo en su idea Vulpécua, dió un fuerte golpe de martillo en el vientre de la Santa.

Una carcajada de sarcasmo resonó en el oratorio.

Santa Isabel no tenía un cuarto.

Sin embargo, allí estaba el feto viable, pudiéramos decir. Era una cédula de papel, en que había escrita de mano del *Condenado* esta advertencia, que leyó triunfante el inventor:

«El cuento testamentario, está en el lugar más *escusado* de la casa.»

No bien lo leyó el *licenciado*, cuando todos los tios y sobrinos se metieron de cabeza en él, tras del *jus primi occupantis*.

Los sopistas no tuvieron por conveniente seguirlos en esta investigacion, sin duda por no ser tan curiosos (suciedad se llama esta figura) como aquellos tios y sobrinos. Y permanecieron en el oratorio cabizbajos y meditaundos.

Otro golpe de martillo los sacó de su abstraccion filosófico-moral; golpe limpio, sonoro, divino, *condenado*....

Vulpécula habia herido tambien el vientre de la Virgen.

Al levantar la cabeza sus preocupados compañeros, vieron caer, como un cielo estrellado, una lluvia de brillantes, carbunclos, topacios, rubíes, perlas, diamantes..... Y pusieron los tricornios.

Ni una de tantas piedras preciosas, ya en el aire, cayó al suelo.

Otra carcajada de sarcasmo resonó.

Era Vulpécula, que se reia ahora de todos.

—¡Eres un sábio! dijeron todos aclamándole.

—*Ita est*, contestó Vulpécula con justísimo orgullo.

—*¡Fers principatum!*

—Amen.

Trataron luego de repartir el tesoro, y dijo uno de ellos:

—Carísimos, ocultemos la mitad de esta riqueza, y de la otra no más demos parte á los herederos.

—*Nequaquam*, objetó Fray Supino. Las margaritas no se echan á los puercos, segun el Santo Evangelio.

—Pero siquiera debemos....

—No debemos nada: está todo pagado.

—Fray Supino, ¿y la conciencia?

—Yo os absuelvo á todos.

—No es menester, añadió Vulpécula repasando, de pié aun en el altar, otra cédula de mano del *Condenado*.

Y leyó:

«Esta es la *x* de mi testamento: A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.»

—Carísimos, añadió luego, propongo en debida gratitud que el primero de entre nosotros que ciña la tiara, acepte desde ahora la obligacion de canonizar al *Condenado*.

—Queda aceptada *in solidum et singulariter*.

Despues salieron del oratorio, de la casa y aun de la ciudad, y no se supo más de ellos.

## V.

Comiéntase un cuento para acabar otro.

Al cabo de mucho escarvar (y no en tierra, como ya sabemos), dieron los curiosos investigadores sobrinos en una caja de plomo, que sacaron con grandísima ansiedad, no como el tesoro, por cuanto era pequeña, más como induccion ó deducion del tesoro,

Abriéronla y encontraron otra, y luego otra y otra luego.

—¿Qué será? ¿Qué no será? Se preguntaban mutuamente.

—Quizás la llave del tesoro, contestó alguno.

Por fin, dentro de la última caja, encontraron lo que era.

Era un cuaderno de papel escrito de puño y letra del *Condenado*.

Y el *Condenado* decia con mucha sal y pimienta.

## «CUENTO.»

Erase un tío que tenia seis sobrinos.

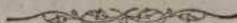
Los sobrinos eran avaros, y no deseaban sino que el diablo se llevara al tío para apropiarse su oro.

Pero el tío era avisado y chusco, y se dijo:

He de chasquear á estos bribones....»

Y así seguía el cuento hasta lo *escusado*.

Al verse con un cuento de palabras y no de doblones de oro, los sobrinos maldijeron á su tío mesándose las greñas, y se fueron á lavarse, porque, á la verdad, los curiosos investigadores no estaban muy limpios, que digamos y... no decimos más.







## I.

De que el Pobre no es pobre, ni ménos su mujer, ni mucho ménos sus hijas.

Promediando las dos jornadas de burro que separan todavía en este siglo de vapor y electricidad las dos muy nobles ciudades de Vera y Almería, hay una grande y desmantelada venta, propiedad de un no sabemos si moro ó judío, que es el pobre más rico, ó el rico más pobre de toda España. Como no está bautizado, el tal ventero no tiene nombre de pila, y solo se le conoce en la comarca por el apodo de *el Pobre*, mísero nombre, que lleva él con tanto orgullo como Rostchild el suyo celeberrimo. Y es que entre aquel y este hay un sentido homónimo, sinónimo. Rostchild, quiere decir el banquero más rico de todos los judíos; *Pobre*, el rico más judío de todos los venteros.

No sabemos tampoco á punto fijo la razon fundamental de semejante antinomia: quién la atribuye á su indigencia originaria, patronímica; quién á su posterior avaricia. Lo que si

podemos asegurar, con testimonio de todos los transeuntes, es que la venta del Pobre está en el llano de *Desuella-vivos*, y que el Pobre de la venta tiene, por consiguiente, muchísimo dinero.

¿Dinero dijimos? No es verdad, y perdone V. la franqueza; el Pobre no tiene un maravedí. Y he aquí la gran paradoja; por eso mismo es más rico. No tiene un maravedí, porque no bien lo agarra entre sus uñas de raposa, lo traspasa al vendedor de alguna finca, y es, por tanto, el primer terrateniente del contorno.



Sin embargo, con todas sus fincas rústicas no tiene tampoco pan; es decir, tiene muchísimo pan, ó sea grano, pero no se lo come él: se ha impuesto la religiosa obligacion de suministrar piensó á sus parroquianos, y en esto es tan escrupuloso, que ántes comería paja sola que desperdiciar, en su regalo, un grano de cebáda.

—¿Para qué diablos quieres los bienes, le he preguntado alguna vez, si al fin no los disfrutas?

—¡Ay! señorito, me contestaba siempre, meneando tristemente su desgredado testuz; ¡tiene uno tantas bocas á quienes dar de comer!

El Pobre cuenta por bocas para sumar sus atenciones en un número homogéneo: sus bocas, pues, son los arrieros, los burros, su mujer y sus hijos.

En efecto, los hijos que su mujer le pariera no eran pocos; pero haciendo caso omiso de los machos, las hembras eran tantas como las gracias mitológicas, pero llenas, llenitas, buenas mozas, como el tipo sarraceno. ¡Qué formas! ¡Qué ojos! ¡Qué boca! es decir, ¡qué labios! Estrañábase á primera vista que de un padre tan enjuto, tan rígido, tan feamente feo, hubieran salido hijas tan redondas, tan flexibles, tan hermosamente hermosas; pero al fin no había que estrañar nada, pues diz que la madre (nosotros ya la hemos conocido vieja) diz que había sido (y no parece inverosímil) una gran moza también. Y como la carne hace carne, el huesoso Pobre tenía razon en decir lo de las bocas, pues claro está que mujeres tan llenitas no debían comer, como el Pobre, paja sola; carne comerían sin duda á hurtadillas del avaro.

## II.

De un inglés y un español.

Pero ¿cómo se concilian los extremos del gran contrasentido de ser el Pobre tan rico?

Para satisfacer esta curiosidad, vamos á poner en accion un hecho histórico, de que fué protagonista, ó sea persona que padece, un ingeniero inglés, y que se repite con frecuencia en aquella venta, porque todos los transeuntes que á ella concur-

ren son *ingleses*, aunque hayan nacido en el corazón de Castilla.

Alumbraba el último crepúsculo de una tarde de crudo invierno; las nubes se deshacían en menudas gotas, y un impetuoso viento norte azotaba con sus frías y mojadas alas á los asendereados viajeros, que menudeaban el paso hácia la venta para abrigarse de la intemperie y descansar de las fatigas de la jornada.

Ya los arrieros habían pensado sus bestias, y pensaba el Pobre en servirles á ellos el tradicional arroz picante, cuando entró cabalgando en un como podenco un señor de esos que, aun sin hablar, van diciendo á voces que no son españoles. Los andaluces distinguen infaliblemente el tipo inglés entre todos los tipos extranjeros, y el celeberrimo Pobre, como andaluz que era (y será hasta que se muera), aunque no en la *s* ni en la *z*, teniendo desde luego al recién llegado huésped por *english* de pura raza, dejó la sartén que tenía por el mango, se le acercó sombrero en mano, y para inspirarle simpatías de gentilicio, lo saludó cortesmente en su lengua, diciendo repetidas veces:

—*Yes*.

*Yes*, en la lengua inglesa del maleante y chusco posadero, no significaba *sí*, lo cual hubiera sido incongruente; quería decir, por el contrario, *nó*; elipsis que, desenvuelta en su gramatical íntegra forma, daba este sentido perfecto: *nó, no te escapas*.

En efecto, Mister Smit, que así se llamaba el inglés, no se escapó de sus uñas, como se verá en la cuenta que al final insertaremos como croquis topográfico, y aun como *vera efigies* del excomulgado Pobre.

Ahora bien: no anticipando los sucesos, para proceder con método en este relato histórico, diremos que el inglés era un ingeniero que, representando una razón social de Lóndres, había venido á Almería con el fin de explorar sus filones argentíferos; y con crédito abierto en casas corresponsales, tenía siempre mucho contante y sonante.

Dirigíase á la sazón á la rica Sierra Almagrera, término de

Cuevas de Vera, en compañía de un peon armado, que encomendó al Pobre caballo y caballero, y continuó, como ganando horas, su camino, sin temor al frio ni á la lluvia.

—Mi querrer habitasion serrado, dijo el inglés luego de echar pié á tierra y entregar el caballo á uno de los mozos de la venta.

—¡Ay señon monsiu de mi alma! contestóle el Pobre. Mi no poder servir á usía en esa bagatela; pero fuera de eso, pedir lo que querrer, y mí medirle la boca á vucelencia.

—Mí no entender.

—Que mí no tener más habitasion que esta que es abierta.

Y el astuto señaló la cocina, combatida por los treinta y dos vientos de la rosa náutica.

—*Oh heabens!* ¿Por qué no tener? interrogó el inglés con rabia.

—Porque estar ya cada mochuelo en su olivo.

—Olivo nó; habitasion, habitasion.

—Estar ya toas ocupás.

—¿Por quién?

—Por caballeros y señoras.

—*What á mis fortune!* Mí querrer alcoba solo, serrado, pronto.

—Mí no poder servir.

—*¡Good! ¡God!* ¿Entonsets no dormir?

—Dormir aquí.

—Cusina, frio.

—Cusina, lumbre.

—*Nothing, nothing.*

—No compro pan.

—Cusina, ¡nó! ¡nó! ¡nó!

—¿Querrer alcoba?

—*Yes.*

—Eñtivamente que estando ya aquí, no es honra de la casa que un Monsiu tan principal se vaya sin alcoba. ¿Qué haré? ¿Qué no haré?...

—Mí pagar mocho din erro.

—Eso es lo de ménos; lo que yo quiero es que pasé usía la noche á gusto. En fin y últimamente, aquí no hay más que darle á alguno de los huéspedes una friolera por su alcoba, y que vaya á dormir allá, al pajar.

—*Yes, yes.*

—A ver, muchacha, á echar aquí una güena fogata, que se enjугue su lustrísima el sortús.

—*¡Yes!* dijo el buen Smit frotándose las manos.



—Yes, repitió una de las hijas echando en el fognon un brazo de retama.

Y mientras las buenas mozas daban pábulo á la lumbre, y el bueno del inglés, sentado al calor, enjugaba su *surtout*, hecho una sopa, el zorro del ventero se fué á la cuadra á pensar el mejor modo de traducir á su lengua, ó sea á su bolsillo, el *dinerro* del inglés.

### III.

De un español y un inglés.

De allí á poco volvió el Pobre con soluciones completas para su plan de gobierno.

—To, dijo el muy falaz, to lo compone el dinero: ya estaba el hombre en la cama, y no habia medio de hacerle abandonar el nio; pero así que vió relucir la plata, empezó á entrar en razon; y aunque se vendió mu caro, al fin se fué al pajar.

—¿Mí tener alcoba? interrogó el inglés.

—Alcoba y comeor, sala y antisala, to en una pieza pa tenerlo to más á mano, su lustrísima.

—*What joy!*

—A ver, muchacha, y tú y tú, las tres, dijo imperiosamente el ventero dirigiéndose á sus hijas, á ver cómo arreglais aquel cuarto barriéndolo y sahumándolo en un *santiamen*. Os encargo que la cama....

—Rispitive á cama, interrumpió la mejor moza, no tiene osté na que icir; eso quea á mi cudiao. Un cráter, dos corchones, tres arnuhás, cuatro sábenas y....

—Y cinco mantas, añadió el socarron del Pobre sin perder su seriedad.

Despues cambió con ellas algunas palabras en *inglés*, que no entendió Mr. Smit con ser del mismo London, y acercándose al hogar donde el honorable *gentleman*, dejaba el agua sobrante, entabló con él relaciones de amistad, miéntas que las tres ninfas silvestres arreglaban (*rispitive*) la sala y la *antisala*, la alcoba y el *comeor*, todo en una pieza, para que el inglés lo tuviera todo más á mano.

A las primeras de cambio supo el ventero cómo sellamaba el inglés, de dónde venia y adónde bueno iba. El vulgo español y la aristocracia china tienen, en punto á urbanidad, las mismas

conveniencias ó inconveniencias; y el Pobre, por lo vulgo, si no por lo chino, solo omitió la pregunta de la edad, pero la substituyó con otra más importante.

—¿Tener muchos pesos duros? le preguntó, en lugar de muchos años.

—Mochos, contestó simplemente el honorable Smit.

Y como manifestara luego su deseo de que lo guiara una persona de confianza á Cuevas de Vera, el gran puebló minero de la provincia, el Pobre puso á sus órdenes á uno de sus hijos, tomando á buena cuenta cinco duros y dejando á crédito otros cinco, que á cuenta mala habia de cobrar su hijo al fin de la jornada.

A la media hora avisaron las buenas mozas estar ya la habitacion barrida y sahumada, y con esto Mr. Smit dejó la lumbre y fué á tomar posesion de su alcoba, seguido del Pobre, que, á fuer de buen criado, anhelaba la honra de servirlo.

Dentro del cuarto estaba el bueno del inglés, y aun preguntaba por la alcoba; pero satisfecho completamente por el Pobre con las razones dichas y otras no ménos dichosas, aceptó de buen grado lo que habia, porque al fin siempre era mejor aquella cuadra que no el pajar ó la *cusina*.

Y ya instalado, consultó su reló, y exclamó:

—*Cood God!* ¡Las cinco y veinte no más! Hasta las seis de mañana, dose horas y media de dormir. ¡Imposible! Mí querrer despierto hasta las dies.

—Pues no hay más que no dormir, le aconsejó el ventero.

—Mí querrer venir caballerros.

—¿Qué caballerros? ¡Ah! ¿los de las otras alcobas?

—*Yes.*

—Si están ya en siete sueños.

—*Husch!* Venir señorras.

—*Husch!* Se acostaron tambien con ellos.

—*O sad!*

—Y eso es lo que usía debe hacer tambien.

—¿Acostarme con ellos?

—¡Hombre, nó!

—¿Con ellas?

—No digo eso. Digo que debe osté acostarse en su alcoba solo, serrado, con ojeuto de escansar.

—¿Dose horas y media? ¡Imposible! Mí querrer gente *of sociability*.

—Pos lo que es gente sociabilitis, no hay en pié más que mis hijas.

—Mí querrer hijas.

—No se ha hecho la miel para la boca.... de los inglés.

—¿Eh?

—Digo que eso luego: agora van á complimentarle la cena. ¿O no quiere ucencia cenar?

—*Yes*.

—Pos eso es lo primero.

—Mí tener mocha hunger.

—¿Hunger ser gázuza? interrogó el ventero con mímica espresion.

—*Yes*.

—Pos pida osté por esa boca. ¿Qué apetece su lustrísima?

—¿Qué haber?

Cuando camino de Zaragoza en su caballería andante, Sancho preguntó lo mismo á su ventero, el ventero contestó gallardamente que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los peces del mar estaba proveida aquella venta, no teniendo más que dos uñas de vaca que parecian uñas de ternera, ó dos uñas de ternera que parecian manos de vaca.

Tal así, porque todos los venteros se parecen, contestó el Pobre al inglés, diciendo que de cuanto cria la tierra y el agua y el aire habia siempre en su venta abundantes provisiones.

—Mí apeteecer galíneas, dijo el inglés.

—¡Ay señon Miz de mi alma! contestó el ventero. Si llega osté un poco ántes, tiene usía á su disposicion un corral lleno; pero ya no quea ní un volántil.... los caballeros se las cenaron toíticas, inclusivie con el gallo. Pero escento aves de pluma, no tiene usía más que pedir.

—Mí pedir tusino de jamon.

—¡Por via de Dios! Jasta el rabo del marrano se comieron las señoras, y no quea ya cosa de tusino; pero fuera de pringue, pida usía to lo que quiera.

—Mí querrer liebre guisado.

—¡Mal rayo en esos huéspedes! Paece que adivinaban lo que iba á pedir su lustrísima, pa no dejarle ni un güeso que roer. ¡Y la liebre que se comieron era pequeña! así de grande era, y perdone osté la moa e señalar.

Y el ventero señaló á la altura del inglés sentado, con cuya *moa e señalar* resultaba una liebre tan grande como un burrucho.

Despues añadió el estribillo:

—Pero salva la parte, usía no tiene más que pedir, y ya verá como se le llena la boca.

—Mí querrer pesca.

—Lo que es pesca, en jamás falta en mi casa, solo que tiene muncha sal.

—¿Por qué?

—Porque.... ¿O es caso que en Inglaterra está durce el bacalao?

—*Nothing! nothing!* Bacalao nó.

—Pos pida usía lo que guste.

—Mí pedir queso de Flandes.

—¡Voto á brios! Pos tambien se lo jamaron esos jambrones y jambronas.

—*Encore! jencore! Fie!* ¡Entónses no haber *nothing* de comer!

—Hay bacalao.

—¡Bacalao nó!

—Y arroz.

—¡Arros nó!

—Y aluvias.

—¡Lluvias nó, nó, nó! *The deuce take it!*

—¿Pero tiene usia guierro?

—¿Qué ser guierro?

—Plata.

—¿Dinerro?

—*Yes.*

—Mocho dinerro.

—Pos con dinerro, y más si es mocho, no se quea naide sin cenar, aunque sea en Ingalaterra, cuanto y ménos en España y másimi en la venta del Probe. Aquí no hay más que lo ne-  
sezario pa los españoles transuantes; pero hay jasta lo supér-  
fulo pa los transuantes ingleses, si no aquí, en los pueblos cir-  
cucvecinos.

—¿Pronto?

—¡Oh! Por eso no hay cudiao: pa estos casos de honor ten-  
go yo siempre un jaco ensillao, y lo que es mi jaco se las  
apuesta en andaura con un perro-carril.

—*What joy!*

—Carillo sí será, porque hay muncho que andar, y el tiem-  
po está endiablao, y.... Pero en fin, el dinerro paga.

—*Justhy!*

—Juyo, pues.

Y el Pobre salió con gran premura llamando á voces á sus hijos para cohonestar su chusca, eso sí, pero desvergonzada mistificación, y el inglés sacó su cartera, y haciendo apuntes y diseños, entretuvo el hambre, que como él mismo dijo, no era poca, sino *mocha*.

#### IV.

Donde se da gato por liebre.

A las dos horas y no ántes, por no faltar á la verosimilitud de este paso de comedia, una de las buenas mozas entró en la alcoba del inglés, sin que esta libertad diga nada en contra de su honradez, puesto que, como ya sabemos, la alcoba era tam-  
bien el comedor; entró, decíamos, á avisar al ilustre huésped que ya estaba hecha la cena.

—¿Quiere su lustrísima que le ponga á osté la mesa? le preguntó sonriendo con aquella graciosa boca, que solo desagradaba á su padre.

—*Yes*, contestó el interpelado, sonriendo á su vez con la suya, que tanto debía agradar al Pobre.

—¿Yes quiere icir que sí ú que nó?

—Tener mocha hambre.

—Estónces es que sí.

Y la gentil muchacha se contoneó hasta llegar á la mesa, la limpió con su devantal, y cubriendo apénas con un trapo la denegrida tabla, puso en una de sus esquinas una servilleta doblada en triángulo, y salió otra vez para traer los utensilios.

Trajo luego unos platos de los más abigarrados de las alfarerías de Nijar, una botella tamaño como un tonel, y un vaso de vidrio tamaño como una botella: salero no trajo, porque lo tenía ella: ni cubierto, porque lo tenía él.



Casi al mismo tiempo entró otra buena moza con una gran cazuela de carne, y poniéndola ante el huésped ya sentado, cruzó la mesa, incluso el inglés, con una bendición que tenía muy poco de bendita, diciendo al mismo tiempo:

—¡Josús, María y José!

—¿Galínea? interrogó el inglés con alborozo.

—En pipitoria, contestaron á la vez las dos taimadas..

Despues fueron sirviendo en su oportunidad los demás manjares con entremés de queso y aceitunas, que trajo la otra ninfa, probando eficazmente que para los ingleses no faltaba nada en la Venta del Pobre.

Mr. Smit hizo honor á la improvisada mesa, y en su contentamiento obsequió á las dos muchachas con sendas tajadas de cada servicio, tajadas que él ofrecia con su tenedor y tomaban pulidamente ellas pinchándolas con una horquilla del cabello. Solo una vez lo desairaron.... cuando les dió á probar la liebre. A ser más avisado el inglés, hubiera adivinado la causa.

—¿Qué tal, señon Miz, está la cena? dijo el Pobre entrando á los postres,

—*Admirably!* contestó el inglés atragantado.

—Dende las galíneas jasta el queso de Frandis, to cuanto usia pidió y argo más se le ha sirvio. ¡Qué pipitoria! ¿éh?

—¡Ah!

—¡Y qué tusino!

—¡Oh!

—Y sobre to ¡qué liebre! Así era de grande, y perdone usía la moa e señalar.

—*Fes* ¡carne fresco!

—¡Y tan fresco! si se cazó hace mu poco.

—¿Y cómo cazar liebres en noche?

—Las llamamos.... acuen, y.... ¡prúm!

—¡Llamar! ¿Cómo llamar?

—Pues.... por su mesmo nombre.

—¿Cuál nombre?

—¡Miz! ¡miz! ¡miz!

Las muchachas se limpiaron ruidosamente las narices en sus devantales, como quien quisiera disimular la risa que les retozaba en el cuerpo.

El Pobre permaneció sério, como si no hubiera dicho nada.

El inglés siguió celebrando la liebre como si no fuera gato.

Concluida la cena, quedóse el inglés con el Pobre, bebiendo y fumando mano á mano en amistosa plática, que nosotros no traducimos por no saber *inglés*.

## V.

De cómo el cuento se vuelve cuenta.

Pasemos en claro la noche.

El Pobre y el inglés se acostarian, y las buenas mozas tambien, si tenían sueño.

Y es claro que Mr. Smit no pasaria mal la noche en su cama de un *cráter*, dos *corchones*, tres *armuhás*, cuatro *sábenas* y.... cinco mantas, como dijo la otra (y el otro).

—¡Señon Monsiú! ¡Señon Mision! ¡Señon Miz! ¡Señon inglés! gritaba el Pobre por la mañana golpeando en la puerta de Mr. Smit.

—*¿Whe is he?* respondia el huésped con voz de catarro.

—¡Arriba! que ya es medio dia.

—*¡The deuce take it!* ¡Mí querrer temprana y ser el medio del dia!

—No ser na más que las cinco, sigun mi relós.

—*¡Huzzal!*

Y el inglés se tiró de la cama y abrió la ventana y la puerta.

—A los piés de usía, dijo pulidamente el Pobre entrando con un candil encendido, cuyo gancho clavó en un agujero.

—Buenas mañanas, contestó el inglés devolviendo el saludo.

Y el Pobre asegundó más repulido:

—¿Cómo continuada vueciencia?

—El caballo pronto, respondió el desatento inglés.

—El caballo está ensillao hace mocho tiempo (dende anoche).

—¿Pensar mocho?

—Y tan mocho; cuatro celemises, que es la ración de un tiólogo.

—¿Beber agua?

—De argibe; aquí tos los huéspedes beben ostés de un mesmo maniantal, á ménos que sean españoles, que estonces beben los probes agua más barata.

—¿Por qué la agua más barato á españoles?

—Porque.... no son ingleses.

—¡Ah!

—¡Pues! Aquí, señon Miz, como habrá usia espeimentao, se estima mucho á la gente de estrangis, másimi si son ingleses; y aluego de to, es honra de la casa que uno cudie á ostés como á las niñas de sus ojos. Y esinteresamente, señon Miz; que al fin, como dijo el otro, onde las dan las toman, y el que siembra recoge, y el riego á tiempo da despues de un grano ciento, y.... Yo siempre he sio del tenor siguiente.

—Mocho bueno

—Y por estas cruces de Dios que no estoy arrepintio, porque tos los de por allá ¡Dios los haga unes santos sin vegilia! son, como verbo y gracia, mu güenachones de caraite y mu gerenosos en un caso de honor, pa no contar la monea por puntos de alimética.

—¿Contar? sí contar.

—Bien, pero no por maraveis.

—Por peniques.

—¡Ajajá! por piniques, que es pagarlo to en ingles. ¿No es esto?

—*Yes.*

—Pos ecetra. Hágame usía el usequio de pasarse por la vista este documento, rispitive á piniquis.

Era la cuenta del gasto (del gato.... por liebre).

Y miétras el huésped la leia, el Pobre tomó una actitud digna del pincel de Goya ó de Callot. La cuenta, escrita en *inglés*, estaba estereotipada en el español, que, sin perder su serriedad, se reia, sin embargo, de toda *Ingalaterra*.

El *documento* que el inglés había de *pasarse* por la vista, decía literalmente así:

CUENTA de los gastos gastaos por Monsiú Mislón Miz en la noche de esta su venta, al rispitive siguiente:

|                                                                        | Rs.   | Mrs. |
|------------------------------------------------------------------------|-------|------|
| Idem por una friolera por la alcoba que se fué al pajar. . . . .       | 95    | »    |
| Por dosgallinas de cuatro leguas en el jaco. . . . .                   | 76    | »    |
| Por tocino de media jorná de idem. . . . .                             | 38    | »    |
| Por seis güevos de idem pa idem. . . . .                               | 12    | »    |
| Por una liebre como un burrucho que cazó Juan el Gato. . . . .         | 24    | »    |
| Por manteca de idem marrano pa dambos cuchifritos. . . . .             | 8     | »    |
| Por un queso de Frandis del cortijo de allá arriba. . . . .            | 36    | »    |
| Por acitunas sevillanas del olivar de allá abajo. . . . .              | 10    | »    |
| Por vino del mesmo Jerez de mi boega. . . . .                          | 40    | »    |
| Por un melon de verano en hivierno, que no hay en Ingalaterra. . . . . | 26    | »    |
| Por higos secos y otras berzas que apeteció Monsiú Mislón. . . . .     | 12    | »    |
| Por paja y cebá pa idem el caballo, cuatro elemises. . . . .           | 30    | »    |
|                                                                        | <hr/> |      |
| Cena total con alcoba. . . . .                                         | 407   | »    |

—¡*Husch!* exclamó el inglés. ¡Ser carro!

—Jaco, jaco ser, dijo rectificando el muy *guason* del ventero. Y muchas leguas, de noche y lloviendo chuzos.

—¡407 rs! ¡*Husch!* ¡mocho! ¡mocho!

—Pues usía mesmo se los lleva en el buche, porque lo que es yo, maldecía la ganancia que me gano con las comías opi-peras.

—¡407 rs! Mocho ganar.

—Ni un maraveí, señón Monsiú. Otavía tendré yo que ser corresponsable de argun gasto gastao que me se habrá dio de

la memoria, verbo y gracia, la sal y pimienta de complimentar los pistos.

—¡407 rs! ¡Husch!

—¡Créame usía, señon Miz de mi alma, así Dios le dé á usía toa la salú que yo le deseo!



—¡407 rs! ¡Ah! ¡Oh! ¡Husch!

—Tampoco va inclusivie el servicio de mis hijas.

—Mí darles ya tres durros.

—Eso es aparte. ¡Quiere usía que le trayan chocolate?

—No querrer más senar.

—Si es sayunarse.

—Sayunarse tampoco.

—¡Vamos! habiendo cenao tan bien, aun otavía púe su mercé aguantar jasta la hora de comer.

—Tampoco mí comer más en hotel de Pobre; traer yo fiambre.

—Pos trayendo hambre ya se arrimará usía al pisebre.

—¿Eh?

—¿Que si dormirá usía aquí á la güelta?

—Yes.

—Pos Dios le dé á usía salú para golver.

— ¡407 rs!

— ¡Dale, bola!

— ¡Mocho! ¡mocho! ¡mocho!

— Oye tú, inglés, dijo el Pobre tratándolo ya con esa franqueza que inspira el deudor moroso, ¿es quizás que no tienes dinero?

— ¡*Husch!* exclamó el inglés picado.

Y echando mano á su bolsa, contó sobre la descarnada mano del ventero hasta cuatrocientos veinte reales.

— ¡Viva usía munchas gracias!

— Sobrar reales.

— ¿Sobran?

— *Hirteem.*

— ¿Cuántos?

— Dies y tres.

— Que son nueve.

— *Yes.*

— Allá van, rata por cantidá, que yo no quiero más que lo mio.

— Mí no querrer cuartos.

— Alcobas sí, dijo entre dientes el Pobre.

Y añadió de recio, despues de requerirse mímicamente todos los bolsillos:

— ¡Pues esta es la más negra! no tengo sino calderilla, ni hay en toa la venta un real de plata. Y la calderilla le va á en-zuciar á su lustrisima los deiles.

— Mí regalar calderilla.

— Estimando, señon Mislon. Es usía to un lustrisimo ingles, y güen mozo, aunque esté su mercé elante. Gracias y salú.

Y hecho ya su negocio, el Pobre se retiró, saludando ántes al inglés con toda esta cortesía:

— A los piés de vucencia.

Ya no hay más que decir, para concluir esta jornada, sino que el inglés montó á caballo, salió de la venta, que él llamaba *hotel*, y prosiguió su camino hácia Cuevas de Vera en compañía de un hijo del Pobre, que lo guiaba á caballo, ó sea á jaco, toda vez que el inglés pagaba.

Pero aun queda otra jornada á este *paso de aceitunas* ó sea de gato por liebre, que contaremos despues de un punto de reposo.

## VI.

De el Pobre pintado por sí mismo.

A los quince dias, y mucho ántes del oscurecer, entraba otra vez por la dichosa venta, de vuelta de su expedicion, el honorable *gentleman*.



A grupa de su caballo traia ahora unas ámplias alforjas preñadas de provisiones, con las cuales intentaba ahorrarse por lo ménos tres de los cuatrocientos reales y pico de gastos *gastos*, suponiendo tambien que, por venir más temprano esta otra tarde, no habria que dar ninguna friolera por la alcoba que se fué al pajar.

Pero el honorable no contaba con la huésped, es decir, con el huésped; más claro, con el Pobre. Así que, con su prisa y todo, cuando llegó á la venta ya estaban ocupadas, como la noche anterior, todas las alcobas.

No por eso durmió en la *cusina*, ni ménos en el pajar; pues

habiendo hecho valer sus derechos de *miston*, ocupó ahora, como ántes, la mejor pieza de la venta.

—Mí querrer alcoba serrado, decia insistiendo, despues de algunas negativas del ventero.

—¿Y á ónde ha de dormir ese señorito que ya la tiene pagá?

—Dormir en cusina.

—Lo de ménos fuera eso, y aun otavía lo echaria yo á la cuadra; pero aluego dice osté que es mu caro y....

—¡*Nothing!* Alcoba no ser carro.

—Entónces á la cuadra va. Aspéreme usía un distante.

Y se repitió la misma superchería de la noche anterior.

—Mí dejarme aquí olvido en la noche de ántes el de plata cubierto, decia el inglés, ya instalado en su alcoba, al obsequioso ventero.

—Por estas cruces de Dios, respondió este haciéndolas con todas sus uñas y besándolas devotamente, le juro á usía, aunque no es güeno jurar en vano, que aquí no se olvió usía nengun descubierto. En la Venta del Probe no se pierde nunca na: tengo esta honra, gracis á Dios. Por causalidá trotó vucencia hácia allá.

—Mí no trotar.

—Pero el jaco sí.

—*Yes.*

—Pos no escriba usía maldecía la letra más: en el camino se queó.

—¿Perderse en camino?

—De juro. La plata es mu saltona y se pierde en trotando que trote uno.

—¡Ah!

—Pues. Conque ¿qué apetece usía cenar?

—¡Oh! mí traer mocho senar fiambre.

—Eso es güeno, que como reza el refran, pa el hambre no hay pan duro, y la mejor salsa el hambre y hambre de estógamo salú de to el endivido ¿Se le guisará á osté, como la otra noche, una liebre y....

—*Nothing.* Mí traer mocho senar.

Y el ilustre viajero exhibió sus provisiones.

—Y eso ¿qué intitula? interrogó el ventero estirándose el labio inferior con aire de mohino.

—Ser fiambre.

—¡Mal año! Pero, en fin, el filambre, ¿no se guisa?

—*Yes.*

—Pos venga.

Y el ladino añadió al paño:

—Lo mesmo te ha de costar.

Después llamó á sus tres hijas, que acudieron sin retardo.

—¡A ver, les dijo, hacer la notomía de ese volántil y demás pescaos, y á ver cómo se complimenta to pa que se chupe los deos el seño Miz! Cudiao con que le falte sal.

—Lo que es eso no fartará, que tengo yo un palear mu regalao, contestó la mejor moza y confirmaron las otras.

—¡Pos arre!

—No me meta osté priesa, padre, que poquito á poco salen las cosas más mejor. ¿No es verdá, señorito?

—Mí no comprender.

—Pos á estudiar, que hay farta e obispos.

Y solapando la risa que con la sal les retozaba en el cuerpo, tomaron las alforjas del inglés y fueron á la cocina.

Quedaron solos el inglés y el español.

—¡*Husch!* ¡las cuatro horas! dijo aquel mirando su reló.

—No serán más, sigun mi cuenta, añadió éste.

—¡*Husch!* hasta las dies.... ¡seis horas!

—Y ocho jasta las doce.

—Mí querrer trrato.

—Trate su mercé connigo y de fijo ganará, que á mí siempre me toca perder.

—No ser eso; mí querrer parlar.

—Pos parle usía, señor.

—No ser eso: mí querrer caballerros parlar connico.

—¡Ah! Pos lo que es esta noche tos están aquí esmontaos. Pero los probes tambien sabemos hablar por lo fino cuando llega la mano.

—Sentarse.  
—Con licencia.  
—Hablar mocho divertido.  
—Y con toa pulítica, que en punto á este punto sabemos aquí, no porque yo esté elante, cuál es el revés y cuál el derecho de la tela.

—¿Saber cuentos fantásticos?

—¿Cuentos quiere su mercé?

—*Yes, yes.*

—Pa eso soy yo pintiparao. ¡Y que no sé muchos á Dios gracias!

—Contar contar.

—Pos señor, y va de cuento,  
el bien para los de casa,  
el mal para los de afuera,  
y para fin de feaitiga,  
á quien San Juan se la diere  
San Paulo se la bendiga.

—

Pos señor, este diz que era un cordero francés de Inglaterra....

—Ser tonto: francés ser of Fransiá.

—De Inglaterra ser.

—*Nothing.*

—De la mesma capital.

—Entónses ser english of London.

—¿Qué ser London?

—Lóndres vusotras.

—Eso mesmo.

—Pos señor, el cordero inglés salió de Inglaterra y tomó los Pelineos abajo....

—Ser tonto: Pirineos estar frontera España and Fransiá.

—Pos eso es: el cordero inglés de Lóndris salió de Inglaterra camino reuto de España, pasando por Fransiá pa venir acá más presto. Como iba iciendo, el cordero tomó los Pelineos abajo, y aluego que abajó, echó á andar pancialante....

—Ser tonto: ¿cordero andar en dos piés? —

—Nó, señor, á cuatro patas andaba como tos los corderos.

—Panza para abajo.

—Prosupuesto.

—Contar.

—Pos señor, el cordero traia acuestas un jaz de espigas mu granás, que hubo de tomar en una era del mesmo Lóndris....

—Ser tonto.

—Si su lustrísima anda tonteando á ca distante, será este el cuento de nunca acabar.

—Mí no comprender.

—Que en España es pulitica no interromper cuentos de naide.

—Mí no comprender.

—Que jaga osté la bondá de darse un punto en la luenga hasta que se acabe la narrición.

—Mí no comprender.

—Que se meta usía la luenga en el mesmo.... silencio.

—¡Ah!

—*Yes.* Alpego que se remate el cuento me interromperá su mercé to lo que quiera.

—Continuasion.

—Continudo, dijo *puliticamente* el Pobre *continudando*. Pos señor, el borrego....

—¿Qué ser borrego?

—¡Dale, bola! Borrego y cordero ser lo mesmo que Miz y Miz, que son dos Mices iguales.

—Continuasion.

—Continudo. El borrego inglés no podía entrarle á las espigas, porque estaban ya mu duras, y él era otavía maimanton, y á más mu regalao, como hijo del mesmo Lóndris. Y andando andando pasó por enlante de la cueva de un zorro español, onde estaba en la puerta el amo de la casa.

—¿Quién amo?

—El amo de la casa de un zorro es el mesmo zorro.

—¡Ah!

—*Yes*. Continudo.—Güenos dias, hermá zorro, dijo saluándolo el borrego.—Dios te los dé mu güenos y salú, le respondió el zorro. ¿Aónde güeno se camina?—A buscar tierra llovía, á efeuto de arremojar estas espigas, que están ya mu duras pa mi palear.—Si no buscas más que eso, pasa alante, que yo tengo en mi lacena agua, sal y pimienta, y en ménos de dos patrisnostis te guisaré un estofao que te chuparás los deos.

—Ser pesuñas.

—Bien, pesuñas: to es chupar.—Aceuto, dijo el cordero. Y en diciéndolo entró en la cueva del zorro, el cual lo recogió con toa pulítica. Aluego tomó un cráneo de burro, perdone usía la moa é señalar, y lo puso á la lumbré pa complimentar el guisao.

—¡Ah porco!

—¡Báh! ¡Como que los alimales de Inglaterra guisarán en peroles de zófar y comerán con pudas de trichante!

—Mí no comprender.

—Digo que.... continudo. Pos señor, en ménos de los dos patrisnostis guisó el zorro la merienda; y estando que estuvo guisá, se resucitó una cuistion mu reña, atento de quién ú quién se la debia e comer, si el borrego inglés ú el zorro español. Agora una pregunta suelta pa disolver la cuistion. Diga usía, señon Miz, ¿á quién de quiénes corrisponde el estofao?

—Al borrego.

—Nó, señor; al zorro.

—Borrego poner trigo.

—Y el zorro el agua.

—Trigo valer más.

—Añida usía la lumbré al agua.

—Valer más todavía.

—Añida usía el cráneo del burro.

—Todavía más.

—Añida usía la sal y pimienta.

—Más todavía, más, repitió el inglés con calor creciente.

—Y la posá, ¿no se paga? preguntó el Pobre con sorna.

—*¡Nothing! ¡nothing!* Ser del borrego la guisa.

—Pos el zorro se la comió.

—Ser mocho ladron.

—Están los comestibles mu caros.

—*¡The deuce take it!*

Y el socarron del ventero concluyó con esta fórmula:

—Y se acabó el cuento ú cuenta  
con agua, sal y pimienta.

Despues, y cuando se aplacó el inglés, indignado justamente contra el zorro del cuento, el Pobrele contó otros, no de tan ágrio sabor, hasta que entraron sus hijas á poner la mesa.

La cena fué necesariamente opípara, sobre la sólida base del fiambre, y estuvo tan sazónada y bien servida como la de mar-ras, segun era de esperar de mozas tan buenas mozas.

—¿Quiéna guisar la guisa? les preguntó el inglés comen-zando á ingurgitar.

—Yo, contestaron simultáneamente las tres hijas de Ismael, dicho sea sin ofensa del Pobre.

—*¡Most excellent!*

—Ca una, señon Miz, le echó su aquel, pa que saliera to de rechupete.

—*¡Most rechopete!*

—Pos lo que es el punto, añadió la más *guasona*, yo solita se lo dí.

—*Most rechopete.*

—¿Le farta sal?

—*Nothing.*

—¿Y azúcal?

—*Nothing.*

—¿Y canela?

—*Most rechopete.*

—Como que pa el mesmo efento le eché yo tos mis siete sintios y aluego una bendicion. ¿No es verdá, señon Miz, que tengo un palear mu regalo?

—*Yes.*

—Pos le doy á oste mochas.... calabazas.

—¿Calebazas estar gracias?

—*Yes*. Pero esas no se las doy á su lustrísima, porque están... me quearia yo.... esgraciá.

—Mí no comprender.

—Digo que Inglaterra es la flor y mapa de toito el mundo; y másimi de esta su afeutísima posá.

—Mi querrer llevar vusotros conmico.

—Los micos no me gustan á mí, señoñ Mison.

—Micos no ser; ser London.

—¿Qué ser London?

—Lóndres vusotros.

—¡Ay señoñ Mison de mi arma! Lóndris es un camino mu larguísimo y á mí me priva más cortito. Si fuera á qualquiera zuidá de ahí etrás de la puerta...

—Mí querrer London.

—Ni yo tampoco.

—Pos yo me najaré con él en honor y compañía, dijo otra chusca.

—A la mañana, añadió el honorable *gentleman*, aceptando sériamente.

—Mañana nó, señoñ Miz; no tenga usía tanta priesa; dispues, si güerve osté en carricoche.

—¿Carrocoche qué ser?

—Ser carro de toa tiqueta.

—A carro tiqueta no querrer llevar vusotros; querrer ancas caballerros mico.

—Y el caso es, señoñ Miz de mi arma, que yo no aguanto ancas.

—¿Por quiéna rason?

—Porque me mareo de la cabeza y aluego estoy mu regustata y no pueo manténer el dequilibrio. Pero vea osté si pue mantenerlo esta ñiña, que, sin atrasar á naide, es un verbo y gracia en ligerita.

—*Conformably*. Venir mico ñiña.

—Pos.... vámunos, contestó la interesada echando en esta *guisa* lo que su hermana en la otra: todos sus *siete sintios* y una mallita bendicion.

—A la mañana.

—Pos lo que ha de ser que sea en gracia e Dios, señon Miz: agora es más mejor.

—Ahora senar.

—Y aluego dormir.

—*Fes.*

—Me se escurre que lo que usía tiene señon inglés de London, es mucho apitito y mu poca gana de.... llevarme mico.

—Querrer mochachas, sí querrer mocho llevar mico las todas tres Pobres.

—Me paece, señon Miz, objetó la primera, que está osté en un equivóco mu grandísimo y perdone usía, si hay de qué.

—¿Cuál equivóco?

—El decir que.... Nó, señon: mi padre es el *probe* y.... nai-de más. Pero si es caso que su lustrisima se empeña en use-quiarnus, eche osté mano al borsillo y saque ya lo dorao; que probes.... probes semos dambas á tres güenas mozas, rispitive á la propina.

—*Nothing.*

—¿No tengo quiere icir eso? Aluego usía es aquí solamente el probe y.... con probes, ¿se entera osté bien? no quiero ni la salud.

—Ni yo, añadieron á la vez las otras dos.

Y las tres desviaron sus bellisimos ojos del inglés, sonriéndose al paño con un humor de todos los.... no sabemos si decir diablos ó ángeles. Digamos diablos, salvando siempre sus caras (y sus cuerpos tambien).

—¡Carramba! exclamó el inglés picado. (Y lo echó en buen castellano.) Mi tener mocho dinerro. (Y lo hizo sonar en mejor inglés).

—Pos déjese usía querer, replicaron con cierta ternura las tres mozas.

Y añadió luego una de ellas:

—En España, señorito, y más en esta su afeutísima posá, la propina es una deuda mu sagrá.

—Ya tres durros la ves de ántes.

—Pero esta vez es de agora.

—A la mañana; pagar de salida.

—¿Pos y la entrá señorito? En toa España entrar es más ántes que salir.

—Sí la pagará, prosupuesto que la debe, y el seño Miz es un inglés mu güenachon y no se acuestará con cargos de conciencia. ¿No es verdá, seño Mison?

—*Yes.*

—Pos lo prometio es deuda, reza el reflán.

—¿Cuanto deber? preguntó simplemente el *gentleman.*

—Mu poquito: un durro no más, dijeron todas á un tiempo, con cuya simultaneidad eran ya tres los *durros* que *su lustrísima* debía.

El zopo del inglés no lo comprendió tan latamente, y puso un *durro* solo en la mesa.

—Este es el mio, dijo tomándolo la mayor de las muchachas.

Y se fué.

—¡Carramba! ¿Parece que irse con durro?

—Eso paece.

—Pues segundo no más.

—Y el mio este, dijo la menor llevándose lo.

—¡Carramba! tersero no más.

—Munchas gracias y salú, dijo quedándose la otra, la cual entretuvo al inglés sabrosamente hasta que, ahito ya, se levantó de la mesa.

—¿Qué tal, señorito? le preguntó entónces ¿le ha fartao alguna cosa ú argo á la cena?

—*Nothing.*

—¿Pos güen provecho!

Y en efecto, nada faltó sino liebre, pero fué porque el venetero la guardó para la mañana siguiente.

Y como la liebre es lo que ha de gustar más á nuestros lectores, dejamos inglés y española entre paréntesis, y saltamos sobre el resto de la noche para no demorarles tan sabroso plato.

### VIII.

Pruébese la paradoja del rico Pobre ó del Pobre rico, con otro gato por liebre ó sea otra cuenta de gastos •gastaos•.

Hélo aquí, pues.

CUENTA de los gastos *gastaos* por el Señor Monsiú Miz en la noche rispitive á esta su venta.

|                                                                                                                   | Rs.   | Mrs. |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|------|
| Idem por una friolera por la alcoba que no queria irse al pajar y fué á la cuadra. . .                            | 150   | »    |
| Por complimentar la gallina de filambre. . .                                                                      | 16    | »    |
| Por freir el lomo de su excelencia. . . . .                                                                       | 26    | »    |
| Por idem el atun de idem. . . . .                                                                                 | 22    | »    |
| Por aceite de almendras durces pa dambas fritás. . . . .                                                          | 8     | »    |
| Por especias y demás sal y pimienta pa los dambos. . . . .                                                        | 12    | »    |
| Por acitunas sevillanas de dicho olivar. . .                                                                      | 12    | »    |
| Por pan de flor de harina, con inclusivie el de la otra noche, que se olió por un olvio involuntario. . . . .     | 10    | »    |
| Por vino mu generoso, Gerez de dicha boega, que apeteció su lustrisima. . . .                                     | 48    | »    |
| Por pajá y cebá pa idem su jaco, seis celemises colmaos, luz y cuadra. . . . .                                    | 50    | »    |
| Por otros costes ú costas rispitives á dambos endividos. . . . .                                                  | 10    | »    |
| Por agua de argibe, que está mu cara, con la del olvio involuntario de la otra noche, 26 <i>cuartos</i> . . . . . | 26    | »    |
| Por los cuentos que conté abandonando tos mis intereses, 17 <i>maraveis</i> . . . . .                             | 17    | »    |
|                                                                                                                   | <hr/> |      |
| Cena total con pienso. . . . .                                                                                    | 407   | »    |

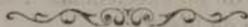
Como se ve, este gato por liebre vale tanto como el otro, y sin espresion numérica, aun diremos que vale mucho más;

gato que *velis nolis* el inglés pagó, partiendo luego hácia Almería, con solemne protesta de no volver jamás con provisiones, toda vez que, de un modo ú otro, los gastos *gastaos* le habian de hacer la misma cuenta.

Y protestó bien: no habia de ser como el borrego del cuento, que vino de tan léjos cargado con su haz de espigas para que luego se comiera el zorro el estofado.

¿Os chocará ya la paradoja del riquísimo Pobre de la *venta del Pobre?*

Por fortuna de los pernoctantes españoles, el Pobre, que á la sazón era viejo, habrá pasado ya á mejor venta.... á la venta del infierno, que á todos los venteros os deseo, en el nombre de todos los diablos. Amen.



Cuando se publicó por primera vez este cuento ó *cuenta*, nos escribieron una carta anónima en que se nos decía que habíamos faltado á la exactitud histórica al afirmar que las tres hijas del Pobre eran todas tres buenas mozas, cuando en la época á que nos referimos una de ellas era niña.

Justicia hemos de hacer al criticon este, y desde luego lo ajusticiamos con gusto, reconociendo nuestra inexactitud en este punto; pero no rectificamos un error que á sabiendas cometimos, recordando un chiste que, por toda contestacion, nos viene aquí de molde.

Tenia Voltaire la costumbre de referir los hechos, no como acontecian realmente, mas como debian acontecer dentro de las condiciones del arte, para lo cual quitaba ó ponía de su cosecha lo que le daba la real gana.

Una vez contaba un cuento en una reunion, donde casualmente habia un testigo presencial del hecho.

El poeta hizo un ramo de flores.

—¡Hombre, por Dios! exclamó con cierto escándalo el concienzudo testigo. Yo presencié el hecho, y puedo asegurar que no pasó así.

—Cierto que así no pasó, contestó Voltaire sin desconcertarse; pero confesad que está mejor como yo lo cuento. (*Mais avouez que c' est mieux comme je le raconte.*)

Ahora bien: cierto que la hija menor del Pobre era niña; pero nosotros la hacemos mujer y buena moza porque ... *c' est mieux.*



# LA MONEDA.

HISTORIA ENDEMONIADA.

## I.

Del origen de una tentacion que se lleva en el bolsillo.

Muchos eruditos de esos que hincan la vista en las profundidades de la ciencia, y sondean hasta los más recónditos pliegues de la historia, han querido investigar el origen de la moneda, y á pesar de su buen deseo, ninguno de esos sábios ha sabido dar en el *quid*, ó sea topar con el inventor.

El cronista de esta endemoniada historia ha tenido y sigue teniendo el honor de tratarlo íntimamente, aunque parezca anacronismo, encontrándose por ende en aptitud de ilustrar con datos fidedignos el hasta hoy enrevesado punto numismático.

No entraremos en largas disertaciones científicas, bastándonos al propósito una breve excursion al teatro de los hechos. Y para mayor autenticidad, rogamos á nuestros benévolos

lectores y lectoras se sirvan acompañarnos por un momento á los profundos infiernos, donde quedará muy en breve satisfecha su justa curiosidad.

Era una noche... nó, no era noche: era un día... tampoco; ni día era: era un tiempo indefinible, día sin sol, noche sin estrellas. La tempestad bramaba con fragor de quinientos mil cañonazos juntos en el cielo, ó lo que fuera la ahumada caperuza del infierno; rayos y centellas de azufre rasgaban de vez en cuando las tinieblas, impregnando aquella atmósfera de un hedor tan acre, que estornudaran los mismísimos demonios á no taparse con áscuas las narices.

Un espíritu humeante y opacamente lúcido, como en la oscuridad un fósforo mojado, surgió del cálido seno de aquel pavoroso mundo (casi tan malo como este), apareciendo á la vez en su cenit un arco iris de pólvora inflamada, como quiera que, no de paz, sino de guerra era el dichoso arco.

El espíritu lanzó una maldición que ensordeció el bramar de la tormenta; hirió luego la tierra con su cetro, férreo tridente rojo y chispeante como un tizon azotado por las ráfagas; y dejando al descubierto por la enormísima rotura la hoguera del infierno, quedaron plegadas las tinieblas como unas cortinas en la puerta de una sala.

El espíritu se pasó la mano por los cuernos, se ató el rabo á la cintura con mucha sal (y pimienta), tomó una postura interesante, y escupiendo por el colmillo, dijo con voz tan suave, que hizo temblar todo aquel reino *animal*.

—¡Aquí estoy yo!

O lo que es lo mismo:

—¡Yo soy Satanás!

Al pronunciar su melodioso nombre, se asomaron por entre las llamas un millón de cabezas feísimas, aunque eran las más del sexo bello, cabezas que, sacando tamañas lenguas de fuego, escupieron sobre el señor Satanás otro millón de carbones encendidos, homenaje de respeto y cortesía de toda etiqueta cerca del autócrata de todas aquellas Rusias.

El autócrata, como tan fino y bien criado, les devolvió el

saludo escupiéndoles á su vez con pirotécnica gracia otro millon de sapos y culebras.

Despues de esta ceremonia inescusable, su infernal majestad se aproximó á la caldera, y contando los condenados por cabezas, como reses de ganado menor, rechinó los dientes con terrible enojo y exclamó:

—¡Voto á!... (Y lo echó redondo.) ¡Un millon no más!

Y volviendo la espalda harto mohino, soltó una coz en la caldera, que resonó como un trueno ogordo multiplicado por cien mil, gordos tambien.

A tan horrisono estrépito acudieron todas las diablesas, y para aplacar la justa indignacion del amo, asieron sus instrumentos y poblaron de alegre armonía los aires ó vendabales del infierno.

Con todo eso, no se aplacó Satanás; pero inspirándose con la endiablada música, en cuya clave estaban sus justas iras como á tono, salió cantando por alto el siguiente solo (acompañado).

«Demonios présagos  
de mi honda cólera,  
malditos súbditos,  
¡venid! ¡venid!  
¡Más lumbré al cóncavo,  
y haced solícitos  
armas sin número  
para la lid!

Y á esta su poderosa evocacion, el fosco humo de la infernal hoguera se condensó en demonios, que, revoloteando alrededor de Satanás, cantaban á su vez en horrible poligamia de voces, voces graves, agudas, chillonas, tonantes:

«De enojo bêodos  
aquí estamos todos  
sumisos al Príncipe,  
por malo el mejor.  
La lumbré aticemos,  
rabiosos, blasfemos,

y llegue á los ángeles  
humo y aun calor.»

Y en diciendo esto, se tragaron todo el aire de aquella caliginosa y encenizada atmósfera, y apretándose los hipocondrios, lo fueron desembuchando á ráfagas tan fuertes como heidiondas, hasta que las flamas de la hoguera subieron y aun chamuscaron el cielo del infierno.

Entónces asíó cada demonio su tizon en forma y tamaño de serpiente, y formando en desórden de batalla, esperaron la voz de su infernal majestad.

Su majestad infernal les ordenó con voz de mando traer á su tenebroso imperio otro millon de almas siquiera, dándoles para ello un dia de término, que no sabemos cómo habia de medirlo, no habiendo más que tizonés por toda astronomía, ni más que noche por todo tiempo en el almanaque del infierno.

Los demonios se las prometieron felices, y con la bendicion de Satanás y sus tizones echaron á volar, repartiéndose luego á los treinta y dos vientos por toda la faz de la tierra.

El rey quedó en palacio jugando con las diablesas á juegos prohibidos, lícitos juegos allí. Y pues no hemos inquirido aun nuestro propósito, pues todavía ignoramos cuál sea el origen de la tentacion que se lleva en el bolsillo, vosotros tambien, benévolos lectores y lectoras, os quedareis conmigo esperando otro momento más en el dichoso palacio, donde no ha de faltar quien nos haga los honores de la casa.

## II.

Continuamos en los profundos infernos.

Durante el dia ó noche, ó lo que fuera el plazo dado á los emonios para traer al *Santo Oficio* de Satanás otro millon de almas, el Príncipe negro se asomó mil y una veces á la caldera con objeto de verlas venir, y otras tantas se hubo de retirar

de mal talante y cada vez muy más enojado que primero.

—¡Voto á!... (Redondo por supuesto.) ¡No cae un alma! exclamó el bueno de Satanás con cierta gracia. Y en su despecho se mordía la lengua y el rabo y los cuernos, aporreándose el testuz con los puños tan crispados, que le salían las uñas por el dorso de la mano.

—¡Diablillos de seis en libra! decía con despectiva y sarcástica sonrisa. Ni tampoco sirven para ángeles. ¡No haber podido tiznar cuatro ó seiscientas mil almas siquiera despues de tantos tizones! Pero yo les ajustaré la cuenta y haré efectiva la ineludible responsabilidad de todos y cada uno de ellos.

Entretanto, el tiempo corría y Satanás se desesperaba esperando, si bien divertía su impaciencia atizando de vez en vez la lumbre y espumando la caldera.

Por fin el reló de la Puerta del Sol del Infierno dió las doce del día, que pudieran también ser de la noche; y al sonar esta hora, que cerraba el dichoso plazo, tomó asiento en su trono incandescente su majestad (de quien Dios nos guarde), vestido, como siempre, de infernal púrpura, ó sea de púrpura negra.

Por taburete de sus infernales plantas se tenía su majestad á sí mismo, es decir, tenía á la serpiente del Paraíso; por dosel un murciélago inmenso que, posado en uno de sus cuernos, cernía sus alas de sombras sobre la majestad del Príncipe; por córte todos los dignatarios y dignatarias del reino, y finalmente, por cohorte, una legion de vestiglos de todas formas y tamaños.

El aire se movió luego elastizándose en oleadas rafagosas, como si cien mil enormes y poderosos abanicos lo agitaran: eran las alas de los demonios, que volvian del campo del honor con los tizones apagados, las orejas gachas y el rabo entre piernas.

Y en llegando se ordenaron todos en un bello desórden alrededor del trono.

—Dadme cuenta de vuestras hazañas, les mandó Satanás,

previniendo á su ministro de Hacienda que fuera tomando razon y apercibiera el infernal erario.

—Señor, yo traigo diez almas.

—Yo cuatro, señor,

—Yo tres.

—Yo dos.

—Yo una.

Así fueron diciendo los más bravos demonios, y los demás se hicieron los suecos, bien que no los hubiera todavia en el mundo.

—Total, salvo error de suma, dijo el secretario ministro, veinte almas.

—¡Veinte almas! repitió Satanás echando venablos por la boca y rayos y centellas por los ojos. ¡Y para eso os armásteis de tales y tantos tizones! Veinte almas se cazan con un polvo de ceniza. ¡Pero vivo yo! diablillos de tres al cuarto, que me la habeis de pagar.

Y dejando su negra púrpura en el trono, asió de su propio rabo, y con gentil talante y gran denuedo, arremetió á los demonios, de los cuales ni uno solo escapó sin zurriagazo.

De puro cansado, que satisfecho nó, volvió el Príncipe á su trono, donde al fin se dignó oír las exculpaciones de sus malos servidores.

—*Superbisino* señor Príncipe de las tinieblas, dijo el demonio más sábio tomando por todos la palabra. Inútilmente nos esforcaremos en poblar de almas el infierno, miétras no se nos provea de más y mejores chismes de caza: los tizones, horribilísimo señor, son insuficientes por sí solos para el logro de tus fines, fines que son nuestros principios de conducta, supuesta nuestra adhesion, sumision y subordinacion.

Nó negaremos nosotros, protodemonio y señor nuestro, que el fuego de este honrado hogar doméstico es un elemento de tentacion harto eficaz, arrimado á una conciencia; pero en la nuestra es un tónico pura ó impuramente secundario, que debe aplicarse despues de algo que sea lo primero.

Ahora bien, señor de todos los diablos, ¿cuál es ese algo,

que por ser todo tanta falta nos hace para trabajar con honra y provecho?

La solución de tan importante punto está reservada en los pliegues de la ciencia del bien y del mal á la clarioscuro sabiduría de tu infernal majestad.

He dicho.

—Hasta ahora, demonios míos muy amados, contestó amablemente el Príncipe de la soberbia, no me he fijado en ese mecanismo del infernal servicio, distraído con las delicias de esta villa y corte; y juzgando en conciencia debo condenar, y de hecho y de derecho condeno á mi propia majestad en las costas, ó sea en las almas que he perdido, quiero decir, que no he ganado.

Pero nunca es tarde para venir al infierno. Ocupémonos en este negocio de estado esforzándonos todos con noble abnegación en bien del servicio público. Mis consejeros sois también: ilustrad, pues, mi entendimiento con los peores consejos del vuestro, contando siempre y para todo con las ígneas liberalidades de mi infernal munificencia.

¿Cuál será, pues, el medio capital de tentación?

Y fueron contestando los demonios:

—Yo opino, salvo el respeto debido al mejor acuerdo de vuestra luminosa inteligencia, ¡oh Príncipe de las tinieblas! que el primer elemento de tentación es el vino.

—Yo creo, con las mismas salvedades, que es el pan.

—Yo pienso que es la carne, especialmente si es fresca.

—Yo digo que es todo lo necesario á la vida humana.

—Yo, por el contrario, sostengo que es todo lo supérfluo.

—Pues yo voy á conciliar los extremos: según mi leal saber y entender, es todo género de lícito é ilícito comercio; pues lo mismo se caza á un hombre hambriento con un mendrugo, que á una mujer con relucientes zarandajas

—Me adhiero, dijo Satanás, á la opinión de su señoría.

—Pues vengan provisiones, gritaron todos los demonios adhiriéndose también. ¡Muchas provisiones!

—Lo de ménos fuera eso, demonios míos: lo otro es lo de más,

quiero decir, lo difícil, dificultad que ocurre al más zopenco. Decidme, consejeros y soldados, si vais individualmente provistos de todos esos géneros lícitos é ilícitos, item más de tizones ¿qué actividad de tentación os restará embarazados como bestias de carga? La primera aptitud de todo buen demonio es y debe ser la ubiquidad, atributo que depende de la agilidad.

—Ciertamente, sapientísimo señor. Discurramos el modo de conciliar la aplicación y las dificultades de medio tan lucrativo.

—Discurramos, pues.

Y sucedió una pausa de silencio, solo alterado por los chasquidos del fuego, el hervor de la caldera y las maldiciones de los condenados.

Después de romperse los cuernos, ó lo que es lo mismo, después de discurrir los diablos, se oyó una carcajada que en son de trueno gordo estalló, se dilató y fué rodando por todas las salas y antesalas del infierno.

Era la risa de Satanás, hombre de buen humor en toda circunstancia, el cual había topado con lo que buscaba.

Y el bueno del Príncipe (mejor nos lo dé Dios) se alzó inspirado en las tinieblas como una fulminación entre nocturnas nubes, echando centellas por los ojos, rayos por las narices y rayos y centellas y demonios por su sonriente boca (de perlas y coral).

—Oíd, gritó con voz de mil ángeles malos á los que no eran buenos (dicho sea con el respeto debido), oíd de rodillas la palabra de mi infernal sabiduría.

Los ángeles susodichos se arrodillaron, y el arcángel, ó sea el rey de todos ellos, prosiguió diciendo en el mismo tono:

—He aquí la gran invención, la invención gloriosa que ha de traer más almas al infierno que arenas hay en el lecho de todos los mares, ríos y arroyos, porque es la idea más mala, quiero decir, más buena, que hirvió jamás en cabeza endemoniada.

Si, pues todos los géneros de ilícito comercio (y del lícito también), son necesarios para tentar y perder, quiero decir, ga-

nar, y no es fácil, ó embarazoso es esto de cargar con todos ellos para ir á la feria, hagamos una mercancía que asuma y represente el valor de todas, mercancía portátil, manejable, que pueda cómodamente llevarse en el bolsillo para hacer asequibles en todas partes y casos, no solo las satisfacciones necesarias, si que tambien todos los gustos de la vanidad humana.

—Esa preciosa mercancía es, bondadoso y bello señor, la gran necesidad de que nosotros, todos tus buenos diablos, sentimos para trabajar á conciencia; sino que no alcanzábamos, ni alcanzamos aun la idea.

—La idea está aquí ya, dijo Satanás dándose un golpe de tridente entre los cuernos.

Y añadió con dulce voz y graciosa sonrisa:

—¡Lumbre á la caldera!

Los diablos obedecieron simultáneamente, soplando en el rescoldo y atizando con tal y tanto garbo, que muy luego rebozó hirviendo á borbotones la dichosa, en la cual chillaban fritas, como chicharrones, las cabezas de los condenados (y condenadas).

Entonces Satanás dió con su tridente otro golpe, no ya en su testuz como ántes, sino en el borde de la incommensurable caldera, por cuya rotura salió chisporroteando un rio de líquido metal, que, como un rio de fuego, fué corriendo por entre los incombustibles piés de los demonios.

El rey de las tinieblas arrojó luego su cetro en la corriente, y el rio se detuvo allí sumiso, cuajándose instantáneamente.

—¡Fabricad, demonios míos, la espada invencible, el arma triunfal de todas las batallas, el talisman de todos los imposibles, el selló de todas las tentaciones, el escudo real de mi infernal imperio! ¡Fabricad la moneda!

—¿Cómo la fabricaremos?

—Así.

Y Satanás hincó una de sus largas corvas uñas en aquella aun tierna masa, y sacando una partícula de vil metal precio-

so, la amoldó entre sus dedos, dándole una forma aplastada y circular (1).

Después se miró en su obra y dejó impresa en su anverso su infernal imagen con sus cuernos, uñas, rabo y demás excesos, imprimiéndose á la vez en su reverso los excesos de los demonios, que se miraban en esta otra cara, cara que es la cruz de Satanás.

Esta es mi obra magna, dijo el autor ostentándola en alto con natural complacencia y justo orgullo.

Un aplauso unánime, ruidoso como una tempestad, fué la salva de honor de los entusiasmados demonios.

—Adorad la obra magna de vuestro señor natural, añadió con entono el que lo era.

Los diablos se acercaron andando de rodillas como estaban, y con religioso respeto fueron besando la.... (no la quiero nombrar. ¡Maldita sea la moneda!)

—¡Ea! haced moneda, mandó ya Satanás con todo su imperio.

Y todos los diablos hincaron sus uñas en la masa, quedando en breve espacio convertida en moneda el río de metal, según el espécimen del maestro.

—Ahora bien, añadió el mismo: súbditos de mi tenebroso imperio, enemigos de los espíritus del bien, engendros del espíritu del mal, fieles ejecutores de mis complacencias y mandatos, soldados del infierno, armaos con esas armas para ser invencibles en la lucha, y salid á conquistarme tres cuartas partes del mundo sembrando en el fondo de todas las conciencias esa semilla de amargo y dulce fruto, dulce para nosotros, amargo para todos los y las que se dejen querer (que serán todos los nacidos presentes y futuros, si Dios quiere).

Proveeros bien y repartiós en la tierra por donde nace, muere y promedia el sol: yo solo iré por donde sol no hay.

---

(1) La moneda se inventó por los fenicios, y no fué primitivamente de metal. (Nota de un crítico.)

Este crítico está tocando el violon. (Nota del autor.)

pues quiero la gloria, es decir, el infierno de esta famosa empresa.

¡Id!

### III.

Donde se verá que Satanás no es hombre de los que se ahogan en poca ni mucha agua.

*¡Id!*

Y los demonios fueron cargados de dinero y sendos tizones (de palo santo sin duda) en direccion de los tres vientos, dejando el cuarto expedito á Satanás.

Detúvose este buen señor con el fin de despedirse, á fuer de tierno padre y dulce esposo, de sus hijas y mujeres las diablasas, con quienes cenó espléndidamente y mano á mano una rica sopa de rescoldo, un cocido de esquisitos cuernos, un asado de carbon, un frito de condenados, un postre de ceniza en dulce, otro de cabellos de ángel (caído) y seis botellas de sabrosísimo petróleo

Acabada la cena tomó un polvo de azúfre de la caja de la diablesa mayor, y tomó el camino en gracia de Dios. Solo que en su codicia de almas tanto atestó de pecunia sus bolsillos, que al salir del infierno al aire libre, no pudo alzar el vuelo; y como tampoco queria alijar la preciosa carga, tuvo que resignarse, con desdoro de su infernal majestad, á hacer *pedibus andando* su viaje.

Vióse luego detenido por un brazo, no de ladron, sino de mar; pero no siendo Satanás de los que se paran en barras, siguió resueltamente su camino en la misma direccion, y entrando en el agua hasta las rodillas, se acostó como en su propio lecho en su ala diestra, izó la siniestra como un foque, y se hizo á la vela con viento en popa.

Luego que colocó su dinero á un módico interés, como quiera que Satanás es Satanás, pero no fué nunca prestamis-

ta, y luego que enseñó á los hombres á acuñar por el mismísimo modelo, se restituyó á su infernal palacio de estío, donde esperó á los demonios, que muy luego volvieron satisfechos, como el Príncipe, de su por demás famosa expedicion.



Pidióles cuenta de tan importante servicio, y ellos se la dieron detallada. Pero no bien hubieron acabado su relacion de méritos, cuando oyeron llover á cántaros y temieron, no sin razon, que se les viniera encima el techo del infierno,

Un diablillo salió por mandado de su amo al aire libre, á diligencia de inquirir qué demonios era aquello, y no volvió sino hecho una sopa el angelito.

—¡Albricias! señor, dijo arrimándose al hogar para enjugarse las alas, librea de la infernal servidumbre. ¡Albricias!

—Tómalas, pues, contestó el Príncipe dándole un tizon enconfitado. Faustas han de ser las nuevas que me traes, cuando tan contento vuelves.

—¡Que si son! Oid. De tal modo ha fructificado en el mundo la semilla que sembramos, que Dios se ha arrepentido, se-

gun me ha dicho Noé, de haber creado la especie humana, y muy luego nos la enviará aquí abajo.

—¡Por mis cuernos! ¿Sabes lo que dices?

—Lo sé. Y digo que se abrieron las cataratas del cielo y se inundó toda la tierra. El agua invade ya las cúspides mas altas, último asilo del hombre, y muy en breve tan solo una familia humana y un macho y una hembra de cada especie de animales se habrá salvado de la inundacion dentro de un arca, arca enormísima que flota ya á la ventura en las aguas del universal diluvio.

—Pues ve volando á esa arca, dijo Satanás revelando su prudencia y prevision, ve y deja en ella otro par de animales, macho y hembra, para que no se pierda la casta y multipliquen despues del diluvio su preciosa especie.

Y esto diciendo, le entregó dos monedas que en el bolsillo le restaban: una de oro y otra de plata.

El súbdito demonio obedeció estrictamente la orden de su Príncipe, quien siguió hablando con los demás demonios, tan accesible y afable como si fuera uno de tantos.

De allí á poco empezó á llover dentro ya del mismo infierno; pero eran almas las que caian, más espesas aun que las gotas del diluvio.

## IV.

Donde doy un baile de mil diablos.

Y Satanás salió bailando de puro júbiloso, sin que fueran parte á contenerlo la dignidad y decoro de sus cuernos, corona real que ni para dormir se quita nunca el etiquetero Príncipe.

Y al son y compás de los silbidos y palmadas de todos los diablos, bailó con graciosa voluptuosidad un paso de gabota (1).

---

(1) En aquel tiempo no se conocia aun este paso. (Nota de otro crítico.)

En el infierno bailo yo lo que me da la gana. (Nota del autor.)

Luego que satisfizo esta necesidad de demostrar tan gráficamente su contento, necesidad natural en todos los hombres y mujeres, desde él hasta David, desde David hasta Herodias, desde Herodias hasta la Nena, cesó en su alegre ejercicio, y rendido de



cansancio, tomó asiento en su trono; pero ganoso aun de fiesta, como que el motivo de su júbilo, lejos de cesar, crecía, hizo venir al sarao á todo bicho viviente, mónstruos de todas clases,

incluso el bello sexo, los cuales de real órden, y al compás mayor de todo el ruido del infierno, bailaron hasta que se les cayeron las ligas á las damas y el rabo á los caballeros.

Despues del baile, unos vestiglos de tres cabezas, librea especial de la casa, sirvieron un refresco de licuefacto metal, á que hizo honor todo el pandemonio.

—Brindad, dijo ya un tanto beodo su majestad.

Las diablasas entónces escanciaron oro derretido en sendas copas, que ofrecieron á los diablos cortesmente.

Los diablos aceptaron con igual cortesía, y uno de ellos, el mayor, que se distinguía entre todos por sus aptitudes poéticas, levantó su copa hasta la altura de sus cuernos, y dijo:

«Las copas de los placeres  
besemos todos, y en coro  
brindemos por las mujeres  
haciéndole honor al oro.»

Un aplauso femenino resonó en todo el infierno, miéntas los diablos refrescaban con la susodicha naranjada.

En seguida estos señores invitaron á las señoras á brindar, y escanciándoles á su vez plata derretida, les ofrecieron las copas, que ellas aceptaron con mil amores.

La princesa infernal que, dicho sea de paso, vestía con mucha gracia un traje de cueros vivos, segun la etiqueta de la córte, alzó tambien su copa á la misma altura que el otro, y dijo con dulce y simpático acento:

«Brindemos, compañeras  
con gusto y santa paz,  
y plata derretida  
bebamos á cual más.  
Brindemos por la plata,  
dinero tras del cual  
irá siempre ya el hombre  
hasta venir acá.»

Otro aplauso, pero masculino ahora, estalló en el salon, al mismo tiempo que las susodichas señoras refrescaban con la horchata susodicha.

Finalmente, se levantó Satanás, y pidiendo á un gentil hombre, ó más técnicamente, gentil diablo, un vaso de lo tinto, ó sea de cobre, igualmente derretido, pronunció el brindis siguiente:

«Mi majestad no es ingrata  
ni con el metal más pobre.  
Si también con cobre rindo,  
brindo  
por el oro y por la plata  
lo mismo que por el cobre.»

Un aplauso universal de ambos sexos, digámoslo así, resonó entonces; y cuando cesó la tormenta, volvió Satanás á echar un trago, tres: de oro, de plata y de cobre.

Y entonces brindó de nuevo:

«Almas hechas pavesas  
son buenos testimonios  
de que inventé lo lindo.  
Brindo  
por todas las diablesas,  
por todos los demonios.»

Otro aplauso universal volvió á cundir, pero tan tempestuoso ahora, que se derrumbó el trono y todo se lo llevaron los demonios.

## V.

Donde adelanto mi reloj dos ó tres mil años, una vez que estos años no os envejecen, jóvenes lectores.

En este periodo histórico volvió á poblarse la tierra de seres, multiplicados prodigiosamente por el par de animales, macho y hembra, que de cada especie se salvaran del diluvio en el arca de marras, ó sea de Noé. Dicho se está que, unidos en natural consorcio aquel par de monedas de oro y plata, que también se salvaron del universal naufragio, el dinero se multipli-

có tambien, como se multiplicaron, de otros pares de su especie por los inescrutables juicios de Dios, los sapos y culebras y otras curiosas sabandijas.

Y como, por tanto, no se ahogara en el diluvio la causa de todos nuestros males, hembra que no necesita mucho para producir efectos, ó sea multiplicar su especie, claro es que siguió en proporcion del dinero la lluvia de almas en la caldera del infierno.

En justa celebridad diz que Satanás introdujo en su córte la costumbre de dar un baile todos los sábados, dia del Señor, en que, gastándose en el mundo más dinero, llovía más naturalmente en el abismo.

Esta costumbre de etiqueta infernal y tradicional se traspasó luego al domingo y demás dias colendos, por una razon análoga.

Y si razon habia entónces para tales múltiples y endemoniados regocijos, habiendo siempre cierta escasez de numerario, ¿qué será lloy en dia que abunda tanto en el mercado?

Para concluir este capítulo, coronando dignamente *la historia endemoniada*, voy á permitirme la insercion de una curiosa carta (algo súcia ya), carta fechada en el infierno y escrita por un condenado á cierto amigo suyo, el cual ha tenido la bondad de prestármela á razon de tanto por ciento.

Y dice así la carta:

«Mi querido amigo y compañero: Te escribo con un tizon por no tener otra pluma más á mano, y lo hago para aconsejarte en confianza que no te afanes como yo me afanara en ese pícaro mundo por atesorar dinero ageno. Vente á este, que es el otro mundo, y nadarás, como todos nosotros, en un rio de oro y plata, metal que exclusivamente nos pertenece.

Para optar á esta riqueza, no tienes que hacer más méritos, pues en justicia, compañero y amigo, te sobra el 90 por ciento, módico tipo de interés en tus empréstitos.

Díselo así á los amigos y demás personas de tus simpatías, y anúnciame tu venida para recomendarte oportunamente á

su infernal majestad, con quien estoy en íntimo trato y continuo roce.

Ya verás qué recibimiento tienes, pues de tiempo inmemorial se da en esta villa y córte un baile todos los días de fiesta para honrar á los que vienen.

Verdad es que á nosotros no nos es dado salir de la caldera; pero podemos ver los toros desde léjos en amor y compañía de toda la gente de pró que ha habido en el mundo, abrazados estrechamente sin distincion de sexos ni categorías, como quiera que todos somos iguales ante el rey.

Aquí están las almas de todos los traficantes y traficantas, de todos los tahures y ladrones, de todos los orólatras, en una palabra.

Conque ánimo y muérete pronto, que no te ha de faltar, á buen seguro, metal ni compañía.

Sin más por hoy, memorias á los *ingleses*; y pues no podemos aquí decir adios, te diré al diablo.

Tuyo siempre afectísimo amigo y compañero, que desea abrazarte.—LADRON (DE GUEVARA).

Caldera de abajo 24 de Febrero de 1866.

(Como se ve, la tinta está aun fresquita.)

Todavía he de añadir una especie de postdata, no ya del condenado, pero de otras plumas mucho más autorizadas; pié cúbico, digámoslo así, que viene aquí de molde para que los benévolos lectores (que sean malévolos) no duden un punto de la autenticidad de la carta (autógrafa, por más señas).

He aquí esa postdata, ó sea legalizacion, hablando técnicamente:

«Los *infrascriptos* (*sic*) notarios revalidados en este reino é islas adyacentes, damos fé y verdadero testimonio de que el condenado prestamista señor Ladron (de Guevara) es tal y como se *intitula*, y que la letra y rúbrica con que su nombre está *subscripto*, es de su mismo puño, salvo error por falta de gafas.

Y para que conste, firmamos y no signamos por falta de

cruz en la Villa y Corte de los profundos infiernos, fecha *ut retro*.—IGNOCENCIO SANTAFÉ.

Siguen las firmas de 999,999 notarios.

Y aquí concluye la historia, bien dicha *endemoniada*, por cuanto la moneda es hija de Satanás, y mamá de los siete pecados capitales.







## MISTERIOS DE LA CÔRTE.

---

### I.

Un tipo y aun prototipo.

Paco es un jóven *comm' il faut*, idiotismo francés adoptado ya en España, con el cual, lo mismo aquí que allende, se expresa una entidad masculina ó femenina, *à la dernière*, á la última moda.

Ahora bien: un Paco *comm' il faut*, es un ente, ó sea un sugeto, elegante, fino, superfino, *tónico*.

El mérito personal no es de esencia en el *il faut*, pues nuestro *dandy* era flaco, verdoso, positivamente feo; pero no por eso dejaba de ser *com' il faut*, llevando siempre encima ropa de Caracuel y un indeleble y *fashionable* sello de dos horas largas de *toilette*.

Las costumbres sí entran por mucho en el *il faut*, si bien la moral no entra en tales costumbres.

Por eso nuestro Paco no entraba nunca en su casa hasta las dos de la mañana, ni salía hasta las tres de la tarde. Y es que todo jóven *comm' il faut* tiene muchísimo que hacer.

He aquí lo que Paco hacía:

Levantábase á las doce, á mesa puesta, y almorzaba regaladamente, consagrándose luego á la *toilette*, que no dejaba hasta obtener una simetría de ornato público, sin discrepancia de un canto de real de á dos, como las ligas de don Lindo.

Salía entónces hecho un Adonis (feo, por supuesto), y visitaba á una amiga, ó dos, ó tres; iba luego á paseo, á pié ó á caballo, segun su gusto; luego al Casino, donde se entretenía *honestamente*, haciendo tiempo *comm' il faut* para comer; y hecho el tiempo, que dicho sea en verdad y en honra suya, Paco hacía á las mil maravillas, iba á comer y comía con más regalo en el hotel mas *restaurant*.

En comiendo se dirigia al Suizo, café *comm' il faut*, y punto de reunion de sus amigos, con quienes hablando de *ellas* saboreaba una breva y un té mezclado, como quiera que no podia saborear nada puro: tan virtuoso era el Paco.

Despues iba al teatro Real ó al circo Price, segun la estacion, en alternativa con ciertas *soirées*, donde honestamente tambien se entretenía jugando á las damas, juego que no prohíbe por cierto la moral más rígida.

Finalmente, volvía al café, tomaba chocolate con bizcochos, y se retiraba á dormir en gracia de Dios, antes de que el sereno cantara las dos y media.

Como que sus operaciones eran múltiples, no se cansaba de repetirlas, y las repetía los 365 dias del año, dando así á su obra las condiciones del arte: la unidad en la variedad.

Paco no tenia carrera ninguna, pero en cambio tampoco tenia oficio ni beneficio; beneficio sí, en la pension de su madre, viuda de un oidor sordo y de un brigadier carlista sin relief y de un....

Vengamos ahora á cuentas.

Paco viste como un pequeño marqués, come como un gran

duque, fuma como un virey de la Habana. Pierde como una doncella siempre que juega á juegos prohibidos, no tiene más oro que el que reluce, y no todo lo que reluce es oro, tampoco le quita nada á nadie.... ¿De dónde diablos salen estas misas?

No lo sabemos, ni lo queremos saber, poco dados como somos á esto de averiguar vidas ajenas.



Sin embargo, por si vosotros, amables lectores, ó lectoras (si sois ellas), teneis curiosidad de saberlo, prometemos solemne y formalmente poneros en relaciones con un personaje de esta historia (portero y remendon, por más señas), el cual os dejará al fin completamente satisfechos.

Miéntras tanto prosigamos con seriedad nuestro verídico relato, y con lógica tambien, que no es metódico eso de tomar al rábano por las hojas: cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento.... y basta de berzas, que diga de versos.

## II.

De Madrid á Paris.

Pues señor, siendo como era Paco un jóven *comm' il faut*, no podia decorosamente sustraerse á la necesidad *tónica* de ir á París á hacer, digámoslo así, el agosto, mes que hacen en sentido inverso que los lugareños, todos los cortesanos que tienen en el bolsillo cuatro cuartos de mas (ó de menos). Cuánto más inverso lo haria Paco, á quien nunca faltaba una onza de oro en oro, otra en plata y otra en papel para subvenir dignamente á todas las necesidades ó exigencias de su estado interesante, en la recta acepcion de la palabra, pues siempre interesa un jóven amable y superfino.

Provisto, pues, de todas las superfluidades necesarias para viajar *comm' il faut*, Paco se despidió de su mamá y de sus tias diciéndoles á todas *agur*, y se embarcó por tierra (técnicamente), se embarcó en el ferro-carril del Norte, saliendo con viento fresco y rumbo directo á *Paris*.

A los veinte dias escribió desde *Paris* á su querida mamá una carta, por demás característica, cuyo contexto literal es como sigue:

• *Calatayud* 20 de agosto de 1864.

Querida mamá: llegué bien y estoy hecho el amo de este pueblo. Es preciso que me mandes más dinero, pues se me acabó ya el que traje, y no es decente volver tan pronto de París ni debo tampoco abandonar un gran negocio que se me ha venido á las manos y puede hacer mi felicidad. Conque no me vengas misereando recursos que me son indispensables.

Remite las adjuntas cartas á su respectiva direccion, y punto en boca.

Agur. Tuyo.—PACO. •

Una de estas cartas adjuntas era del tenor siguiente:

«Madam Doña Petronila: perdon, madam, si ye ne vus escribir plus ántes; ye ne suy pa que un ingrato con vus et con vostres amables fils, las madamasel Amali et Carolin; pero vus perdonar á muá puisque vus ser tres amables et ye suy en París, gran sité donde l'Leteo vertir sus ondas que fas á uno olvidarse yusque de si mem.

¡París! ¡helas! ¡París! Yamais he vist una sité plus gran et yoli; las cases son tutes com palacios, los palacios com temples y los temples.... ¡helas! ¡Quel calles tan long! ¡Quel plases tan latitudinal! En una parol: ¡Quel sité tan yoli! Ye ne diré pa rien de les madam. ¡Quel madam tan yolis! Hasta el'ciel est yoli. ¡Oh! ¡Quel ciel! Desde ici á la gloar.

Cuand uno ver estas maravilles de la natur et del art, ¡helas! ¡Cuant deplor ne ser parisien pa y cuant rubor sient en el visage de avoir naquí en Espagne! ¡Helas! Ye suy des-peché.

Ayer por la soir ye fuis á la resepsion del'palacio royal. Le Empereur me parló solament de politic; pero Eugeni me fiz les honeur en me parlan de tut. ¡Quel amable et yoli est!

Hoy por la nuit suy envité á comer chez de la madam Marquis de Rouxchateau, á cuya table ne comer plus que la gent com il fo y ya est la hor sonant. Perdon, madam mien, si este tetatet me priv de le plasir de prolonguer esta cart; otra vez ye vus diré tout lo que me pase.

Ye ne sé cuand será el regres mien; por mi gust ye restaré ici hasta el an que vien.

Agur: mis cumpliman á las madamasel e ye suy tut de vus.—PAQUET.»

Por lo que se ve, el tal *Paquete* debió aprender la lengua francesa por telégrafo: Ni podia ser de otra manera desde el *París* de Calatayud. ¡Lástima grande que no se hubiera consagrado en buena sazón á la lingüística jóven tan apto y pro-vecto! Sin duda habria llegado á ser un gran políglota.

Las otras cartas venian á ser variantes del mismo tema, y para muestra basta el boton de la preinserta.

Que residia en *Paris, Rue Richelieu, 15, principal*, que se divertia *bocú*, que la Emperatriz, ó técnicamente, *Eugeni*, le habia dicho *bocú* tambien, que iba á comer con la marquesa de la *table com il fo*, que sentia rubor en el *visage* de ser español, y... *rien de tout*, ó lo que es igual, riámonos del tonto.

La buena de la mamá le contestó luego diciéndole que se hiciera cargo de que en los meses de *veraneo* disminuian considerablemente sus *entradas*; pero que de todas maneras contara con lo decorosamente necesario, remitiéndole ya 600 rs.

Sacamos de aquí en limpio que la mamá de Paco tenia *entradas*, que disminuian en los meses de *veraneo*.

¿Sacaremos luego en sucio las salidas?

Allá ellos; yo no me meto nunca en camisa de once varas. Pero vosotros podeis ir atando cabos.

### III

#### Dos cartitas más.

Retrocedamos ahora á los primeros dias de residencia en *Paris*, para ver de dar á este absurdo la lógica posible.

Paco habia venido de Zaragoza á Calatayud en fortuito contacto con una familia principal del pueblo, con la que hubo de entablar esas relaciones efimeras que no cosen, sino que solo hilvanan las amistades con lo que llamaremos *conversacion de palabras*, por no decir hebra de algodón flojo.

Con eso y todo, Paco, que desde luego observó que á la dichosa familia le relucia, como suele decirse, el pelo, dió á las suyas toda la intencion que pudo, esforzándose en estrechar las distancias, especialmente con Pilar, que así se llamaba la hija de don Jaime y doña Bárbara, sus compañeros de viaje. hija unigénita de quince años *vellon*, ítem más, bellísima como su madre, no doña Bárbara, que era tan fea como don Jaime, sino la Virgen *Pilarica*.

Ya en Calatayud con este conocimiento, siguió visitando el Paco á la reluciente familia, aunque no le fuera dado intimar tan pronto como él quisiera, y procuraba con su cháchara elegante y *superfina*, como quiera que don Jaime y aun la misma doña Bárbara hablaban otra lengua, esa lengua patria de todas las gentes sencillas, las cuales llaman al pan pan y al vino vino.

Por lo que hace á la núbil, la núbil no hablaba ninguna lengua, lo cual no quiere decir que fuera la hermosa muda: sino que teniendo quince abriles no más (aunque muy bien empleados, pues parecian veinte y agostos por lo fértiles), lo hablaba todo con el corazon, con la callada elocuencia de sus ojos grandes, negros, brillantes, divinos....

Así, pues, cuando Paco decia, verbi-gracia, que la villa de Madrid era la gran ciudad de Jauja, ella exclamaba en su lengua: ¡Quién la viera!

Y cuando añadía intencionalmente el Paco: A Madrid me vuelvo, decia sin decirlo ella: Yo me quiero ir con él.

Paco entendió este lenguaje tácito, y se dijo:

—Esta muchacha me conviene y voy á hacerla feliz.

Como se ve, el Paco (salvo error de suma) no tenia mal gusto ciertamente.

Solo que nunca hallaba coyuntura de espontanearse con ella á solas, porque siempre estaba acompañada de doña Bárbara, ó de don Jaime, ó de entrambos, á quienes el tal futuro (*perfecto*) emparejaba atribuyéndoles en su despecho una barbaridad comun de dos.

Cansado de esperar una sazon que no llegaba, y temeroso tambien de que algun adelantado viniera á soplarle la dama, se resolvió ya un dia á declararle su amor, y no pudiendo hacerlo verbalmente por aquella inoportuna y *barbábara* vigilancia, como el pollo decia, tomó una pluma, no sé si de sus alas ó de su cola, é inspirándose en su propia imágen, reproducida fielmente en el espejo de su consola, escribió en papel de rosa el billete de amor que sigue:

•Señorita: yo habia soñado en mis delirios de amor un

ideal de belleza, y en vano intentaron fascinarme con sus títulos y honores las sirenas de la alta aristocracia madrileña. No quise honores ni títulos, porque os adivinaba; ni los quiero, porque al fin os hallo realizando en vos todas mis ilusiones.

Por vos vine á este pueblo oscuro y miserable; por vos permanezco en él, fuera de mi centro, que es el gran mundo; por vos me sacrificaría hasta el punto de renunciar para siempre á mis aficciones sociales.

Y es que vos, y solo vos, sois el imán que atrae y retiene irresistiblemente el acero de este tierno corazón.

A París me dirigía, y luego á Florencia y á Roma y á Nápoles y á Venecia y á Londres en un largo viaje de placer; pero os ví en Zaragoza y.... ¡Esta es la mujer que yo he soñado! me dije. Y os seguí á Calatayud. ¡Gran Dios! ¡A Calatayud! Vos, señorita, simple indigena de este pequeño mundo, no podéis comprender la abnegacion que envuelve esa palabra; si lo comprendierais, podría yo recomendarme á vuestra estimacion con doble merecimiento.

Pero á lo ménos, señorita, habreis comprendido que os amo. ¡Oh! sí, os amo, bellísima Pilar. Y no os he hecho ántes la declaracion de mis sinceros y puros sentimientos por un reparo de delicadeza y dignidad. Sois rica y temia que lenguas maldicientes me confundieran con esos miserables buscavidas que especulan hasta con el amor. Pero he reflexionado con más seso, y aparte de mí tan pueril reparo: yo estoy por encima de ese vulgo; yo respiro en otra atmósfera más limpia y despejada; yo no tengo por qué temer á la maledicencia: soy rico tambien, y solo aspiro á vuestro amor, que es el único tesoro que me falta.

Ahora bien, señorita, ¿seré yo tan dichoso que pueda li-sonjearme de obtenerlo?

Con el alma en un hilo espera pronta contestacion á vuestros piés,—PACO DE TAL.»

La bella *indigena* no se hizo esperar mucho, que aquel mismo dia le contestó, no ya con la elocuencia de los ojos, mas

con la de la pluma, que, si bien tácita, es siempre más expresiva ó gráfica.

He aquí su respuesta concisa, pero categórica:

«Señor don Paco de Tal.

Muy señor mio: sí, pero me ha de llevar V. á Jauja y ha de pedirme á mis padres, cuya voluntad es la mia. Si no, nó.—PILARICA.»



Mucho ménos aun se hizo esperar Paco, pues como si continuara en sus sueños de amor, adivinando á Pilar, al recibir su respuesta estaba ya vestido de punta en blanco, toda vez que de este color era su cóbarta. Y despues de ponerse una alegórica flor en el ojal del frac, frente á frente de sí mismo, ó sea del tocador, salió de su casa *etiquetado* y oloroso como un *Paco ó Frasco* (que es igual) de esencia de bergamota, y se dirigió cerca de sus feos padres, ó sean bellos, como se dice por eufemismo en francés, para mentar sin salvedades á los suegros.

#### IV.

##### Solemidades.

Y por el camino iba diciendo Paco:

—¿A quién de los dos me dirigiré con más garantías de buen éxito, al padre ó á la madre? A doña Bárbara no, porque.... nó; ni á don Jaime tampoco, que es un poco ágrío de genio....

Pues ello es menester dirigirse á alguno para negociar. ¿Con quién hablaré?....

A la ventura: con el primero que tope.

Y esto diciendo, entraba en la casa nupcial.

El primero con quien topó fué don Jaime.

—Servidor de V., á la órden de V., beso á V. la mano, dijo saludándolo con toda esta metralla.

Y siguió preguntándole por su esposa, por su hija, por sus tías, por sus primas....

—Buenas tardes, contestó don Jaime, cuando pudo intercalarlo. Arriba están las mujeres. Puede V. subir, si quiere.

—Mil gracias por ahora, aunque acepto la invitacion para despues. Vengo á hablar con V. á solas.

—Entónces pase V. á mi despacho.

Paco entró cortesmente detrás del señor don Jaime, á cuya invitacion tomó asiento al lado suyo.

—Puede V. hablar lo que guste.

—Seré breve. Pilar y yo nos amamos.

—¡Hola!

—¿No lo sabia V?

—Nó.

—Pues sí: lazos de irresistibles simpatías nos unen ya tiernamente, y deseando pasar á mayores, vengo á pedir la solemnidad del paterno asenso, si, como espero, merece su beneplácito un proyecto de union tan homogénea. He dicho.

—¡Breve ha sido V. por cierto!

—Yo siempre voy por línea recta: buena ó mala, esa es mi conducta.

—No me disgusta; y lo que yo siento es no poder imitarlo en este punto, porque como el caso es grave, gravemente he de pensarlo. Mi hija, señor don Paco, es un tesoro escondido.

—Ya lo sé.

—Así lo sabrá V. mejor: rica, buena, hermosa y jóven, ¿qué extraño es que para ella quiera su padre un príncipe?

—No soy yo un *sansculottes*, señor don Jaime.

—No lo digo yo por tanto; mas para resolver con más acierto, bien será que conteste V. á mis preguntas.

—Hágame V. las que guste.

—Con su permiso. ¿Quién es V?

—Yo soy don Paco de Tal.

—No conozco ese apellido.

—Histórico es, sin embargo.

—No soy muy fuerte en historia. Pero prescindamos de eso, que al fin y al cabo la sangre no es la nobleza: la nobleza es la honradez, y la honradez.... la honradez.

—Estamos de acuerdo.

—Ahora bien. ¿V. qué viene á ser?

—Yo vengo á ser.... un caballero.

—Ya me lo ha dicho V., y no es ese mi sentido.

—¿Cuál es entónces?

—Saber lisa y llanamente cuáles son sus elementos de vida.

—Las rentas de mi mamá.

—Corriente.

—Pregunte V. más si quiere.

—No.

—Al buen pagador no duelen prendas.

—Ni al malo tampoco, dijo para sí don Jaime.

—Ahora bien, ¿me otorga V. la mano de su hija?

—Despacio. Ya le daré la respuesta, y por hoy, si no hay más de qué tratar, levantemos la sesión.

—Estoy á sus órdenes, beso á V. la mano, servidor de V.

—Vaya V. con Dios.

Y Paco fué á ponerse cortesmente á los piés de las señoras, inclusa Doña Bárbara.

## V.

A. Roma por todo, ó lo que es lo mismo, á Madrid por nada.

Luego que la familia quedó sola, consultó don Jaime sobre el caso con su esposa, y despues hizo comparecer á su hija, quien se presentó sonrojada y medrosica, bien así como un reo convicto, sino confeso.

—No temas, niña, le dijo sonriendo el buen don Jaime: el amor honesto y puro es, hija mia, á la mujer lo que el perfume á la flor; el alma de su belleza.

—Ciertamente, añadió de acuerdo doña Bárbara.

Don Jaime prosiguió:

—Vamos á ver, Pilarica. ¿Serías tú feliz con ese jóven?

Pilarica se acordó de Jauja, y contestó sin vacilar:

—Sí, señor, papá.

—Piénsalo bien, porque no estás en el caso de dar tu mano al primer Paco que llegue.

—Ciertamente, añadió doña Bárbara: eres rica, y jóven, y bella, y....

—Y él tambien, repuso la enamorada.

—Eso.... allá veremos, dijo don Jaime. Ahora.... nada: puedes retirarte, una vez que ya sé lo que queria.

Pilar se retiró, quedando otra vez el matrimonio en íntimo consejo.

—¿Qué piensas resolver? interrogó doña Bárbara.

—Por ahora nada: tiempo al tiempo, y así resolveremos mejor.

—Pues por lo que hace á mí. podría resolver ahora mismo.

—¿Qué resolverías?

—Ya te lo indiqué al principio; que no me gusta mucho un novio tan feo y tan....

—¡Pché! A bien que no eres tú la novia; la novia es Pilarica y.... á ella le gusta, por lo que se ve.

—Y á ti tambien, si no me equivoco.

—Estás equivocada; me parece á mí más feo que á tí; no por su cara, aunque tiene poco que celebrar, mas por sus repulgos y requilorios. Pero como yo tampoco me he de casar con él, no miro sino á Pilarica, cuya felicidad, segun se ve, puede hacer ese muchacho. Ahora bien; yo tengo que averiguar quién es don Paco de Tal, porque si tiene un tilde no más de mala ortografía, ese tilde no caerá en el nombre de Pilar, que lleva ya en sí el punto que necesita.

—¿Y qué dirás mientras tanto á un pretendiente que tanta prisa tiene?

—Pues.... le diré.... que no tengo yo prisa ninguna. Por fortuna me urge ir á Madrid á retirar unos fondos, y este viaje me viene como de molde para aplazar la resolucion todo el tiempo que necesite en mis averiguaciones.

—¿Y cuando piensas partir?

—Dentro de muy pocos dias.

En efecto, el 2 de Setiembre salia don Jaime de Calatayud con direccion á la córte, acompañado de su futuro yerno, quien, por todo lo del mundo, no lo hubiera dejado partir solo.

Ya de antemano se habia carteadado el hijo con su madre, la cual, puesta ya en autos, esperaba en su casa con el decoro debido á los ilustres viajeros.

Nada de particular en el camino: don Jaime sostenido como siempre; Paco amable *comm' il faut*.

Ya en Madrid don Jaime, que desde Calatayud tuvo que aceptar forzosamente la invitación de hospedaje en casa de *mamá*, siguió á Paco á la calle de Atocha, número... borrado, adonde nosotros seguiremos tambien á saludar á la señora.

## VI.

¿Quién es ella?

Don Jaime ha pasado ya una noche casa de doña Elvira, que así se llama la mamá de Paco, y está altamente complacido de todo lo que le rodea.

Ocupa en un alegre tercer piso un magnífico gabinete, amueblado *comm' il faut*, puesto que es la habitación del petimetre; ha visto la sala, antesala y comedor, y en todo ha observado cierto gusto, una apariencia de decoro, que, sino ostenta sobras, no acusa tampoco faltas.



Sobre todo, está prendado del mérito de doña Elvira, cuyo trato y porte son hábitos característicos de alta sociedad. Doña Elvira pasa ya de los sesenta y.... y que á veces no puede definirse bien por lo enmendada; y aunque seca de carnes y rugo-

sa de rostro, recuerda una juventud harto florida. Desde la poesía hasta la agricultura, ó lo que es lo mismo, desde el polo ártico al antártico, hace excursiones frecuentes y facilísimas, hablando de todo bien y de corrido, cual si lo hubiera aprendido de memoria. Conoce á Julio César como á Narvaez, á Caton como á Nosedal, á Tácito como á Lafuente, á Fray Gerundio como á Fray Cirilo, á Demóstenes como á Miraflores, á Sófocles como á Zárate, á Plauto y á Aristófanes como á Comella y á Ramon de la Cruz.

Por sus citas y acotaciones, que suele recitar al paño, deja entrever sus conexiones con títulos de ambos sexos, ó sean machos y hembras; contacto de intimidad que se revela en estas desbrozadas fórmulas: Medinaceli, Alba, Osuna, *la señora*, tecnicismo palaciego que solo usan los iniciados, ó más gráficamente, los *paniaguados*.

Don Jaime, encantado de oirla, ha renunciado á sus propósitos de pesquision, y sale, despues de almorzar en mesa de estado, á retirar los consabidos fondos, con resolucion de gastarlos en derechos y torcidos de unas bodas, que no han de ser por su gusto, punto ménos que las del mismo Camacho.

Paco lo deja ir solo, no por descortesía, mas por condescendencia, por sumision á la voluntad de su suegro, á quien sabe ya agradar respetando todas las aficiones ó rarezas de su carácter excéntrico.

—Buenos dias, dijo pasando por delante del portero (remendon, por más señas), que trabajaba cabizbajo en un rincon del zaguan.

—¿Es mi amo? interrogó el zapatero dejando allí sus remiendos.

—¡Cristóbal!

—¡Señor don Jaime!

Y se abrazaron amo y criado como dos oficiales de obra prima.

—¿Y doña Bárbara?

—Allá quedó, en salud, gracias á Dios.

—¿Y la niña?

- Tan bella.
- Ya estará grande y....
- Hecha una mocetona está. ¿Y tu mujer?
- Allá arriba, como Dios quiere.
- ¿Enferma está?
- No está muy buena.
- Pues toma, y que no le falte nada.
- Y le dió un doblon de á cuatro.
- ¡Dios se lo pague á V., señor! exclamó el zapatero recaudando. Y aunque sea descortesía, añadió, ¿que trae á su merced por los Madriles, si se puede saber?
- ¡Pché! Vengo á retirar unos fondos que tengo ahí en una sociedad y.... á propósito, vente conmigo para traer el numerario.
- Estoy á sus órdenes, señor.
- Si no te se irroga en ello perjuicio.
- Ninguno, señor, pues por lo que hace al oficio, el jornal ya lo gané, y si vienen preguntones y no topan con quién encararse, ellos, que no yo, serán ciertamente los que pierdan.
- Es verdad.
- Conque á retirar fondos. ¿éh?
- Hombre, si te he de decir la verdad, no vengo precisamente á eso; eso es una operacion de giro que pude hacer desde allá. A lo que vengo principalmente es.... ¿por qué lo he de ocultar? á casar á Pilarica.
- ¡San Pascual Bailon! ¿Conque tan grande está ya la picarilla, que se quiere aparear?
- Ya le zumban los diez y seis. Y muy bien empleados, por cierto.
- Pues que sea para bien.
- Así lo espero.
- Y, aunque sea descortesía, ¿hace buen casamiento?
- Quizás lo sepas tú mejor que yo.
- ¡Bueno sería!
- Yo no sé más, sino que á la muchacha le gusta el novio, y que este es de muy buena familia.

- ¡Y conozco yo al amante!
- Debes conocerlo, porque vive en esta casa.
- ¿Es por ventura don Diego?
- Nó.
- ¡El señorito Luis?
- Tampoco.
- ¿Monsiú Bonbon?
- ¡Franchute! ¡Quita allá!
- Pues entónces, ¿quién diablos es?
- Es don Paco de Tal.
- ¡Malo!... me he puesto.
- ¡Cómo que te has puesto malo!
- ¿Y es el señorito Paco quien se casa con la niña?
- Sí.
- No será en mis días.
- ¿Por qué?
- Porque.... porque no quiero yo.
- ¡Cristóbal! ¿Que estás diciendo?
- Digo, señor, que.... en fin, no digo nada.
- Me lo vas á decir todo.
- Yo ¡pobre de mí! no sé más que remendar.
- Pues justamente es eso lo que yo quiero: que me eches un remiendo.
- En ese caso.... afilaré las tijeras y seguiré, como quien dice, trabajando.
- Sí, pero aquí no estamos bien.
- Subamos, si le parece á V. mejor, á la buharda.
- Sin demora.
- Pues eche V. delante.
- Don Jaime tomó las escaleras y el remendon fué detrás, luego que recogió su obra y utensilios.

Dejadlos que suban solos y yo os diré lo que hablen, pues supongo que vosotros, amables lectores, no querreis subir cien escaleras, y ménos si sois lectoras, y ménos aun si no sois amables.

## VII.

Suma y sigue.

Ya arriba, despues de doscientos suspiros, á uno por barba, ó sea por boca y dos por peldaño, el remendon despachó á su homónima encomendándole la guarda de la puerta (y no *Sublime*).

Y solos ya los dos heterogéneos amigos, sentáronse frente á frente, y comenzó esta especie de sesión á cencerros tapados.

—¿Quién es don Paco de Tal? preguntó tácita y curiosamente don Jaime, acercándose aun más hasta poner su boca debajo de la del otro, como para recoger la conversacion *in integrum*, sin que se cayera al suelo una palabra.

—Don Paco es un señorito muy liberal.

—No hables ahora de política.

—Cada uno habla de lo que sabe. Y digo con toda política que don Paco, perdóneme la ausencia, es un pisaverde muy generoso; él me da para tabaco, para vino y otros gastos de primera necesidad. En esto se parece á su madre, que hace con mi mujer lo propio; quiero decir, que le da aceite, pan, tocino y otras golosinas. Por supuesto nos dan lo que nos dan.... por lo que nos lo dan: que no todos saben ser porteros. ¡Oh! esta ciencia tiene mucho que entender, si se ha de servir á cada inquilino, segun su gusto y su.... ¿Entiende V?

—Ni una palabra.

—Quiero decir, señor, que en mi oficio todo es remendar, y no de nuevo.

—No me hables ahora de zapatos viejos.

—Si hablo de botas de charol. Quiero decir, que no es oro todo lo que reluce, y el que más mira ménos ve, y mi casa es la de *Austria*, porque mi hacienda es la industria, y para andar por la córte no hace falta pasaporte, y....

—No me endilgues más refranes, y vamos á lo que importa; al grano.

—Al grano iba yo derecho.

—¡Derecho, y te vas por los cerros de Ubeda!

—Por ahí es menester irse detrás de algunos barones y baronesas y... Quiero decir, que nosotros dejamos rodar el mundo y *aliquis chupatus*. ¿Qué nos importa á nosotros que esta sea doncella, casada ó viuda, ni que la otra se llame *doña* ó á secas? Nuestra obligacion es ver, oír y.... sacar lo que se pueda. Callar dice el proverbio, y á no ser por V. nó dijera yo esta boca es mia, aunque mi boca no es de nadie, y para hablar la da Dios; pero la cabra siempre tira al monte, y al monte me voy yo con V.

—Nunca acabaremos, Cristóbal, si no te limitas á contestar categóricamente á mis preguntas.

—Pues pregunte V., señor, pregunte V., que nada quedará bajo este peto

—Pero has de decirme la verdad.

—Nunca he faltado á ella, señor; que no nací zapatero ni cortesano tampoco.

—Ciertamente.

—Pues venga de ahí.

—¿De quién es hijo don Paco?

—De sus padres.

—¡De sus padres!

—Quiero decir, de un oidor sordo y de un brigadier indefinido.

—Es decir que....

—Que no es hijo de ninguno de los dos.

—No comprendo.

—Su madre es viuda de uno y otro; solo que no es verdad; la verdad es que su marido fué un consueta de una compañía de la legua, bajo cuya direccion aprendí yo á despabilar en el corral de Zaragoza, cuando me despidió V. de casa. Su marido, digo, sin haber visto la partida de conyugio, aunque sí alguna de bautismo, dicho sea sin ofensa del señorito don Paco, que es un buen galan del género alegre.

—¡Conque es la doña Elvira dama tan principall!

—Siempre calzó coturno, señor: alto, y tan alto, como que ha sido duquesa y aun reina más de una vez.

—¡Es una comedianta!

—*Caraterística.*

—¡Voto á mil diablos! Así desempeñó tan bien anoche su papel.

—Pues es el primero que no ha desempeñado mal. Y quien lo dice, sabe lo que dice, que en punto de *dracma*, no se remienda aquí de viejo, aunque hace ya más de veinte años que dejé un punto por otro: éste da más provecho, aunque menos gloria que aquel.

—¡Comedianta!

—Y jubilada, aunque sin sueldo, porque no *reclamó* nunca en la córte.

—Pues en la córte es donde yo he visto declamar á esa gran farandulera.

—Perdone V., señor, si lo desmiento: esa farandulera, aunque tan *caraterística*, no ha tenido nunca el honor de pisar las tablas de ningun teatro de la córte.

—Ha sido en teatro casero.

—Eso es otra cosa: ahí no tiene rival la doña Elvira.

Don Jaime se rascó, se arañó la frente, como si le hubiera picado alguna avispa.

—¡Vive Dios! dijo despues de una pausa. Me han chasqueado. Pero ¿cómo vive esa familia?

—Tan regaladamente como la de V.

—Quiero decir que de qué vive.

—¡Tóma! de sus rentas.

—¿Rentas tiene?

—Así yo.

—Esplicame eso.

—Eso quien lo sabe es mi mujer; yo solo sé que nunca faltan almas caritativas que socorran necesidades, cuando las necesidades son viudas de oidores, ó brigadieres, y se encargan de este papel damas tan *caraterísticas* como doña Elvira.

—Luego esas rentas son limosnas.

—Esas limosnas son rentas, porque se cobran á dia fijo y aun á fija cantidad.

—De cualquier modo, una miserable cuestacion no puede cubrir los gastos de conveniencia y bienestar que he observado en esa casa.

—¿Nó? Vaya V. sumando picos.

Don Jaime sacó su cartera, y bajo la redaccion del zapate-ro fué detallando la siguiente

CUENTA DE ENTRADAS.

| Almas caritativas.                          | Duros vn.   |
|---------------------------------------------|-------------|
| Sermo. Sr. Principe de Jauja. . . . .       | 8 »         |
| Excmo. Sr. Nuncio romano. . . . .           | 4 »         |
| Illmo. Sr. Primado de las Españas. . . . .  | 2 »         |
| Illmo. Sr. Patriarca de las Indias. . . . . | 4 »         |
| Excmo. Sr. Embajador tudesco. . . . .       | 6 »         |
| Excmo. Sr. Embajador ruso. . . . .          | 4 »         |
| Excmo. Sr. Embajador prusio. . . . .        | 5 »         |
| Excmo. Sr. Embajador gabacho. . . . .       | 1 napoleon. |
| Excmo. Sr. Embajador tarco. . . . .         | 2 duros.    |
| Excmo. Sr. Embajador inglés. . . . .        | 15 blandos. |
| Excma. Sra. Duquesa del Fausto. . . . .     | 8 »         |
| Excma. Sra. Duquesa de la Pompa. . . . .    | 6 »         |
| Excma. Sra. Condesa de Aguabendita. . . . . | 5 »         |
| Excma. Sra. Baronesa de Hisopo. . . . .     | 4 »         |

—¿Cuánto saca V. en limpio?

—En sucio has de decir, Cristóbal: saco. . . 74 duros.

—Pues ya ve V., señor mio, si con setenta y cuatro duros (salvo error) todos los meses, mensualmente, pueden comer buñuelos, y no de viento. Y eso sin contar lo que chorrea al por menor, ni el premio gordo, ó sea *Real*, que le cae siempre á la brigadiera por Pascua de reyes.

—¡Miserables! Y luego, tanto reló de oro, tanta cadena!...

—Pues la copla no reza con estos, que no se acuestan nunca sin cena.

—Y vosotros, criados en la casa de mis padres ¿os haceis cómplices de tal superchería!

—Señor, hasta la venida de V. no han tenido cosa de criada estos señores. ¿Es superchería servirlos en lo que se les ocurre?

—¡Estafa de la santa caridad!

—¡Pché! Nuestra obligacion, señor, ya le dije que es ver, oír y....

—Sacar lo que se pueda ¿eh?

—¡Pché! De Dios abajo cada uno vive de su trabajo.

—Pues toma por el que acabas de hacerme, y no te vuelvas á acordar ni del santo de mi nombre.

Don Jaime sacó una moneda, que el zapatero embolsó, y dejó atrás, indignado y presuroso, la buhardilla y todas las cien escaleras (noventa y nueve, si hemos de decir verdad).

—Adios, señor mi amo, dijo la portera al verlo pasar por sus confines.

—¡Al diablo! contestó don Jaime devolviéndole el saludo.

Y salió á la calle sin mirarla.

## VIII.

### Conclusion.

—Ya tarda mucho tu suegro, decía doña Elvira á Paco, pasada ya la hora de comer. ¿Qué le habrá ocurrido? Estoy con cuidado.

—Y yo, contestó Paco mirándose al espejo. Quizás le hayan robado los fondos que fué á retirar.

—¡Pardiez! No me lo digas, que se me altera el sistema nervioso. Se habrá entretenido con sus amigos.

—Si aquí no tiene más amigos que nosotros.

—Pues se habrá perdido el pobre lugareño en el sistema arterial de este laberinto de Creta.

—Voy, pues, á buscarlo.

Y Paco se puso al tocador para salir *comm' il faut*, cuando entró en escena la criada, anunciándose previamente.

—Carta, dijo.

Y la dejó en el velador, retirándose respetuosamente.

Paco tomó la carta y añadió leyendo el sobre:

—Es para tí, mamá.

—Será del embajador *inglés*, que me debe.... contestacion.

Paco la abrió *sans facons* y buscó luego la firma.

—¡Es de mi suegro!

—¡Pardiez! Se me ha alterado el sistema. Serenaos, Elvira, Ya estoy serena. Ahora bien: leed.

Paco leyó:

\*Señora doña Fulana de Tal.

Muy señora mía y de todo mi aprecio: Aunque no me ha gustado la comedia, no quiero que diga V. nunca que me he divertido de gorra. Inclúyole, pues, un billete de cien reales por la salida, ya que no pagué la entrada.

Hágame V. el obsequio de decir en mi nombre á su hijo que tampoco me gusta el galan.

Memorias á los embajadores *ingleses*, y no me contesten VV. ni aquí ni á Calatayud, para donde saldré en el tren de esta misma noche.—*Jaime Terrones.*»

La *caraterística* se sonrió revelando otra vez más su escuela de teatro, teatro de una legua de andadura, digámoslo así, para decir que no le hacian mella los aplausos, por no haberlos oido nunca, ni las silbas, por haberlas oido siempre.

Paco fué más sensible á este *flasco*, y llevó al último extremo su despecho. No se suicidó, que era muy buen cristiano, como hijo de tan buenos padres; pero hizo más.... se desgredó el peinado.

En vano intentó su madre consolarlo, diciéndole lo que dijo el otro: Puesto que Leonor no te ama, renuncia generosamente á su mano. Paco siguió despeinándose.

No pudiendo tranquilizarlo con toda la moral de sus remi-

niscencias dramáticas, juzgó oportuno exculparse, sacudiendo responsabilidades ajenas, al mismo tiempo que sus trapos.

—Yo, dijo con cierta solemnidad, he estado en situacion: el barba es quien no estuvo en carácter.

Y tenia razon: solo á don Jaime era imputable el mal éxito de esta comedia.

Pero vosotras, bellísimas lectoras, debéis en buen hora aplaudir con entusiasmo.

—¿Y cómo nó?

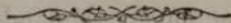
Don Paco de Tal, jóven *comm' il faut*, elegante, fino, superfino, *tónico*, queda con esto en estado interesante, ó sea de merecer.

Buena proporcion se os ofrece.

Si os acomoda, como es de esperar juiciosamente, podeis dirigiros á la calle de Atocha, número....

¡Y está borrado!

¡Qué desesperacion!





## EL MARTIRIO SIN PALMA.

### I.

De una casa solariega.

Voy á exponer á vuestra vista un animal feo, repugnante, asqueroso. No es una culebra, aunque como ella se arrastra por la tierra y come tierra; no es un sapo, bien que tenga su misma sangre súcia; no es un gusano, aunque vive y muere, como él, en la inmundicia. Es todavía más feo, más repugnante, más asqueroso.... es un avaro.

Pero si ántes de pintar una figura, debe prepararse el lienzo, hagamos primero la descripción de su vivienda.

Figuraos un aposento interior de planta baja, angosto, lóbrego, desmantelado, sin más luz que la que penetra por una alta ventana con doble reja y encerado en todo tiempo; de suelo desnudo siempre y siempre súcio como el de un corral nunca barrido; figuráoslo así, y tendreis una idea de la madriguera de este bicho.

Desmantelado dijimos, y hay que rectificar sobre este punto. En un ángulo del aposento había una mesa de pino pequeña y mugrienta, supliendo con la pared el apoyo de la pata que le faltaba. No tenía cosa de tapete, á no tomar por tal una badana incolora, despellejada, pringosa, que cubria la vergüenza de tan mezquino trasto en la estension de un fólio. Veíase encima un solo libro, si es libro un cuaderno de papel como de estraza, abigarrado de garrapatos y manchas de aceite, sudor y otras esencias. Además, y por todo recado de escribir, se veía junto á la badana una jícara con tinta de hollin, en cuyos mohosos algodones se hincaba una pluma de ave, que no era águila por cierto.

Delante de este escritorio había una silla de brazos, aunque en singular hablaríamos más exactamente, como quiera que ya no tenía más que uno: era lo que se llama sillón más bien que silla; pero silla ó sillón, el mueble no desdecía del escritorio; así como así, el escritorio no desdecía del gabinete, ni el gabinete del avaro.

En el rincón frontero, y como estorbando la entrada á otro aposento, eternamente cerrado con un cerrojo, una llave y un candado, se alzaba un carcomido camastro, no más grande que un sepulcro, en que se estendía un gergon de paja, mal cubierto con una manta vieja, raída y remendada.

Sobre el quicio de esta puertecilla secreta, y correspondiendo á la cabecera de aquel lecho, se destacaba un crucifijo de barro, detalle singular por lo característico en la habitacion de un avaro, que es la encarnacion triunfante de todas las hipocresías; bien que el tal crucifijo, sacrilegamente informe, deforme, era de tal manera feo, que el bueno del avaro más parecia devoto del mal ladrón que de Nuestro Señor Jesucristo.

En la puerta de entrada había siempre corrida una cortina de lienzo, lácia, vieja, pero no rota, con cuya especie de pantalla se sustraía el receloso de registros exteriores.

No había más decorado, á no añadir una alacena incrustada en la pared de otro testero, donde guardaba el avaro, bajo llave, las escasas provisiones de boca y guerra también, por

cuanto no daba jamás ni un diente de ajo sin reñir ántes una batalla con su mujer ó su hija, ó con las dos, á quienes maldecía por comilonas. Y á fé que no tenia razon el avaro en este punto, pues una y otra, como comensales suyas, eran necesariamente sóbrias.

El resto de la casa, bien que revelara en su desmantelamiento el ruin, mísero y aun misérrimo carácter del casero, estaba siquiera limpio, como habitado por mujeres, cuya influencia penetra en todos los rincones, ménos en el cuarto de un avaro: en el cuarto de un avaro solamente influye el oro.

Ahora bien: hecha ya la preparacion, la *inprimacion* del lienzo, bosquejemos la figura de este cuadro con todas sus sombras, para lo cual habrá que pintar de noche, aunque alumbre la luz del medio dia.

## II.

Donde por dos cuartos se enseña al respetable público una alimaña.

Si como soy un *sansculottes*, fuera yo un rey absoluto, que me ahorque á mí un avaro si no los ahorcara yo á todos ellos. Reconozco todas las autonomías, ménos la del avaro: el avaro es un ladron que se roba á sí mismo; cuando no tiene otro prójimo más á mano.

He tenido la honra (mejor me la depare Dios) de tratar á algunos de estos señores, y conozco á fondo sus nobles caracteres. Mi dinero me cuesta, por supuesto; dinero que no les reclamaré personalmente, pero que no les perdono tampoco, que tengo ya otorgados los más ámplios poderes al mismo Satanás para que en su dia ó en su noche les cobre hasta el último de mis maravedises.

Viniendo ya á la figura ó figuron especial de este sainete, diremos que su cuerpo era, como su alma, harto ruin; pequeño, flaco, robinoso, nuestro héroe tenia, aun despues de haber co-

mido, la miserable y famélica presencia de un mendigo. Verdad es que nunca se levantaba satisfecho de la mesa, guardando siempre alguna hambre.... para hacer la digestion, y que vestia eternamente de viejo, por cuya razon solia usar la capa en el estío, recordando aquello de *una buena capa todo lo tapa*, aunque, á decir verdad, la buena capa del avaro era bastante mala, pues amen de raída, rota y remendada, le venia á su merced mas justa que pecadora.

Su sombrero debió sin duda ser uno de los pocos que se salvaron del diluvio: ancho de abajo, estrecho de arriba, alto, abollado, parduzco, por su misma antigüedad, y lustroso por su mugre; sus zapatos, de becerro económico, ó sea sin betun, remontados ya cien veces con bigotes, suelas y medias suelas, tenian sudor de quince ó veinte canículas; el resto de la parte indumentaria estaba en completa armonia con los zapatos y el sombrero.

A tener que pagar la iguala, nuestro hombre no se haria rasurar nunca, ni se rasurara él mismo por falta de jabon, dado que tuviera navajas; pero siendo, como era, ducho en esto de ajustar cuentas, se las ajustaba al maestro Juan, y el maestro Juan, poniendo hasta el agua caliente, le rasuraba en trueque una vez cada quince días, por lo cual, salvo cuatro, estaba los veintiseis del mes desafeitado.

Cuéntase á este respecto una anécdota, que por gráfica no se nos ha de quedar en el tintero. Diz que habian contratado, el avaro liquidar al barbero sus igualas, y el barbero prestar al avaro el servicio de veinticuatro rapes, mas dos sangrias cada un año.

Sucedió que el primer año no tuvo, á Dios gracias, el avaro necesidad de sangrias para sí ni su familia, y á fin de plazo hubo de reclamar al maestro Juan el importe de las dos del pacto.

—Reconozco la deuda, dijo el sangrador con mucha sorna.

Y añadió sacando su lanceta:

—Venga la mano y finiquitaré la cuenta de contado, que así me importara la salvacion de cuerpo y alma, no he de pagar en otra que en la moneda estipulada.

Y, allá va ese otro rasgo de carácter; el avaro le entregó la mano y se dejó pinchar dos veces, por no perdonar la deuda.



Prosiguiendo la descripción prosopográfica del héroe, haremos notar la desmesurada largueza de sus uñas, única largueza que se le conocía, y que él justificaba diciendo filosófica y devotamente que todo lo que Dios da al hombre, debe el hombre conservar. Por esta misma razón no se lavó nunca las orejas, á fin de conservar la cerilla que Dios se había servido darle.

Hasta el nombre del avaro era adecuado á su carácter, como si hubiera querido conservar también en su nombre la ruindad de espíritu que Dios le diera. Llamábase *Nicanor Oltra*, nombre que con gran donaire comentaba un bachiller, su convecino, especie de Sansón Carrasco, que nos ha suministrado estos apuntes.

El bueno del bachiller sostenía y aun probaba que el patronímico de don Nicanor era una síncopa que había embebido

una *a* fónica ó afónica: *a* que él restauraba en su lugar, rellenando el apellido de este modo: Ol-*a*-tra. Indicando luego la genealogía griega *latris* (servidor, adorador), para dar sentido á la palabra, escribía así el nombre total del avaro:

*Ni Can Orólatra.*

Despues traducia gramatical y estrictamente:

*Perro idólatra del oro.*

Sobrábale el *Ni*, ripio de que el bachiller se descartaba con no ménos donaire, diciendo que los perros pueden llevar por nombre cualquier cosa, estando, como están, exentos de bautismo.

Por lo demás, *Ni Can Orólatra*, nombrándolo ya con toda la filosofía del bachiller, no tenia ningun desperdicio; es decir, vicio ninguno; no fumaba, no bebia, no comia.... Pero puntos son estos que merecen ser ampliados de por sí.

Efectivamente, no fumaba el buen Orólatra, si esta vanidad de echar humo supone un gasto propio; ahora bien, siendo ageno, fumaba y aun sorbia muy grandes polvos de rapé.

Quede, pues, sentado que el avaro era una entidad susceptible de ambos vicios.... de *gorra*.

No bebia. He aquí una verdad incontestable; no bebia, porque no así se da vino ni aguardiente como un polvo ó un cigarro; si se diera, tambien este otro vicio hubiera afectado su esquisita susceptibilidad.

Por lo que hace al no comer, hay que modificar la absoluta, para que quede en su punto. Comia, sí, pero ayunaba, á fuer de buen cristiano, todos los dias de la Cuaresma, todos los viernes y miércoles del año, todas las vísperas de las festividades clásicas, y todas las octavas en que le dolia una uña, y en que él guardaba, por toda terapéutica, dieta rigurosa.

Solia tambien omitir la cena para almorzársela por la mañana, sosteniendo filosóficamente que el sueño *ayuno* era el más tranquilo, y que el más tranquilo sueño era el que auxiliaba la economía animal, manteniendo más y mejor que el manjar más suculento. Como se ve, no se ahorraba, en verdad, la cena, puesto que se la almorzaba; pero se ahorraba el almuerzo.

A pesar de su higiénico aforismo, ni su mujer ni su hija cenaban nunca *sueño*, prefiriendo, aunque mala y no nada abundosa, su ración de potaje, que solo de uvas á peras solía oler á carne, y de peras á uvas á pescado.

De aquí y de allí la eterna guerra de familia, cuyos miembros, nunca bien hallados y desacordes siempre, más que un hombre y dos mujeres, parecían cien gatas y doscientos perros.

Pensar en vestir decorosamente al ménos á expensas de un avaro, es pensar en lo escusado, por más que sea quien lo piense una hija de floridos años: comer es y Dios y ayuda. Así que, Elvira, la hija de este, solo podía presentar en público su bella cara y manos á través de algun postigo, por ser estas las únicas partes del cuerpo que no necesitan vestirse para estar decentes.

De Gerónima, la esposa, no hay para qué decir que era la criada, bien que tuviera á lo ménos en su dote un título para ser la señora de la casa.

Tal era *Ni Can Orólatra*,

¡Y era, sin embargo, millonario!

¿Es posible?

No hay cosa más posible que el hecho, cien veces ya histórico, de que un miserable llegue á ser capitalista á los sesenta años de avaro. Tú tambien, pobre lector, y tú, pobre lectora, y yo tambien, los tres hipotéticos jóvenes, tendríamos á estas fechas muchos miles duros, si no hubiéramos comido nunca y hubiéramos amortizado el ahorro.

Pero el *Can Orólatra* habia tambien allegado sumas de mayor cuantía á título de sus uñas, uñas que, como ya dijimos, no se habia cortado nunca, para conservar todo lo que Dios le daba, y algo más.

Para dar razon de esto, hemos de retroceder muchos años, y lo haremos en artículos aparte, refiriéndonos siempre al amigo bachiller, á quien dejamos la responsabilidad histórica, dándole al mismo tiempo las gracias por sus curiosos apuntes.

### III.

Comiézase una historia más sucia que curiosa.

El *Can Orólatra* había sido, por espacio de veinte años, mayordomo, ó sea administrador de un viejo título, que no tenía, que digamos, mucho de Salomon, y que por lo uno y por lo otro no se acordaba de visitar sus estados; y si alguna vez se acordaba y á visitarlos iba, pasaba buenamente por las cuentas galanas de su administrador. ¡Hincaría las uñas este *gran capitán!*

El unigénito del título hacía honor á su difunta madre, pues como un alcoroque á otro, así se parecía él al bueno de su padre en lo que tenía de Salomón, y tampoco se curaba de su herencia, residiendo hijo y padre en la córte, ó sea á cien leguas de la vinculacion, término de cierta villa, donde residía el mayordomo.

Pero como no hay dicha ni desdicha que cien años dure, á los veinte de manipulacion y cuarenta de edad bien pasados, quedó el administrador cesante, aunque no manivació, por muerte de su excelente y aun excelentísimo amo.

Su amo excelentísimo había dispuesto en buena razon su testamento, consignando, entre otras, las cláusulas siguientes:

«Ítem. Lego á mi doncella de costura, Gerónima Zapata, en justa compensacion de sus buenos servicios, el fundo de mis bienes libres, denominado el *Bosquecillo*, y tasado en 2,500 ducados. Pero si tomare estado, caducará el derecho que por esta cláusula le otorgo, perdiendo la propiedad y usufructo del legado, á no ser que se desposara con mi mayordomo Nicanor Oltra, en cuyo evento es mi voluntad que perpetúe su derecho con todos sus beneficios para sí y sus descendientes, si los tuviere, y si no, con cláusula de reversion despues de la muerte de ambos cónyuges.»

«Item más. Al Nicanor Oltra, mi mayordomo, no le dejó nada por haberlo sido *veinte años*.»

Este humorístico rasgo no parece del ilustre título, que, como ya hemos dicho, tenía de Salomon lo que tenía; el rasgo debió sin duda ser del escribano; aunque no siendo, por cierto, original, pudo ser muy bien de cualquiera de los dos.

El moribundo suponía también, al hacer tan justa y motivada exheredación, que su mayordomo seguiría administrando los intereses de su ilustre hijo; pero este, que no vió su voluntad expresa en el testamento, no creyó desacatarla con hacer la suya libremente; y en su virtud, personándose por la primera vez de su vida en sus estados, puso la administración en manos de otra persona, quedando por tanto el *Can*, como quien dice, en la calle.

Con todo eso no dejó el despedido, amen de exheredado, de entrar á parte en la herencia, porque el nuevo amo se portó al fin como quien era.

—Señor, dijo al salir ya de la casa el ex-mayordomo, Dios guarde á vuecelencia muchos años y....

—Adios, contestó el amo con afecto.

—¡Ay! exclamó el avaro haciendo pucheros, ya que se le rompiera la olla.

—¿Lloras?

—¡Ay!

—Vamos, no has de decir que te despido como á un perro, Nicanor: miéntras no encuentres otro acomodo, cuenta con mi bolsillo, si no tienes tú ningun ahorro.

—¡Ahorro dijo vuecelencia! Vuecelencia me ha clavado un puñal en el mismo pecho, sospechando de mi honradez tan malamente.

Y el muy.... (ladron, iba á decir) se llevó á los ojos el pañuelo.

—No lo dije yo por tanto, repuso su ex-amo satisfaciéndolo: ahorros hay también legítimos.

—Nó, nó, señor, y perdone vuecelencia; reniego del criado que al salir de la casa de sus amos no saca, como yo, lo comi-

do por lo servido. No me arrepiento de mi fidelidad: cien veces que me hallara en igual caso, las cien veces sacaria lo mismo. ¡Oh! la honra tambien vale, si no dinero, estimacion.

—La mia no te falta, á pesar de todo: te estimo. Nicanor, por tu honradez, y voy á darte una prueba de ello. Tráeme una apuntacion de lo que necesitas para vivir un año entero.

El *Can* le besó la mano, y salió protestando obedecerlo en todo, por más que ya no fuera su criado.

#### IV.

Hereda, entre otras cosas, el avaro una doncella (de costura).

De allí á poco estaba ya de vuelta, y se anunció por medio de su odiado sustituto, á quien maldijo entre dientes y exorcizó tambien, como si lo tuviera dentro de su propio cuerpo.

Su antiguo amo no le hizo esperar.

Esto es, señor, le dijo inclinándose hasta el suelo, la apuntacion que vuecelencia se ha servido pedirme.

La apuntacion iniciada con el signo de todo fiel cristiano, cruz de dos palotes curvos, que más parecia un trofeo de cuernos de Satanás, estaba concebida en estos términos:

•Nota de lo que en buena conciencia necesito para el año, así Dios se lo pague á S. E.

Cuarenta fanegucas de trigo.

Veinte idem de cebada.

Dos carretadicas de paja.

Veinticinco cantaricas de vino.

Cincuenta ducadicos.

Treinta arrobricas de aceite.

Un cerdico.

Criado de su excelencia,

NICANOR OLTRA. •

Parece imposible que un hombre de tan poco comer como el avaro tuviera apetito para tanto pringue, amen de tanta paja y cebada. Sin embargo, ¡todo se lo tragó!

Aun á él mismo le pareció excesivo el pienso; y como se ve en la redaccion de su cuenta, trató de atenuar la demasia del guarismo, haciendo diminutivas las especies. En efecto, excesivo es, por ejemplo, el mote de cuarenta fanegas de trigo; pero reducidas á esa última espresion de *faneguicas*, ya es harina de otro costal, aunque sea del mismo trigo. Estas delicadezas de espresion *cuantitativa*, no están al alcance de todos: para comprenderlas bien es preciso ser avaros.

De cualquier modo, el amo, que queria de buena voluntad dispensar alguna gracia al despedido para que saliera satisfecho y aun honrado de su casa, ya que sin capítulos de cargos se le habia destituido, tomó la dichosa cuenta, y sin leerla, escribió generosamente al dorso:

«Mi administrador hará efectivo en dinero ó en especie, á voluntad de Nicanor Oltra, lo que reza esta apuntacion.—EL BARON DEL ALCORNOQUE.»

Y se la devolvió sin leer; delicadeza de que se apercibió el fiel Oltra, quien, recobrando el papel, besó las manos de su excelencia y partió.

Ya en su domicilio, y seguro de la responsabilidad de la estafa, fué diestramente enmendado los guarismos de la cuenta, que eran [susceptibles de enmienda y mejoría, haciendo el 40 48, el 30 36, el 25 29 y el 12 18. A los 50 *ducadicos* les puso una unidad delante nada más.

La enmienda quedó de perlas, como hecha con la misma pluma, con la misma tinta, aunque no con el pulso mismo. Al parecer no debia ser aquella la primera rata (por cantidad) que cayera entre sus uñas.

Y autorizada préviamente la estafa con la firma del baron del Alcornoque, cobró á su presentacion la cantidad (por rata).

Despues de recoger su parte de herencia, pensó en allegar tambien la que le tocara á Gerónima: negocio asequible, tanto más, cuanto que el ilustre testador casi le habia mandado á él

la parte de la doncella, y aun la misma doncella con la indicacion del matrimonio.

Con tal intento se vistió de domingo, aunque era martes; tomó, por decirlo así, en la mano todos los cabos sueltos de su plan preconcebido, y despues de algunas rondas y contrarondas, á guisa de enamorado, entró casa de Gerónima, que, como natural del pueblo, habia fijado en él su residencia desde la muerte de su amo y protector.

Era Gerónima una moza de muy buen parecer, alegre y de pocos años, como que apénas frisaba en los veinte; sino que como habia sido doncella de costura del viudo baron muerto, no tenia muy íntegra, que digamos, la reputacion. No hay que decir que su paisano Oltra se la sabía de memoria.

—Dios te guarde, buena moza, le dijo saludándola con toda la amabilidad de que puede hacer uso en casos dados un avaro.

—Buenas tardes, señor mio, respondió Gerónima poniéndole una silla á su lado con cierta jovialidad, tambien amable.

Y añadió:

—¡Válgame Dios, y qué caro se vende V!

—¡Pché! Está uno tan ocupado.... y además tan triste por la muerte del amo.... ¡Dios lo tenga en su santa gloria!

—Así sea, segun su merecimiento. ¡Ay! ¡cuánto he perdido con su muerte!

—Ya lo sé, dijo con espresion equívoca el amante, añadiendo despues de una pausa de reflexion por ambas partes:

—Yo tambien he perdido mucho.

—Tambien lo sé, contestó la amada con la misma espresion.

—¿Qué sabes? interpeló el estafador con cierta zozobra.

—¿Pues no es público?

—¡Caramba! ¿Cómo público?

—¿Que? ¿no lo han destituido á V?

—¡Ah! sí. Yo creía.... Sí, sí, me desposeyeron. La ingratitude de los hombres es el pecado original de raza moderna. ¡Sea V. luego fiel y mátese trabajando para velar por intereses ajenos! ¡Ah! Quien peor cumple, mejor libra al fin y al cabo. Pero no estoy arrepentido de mi conducta, cuyo único camino

fué siempre la honradez; con ella y la ayuda de Dios, que nunca falta á los hombres honrados, no me faltará á mí que comer; pues como reza el refran, si una puerta se cierra, ciento se abren, y el que bien siembra, bien coge, y el que coge y guarda, siempre halla, y.... no digo más.

—¡Qué infamia! ¡despedir así á un hombre de bien sin razon ninguna!

—Ninguna; solo por proteger ahí á un.... trujaman, dicho sea sin murmurar del prójimo.

—¡Qué iniquidad!

—Pero no hay cuidado, Dios sobre todo.

—Eso mismo digo yo. Déme Dios salud, y lo demás á su mano.

—Pues lo que es salud no te falta, que bien gordita estás.

—Como mucho....

—Y bella, aunque un poco pálida.

—El pesar de.... Dios se lo perdone al heredero: no le deseo ningun mal; al fin es hijo de.... ¡Ingrato! ¡no haberme dejado en la casa, como era de esperar, sabiendo lo que me estimaba el difunto (que esté en gloria), y necesitando, como soltero, una doncella de labor! Pero vaya con Dios; no me afijo por tan poco, que tengo yo mucho estómago.

—Ya lo sé.

—¡Pues nó! A mí ya, poco ó mucho, no me ha de faltar que comer. Dios se lo pague al difunto.

—Que esté en gloria, añadió piadosamente el avaro.

Y sucedió una pausa de silencio, silencio que, pudiéramos decir, hablaba.

Los dos pensaban gráficamente.

¿En qué?

En una cuestion de estado: dicho se está que era grave la cuestion.

El avaro *necesitaba* el fundo de Gerónima, y Gerónima necesitaba tambien, y con urgencia, la capa de un Nicanor cualquiera, ó sea una pantalla grande que le tapara siquiera la mitad de su persona, gordita, como ya ha dicho el avaro.

El silencio se hacía ya sospechoso por una y otra parte.  
—En fin, dijo saltando la valla el pretendiente, á lo que vengo vengo.

—V. dirá en qué puedo yo servirlo, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, añadió la doncella de costura dejándola de la mano y quedando en cierta curiosa espectacion.

—Pues.... como dijo el otro, continuó el amante, la lengua es para hablar, y hablando se entiende la gente.

—Así es la verdad.

—Pues.... como iba diciendo, yo, que tendré mis defectos, pero que no soy ingrato como algun hijo de.... su padre, tengo en mucho la memoria del difunto (que en paz descanse) para dejar de honrarlo, ni ménos de servirlo, aun despues de muerto, que muerto y todo he de obedecer y cumplir su voluntad.

—Lo mismo digo yo, interrumpió Gerónima acercando un poco más su silla.

—En tal supuesto, prosiguió el pretendiente acercando tambien la suya, y una vez que el amo (que esté en gloria) dice en su testamento.... lo que dice, no quiero que pienses tú ni nadie que es para mi letra muerta. Tú eres moza.... y bella.... y huérfana.... y teniendo esto en cuenta el buen señor, dijo, y con razon.... lo que dijo por última voluntad, que fué como decirme:—Ampara á esa doncella, Nicanor.

—Muchas gracias.

—¡Qué gracias ni qué berengenas! Por lo justo no se dan. Conque si quieres honrar la memoria de tu bienhechor, cumpliendo, como yo, su última voluntad, á la iglesia de Dios y... Ciertó que las edades difieren; pero no media tampoco ningun siglo entre veinte y cuarenta años Y sobre todo, lo que no va en lágrimas va en suspiros: quiero decir, que la falta de mocedad será sobra de amor en tu marido.

—Advierta vuestra merced, señor bueno, que.... en fin, la lengua es para hablar, y.... hablando se entiende la gente.

—Ya lo dije yo al comienzo.

—Y yo lo digo ahora para que luego no me venga V. di-

ciendo que si fueron fritas ó si fueron asadas: no quiero cargos de conciencia.

—Ni yo tampoco.

—Pues bien: ha de saber V. que el difunto (que esté en gloria) me queria á mí mucho y....

—Ya lo sé.

—Y que yo... no lo queria á él poco.

—Ya lo sé.

—Y.... pues.... nos queríamos y....

—Eso no tiene nada de particular.

—Es que nos queríamos y....

—Ya, ya entiendo.

—¡No es eso, hombre de Dios!

—¿Pues qué es?

—Es que.... á cualquiera le sucede una desgracia y... pero, en fin, si V. no tiene escrúpulo....

—Nada de eso, nos casaremos, hija.

—Pero ha de ser muy pronto.

—Sobre la marcha.

—Antes que....

—¿Cómo?

—Digo que ántes que....

—No entiendo.

—Quiero decir que.... no puedo esperar, porque estoy comprometida.

—¡Cuerno!

—¡Pues señor Simplicio! ¿no se lo estoy á V. diciendo, ó quiere que se lo sirva con cuchara?

—¡Tate! no comprendí la indirecta.

—¿Es eso ya despreciarme? Pues no hay que tirarme piedras, que á V. tambien le puede suceder una desgracia.

—¿A mí qué desgracia me ha de suceder?

—Nadie diga «de esta agua no beberé.»

—Pues yo digo que no beberé de esa agua.

—¡Así honra V., ingrato, la memoria de su amo, despreciando su última voluntad!

Y la perla se puso á gimotear, derramándolas tamañas de sus grandes ojos.

—¡Vamos! no hay que llorar, mujer, que no lo digo yo por tanto, dijo el avaro enteraciéndose á su modo, esto es, calculando. Decir quise que desbarataba mis planes tu premura, porque tengo.... lo que tengo en especie, y no es este el mejor tiempo para vender, que hay que hacer dinero para los gastos de....

—Si eso hubiera dicho vuestra merced en buen romance, ya estaria la lite rematada, porque tengo yo hasta doscientos ducados en pesos de buena plata, y sin esto, otro tanto en joyas de no mal oro.

—Pues entónces, Geromica, no hay más que hacer sino echar por el atajo. Préstame esa cantidad, que yo te la devolveré....

—¡Qué devolver ni prestar! Pues por dicha, ¿no han de ser ya comunes nuestros bienes?

El avaro no podia aceptar este principio sin reservas: queria la comunidad de bienes de ella, pero de ningun modo los de él. Por lo mismo no queria soltar prenda: tampoco queria espantar la caza con un silencio sospechoso; y siendo preciso contestar algo, dijo y no dijo, diciendo:

—¡Ea!

Contenta como en vísperas de Pascua, abrió la novia un cofre, y expuso á la codiciosa vista del avaro su dinero y joyas.

Despues de embolsar la plata, dijo el amante con cierta sencillez, contemplando el oro:

—Mal tienes aquí esas joyas, Geromica; mira que hay ahora gente *non sancta* en el pueblo, y pudiera suceder que te dieran un golpe de mano.

—¿Y dónde he de guardarlas? interrogó la futura sin comprender la intencion.

—¿Qué dónde? Pues.... en mi casa, que allí las tendrás siempre garantidas.

—Pues lléveselas V. tambien.

—Yo por mí, hija, no tengo empeño ninguno, dijo el avaro agarrando las alhajas; pero, en fin, si es tu gusto....

—Mi gusto y mi última voluntad.

—Ahora bien, añadió el heredero de esta especie de testamento *inter vivos*, tú misma has de señalar el día de nuestros faustos desposorios.

—Antes hoy que mañana.

—Tres días feriados han de pasar, cuando ménos, con moniciones y demás diligencias canónicas y no canónicas.

—Vaya por los tres días; pero cuatro, nó.

—Es cosa convenida ya. Nos desposaremos tan pronto como anhelas, y en gracia de Dios, y que rabien los envidiosos.

En efecto, dentro de quince días fué *Ni Can Orólatra* marido de la doncella del baron en gracia de Dios, y con rabia de los envidiosos.

## V.

Hereda ahora el avaro un doncel.

Al poco tiempo, y cuando ya tenia fruto de bendicion el dichoso matrimonio en una hija rubia como una estrella y alegre y juguetona como unas brisas, que, dicho sea de paso, no se parecia en nada al marido de su madre, se presentó este cerca del baron del Alcornoque, ponderando por un lado su pobreza y por otro sus cargas y obligaciones, obteniendo, por mediacion de su excelencia, el cargo que anhelaba de cobrador de impuestos de la villa. No hay para qué decir que este cargo no era carga para un contador tan hábil como el ex-mayordomo.

Despues, y andando el tiempo, fué regidor y aun alcalde. Y con esto y la recomendacion de ambos varones, vivo y muerto, llegó á ser *Can* una persona respetable en el lugar y allende; respetable, repetimos, para todos, ménos para el ladron que lo desbalijara llevándose las alhajas de su esposa, sin dejarle para consuelo una sola, á la sazón ó desazon de hallarse en el Bosquecillo toda la familia. Así á lo ménos se lo dijo á la Geró-

nima, y esta lo creyó bajo su palabra. Pero el bachiller creyó siempre, y nosotros bajo la suya consignamos, que el ladrón de Gerónima era doméstico.

Sea de esto lo que quiera, y volviendo á la respetabilidad de nuestro héroe, sucedió que por aquel entónces, ó sea á los ocho años del matrimonio del Can, hubo de morir un su amigo, vecino de un lugar cercano; y esto, que parece una desgracia, fué la gran fortuna, que vino como á metérsele por las puertas de su casa.

Era el su amigo un rústico, pero rústico que hubiera podido ser cortesano á título de sus riquezas, que no pocas tenia en bienes raíces de lo más mollar del territorio. También era viudo y sin deudos de ninguna linea, excepto la descendiente, en que tenia un solo vástago, un hijo de algunos trece años.

Ciento prometia él de vida en buena edad y salud; pero como no es esto el seguro de la vida, ni nada lo es sino la voluntad del cielo, el mozo como el viejo, y como el doliente el sano, todos mueren cuando les llega su hora; y el rico hombre murió cuando le llegó la suya, sin serle dado, como á mortal ninguno, añadir á su tiempo más respiro.

Pero ántes hubo de acordarse de la crianza y guarda de su hijo, y no teniendo gente de su sangre, pensó en su amigo Niccanor, sin saber que tenia sangre de cochino; (sin perdon, porque así se llama el puerco) y con fé en su amistad y esperanza en su honradez, lo nombró en su testamento por tutor del impúber, pobre ya, con ser tan rico.

En su virtud, el probo guardador, despues de haber gemido y aun orado públicamente sobre el sepulcro del amigo, tomó posesion de aquel paraíso terrenal, llevándose el título de pertenencia, ó sea á la inocente criatura, su pupilo.

## VI.

Desea todavía el avaro heredar otro semoviente, ó sea un nietezuelo.

El regente de aquel reino vegetal y mineral tambien hizo lo que todos sus concólegas de los reinos animales, educar al príncipe heredero de modo que nunca saliera de la minoridad. Al propósito se consagró el Can con el mayor esmero á no educar á su pupilo. Así, pues, correspondiendo á sus esperanzas el aprovechado discípulo, llegó á ser mayorcito sin saber leer de corrido ni escribir su nombre aun despacio, pues despacio y todo, Diego Cabezas y Redondo siempre firmaba así: *Ciego Caberzas y Retonto*, firma en que no encontró nunca el Can ni un defecto de ortografía. Y lo que es contar, ni tres y dos son cinco, que para el mozo eran cuatro ó siete; pero cuando eran siete ya le enmendaba el avaro la.... la sobra de *ortografía*.

El ávido Orólatra cohonestaba este abandono con una razon *sui generis*, razon filosófico-animal que expresaba él públicamente en esta fórmula refranesca:

«Quien tiene segura la olla,  
calentarse no debe la meolla.»

Y todavía reforzaba esta razon con otra no ménos filosófica.

—No quiero, decia, poner en tortura la cabeza del muchacho para que aprenda latin, ciencia de barbaridades, que, sin necesidad de estudios, pueden muy bien decirse en castellano.

He ahí sus principios en punto de educacion.

¿Y sus fines?

Ya irán saliendo, y aun pudiéramos hacer que todos salieran de una vez. En efecto, todos los proyectos del avaro podrian reducirse á uno: á ser administrador perpétuo de la herencia.

Con esta idea, tenía resuelto, desde el principio de su paternal tutela, enlazar con vínculo indisoluble al pupilo con su hija, enlace que honraba por cierto al contrayente, toda vez que él, tan rico y todo, no era más que un *Ciego Caberzas y Retonto*, mientras que ella era nada menos que hija de la doncella del baron del Alcornoque.

De este modo se proponía retener, *Deo favente*, los bienes de sus dos queridos hijos, suponiendo que estos, como tan bien educados, no habrían de cometer la grosería de dejarlo cesante huyendo de la casa paterna.

Y á fé que en este punto no se descuidaba el bueno del guardador, pues apenas llegados á la adolescencia los futuros de que él había de ser participio, bien los inclinaba al matrimonio, con temor á veces de Gerónima, la cual, aunque pecadora, no era á lo menos avara, para exponer así la inocencia de su hija.

—Mira, esposo, le decía, que los muchachos ya son grandes y....

—¡Eh! contestaba el esposo con enfado.

—¡Guay! que Diego ya es hombre.

—No hay cuidado: aunque es un hombre, es.... su hermano, puede decirse.

—Ciertamente; pero aunque es su hermano, es un hombre, como decía de la otra San Felipe Neri.

—No me vengas con sermones.

—Es que temo....

—Mejor....

—¿Cómo?

—Yo me entiendo y.... bailo solo.... refunfuñaba el avaro.

Los muchachos se querían ciertamente, pero con ese amor, *querencia* es la palabra, de las aves de un mismo sexo, que se buscan y cantan en armonía, porque comen de una misma espiga, y beben en un mismo arroyo, y duermen en una misma rama.

Los años pasaron así, á despecho del avaro, que quisiera casarlos aun impúberes, pero que tuvo que esperar por ciertas consideraciones.

Pasado ya este espacio, el buen paterfamilias, á quien se le hacian los dedos huéspedes, queriendo realizar hoy ántes que mañana su gran *disideratum*, no fuera que por dejar para otro luego tan capital negocio, cerdeara al fin la prima ó séase el primo, llamó á su presencia á los futuros, y les habló con toda esta solemnidad.

—Hénos aquí llegados, les dijo, á un dia crítico. Trátase nada ménos que de fijar vuestra felicidad, amados hijos, que mis hijos sois los dos; tú por el testamento de tu padre, mi amigo, el bien Inocencio Cabezas, que de Dios haya, y tú por... por la naturaleza.

La doncella del excelentísimo Alcoroque, que tambien presenciaba el acto, se sonrió de un modo que llama *compasivo* el bachiller, no sabemos por qué; pero así va como él lo dice.



—Vamos á ver, amados hijos, prosiguió el avaro; decidme la verdad, ¿os quereis?

Los muchachos se miraron sonriendo, y bajaron la vista sin responder, graciosamente ruborizados.

—¿Á qué viene ahora esa estúpida vergüenza? Si yo sé que os teneis inclinacion, ¿por qué me lo negais? Ea, vamos. ¿Os amais?... ¡Dale, bolal Sin vergüenza. ¿Qué tiene eso que decir? Cuando yo le pregunté á mi novia si me queria, no se anduvo por las ramas para contestar que sí.

La doncella del baron volvió á sonreirse del modo que dijo el bachiller.

—¡Vamos! ¿Os amais? interrogó otra vez el Can.

Y añadió con acritud despues de un rato de espera:

—Responde que sí, pazguato.

—Que lo diga ella, dijo el imberbe avergonzado.

—Pues dilo tú ántes, añadió la chica gimoteando puerilmente.

—Cuando tú no empiezas, es que no me quieres como yo á tí.

—¡Así me quisieras tú á mi la cuarta parte!

—Fuera, fuera de aleluyas, y dadme una respuesta categórica, dijo el avaro con más áspero tono.

Y volvió á preguntar:

—¿C's amais?... ¿éh? ¿Será preciso arrancaros el sí á palos?

—¡Je sús, María y José! exclamó en ahogo la muchacha. ¿Cuántas veces quiere V. que se lo digamos?

—Todavía no me lo habeis dicho ninguna.

—Porque es V. muy....

—¿Qué es muy?

—Muy....

—¿Muy qué?

—Muy.... teniente.

—Al grano, al grano.

—¡Dale, bola!

—Te voy á arrancar la lengua.... sino respondes que sí.

—¡Hombre! que los asustas, dijo interviniendo Gerónima. ¿Para qué quieres esa contestacion tan puntiaguda?

—Yo me entiendo y.... bailo solo.

—Baila y déjalos en paz. Sí se quieren; sino que tienen vergüenza.

—La vergüenza no es la moneda corriente en negocios delicados. Han de decir claramente que sí.

—Pues sí, dijo con puerilidad la moza.

—Sí, aseguó el novio por fuerza.

—Así, así se habla. Las palabras claras....

—Y las cuentas turbias, intercala el bachiller.

—Segun eso, añadió el interrogante, querreis hacer.... matrimonio, ¿éh?

—¿Y qué es eso? interrogó á su vez con candor la novia.

—¡Qué imbecil! El matrimonio es un contrato bilateral por el que la mujer posee todo lo del marido, y el marido todo lo de la mujer.

—Pues entónces, dijo la niña con toda la inocencia de un ángel, ya somos matrimonio.

—¿Cómo? preguntó con inquietud Gerónima.

—Sí, señora.

—¿Qué estás diciendo, muchacha?

—Digo eso. ¡Pues ya se comería Diego un casco de naranja sin darme á mí la mitad! Y una almendra dulce me amargaría á mí como una tuera, si no le diera á él la mejor parte.

Gerónima se tranquilizó.

Y continuó el avaro:

—Esta muchacha está en Belen. Nó, no es eso: me has entendido mal. El matrimonio es un título de propiedad que hace comunes las raíces, semovientes y....

—Padre, quiérame él, que las raíces y simientes no me importan á mí.

—¡A mí sí, gran bestia! Esto es, me importan á mí, por cuanto soy tu padre, que por otra cosa nó.

—¿Pues para qué quiero yo esa leña?

—¿Qué leña?

—Las raíces y....

—Esta muchacha es tonta de remate.

—Si es que no te entiende, dijo mediando Gerónima.

—Pues me parece que no hablo en griego. ¿Qué dices tú, hijo mio?

—¿Yo? que sí.

—No te ha entendido tampoco.

—Tú no tienes vela en este entierro, Geroma. Cuando él responde que sí, es claro que me ha entendido. Pues señor, estamos todos conformes y.... lo que ha de ser que sea; porque tú ya eres un hombre y ella una mujer, y yo un hombre muy honrado, y no puedo permitir que vivais bajo un mismo techo sin la bendición de nuestra Santa Madre Iglesia. Despues de todo, tú necesitas una mujer para.... para que tenga yo el

consuelo en mi vejez de educar un nietezuelo. Ea, á jugar.

Los novios, los hermanos, que ansiaban este permiso, porque se ahogaban en aquella pesada atmósfera, huyeron de allí buen trecho, sin saber darse cuenta de tan para ellos impertinente concilio.

## VII.

Departen en armonía conyugal, ó bilateral, un perro y una gaia.

El matrimonio, ó sea el *contrato bilateral* del avariento y Geroma, quedó solo y muy luego en guerra también sobre la determinación del día y preparativos para el desposorio, contrato de tres lados, por el cual las raíces, semovientes y demás leña de *Ciego Caberzas y Retontó*, habían de quedar entre las jamás cortadas uñas del avaro.

Respecto al término fatal, el marido deseaba fijar el día de la Virgen de Setiembre, que era término de un mes; la mujer quería fijarlo en Navidad, exigiendo este razonable plazo para hacer el ajuar.

—¿Qué ajuar es ese ahora? preguntaba el avaro con cierta extrañeza parecida algo al escándalo.

—¿Pues qué? preguntaba á su vez Gerónima, ¿se ha de casar como una expósita la hija de toda una doncella del excelentísimo señor baron del Alcornoque? No en mis días.

—Pero ¡mujer del diablo!...

—Es verdad; porque lo soy tuya.

—Nó, porque eres....

—Una mujer de bien.

—Me consta. Pero de eso no hablamos.

—Hablamos del ajuar.

—Hablamos de casarlos.

—Para casarlos es menester el ajuar.

—No es menester más que la bendición; máxime cuando todo queda en casa.

—No obstante, es preciso el ajuar.

—Geroma, hazme el favor de no *ajuar*me más, Geroma.

—¿Por qué razón?

—Porque.... no hay un cuarto.

—¿Que no hay un cuarto? ¿Pues en qué echas los rendimientos?...

—¡La lengua!

—No callaré.

—Geroma, no te metas en honduras ni hables de lo que no entiendes, Geroma. ¡Rendimientos! Ni es mío lo que administro, ni tengo nada que administrar en años tan estériles: la conciencia sobre todo.

—¡Qué asesino!

—¡Geroma!

—Perdóname; te quise decir.... otra cosa peor.

—¡No le busques tres piés al gato.... mira que tiene cuatro!

—Ya sé los que tiene. Pero.... yo me tengo la culpa.

—Es verdad: ya vas entrando en razón.

—No entro, nó, que hoy mismo salgo de esta casa.

—Anda con Dios; un enemigo ménos y una ración más.

—Me divorciaré.

—Sí, hija, sí: ántes ahora que luego.

—Más lo sentirás tú que yo; que gracias á Dios y al difunto, tengo que comer.

—¿Qué es eso?

—Que pan no ha de faltarme: el Boquecillo es mío.

—¡Válgate Dios por muchacha! Te incomodas por un quita allá esas pajas. ¿A qué viene ahora esa salida de pié de banco?

—No es de banco.

—Vamos, vamos, no me aflijas, que bastantes penas tengo ya. ¡Divorcio! ¿Qué motivo hay para eso?

—¡No decias que ántes ahora que luego?

—¡Tóma que tóma! Las chanzas.... no son veras. ¿O es que no puede ya uno echar á su mujer.... un chicoleo? Vamos, Ge-

romica, no seas tontica y ten juicio; aquí en casa, unidos en gracia de Dios y.... no hablemos más de lo vedado.

—Bien; pero mira que necesito dinero para el ajuar.

—¡Dale, bola! dijo el avaro entre dientes; y añadió luego con una espression agridulce, indefinible:

—¿Y cuánto necesitas, hija mia.... de mi alma?

Quinientos ducados tuvo Gerónima en la punta de la lengua; pero comprendiendo ella misma la gravedad del *ex-abrupto*, los recogió diciendo, si no con prudencia, con astucia:

—Pues para hacerlo todo con la decencia que se merece mi hija, honrando la memoria de su.... bienhechor, que esté en gloria, necesito.... en fin, lo que tú quieras.

—Todo eso se hace con.... veinte ó quince ducados.

Nótese bien ese rasgo, que en esto de *presupuestear* es muy comun en todos los avaros: *veinte ó quince*. Los que queremos el dinero para hacerlo esclavo nuestro, estendemos el cálculo prudencial á algo más de lo justo; por el contrario, los avaros, los que tienen el dinero para hacerse esclavos de él, reducen siempre su ya reducido cálculo á algo ménos, lo achican, lo engurruñan, lo descabezan. Es una especulacion inversa: nosotros echamos un pié adelante con valor; ellos lo echan atrás con miedo. Si aun no poseeis el sentido de nuestra observacion, averiguad la diferencia de ambas fórmulas: *quince ó veinte; veinte ó quince*.

—Con veinte ducados no hay siquiera para el tálamo, repuso luego Gerónima.

—¡Que no hay para el tálamo con veinte ducados! exclamó el avaro.

Y añadió con cierto escándalo.

—¿Sabes tú por dicha lo que son veinte ducados?

—Yo no entiendo de *aliméticas*; pero acá en mi gramática parda, bien sé que es muy poco dinero.

—¡Poco dinero veinte ducados! ¡doscientos veinte reales! ¡mil ochocientos setenta cuartos!!! ¡siete mil cuatrocientos ochenta maravedises!!! ¡Maldita sea la primera mujer!

—Poco dinero es, y yo necesito más, mucho más.

—¡Mujer de.... de tu marido! ¿Pues de qué diablos va á ser el dichoso tálamo? Responde, ¿va á ser de plata?

—¡Así viviera mi.... bienhechor!

—Pues entónces ¿de qué va á ser?

—De palo.

—En él habian de ahorcar á todas las mujeres.... gastosas.

—De lo mio gasto, si por mí lo dices.

—Yo no he nombrado partes.

—Por si acaso. Y debias tambien, amigo, parar mientes en que el novio no es tampoco un Juan Sintierra, bien que su sangre no sea tan ilustre como la de *tu* hija.

—¡Voto á la sangre ilustre de *mi* hijal! En fin, acabemos de una, que yo tengo mucho que hacer. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Pues qué ménos he de querer que.... quinientos ducados?

—¡Quinientos ducados! exclamó el avaro llevándose instintivamente las manos á los bolsillos, como si quisiera precaverse de un despojo. Reconociendo muy luego que no tenia en ellos valor de una parpalla, se las llevó á la cabeza, erizada como un puerco-espín, dejándolas, en fin, caer descoyuntadas. No profirió una palabra, pálido, tembloroso, asustado.... Querriendo, empero, espresar su justa cólera, justa, si se debe justicia á los avaros, soltó una carcajada irónica.

—¡Te ries de mí! exclamó Gerónima picada. Pues no se casan.

—¡Sí! gritó el avaro dando al monosílabo la espresion que él solo podia darle. ¡*Sí!* esto es, se casarán, me casaré, nos casaremos por encima de la Iglesia (con la herencia, se entiende).

Agotado en aquel supremo esfuerzo, se dejó caer sobre una silla y añadió con voz afónica:—Vete, vete; déjame en paz. Te daré hasta cien ducados á cuenta del menor, que al fin para él ha de ser la gallina.

—Y si al fin ha de pagar él, ¿á qué andas misereando?

—¡La conciencia, Geroma, la conciencia!

—¡Pché! ¿No te remuerde por otras cosas?...

—A mí no me remuerde por nada.

—Es muy cierto.

—Y tan cierto.

—Concluycamos, miserable. Yo necesito más, que es lo necesario.

—Pero mujer de Dios, ¿qué necesidad hay.... de lo necesario?

—¿Volvemos á las andadas?

—Nó, puesto que ya te he dado cien ducados.

—A mí nada me has dado todavía.

—Te los he ofrecido, mujer: es igual.

—Bien; aun falta que me ofrezcas los cuatrocientos restantes.

—Enhorabuena; te los ofrezco.... anda con Dios.

—Pero luego me los has de dar.

—¡Válgate Dios por pesada!

—Ofrecer no es dar, que yo ya te conozco. ¿Me los darás?

—¿Eh?

—¿Sí ó nó?

—¡Ay! Con tus arrebatos me has puesto los nervios....

—Responde.

—No hay prisa, mujer: las bodas no han de ser, por tu gusto, hasta Navidad.

—Pues si el primer domingo de Adviento no tienen planchada una arca de ropa blanca y otra de color y tres colchones en el tálamo y todos los requilorios encima, no se casarán por mi fé de bautismo, hasta allá, en Pascuas floridas.

—Bueno, bueno, bueno!... Déjame ya descansar.

Y Gerónima salió con aire de triunfo. A la verdad, bien podía salir así, que arrancar, siquiera sea en promesa, quinientos ducados á un avaro, algo más es que arrancar el laurel de las batallas.

### VIII.

De cómo no es bueno andar en zancos.

Cuenta el bachiller tantas veces ya mentado, que llegaron Navidades y aun Carnestolendas, sin que tuviera planchada, ni ménos sahumada, en el arca cosa de ropa, ni blanca ni negra, la madre de la novia: no hay para qué decir que los futuros no llegaron á presentes.

Y no es que el avaro renunciara á su proyecto, que ántes bien la tardanza escitaba sus deseos; sino que á pesar de los pesares, el hombre no era capaz de desembolsar de una vez cinco ducados, y aun así necesitaba dejar correr un mes siquiera entre uno y otro desembolso, para recobrar aliento, para eriar sangre nueva, para restablecerse, por decirlo así, de una dolencia de cuerpo y alma. Y gracias que para Carnestolendas habia ya en poder de su intransigente esposa lo necesario para hacer la cama, cama de palo y palo de horca, en que quisiera ver ahorcadas á todas las mujeres gastosas el celeberrimo Orólatra.

Tambien cuenta el bachiller que en aquel, como en todo pueblo cristiano, se celebraba el Carnaval con mogiganga y otros divertimientos gentílicos, que, aunque pequeño, no era ménos católico el pueblo de estos villanos que la gran ciudad del Papa y sus santos cardenales. Por qué al presunto reo, ó séase novio, no hubo de venirle en mientes el empecatado deseo de salir enmascarado; y para hacerse más notable entre todos los disfraces, salió á la plaza pública subido en luengoszancos, de modo que llegaba á los aleros.

Diz que el más encopetado suele dar mayor caida; y es una verdad de á fólio. La historia está llena de recuerdos que lo atestiguan, desde los zancos de los nietos de Noé, que eran una

torre, hasta los zancos de Felipe Igualdad, hijo del carcelero de Modigliana, que eran un trono.

Y veis aquí cómo el hijo de *Caberas*, por querer encumbrarse sobre todos los pequeños, vino al suelo con tal y tanta violencia, que quedó lastimosamente quebrantado. ¡Y tan quebrantado! como que al reconocerse, cuando pudo, no tenía en su cuerpo un hueso que lo quisiera bien, pues aunque tenía una costilla que no lo quería mal, esta costilla no era suya todavía, por las morosidades de sus suegros.

Llevaronlo á casa ensangrentado desde la cabeza hasta los piés, y allí fué el gemir de esta, el gritar de aquella, el reconvenir del otro con lágrimas, gritos y cuentas, que de sus respectivas almas les salían.

—¡Ay mi hermano!

—¡Ay mi hijico!

—¡Adios mi dinero!

Suponemos, no sin razon, que nuestros entendidos lectores sabrán aplicar estas exclamaciones á las almas respectivas.

—¡Lo estás viendo, mujer del diablo! decía á su esposa el gran tacaño hablándole ya en reserva. ¡Lo ves! Si ya estuvieran casados, del póstumo, del póstumo serían los bienes del difunto: finado luego el póstumo, de la madre serian los bienes de su hijo; muerta la madre y.... mi esposa, míos, legítimamente míos serían todos los bienes de este litigio. Ahora.... ¡voto á!... ¡Dios te tome en cuenta el ladronicio que me has hecho!

—¡Quién tal pensara, marido! exclamó la desconcertada esposa.

—Yo lo pensé, yo, que lo pienso todo, y todo lo seguiré pensando, aunque esté en la sepultura. Si no, ¿para qué diablos sirve la prudencia? El hombre y la mujer tambien, los dos, deben pensar.... como Dios manda.

—Bien mirado, marido, tú, que no yo, tienes la culpa.

—¡Eso, eso! ¡eso es! ¡Tras de cornudo apaleado!

—Yo no miento la sogá en casa del.... quiero decir, que nos vemos en esta perdicion por no haber aprontado tú, en sazón y coyuntura, el montante del ajuar.

—¡Dale, dale, bola!... ¡Y ella rodaba! No saldrás nunca de ese círculo vicioso.

—Bien sabes, marido, que yo no soy viciosa.

—Pero tu ajuar sí. ¿Qué necesidad había de ajuar para que hubiera un póstumo?

Y el avaro se retiró murmurando esta plegaria, no se sabe si á Dios ó Satanás.

—¡No permitais, Señor mío, que se muera el hijo de mi alma... hasta que haga testamento!

## IX.

Cáele al avaro encima un Alcornoque.

El doliente atravesó la crisis saliendo del peligro, pero no de la dolencia; que seis meses guardó cama, otros seis casa, y cerca de nueve estuvo luego enfermizo y débil como un ético.

Por tal lo dió al fin y al cabo el médico á palos de aquel pueblo; y como para los grandes males son los remedios heróicos, el avaro, que sabía más que el médico en este *litigio*, se propuso casarlo, enfermo y todo.

Y en esto pensaba, cuando acertó á ir al pueblo el baron del Alcornoque, quien, compadecido del mozo, ántes tan bravo y robusto, llamó á su guardador y le dijo:

—Ese muchacho acaso pudiera curarse en manos de un buen médico.

—No es malo el que lo asiste, señor.

—¡Báh! ni uno de mis caballos pondría yo en manos de ese albéitar.

—Además, señor, lo han visitado casi todos los médicos del contorno.

—Albéitares: los médicos de la córte son los verdaderos médicos. Mándalo á Madrid, y ya me darás las gracias.

—Gracias, señor; sin eso, las doy á V. E. ¿A qué mandar tan léjos al muchacho, si está rematadamente tísico?

—Otros he visto yo más acabados, que están hoy llenos de vida. Los médicos de Madrid hacen milagros. Mándalo allá y yo lo recomendaré al facultativo de casa, que es, sin disputa, el más sábio, como que es del proto-medicato.

—¡Pché! Por pronto que acuda ese médico será tarde, que por algo dice el refran que al asno muerto.... la cebada al rabo.

—Ese refran te lo comes tú, y en mi presencia no vuelvas á hablar asnerías.

—Señor, perdone V. E.: yo no he mentado partes. ¡Dios me libre! El asno es aquí el enfermo, la cebada es la medicina, y el rabo, que es lo que queda, ¿quién ha de ser si no yo, que soy un pobre hombre?

—Corriente. De eso se deduce que debes mandar el enfermo á Madrid.

El avaro, aunque lego, bien conoció la falsedad de este argumento, que pudiéramos llamar en *alcornoque*, si no en *bárbara*; pero no se atrevió á negar la consecuencia. Sin embargo, le hizo una objeccion respetuosa.

—¡Habria, señor, que hacer tantos gastos! le dijo.

—Muchos ciertamente; pero á bien que tú no has de hacerlos.

—¡Ah! muchas gracias, señor.

—¿Por qué me das esas gracias?

—Como ha dicho V. E.... lo que ha dicho.

—¿Qué he dicho?

—Pues.... eso.

—¿Y qué es eso?

—Nada; yo creí que V. E.... como dijo.... lo que dijo.... creí que iba á tomar á su cuenta....

—¡Yol! ¿Pues qué tengo yo que ver con los Cabezas?

—Nada, yo como V. E. dijo....

—Dije y digo que tú no has de hacer el desembolso.

—¿Pues quién lo ha de hacer, señor, entónces?

—Tú, pero á cuenta del menor, animal.

—Ya, sí; pero....

—¿Quién ha de rechazar de tus cuentas una partida tan justa?

—Ya, sí, pero.... En fin, allá veremos.

—¿Qué tiene que ver eso?

—¡Pues ahí es nada, señor! Un viaje á los Madriles, dos ó tres meses de estancia y la iguala de ese médico, que valiendo por dos de los médicos de por aquí, no cobrará por cada visita ménos de dos pesetas.

—Dos duros.

—¡Dos duros!

—Cuarenta reales.

—Pero.... ¡al mes?

—Por cada visita.

El avaro retrocedió, se santiguó y permaneció boquiabierto un buen espacio. Pasado su estupor, ganó los mismos pasos, diciendo:

—Pues ya lo ve V. E., señor: á visita por día son noventa y dos visitas en tres meses: noventa y dos por cuarenta son.... nada ménos que tres mil seiscientos ochenta reales de vellón.

—La vida vale más que el dinero.

El avaro oyó esta afirmacion, pero no la entendió. Estaba en carácter: si la hubiera entendido, no sería lo que era. Y se definió, se pintó á sí mismo con este solo rasgo:

—¿Eh?

El Alcornoque tuvo la bondad de repetírselo, y el avaro, no entendiéndolo tampoco ahora, siguió sorbiendo su polvo, como si no hablaran con él.

No pasaremos adelante sin salvar una inconveniencia, una superfluidad que falsea la índole del personaje; el avaro, no el Alcornoque, que son dos (los personajes, se entiende). El polvo de rapé que tomaba el avaro, no era de su caja, puesto que no la tenia, sino de su *gorra*, por decirlo así. Topó al entrar con un viejo criado del baron, y entró á saco su tabaquera, tomando un polvo que valia por diez.

Y continuamos.

—¿Es acaso que no tienes dinero? le preguntó el baron.

—No hay mucho, nó.

—¡Cómo! ¡El administrador de tan pingües posesiones no tiene dinero! Entónces lo has malversado.

—¡Dios me libre! Su cuenta y razon llevo de todo como en casa del señor (que de Dios goce), y puedo finiquitar ante justicia á cualquier hora del dia en que se me requiera; son habas contadas, señor. Ahora bien, no tengo dinero para.... gastos supérfluos.

—¡Gastos supérfluos los de curar al dueño de esos bienes! Hombre, tú estás borracho.

—Bien sabe V. E. que no pruebo cosa de bebida.

—Pues entónces, alma de cántaro, faltas á tu deber y á la confianza que puso en tí el testador, dejando morir aquí á su hijo como un perro, por no gastar lo que en justicia y hasta en conciencia gastar debes.

—¿Y no habria por allá un santo hospital donde pudiéramos meterlo y.... ahorrarle esos gastos?

—Eso sería un fraude, un hurto de caridad, dado que se consiguiera, y una deshonra tambien para tí mismo.

—¡Pché! Eso.... como dijo el otro, es lo de ménos; que al fin nadie tiene más honra que la que le quieren dar.

—¡Qué mal te conocia el testador al poner á su hijo bajo tu guarda y proteccion!

—Pero señor, ¿por qué lo haré yo? Yo no me ahorro nada, pues todo es del menor, que con creces lo tomará en su sazón.

—Pues mira, si de aquí á mañana no has resuelto la traslacion del enfermo á Madrid y su cura á toda costa, puesto que tienes medios, yo, que hasta aquí te he favorecido, yo mismo te he de acusar ante los tribunales.

—¡Señor!

—Sí: por cruel, por inhumano, por asesino.

—¡Señor mio!

—Dicho está. Retírate.

—¡Válgame Jesús Nazarenol

—Hasta mañana.

X.

Donde se le suelta al avaro un trabucazo. (¡Lástima que no sea verdad!)

A los tres días salía del pueblo el enfermo en dirección de la corte, acompañado del viejo criado del baron, y á los quince, supuestos los de estacion y descanso, estaba ya instalado cómodamente en Madrid bajo la tutela de un curador más solícito que el testamentario.

Para los gastos quedó abierto un crédito en casa del baron, quien encargaba al Galeno en su recomendatoria, no omitir ningun dispendio para salvar la vida del pobre mozo, pobre por enfermo, no por pobre; idea que espresaba el baron con su natural llaneza, diciendo textualmente:

«Cúrelo V. y tire de largo, que hay tela.»

El médico hizo honor á la firma de S. E., y con tan buena clínica, y aun pudiéramos decir, cocina, por una parte, y por otra con ese eficaz y poderoso deseo de vivir, que es la juventud; á los dos meses era el paciente otro enfermo, á los seis otro hombre, á los doce era ya el mismo *Caberas* de ántes, por lo robusto y colorado.

Sin embargo, él pidió, sano y todo, otro año más de convalecencia en la corte, para lo cual fué tomando lo necesario en casa del baron por cuenta del avaro, que á su vez pedía compasion de sus ahorros al convaleciente, al médico, al baron y á la Virgen de las Angustias.

No en devaneos invertía Diego el tiempo ni ménos el dinero, que honrado de suyo y aplicado ya por estímulo de su amor propio, se dió á descuajar, á meter en cultivo su, digámoslo así, erial inteligencia.

Ni hemos de privar á nuestros lectores de un detalle que subraya el maleante, pero veraz bachiller en sus apuntes, por-

que han de saborearlo como nosotros á costa del protagonista, herido de peligro, sin faltar por ello á la caridad, como quiera que un avaro no es un prójimo, ó es un prójimo á quien debemos querer.... estrellar contra una esquina.

El detalle es una cuenta del baron del Alcornoque, que escusando palabras, podemos espresar con números, condensándolos todos en este trabucazo:

«Total, 19,874 reales 28 maravedises.»

Trabucazo á quemaropa, tanto más alevoso, cuanto que el mayordomo de S. E. se presentó en casa del avaro á cobrar á la vista.

El pagador, en propia defensa, estuvo á punto de gritar ¡ladrones!

—¡Cómo! decia, ¡así se sorprende á mano armada en el asilo de su hogar á los hombres honrados é indefensos! ¡Protesto una y mil veces! ¡Protesto!

No dijo qué protestaba, si la letra ó la religion de Jesucristo: la letra no fué, pues calculando que no le convenia declararse en quiebra, ó sea en malversacion, replicó á las reconvencciones de su antiguo rival:

—Pagaré, sí, señor, pagaré.... cuando pague.

Era cuanto podia decir un avaro.

Razon tenia ciertamente para irritarse: le debemos esta justicia, y no será el narrador de su vida quien deje de ajusticiarlo. En efecto, el pagador debió protestar con justa cólera la informalidad de aquel maldito giro, porque el librador debió haberle dado aviso, ó sea la mala noticia poco á poco. Y debió más; debió haberle dado dias vista, siquiera para desenterrar fondos. Pero el librador, creyendo sin duda que los tenia desenterrados, prescindió de la ritualidad mercantil, y giró á su cargo sin decirle tampoco ¡agua va! es decir, allá va esa partida; partida serrana que el avaro enmendó tomándose hasta dos meses de enfermedad, ó sean sesenta dias plazo para el pago, más los 28 maravedises, que tambien se tomó, diciendo que en casa del baron difunto no se cobraban ni pagaban picos de maravedises. Y era un hecho de verdad á medias, por-

que la verdad completa era que el avaro nunca pagó al difunto picos; pero cobrarlos, ¡siempre.

Recobrada ya su salud, aunque no con caldo de gallina, y pagado el total de la dichosa carta-orden, ménos el pico, tomó la pluma y escribió de pié estas líneas:

«Querido hijo: Postrado en el lecho del dolor con la enfermedad que ha de llevarme al sepulcro, te escribo para mandarte con toda mi patria potestad que vengas para bendecirte ántes de morir. No puedo escribir más. Memorias de tu futura esposa, que está cada día más bella, aunque triste, por tu ausencia, y Dios te engracie. Tu padre.—NICANOR.»

A los quince días, la muchacha entró con una carta cerrada, en cuyo sobrescritó reconoció el carácter de letra de su hermano.

—¡Padre! ¡padre! ¡padre!.

—¡Qué superfluidad es esa!

—Carta de mi hermano.

—¡De tu hermano! Daca, daca.

Y el avaro leyó en reserva la carta, miéntras la muchacha leía en los verdi-sucios ojos del avaro.

La carta decía:

«Sr. D. Nicanor Oltra:

Muy señor mio: No puedo ir por ahora á ese pueblo. Si no se mejora V., véngase á Madrid á que lo cure mi médico: con cuatro ó cinco mil reales hace V. el gasto. Un abrazo á mi hermana. Que haya alivio desea su afectísimo—Diego.

El avaro no dijo una palabra; pero con los labios apretados y la lengua mordida, le soltó un cachete á la inocente muchacha, que esperaba á su alcance las memorias de su hermano.

—¡Ay! exclamó la pobre querellándose. ¿Por qué me pega V?

—No es á ti, contestó el avaro, pensando en el madrileño.

—Pues ¡vaya! será al vecino de enfrente.

—Es.... yo me entiendo y.... bailo solo.

—Pues ¡vaya si tiene V. gracia para bailar!

—A fregar.

—¿Pero qué dice mi hermano?

—Tu hermano, ¿éh? ¡Eres una gran bestia! Tú, tú tienes la culpa de todo por.... por eso, por eso.... pues, por bestia.

—Pues yo ¿qué he hecho?

—Nada, nada has hecho: eso es.

—Pero señor....

—¡A fregar!

—En almorzando.

—No se almuerza.

—Pues en comiendo.

—No se come, ni se cena, ni.... ¡Fuera de aquí, gran bestia!

La muchacha salió fuera y el avaro entró dentro de sí, y se paseó pensativo á lo largo de su interior caverna, para lo cual no tuvo necesidad de levantarse de su asiento.

—Hay que tomar una resolucion enérgica, decia.

Y la tomó efectivamente, despues de haber pensado, retirando su asistencia al madrileño, con revocar por escrito su autorizacion cerca de S. E. el Alcornoque.

Con todo eso el jóven triunfó del viejo por influjo y amenazas del Alcornoque, que llegó á interesarse por Diego como si fuera del mismo palo, es decir, de la misma sangre azul.

Diego, pues, á despecho del Orólatra, permaneció en la córte entregado á sus honestas aficiones un año y otro año, y aun tuvo el buen humor de pedir próroga.

—«¡Hijo pródigo! le decia en una carta el económico, ¡entre tahures y meretrices te has empeñado en gastar la herencia de tu padre! No será en mis dias, porque yo mismo me hiciéramos cómplice de tu ruina y perdicion autorizando con mi asentimiento tu vida licenciosa. En tal presupuesto, y por centésima vez, te cito y emplazo para fin del mes que corre, con solemne apercibimiento de hacerte volver al hogar paterno por tránsitos de justicia, caso de rebeldía. Yo soy tu guardador, tu padre putativo, y no puedes permanecer en Madrid contra mi patria voluntad.»

El que antes se firmara *Ciego Cabezras y Relonto*, tan á

gusto y contentamiento de su celoso y solícito guardador ó padre putativo, le contestó la siguiente carta en letra ya cursiva, elegante, ortografiada:

«Señor Nicanor Oltra:

«Muy señor mio: Yo puedo estar en Madrid y en Pekin contra la voluntad de V.; puedo vivir decorosamente con la herencia de mi padre, á pesar de V.; puedo confiar judicialmente la administracion de mis bienes á otra persona de más confianza para mí, contra la honradez tan decantada por V. Y V., el guardador que abandonó calculadamente la educacion del niño huérfano dejándolo crecer y hacerse hombre en la ignorancia más abyecta para que ahora tenga vergüenza de sí mismo, aquí donde hay doctores de mi edad, V. no tiene derecho para usurpar indignamente el tono de autoridad que solo convendria á mi señor padre.

Rechazo, pues, sus inconveniencias, y me sobra su solitud.—DIEGO CABEZAS REDONDO.

P. D. He tomado para mis gastos del mes Rs. vn. 600, que abonará V. en cuenta al señor baron.»

La carta fué tan eficaz, que el avaro añadió dos reales más á la asignacion de veinte diarios que le pasaba.

Despues de algunos años volvió á la carga el padre putativo, pero ensayando ahora recursos diferentes. Hizo que la muchacha escribiera al muchacho, firmándose con toda esta cadencia consonante, si no métrica: «Tuya ó de una cenobia.—Tu novia:» hizo que le escribiera su mujer y el cura, y hasta el escribano de la villa, el cual daba fé y verdadero testimonio del gran pesar de su padre póstumo, como decia el infrascrito. El póstumo por su parte le escribió tambien, asegurándole por su fé, si no pública, privada, que no tenia más sentimiento que morir, como pronto moriria, sin tener el paternal consuelo de que su amado hijo le cerrara los ojos.

Y en verdad que estuvo á punto de morir al leer la rotunda contestacion de Redondo, negándose á volver al pueblo hasta.... hasta que concluyera de estudiar las matemáticas.

—¡Matemáticas!!! exclamó el avaro.

No dijo más.

Y cayó desmayado.

Y ahora preguntamos nosotros:

¿Qué mal influjo puede ejercer en la organizacion de un hombre palabra tan inofensiva?

No lo sabemos. Pero aquí está el bachiller, que contestará por nosotros.

En la organizacion de un hombre, ningun influjo malo ni bueno ciertamente, pero en la de un administrador avaro, ya es harina de otro costal.

Si tú, lector benévolo, eres avaro y administrador de bienes de un menor *Ciego*, amen de *Caberas* y *Retonto*, necesaria y fatalmente has de meter las manos en la masa; y aun te lo diré más claro, has de ser estafador (habla el bachiller). El estafador, con ser un aritmético que se pierde de vista, ódia con toda su alma la aritmética en cabeza ajena. Y si esa cabeza es la de su administrador, á quien debe rendir cuentas, no *berzas* ya como ántes, entónces la aritmética es un puñal que se le atravesaba en la garganta. ¿Qué serán las matemáticas, refinamiento de la aritmética, que puede calcular hasta los granos de trigo de una cosecha?

Sin embargo, nuestro avaro, ó el vuestro, si lo quereis, hermosas lectoras, no se murió.

¿Qué hizo?

Revisó sus cuentas, sumó, restó, multiplicó, partió, y, despues de raspar y corregir, y hacer un recuento escrupuloso de sus fondos, esperó tranquilo en su conciencia.

## XI.

De lo que verá el curioso lector.

Algun tiempo pasó.

Una mañana estaba en su despacho el avaro repasando cuentas, no de rosario, sino de cargo y data, cuando álguien se le acercó tácitamente.

—¡Jesús! gritó con sorda voz el avaro cerrando el cajon de su mesa, como si fuera un ladron Diego Cabezas, que no era otro el que se le acercara.

—¿De qué se asusta V? le preguntó tranquilamente.

—De.... gusto de.... verte, al cabo.... de tanto tiempo, contestó balbuceando el probo administrador.

Y añadió con paternal acento:

—Ven á mis brazos, hijo amado.

El amado hijo no fué; pero el amante padre se le acercó, dándole hasta tres abrazos.

—¿Cómo has venido sin escribir?

—Para venir no es menester más.... que venir.

—Y que vienes hecho un buen mozo, tan gordo y colorado y vestido como el baron.

—Lo mismo: entre los dos no hay diferencia ninguna; si él es varon, yo.... no soy hembra.

—¡Qué guapa está ahora tambien tu.... mi hija! ¿No la has visto aun? ¡Muchacha! ¡Elvira! Hoy mato una gallina y el dia de las bodas el gallo. ¡Muchacha! ¡No me oye! Ven, hijo amado, ven tú.

Omitimos la escena siguiente, por no saber describirla. Pero figuraos un paraiso de amor fraternal con árbol prohibido, manzana, serpiente y todo.

A la tarde se hallaban ya á solas, sentados frente á frente en el despacho, Nicanor y Diego.

—Ya sabrá V., dijo este, que tengo veinticinco años.

—¿Qué quiere decir eso? contestó aquel con cierta zozobra.

—Que soy ya mayor de edad.

—No comprendo

—Pues hablo en buen castellano. Ser ya mayor, es no ser menor ya.

—Eso bien lo entiendo.

—Pues basta. Lo participo á V. para los efectos oportunos.

—No sé yo qué oportunidad sea esa.

—Me esplicaré más claramente: la oportunidad es ponerme en posesion de mi herencia, rendirme cuentas matemáticas de su administracion, y saldar en dinero ó en especie.

—¡Ay! exclamó el avaro haciendo resonar el suspiro por todas las sinuosidades de su pecho. ¡Así correspondes, ingrato, á mis paternales desvelos!

—No creo deber á V. tanta gratitud como supone; pero caso de debérsela, no faltaria tampoco á ella por reclamar la herencia mia. ¿O piensa V. ser el heredero de mi padre?

—Otros tendrian ménos derecho; pero yo, desinteresado en todos los negocios, no pienso cosa semejante. Ahora bien: mirando solo á tu felicidad, debo saber tus intenciones, para paz de mi conciencia.

—No seré yo quien se la perturbe por tan poco, y le daré esa esplicacion, no porque deba, mas porque quiero dársela. Mis intenciones son proyectos de comercio; profesion, si no tan noble, más lucrativa que la agricultura. Y al propósito, vengo á realizar todos mis bienes y á llevarme á Madrid todos mis fondos.

—¡Para eso estudiabas la matemática!

—Para eso.

—¡Maldecida matemática! Ya predije yo que ella sería tu ruina, tu perdicion.

—Me resignaré con mi mala suerte.

—Pero ven acá, mancebo insensato, ¿para qué quieres más suerte que la que tu padre te dejó, yo te acreciento y Dios te conserva? ¿No tienes bastante con tus rentas?

—Y aun me sobran nueve décimos.

—Pues entónces, grandísimo avaro, ¿para qué quieres más?

—Para que vivan á mi sombra cien familias.

—¡Jesús! ¡Qué perversion de ideas traes en esa calavera! Bien predije yo que te habias de pervertir por esos mundos.

—Al contrario: con el estudio, que agranda la cabeza, con el trato, que ensancha el corazon, comparando virtudes y vicios en esa ciencia del bien y del mal, me he moralizado, me he hecho hombre, de bestia que era, gracias á mi guardador.

—¿Eh?

—Decía que quiero ser más rico, solo por ser más benéfico; que el hombre ruin que mide la felicidad con su estatura y no sale de su individuo para estender su dicha á los demás, ese hombre ruin, mezquino, miserable, no es hombre, nó; es un avaro. ¡Oh! ¡Cuánto odio á los avaros!

—Y yo tambien.

—Pues.... no debe V. quererle mucho.

—¿Eh?

—Ya lo he dicho. Y abreviemos: señale V. dia para la formal entrega.

—¡Báh! ¡báh! Lo que has de hacer, Diego, para sentar esos cascos, es casarte.

—En eso pienso, á fé mia.

—Vamos, hombre, al fin entras en razon. Y qué bella es, y alegre y rica; porque el Bosquecillo....

—Ni es rica, ni alegre, ni bella: mi novia no es más que virtuosa.

—¡Tómal eso se calla, por supuesto. De casta le viene al galgo ser... Conque, dentro de un año tendré ya un nietezuelo, ¿eh?

—Si se casa su hija y no es estéril....

—¡Si se casa! ¡Pues nó! Dentro de tres dias festivos.

—Que sea para bien.

—¿Cómo?

—Yo no podré hacerlo tan pronto.

—¿Eh?... No comprendo bien la frasis. ¡Conque sois los dos

los contrayentes.... y ella se ha de casar ántes.... y tú despues!... Diego, con la matemática me vas á volver el juicio. Esplicame ese enrevesamiento del diablo. Nó, no me lo esplices todavía.

Y hubo una pausa de silencio.

El viejo se frunció, se engurruñó.... desesperaba.

El jóven serenamente sonreia.

—¡Ea! exclamó el avaro saliendo de su abstraccion súbitamente. ¡Qué esperas? Esplicate.

—Es que no somos su hija y yo los contrayentes que V. pretende enlazar.

—¡Eso! ¡eso es! si ya lo sabía yo, ¿para qué me lo esplicas? Pero diga V., señor Cabezas, ¿así se burla á una doncella, hija de tan honrados padres! ¡Cómo! ¡Ahora rehusa el libertino cumplir su solemne compromiso, despues de haberla deshonorado!

—¿Qué osa V. decir? V. es quien, con sus palabras, la deshonra; yo, yo la defenderé contra el vil calumniador. ¡Que lo oiga todo el mundo! ¡Un avaro puede ser hasta difamador de sus hijos! Sepa V., hombre de bien, que nuestro amor castisimo nunca, jamás se ha manchado ni con una mirada impura, porque son hermanos nuestros corazones; y sepa tambien que por ese parentesco del alma, ella y yo rechazamos con rubor el enlace que V. por codicia y solo por codicia anhela.

—¡Miren por dónde lo toma el infame!

—¿Qué me ha dicho V?

—Que tomas el rábano por las hojas, debiendo tomarlo por el rábano. Y es que así encuentras un pretesto para dejarnos colgados, burlador de doncellas honradas.

—¡No me calumnie V., viejo imprudente!

—¡Culebra en el pecho abrigué!

—No me tienta V., avaro del demonio!

—¡Hijo indigno de tu buen padre!

El jóven crispó los puños y se lanzó hácia el tentador de su paciencia. Pero se contuvo de repente, y temiéndose á sí mismo, se volvió y anduvo hácia la puerta de salida.

El avaro concibió una gran idea, inspirándose en el arre-  
bato del jóven.

—Si me diera, se dijo, un golpe ó dos, tendria yo para ven-  
cerlo una arma poderosa, el arma de un proceso criminal, con  
que lo obligaria á transigir á mi gusto.

Tan rápidamente pensó esto, que adelantó á Diego en su  
fuga rapidísima. Y pensar y hacer fué todo un punto.

—¡Hijo indigno, sí! repitió con énfasis maligna, porque en-  
vileces tambien la memoria de tu padre.

Diego se paró en la puerta sin volverse; pero luchando os-  
tensiblemente entre una pasion mala y otra buena: la ira y la  
templanza.

El avaro, firme en su propósito de ganar la partida á todo  
azar, repitió otra vez la injuria.

El jóven se volvió, pero quedó en la puerta quieto, mudo,  
jadeante.

—¡Ladron de honras! oyó que le decian.



Entónces avanzó comó un demente, y asiendo una silla, y  
no ligera, asentó en la entidad del avaro más de los golpes que  
éste habia presupuestado, y con tal y tanto garbo, que dió con  
él en tierra dejándolo cojo, manco y descalabrado.

## XII.

Continúa la materia del capítulo anterior, ó sean los silletazos.

La mañana siguiente, muy temprano, recibió Diego una estraña visita en la posada pública, adonde se trasladara desde la tarde anterior. Era un sugeto de cara ruin, de cuerpo ruin, de maneras ruines, en una palabra, un *facsimil* del avaro, aun que habríamos dicho más propiamente *falsificacion*, porque era la fé pública, el escribano de la villa, funcionario derecho, torcido, retorcido, anguloso como un garrapato de letra procesada.

Venia escondido, *estafado* pudiéramos decir, detrás de sus enormes gafas, y armado con un rollo de papel de pobres. Añadiremos aun por último rasgo, rasgo que acentúa la cifra de este carácter, una pluma de águila rapaz, olvidada sin duda atrás de la oreja.

—Notifico á V., señor Cabezas, le dijo el escribano entrando desde luego en fórmulas, aunque no sociales, porque este fué el saludo; notifico á V. que está *sub judice*.

—No comprendo, contestó Diego con notable indiferencia.

—¡Pues no es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! Un homicidio frustrado despues de una violacion sin frustrar!

—No comprendo, repitió Diego con ménos calma ya.

—¡Hombre! Pues no le valdrá por cierto su mal fingida demencia. Por sus circunstancias de tiempo, lugar, persona, etc., no tienen ninguna atenuante los crímenes perpetrados.

Diego se mordió la lengua, crispándose como la tarde anterior, aunque no se levantó de su silla.

Y prosiguió el infrascrito sin apercibirse del efecto:

—Sin embargo, yo fuí grande amigo de su padre, el buen Cabezas, y debo algo á su memoria.

—Mil y pico le debe V. todavía.

—Nó, no es eso: no se salga V. de la cuestion jurídica. Quiero decir, que en memoria de su difunto padre, mi amigo, aun pudiera yo salvar á V. como tome mis consejos.

—Los consejos que no se piden, son dádivas que no se agradecen.

—No hago yo nunca un servicio para que se me pague con gratitudes: la paga de las buenas obras son derechos que satisface y cobra la conciencia. Por eso, pues, aunque V. no me lo agradezca, tengo yo empeño en salvarlo. Basta que sea V. quien es, para que yo no lo deje entre puertas, quiero decir, entre justicias. Oigame V., pues.

—No quiero oirlo.

—Es preciso.

—No se meta V. donde no lo llaman.

—¡Cómo! La fé publica tiene en todas partes libre entrada.

—Méenos donde estoy yo, porque me basta mi fé privada.

—Es decir que no se aviene V. á una transaccion ventajosa, ¡despues de haber herido gravemente á su convecino!

—Eso es.

—Otrosí: ¡y despues de haber cortejado á su honesta hija!

—Por aquella puerta se va á la calle.

—Item más. ¡Y despues de haber violado á la doncella!

No bien hubo formulado el tercer cargo, el emisario se vió, se sintió identificado con su convecino el avaro, esto es, cojo, manco y descalabrado.

Escusado es ya decir que, habiendo puesto mano, ó sea silla, en la fé pública, el reincidente quedó, técnicamente, entre justicias.

En efecto: los dos escribanos, ó sean avaros, ó sean guardañas, llevaron la causa á los tribunales con la triple acusacion de dos homicidios frustrados y otro sin frustrar, que decia el infrascrito, y tal maña se dieron en esto de empapelar, que despues de haber convertido en costas, costos y demás escesos casi todos los terruños de Diego, fué condenado y recludo en presidio como reo convicto, si no confeso, de tres crímenes.

¿Y el baron del Alcornoque? ¿Cómo no tomó cartas en el ne-

gocio, siendo así que se interesaba por Diego como si fuera del mismo palo?

Es muy sencillo: el baron no tomó cartas, porque todas las que Diego le escribiera desde su prision, las recibió el escribano.

¿Cómo?

Eso es lo que no dice el bachiller.

No teniendo ya el avaro menores que dirigir ni herencias que administrar, y temiendo, por otra parte, la venganza de su antiguo hijo amado, luego de cumplir su condena, tomó á cuestras sus penates, ó séase su becerro, y con su mujer y su hija, honrada y deshonorada al mismo tiempo, fué á fijar su residencia á cien leguas de distancia, en un pueblo donde nadie lo conocia, y en la mezquina casa que al principio de esta verídica historia describimos.

### XIII.

De un ensueño realizado.

Anudando ahora la historia por el cabo de esta trama, y el de la esposicion que dejáramos pendiente en el capítulo II, diremos que el avaro, recogido como un mendigo en su mísera vivienda, y olvidado de todo el mundo, se creia ya seguro de todo peligro, descansando en la paz de su conciencia.

Al cabo de algunos años, una fausta nueva, comunicada con la infalibilidad de la fé pública, único pájaro ó pájara que sabía el nido de este buho, vino á fortalecer más aun su confianza.

El escribano le decia en su epístola:

«Notifico á V., en la forma que más haya lugar, que nuestro enemigo Cabezas ha muerto en el presidio. Puede V. ya estar, como yo, tranquilo, pues doy fé y verdadero testimonio de esta muerte, que corresponde á la letra con su original á que

me refiero, segun carta autógrafa de un amigo mio y compañero que radica en el supradicho establecimiento. Y para que le conste le libro la presente en... á 15 dias del mes de Septiembre, año del sello.—Ante mí.—DIMAS DE LA VILLA Y CAMPOS.»

Diez años rejuveneció el viejo avaro á la lectura del anterior instrumento, y ya con tanta paz de espíritu, dejó el mundo y la carne, y se entregó en cuerpo y alma al... dios de su conciencia, redoblando sus ejercicios piadosos, ménos la limosna, en que no se habia ejercitado nunca.

No obstante, y aunque segun decia, nada eran ya para él los intereses mundanos, no dejó de inquietarse al saber que una partida de ladrones campaba por sus respetos en Sierra-Morena, morena sierra que á él le parecia ya negra, por no estar muy léjos de aquel pueblo.

Pero á la mano de Dios: el justo que á Dios teme no tiene por qué temer á los hombres. Y el justo de esta historia se dormia todas las noches en brazos del Señor, diciendo como el santo Job con voz que pudieran oír los que lo escuchaban: «Desnudo nací del vientre de mi madre, y desnudo y pobre volveré á la tierra.»

Dormido una noche en esta paz beatífica, soñó que se lo llevaban los ángeles al mismo cielo.

Y no fué ilusion por cierto: la verdad es que se lo llevaron, pero fueron los ladrones á la mismísima Sierra-Morena.

—¿Cómo se obró este milagro?

Ni el mismo avaro lo supo.

Ni el bachiller tampoco; pero dice en sus apuntes que el hecho no es inverosímil, toda vez que sucedió; añadiendo que él, por su parte, creeria mayores inverosimilitudes en hazañas de aquellos ladrones, entre quienes se encontraba uno que le habia robado á él mismo los escarpines puestos, y otro que penetró en la cerrada alhacena de su abuela, entrando por la manera como el rayo del sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo. Tambien certifica haber hallado la justicia el dia siguiente en la casa, junto á un manojo de ganzúas, una redoma de líquido, cuyo espirituoso olor hizo perder instantánea-

mente el sentido al curioso alguacil por algunos minutos.

Si el verdadero milagro de penetrar en la casa del avaro, que fué como penetrar en una botella herméticamente cerrada, no fué dificultoso á los ladrones, ¡cuanto ménos trasladarlo á Sierra-Morena desde un pueblo dormido, en cuyas afueras esperaban más ladrones y caballos apercebidos!

#### XIV.

Donde se reconocen tres amigos íntimos.

—¿Dónde estamos? se preguntaban mutuamente dos amigos en el fondo de una cueva de Sierra-Morena.

—¡Mútis! dijo una voz ágría, rouca, aguardentosa, repercutiendo en las sinuosidades del antro, como un peñon rodando por un precipicio. ¡Mútis, ú yamo candela y San Sacabó!

Y el ladrón amartilló un trabuco naranjero.

Era un ladrón que guardaba á dos presos como centinela de vista.

—Señor ladrón, dijo tímidamente uno de los presos, ¿se puede hacer aguas?

—Eso sí, en siendo en los carsones.

—¡Válgame Dios!

—¡Mútis, ú te suisidio inclusivie con el otro!

—Doy fé, compañero mio, de no despegar mis labios.

—Pos ¡oje! y tansitasnios dambos á dos.

Durante este breve coloquio, el capitán, con muchos de sus subordinados, se dirigía hácia la cueva.

—Buenos días, dijo al entrar saludando atentamente.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! dijeron simultáneamente los dos presos al reconocer al ladrón en jefe.

Y el avaro se puso de color de azufre, y el escribano, que era el otro secuestrado, de color de cardenillo, y los dos temblorosos como azogados.

Pero el avaro se rehizo pronto, y para aplacar el ódio de su enemigo, ensayó su astuta hipocresía.

—¿Eres tú, Diego? ¡Hijo amado de mí!...

—Soltadle un trabucazo en cuanto vuelva á nombrarme, dijo Diego, que Diego era el capitán, interrumpiéndolo con la más caliente sangre fría, ó con la más fría sangre caliente. Ninguno de los dos habeis de hablarme sin que yo os pregunte. Y aun entónce, sí ó nó, como Cristo nos enseña.

Los presos callaron y los ladrones tambien.

Un rato pasó en silencio pavoroso, como esa calma que precede al primer trueno de una tempestad.

—Yo era libre, dijo Diego al fin con indignacion creciente, yo era libre y vosotros me habeis hecho esclavo; yo tenia la frente limpia, y vosotros me la habeis manchado; yo abrigaba en mi alma todo el amor del bien, y vosotros me habeis empujado al crimen; yo miraba con fé y esperanza al cielo, y vosotros me habeis abierto el infierno. ¡Infames! ¿no os morís de miedo al veros en mi poder? En mi poder estais, en poder del enemigo que habeis engendrado los dos juntos, enemigo que no ha querido derramar en sus dolores ni una lágrima, no fuera que lo llamara á caridad y se ablandara su pecho sediento de venganza. ¿Me conocéis? miradme bien. Traigo en mi tormentosa frente la tempestad de todas las ideas malas, en mi atenaceado corazon la lumbré de todos los ódios, y en mi mordida lengua la ponzoña mortal de todas las víboras. ¡Perros! ¡Reptiles! ¡Demonios! ¡Yo soy Diego!...

Y añadió volviendo á su calma.

—A ver, sacad á esas sierpes fuera, que voy á hacerme yo justicia.

Los ladrones condujeron á los reos á otra cueva inmediata, donde tres bandoleros más mantenian vivas unas áscuas.

—¿Estais listos? les preguntó Diego.

—A la órden, mi capitán.

—Pues al avío.

Dos de los tres bandoleros sujetaron al escribano tapándole la boca al mismo tiempo, y un tercero lo marcó en la frente

con un sello de ignominia, aplicándole un hierro incandescente.

Una carcajada báquica, sarcasmo feroz de veinte ladrones, resonó en la cueva, ahogando un doloroso refunfuño.

El nombre del escribano se leía ya en su frente: la marca en letras gordas y claras y perfectas, decía:—DIMAS.

—Estás ya en libertad, le dijo despues Diego. Ahora ve á presentarte á la justicia, y dále memorias de mi parte. ¡Afuera! Ponedlo en camino, y dadle un trago para que no se muera hasta llevar esas memorias.

—¡Señor capitan de ladrones de mi alma, decia suplicando el avaro, despues de salir su consorte, no me mate vuecelencia, que le hago mucha falta á mi familia!

Indignado el capitan Diego Cabezas y Redondo, lo miró con ánsia de matarlo; pero al punto se poseyó desahogando su iracundia con una admirable sonrisa.

—No te mato, nó, le dijo: te voy á poner tambien en libertad.

—¡Ah! Gracias.

—Pero te voy á infligir ántes una pena más sensible que la muerte, que impune no te has de libertar.

—¿Con qué fin, hijo mio, si yo, pobre de mí, no tengo dinero que darte?

—¡Ladron! dijo Diego.

Y alzó una manta que cubria un monton de oro.

—¡Ah! gritó sordamente el avaro estremeciéndose en sacudimientos nerviosos, parecidos á calambres de cólera-morbo.

Despues, como un demente, se precipitó sobre él, palpándolo, manoseándolo, acariciándolo.

Despues se sentó sobre el dorado monton, estendió por encima de él sus ropas cuanto pudieron dar de sí, como para sustraer á las miradas de los silenciosos ladrones su oro, su tesoro, su corazon, y tornó á ellos la vista finalmente con cierto aire pueril, inocente y criminal al mismo tiempo, que podia traducirse de este modo: «Aquí no hay un cuarto.»

Diego, con los brazos cruzados, la cabeza baja y los ojos

fijos sobre él, le echó una maldición, á que contestaron los ladrones diciendo *amen*, como si fueran sacristanes.

—Ea, estás en libertad.

—¿Eh? interrogó el avaro como un insensato.

—Que eres libre.

—No soy nada.

—Déjanos los dos millones, y vete.

—¡Dejaros yo mi tesoro! ¡el sudor de mi trabajo honrado! ¡las economías de medio siglo de privaciones!... ¡Nó! ¡nó! ¡nó!

Y echándose de bruces, se abrazó, se enroscó al monton de oro, como la primera serpiente al árbol del bien y del mal.

—Pues elige entre la libertad sin dinero y la muerte con él.

—Sin dinero, ¿para qué quiero vivir?

—¡Pues morirás con tu dinero, morirás, reptil! dijo el capitán retirándose.

—¡Hola! gritó desde la boca de la cueva.

Los ladrones salieron en tropel.

—Dos centinelas aquí hasta que se muera abrazado á su tesoro. ¡Ni un bocado de pan! ¡ni una lágrima de agua!

## XV.

Llévanse al avaro todos los diablos.

El dia siguiente fué Diego cerca del avaro, á quien encontró sentado sobre su tesoro como un perro guardador.

—Buenos dias nos dé Dios.

—¡Señor capitán de ladrones de mi alma, tengo hambre!

—Eso es bueno: aquí te traigo yo un pan.

—Daca, daca, dijo el avaro con ánsia, estendiendo los brazos sin moverse de su sitio.

—Poco á poco: el pan no se da; se vende.

—¡Válgame Dios! ¡Qué crueldad!

—Cómpramelo, pues tienes tanto dinero.

—No tengo, nó, porque.... porque esto es de mi mujer y de mi hija, y luego no hay cambio.

—Pues.... entónces no hay pan.



—¡Conque no hay más remedio que comprarte el pan!

—Es claro: en ningun país del mundo se regala el pan: no sé por qué razon esceptúas tú á Sierra-Morena.

—Yo pido una limosna por Dios.

—Y yo te la niego por el diablo.

—¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!

—Y barajar, dijo Diego volviéndole la espalda.

—Oye, Diego, escucha.

—¡Qué escucho?

—Te daré por ese pan hasta seis reales.... ¡Ah! ¡si no hay suelto! ¡Voto á Dios!

— Dame atado.

— Bien.... bueno.... te daré.... ¡cómo ha de ser! te daré esta moneda de veintiuno y cuartillo.

— ¡Báh! ese es muy poco dinero.

— ¡Por un pan!

— Por un pan.

— ¡Qué abuso! Pero ¡cómo ha de ser! Vamos, te daré.... ¡si no hay suelto!

— Atado, atado.

— Vamos, te daré.... ¡voto al cielo! te daré estas dos monedas.

— Este pan vale más.

— ¡Qué robo! te daré tres.

— Vale más.

— ¡Qué latrocinio! Pero.... en fin, te daré cuatro.

— Vale muchísimo más.

— ¡Qué avaricia! Ningun avaro merece perdon de Dios.

— Es verdad.

— Eso no es conciencia, Diego.

— Entre avaros y ladrones, ya sabes tú que eso no es moneda corriente.

— Te daré hasta cinco, ¡ciento cuatro reales y cuartillo! no paso de aquí, por vida de Dios.

— ¡Báh! ¡báh! ¡báh! Todavía no tienes más que apetito. Has-ta mañana.

Y el capitán se ausentó.

Volvió la mañana siguiente, y al verlo, se levantó ya el avaro, y fué hácia él abandonando el monton.

— Ya tiene más apetito, dijo Diego para sí.

— ¡Pan! ¡agua! dijo el avaro.

— Buenos días y salud, contestó el otro con indiferencia.

— ¡Agua! ¡pan!

— De todo habrá.... por lo que valga, por supuesto.

— Sí, sí: pide.... lo que sea justo.

— Por el pan.... cincuenta mil duros no más, y por el agua, solo otros cincuenta mil.

— ¡Todo lo que poseo!

— Todo.

El avaro soltó una carcajada nerviosa, y cayó sobre el monton.

— Todavía no tienes hambre, dijo el capitán. Hasta la tarde.

Y se retiró.

A la tarde volvió otra vez acompañado de su gente.

El avaro no podía ya levantarse del monton, desfallecido, moribundo. Pero levantó la cabeza al sentir el ruido de la gente.

— Me muero, dijo con voz afónica; me muero de hambre y de sed.

— Carne, pan y vino hay aquí, contestó impasible el capitán.

— ¡El vino! ¡el vino! ¡el vino! Dámelo.

— Se vende.

— Sí, sí, ¿cuánto vale?

— Por ser para tí, no más que cien mil duros.

El avaro dejó caer otra vez la cabeza en su monton, hizo un horrible visaje, exhaló un cavernoso gemido, y entregó su alma á Dios ó á Satanás, que esto no lo decide el bachiller.

— ¡José! ¡Qué alimal! exclamó santiguándose devotamente el ladrón de la voz aguardentosa.

Y añadió por via de responso:

— Cabayeros, reseemos un parenuesto á la Víngen de los Es-mamparaos, María Santísima, en aision de gracias porque nus ha jecho lairones, pero grasias á Dios no nus ha jecho avarisiosos.

Y lo rezaron.

El capitán hizo luego partijas el tesoro del avaro, reserván- doles las suyas á Geroma y á su hija, con quien al fin se casó, aunque omitiendo las moniciones canónicas.

Y como muerto el perro se acabó la rabia, según reza el refran, mato yo el cuento aquí, acabando de rezar por el lava- ro, á quien Dios no haya perdonado.



## EL ENTUERTO ENDEREZADO.

CORÓNICA, Ó SEA HISTORIETA EN FABLE.

### I.

De cómo una moza es perfeta e una vieja endemoniada.

Cresció en la cibdad de Sevilla una mochacha, fija de maese Paulo el ferrador e de Joana la su canónica muger, la qual non vido el su crecimiento, ca ovo de finir la madre para nascer la fija. La mochacha cresció fasta los non cumplidos disisiete años debajo del recabdo de Mari Muñiz, muger de defuncto e manca de fijos, á la qual maese Paulo ovo de fiduciar la cria e cuibdados arreo, salvo que non fidució á nayde la de la endotrinar en dotrina de nueso Redemptor, ca aquesto el hueno del maese bien facia, como quier que christiano viejo era. La dueña non era vieja, sinon que de años, ca en pori-

dad mahomética era; magüer cada que nominaba el Sancto Verbo, facia cinco cruces con amas las manos e devotamente osculábalas: dende Maese Paulo reputábala cathólica e apostólica e romana. Fueras ende, Mari Muñiz nunca se asentaba en folganza de non facer al, ca facia grand hacienda e della con la mochacha en guisa de agüela departia. E la mochacha, que á fuero de sutil e omildosa prendia en mientes amas las liciones, sopó la sciencia de la muger (la qual virtud e labor es) e con lo que sopó e la su grand fermosura, la remembrada fizose en la cibdad e allende.

Una vegada, fiesta de Sancta Catharina, que la su Sancta era, priso los sus arreos de disancto, e aparejose polidamente, magüer que onestamente; e so la conduta e guarda de Mari Muñiz e á plascimiento de Maesé Paulo, salió de en cas e enderezó á la Iglesia, garrida e gravadosa atal como fembra nascida en hierarquia: Oyó el sancto sacrificio e la palabra devina, e desde tornaba mesmamente gentil de la su grand persona, catáronla fidalgos con deleyte de ojos e muy más de ánimas, e siguiéronla mentecaptos, magüer que nobles eran, cobdiciosos de la su fermosura, la qual non admetia comparanza en paridad de terrenal belleza, ca un astro era en mugeril fechora. E ovo algun resolutó, quien por comezon de facer mala amistanza, díxole sotilezas de falagüero afeyte, que non recabdarón otro que fincamiento de virtud en Catharina; ca la onesta fija, sin parar ojos nin mientes en subjeto nin falago, non fabló verbo de fabla dende fasta el su fogar. E ovo algund roin (ca roines ha nobles, mesmamente que plebeyos), el qual, siguiendo fasta la fin, díxole: Júrovos, la fembra, de yogar conusco. Estonce la doncella, colorada como almagre, rompió segilo e díxole: ¡Guay! ¡nunca seya! E corrió en respondiéndogelo en cas del su buen padre, la qual non era ya lueñe, leixando hi al fidalgo en positura de aborrido, non embargante que Mari Muñiz sorriyera enantes, e agora fizole sino de ojos en guisa delastar la lite, cerrando que cerraba la puerta.

Dias pasaron e noches, e noches e dias el noble de la jura pasaba endelante de la casa en optacion e fincamiento de bur-

lar á Catharina; ca juró, amen de aquella vegada, cient vegadas más, que, oras con quillostros, oras con peños, oras con rauto ú fuerza, al cabo de cabos burlarlahia.

Maese Paulo, quien ome es de grand facer de oficio, sale desque nochesce á efeto de solaz, e non retorna nunca fasta el rezo de ánimas. Mari Muñiz non: sogeta en cas á guisa de dueña, face la reficion, en miéntra que la moza empleya el su tiempo vacuo en licion de mística letura. De noche agora es: Catharina, sola e señera en la su cuadra, fállase asentada cabe una tabla leyendo á la luz del su candil, colgado en el brazo de una sancta cruz. Non leva como nengund arreo de disancto, e parece al catalla que veste de nupcias leva: atal es la gala de la su nativa grand belleza, que otra mas non es de cuenta. Somo la verde color del vestimento aparesce sin cosa de mácula la púrpura de las sus mexillas, segund regna la rosa como la mata del rosal, e como el rosal e la rosa de aquesta figura, bien así como perlas de pluvia, resplandesce la corona de la su virginea castidad.

Fija, la Catharina, dixo Mari Muñiz entrando en la cuadra, onde leyia la doncella (e fizolo en guisa de sancta el decir e el entrar, ca agora es el comienzo de la ficion). Sierva del Señor Dios, respondió la moxacha leixando hi la licion de la letura. Máncame agora óleo para la reficion, repriso la muger del defuncto, e salir he en gracia del Padre e del Fijo e del Parácleto á diligencia de mercar: arrepara la licion asosegada, en miéntra que retorno, ca venir he presto, magüer que lueñe está. Léixote en recabdo de encerramiento: non te poses en cosa de feniestra, nin fables de fabla con nengund, ca ¡mal pecado! malino asaz es el mundo e burlerías de bellacos todo es. La moza ofresció de facello así, magüer que bien optara non restar hi sola; ca medrosa era de trasgos e duendes e demás espíritus noturnos: non embargante acetó la soledad, sin facer cosa de óbice, ca más temia el argoir, seyendo la dueña agra e muger de mal aspeto, como quier que era flaca e luenga de estado, luenga e flaca así mesmo de rostro, onde la color era fosca, e los ojos verdes, e la nariz apuntada, e la boca somi-

da, e todo el su pelejo rugado: la qual dueña, desque fablado ovo, osculó á la moçacha e salió sanctimoniosa como madre de caostra, haciendo genuflexion e santiguada ante la sancta cruz de la tabla.

### III.

Que el oro clave es de todo encerramiento: otrosí los malos empeyoran.

En catándose sola Catharina, repriso devotamente la su interruta lición á efeto de acompañar la soledad; e á cabo de poco que leyia, sin parar mientes en lo externo, oyó pasos de andar en zaga della; e tornando hi los sus ojos, vido ome incónito e dixo en cuita: ¡Guay! Estonce el incónito fincó en tierra finojos cabe ella, e soplcativo díxole: Non vos acutedes, la fermosa; ca, non ternia yo onra de onrado sinon que en omilde acatamiento de la vuesa miraclosa fermosura: dinadvos de aceptar el mi omenage, ca el ánima mia es lo que vos trayo en amoroso ofrescimiento. Catharina fizo estonce remembranza del bulto del incónito, e reconoció al fidalgo de la jura, e temerosa temblando, dixo: ¡Guay de mi la donçella! ¡Pues cómo tan sutil entrado hedes, el fidalgo? Por via de encantamiento entrado he, ca face amor aquestos e otros miraclos, respondió el roin. E non fué así el fecho de entrar dentro, ca la mala dueña preso habia cient maravedis de oro en oro por peños ù pleytesía de antesmano concertada, e ella mesma leixólo entrar; e salir non salió de en cas la muger damnada, que hi encovierta e non manvacía estaba.

Plegovos, seor fidalgo, de leixar de burlerías, díxole en afoço Catharina; ca, seyendo donçella, grand mansilla de onestidad verschia en el mero fecho de admetirvos, fuera así para plegar por los defunctos. Non, dixo en afincamiento el fidalguélo; ca onra, non que mansilla, haber hedes, la ferradora, seyendo amada de noble. E traváronse de lite, de la una parte

ofresciendo e non acetando de la otra parte; non embargante que el ome ofresció fasta conyugio: ca todo burlerías era, é bien así cognoscíalo la doncella, la qual era de grand seso, magüer que mochacha era.

En soma, veyendo á la moza tanto agra e difícile, levose de finojos el noble afinojado, e prisola de las manos con fuerza de mentecapto. La doncella estonce prorrrompió clamando en voz de plañir grandemente: ¡Sancta Mari! ¡Mari Pura de mi ánima! ¡Válame el tu sancto Fijo en aquesta mala ora del espíritu malino! Así clamaba e plañia con pluvia de los sus ojos; e como aquesto dixera fartas e continas vegadas, luego entró la encovierta con el alcuza en la mano, como quien ficiera diligencia; e faciendo la sancta en guisa de muger que non se cala, e fablando la su fabla, e sanctiguando el su bulto, e osculando la cruz de la su mano siniestra, dixo de aquesta manera. ¡Mal pecado! ¡Doncella! ¡Catharinica! ¡pues cómo! ¡Léixovos sola e señera e á recabdo de la clave, e fallo ome convusco! ¡Mari Pura!... ¡E travados de manos! ¡Jesús Christo!... ¡E quizaves!... ¡Verbun caro! Si Maese Paulo sopiera la tu roindad, de juro enforcartehia, la pecadora. ¡Maese Paulo de mi ánima! ¡La fija, la tu fija en mala tentacion con ome incónito! ¡E quien será él? ¡Por onde entró? ¡Guay de la onra! E non leixaba hablar de excusamiento á la mochacha soterrada, ca salíale así bien la cuenta de la su cuenta; e dende non cedía en el clamar e sanctiguar e oscular cruces e calvarios de Satanás; ca la damnada ducha era en lo de soterrar vivos e defunctos. Mesmamente acució de salir al ome intruso, quien reyia so capa, e con ella salió fasta el portal de la puerta, onde fablaron paso amos los duos, en mientras que la ignoscente plañia con rabdal de los sus ojos pecados de otra, non que de su ánima.

A cabo de un trecho de seis paternostres (que yo vos afiducio non los rezar Mari Muñiz) Mari Muñiz retornó á la cuadra con las mesmas querellas e sanctiguadas de suso. La mochacha, que non se calaba punto del extratagema de la invita exco-mulgada, afinojábase con los sus brazos en positura de cruz,

jurando e perjurando por la de la sancta Pasion e clavos de Jesus Christo, que así era ella punible, como su merced la dueña judáica: e aquesto jurar non era en verdad; ca, si la moza ignoscente, la vieja judáica era, otramente mahoméica ú pagana. A la fin de los susos e de yusos, fecieron paz e contracto fecieron que non lo sopiera Maese Paulo: lo qual caridad non era, sinon que enima e mala fraude de la muger de Satanás.

Al mesmo punto el mentecapto enderezó los pasos del su cuerpo e ánima en cas de un mahoméico, ome gran sabidor de malas artes, quien facia efetos de mágica e astrología e negromancia; e díxole la comezon de la su grand luxuria e la reciedumbre de la hermosa doncella, e pescudóle de catar si melecina habia en las sus artes para guarir las reciedumbres. El arábigo dixo que sí: salvo, dixo, que non levarseha nin la olor del bebedizo, menos que á cuenta e finiquito de ducientos maravedís de oro. Ofreciógelos el noble (ca non era roin de cabdal, sinon que de fechos); e al punto estonce endonó el su filtro el arábigo e los sus ducientos el fidalgo, sin parar mientes en la feeza nin el uno nin el otro, ca el mentecapto non ha seso, e el mahoméico, bien así que el judáico, non ha fuero de consciencia, non seyendo fijos de baptismo.

Incontinente retornó el damnado en cas de la damnada maolando en guisa de gato cabe la feniestra; e como luego presto descubriera, magüer que escuro, el bulto de la su comadre, fizole entriega del vaso de la melecina e de la razon que otrosí trujo del arábigo, haciendo contracto amos los duos; él de retornar mañana, luego de nohescer, e juras ella de admetille en cas otra vegada, en peños de los maravedís que endonarlehia agora, mesmamente que en ántes endonárale.

Concertadas así amas las entriegas, partióse luego el damnado e cerró la foja de la feniestra la damnada. Al mesmo punto sonó en la elesia mayor el rezar de ánimas, e la mahoméica fué onde la cathólica e dixo devotamente: Catharinica; Pater noster. E rezaron.

### III.

Diz que la mala melecina mala es muy más que la malatia.

El tiempo, que ave es en lo de volar, luego presto condució la luz de la mañana, mesmamente que la escuridad de la noche. Maese Paulo salió, segund el hábito que de salir tenia, en ones-to solaz del trabajar de la jornada. E agora judgo yo, quien fazo aquesta corónica, que non es verídico, sinon que supercheria e grand falacia lo de barruntar el ome el mal que malamente acaescelle luego ha: otramete Maese Paulo non saliera de en cas al nochescer de esta noche; ca diz el Sancto Hierónimo: *Intrat solus ad solam, vel lupus ad oviculam*. Empero leixando atal sujeto para los theológicos, digo vos, hermanos letores, que en catándose que catóse en sazón la muger del defuncto vertió la melecina del arábigo en el agua del beber, ca la ignoscente de Catharinica bebia estonce mucha agua, á efecto de la mucha sal que la excomulgada Muñiz fizole prender astuciosamente en la reficion. La ignoscente ovo de beber del agua del maleficio; e á cabo de seis paternostres (que agora rezó de recio la damnada por cuenta de la su cuenta), comenzó de sentir una muy grand comezon de carne e luego de espíritu, la cual non leixábala parar en paz de hacienda, nin ménos de letura, nin mucho ménos de devocion; ca veniale al magin continuo e como efeto de mágica, la remembranza del su amante e fasta la voz de los falagos non admetidos; salvo que agora bien plasciale la imágen del fidalgo e mas la voz de los falagos e muy más los falagos. E la comezón crecía, bien así como soplada foguera, en punto de non podella sofrir; fasta que ende-rezando la fabla al bulto rugado de la maléfica (quien tácita reya so capa veyendo los efetos) dixole así: Madre Muñiz de mi ánima! ¡Guay! yo soffro malatia. Estonce la damnada levóse del su asiento haciendo la amorosa e clamando corgoxada:

Fija, la mi fija, ¿qué malatia es? Malatia es de grand comezon en cuer e ánima, respondió la ignoscente. ¡Guay de la mi fija! ¡Sanctos Cosme e Damian! ¿qué converná? ¿que non converná? Apriesa un zurujano, ca febriosa estás, la fija. Yo mesma traello he sin demoranza; ca segund la sciencia de los doctores, la melecina á punto efeto ha de tres melecinas, repriso la diabólica, e salió á paso de correr, non sin decir en ficion como enantes dixo: Leixarte he en recabdo de encerramiento, en mientra que retorno apriesa. ¡Guay de mi Catharina! ¡Catharinica!

En veyéndose que vídose sola la mochacha, comenzó de ir e venir por la cuadra, como quier que la comezon era mucha e poca ya la reciedumbre. E cogitaba en sí mesma de se casar, e fablaba, magüer que sola, de se casar, e se casar todo era: levaba en el magin, revoluto por artes del arábigo, una remembranza falagüera e deleytosa e regalada como dolzura de miel; la qual non era otro que la imágen del fidalgo, quien parescíale ya perfeto e muy mas fermoso que el gentil Amor de Grecos e Romanos. E cogitando así e así fablando, vido segundamente la mesma comparescencia del fidalgo, quien sopitáneamente afinojose cabe ella; e ella palpólo en el bulto á efeto de si era ú non ficion del su deseo. E como veyera que non era ficion, sinon que ome e muy ome, aplascióle grandemente (ca la melecina era voluptosa). E dixole sorriyendo: ¡Pues como! ¡Sabiades la malatia? Estonce el roin, veyendo que la mágica recabdaba el prosupuesto, levóse de finojos e embracióla en falago e dixole: ¡Fembra mia!.... E al díxole mas que yo non digo. Nunca seya (repriso la mochacha; pero sin cosa de fuyir de la sierpe, nin facer cabdal de la su onra, nin menos de la su grand fermosura, ca ya seduta era), nunca seya; sinon que en trueque de jura e fincamiento de me desposar luego presto en faz de elesia.

El roin fizo cient, non que una jura, e la doncella.... non mas nominóse así cabadelante.

IV.

Onde es assumpto que Maese Paulo duro es de mano, magüer tanto non como Mari Muñiz de ánima; e por qual via paró el desaguizado de todos en un incóntito, que fabla recio, en guisa de ser quien á la fin ser ha.

Fué así que quando Mari Muñiz condució cabe la malata al zuruiano, objeto ya non ovo de melecina, ca la moza non sofria ya cosa de comezon en cuer, magüer que en ánima sí, e de guariduras de ánima Dios solamente zuruiano es. E bien que á fuero de atal, e á pedimiento de la damnada dueña, el dotor abriguó el latir e la calor e la color e fasta el resuello de la malata, non dedució cognoscencia de causas nin de efetos, ca muchos ha que fan agora de dotores e en poridad burricos, ú más que burricos son. Non embargante, recetó el zuruiano la su hierba, la qual hierba non era otro que forrage del su mesmísimo pesebre ú halacena, e con su buen pagamiento e la su grand inórancia, retornó philosopheando á la su cuadra ú ofecina.

Catáronse luego solas amas, las mugeres, e Mari Muñiz dixo: ¡Pues como! Catharina, ¡qué malatia es la tu malatia, que así afoga como desafoga? ¡Arre, la burruhuela! ¡Arre! que la suspición es mala e non fiducio nin creo el tu sofrimiento: ca barrunto al... e mucho... e todo, segund de como te fallo. E pescudola tal e tanto, e tanto aguijóla por cuenta de la su cuenta, que al cabo de cabos, la seduta prorompí en sospiros e querellas de grand plañir, e congoxada e penitenta como la Sancta Magdalene, ovo de descubrir la flaquez del su pecado.

¡Agora sí que trujo la damnada muger en auxilio de ficion al Padre e al Fijo e al Paráclito e á todos los sanctós e sanctas de la gloria! ¡Agora sí que santiguó el su bulto e fizo autos é cruces e calvarios! ¡Agora sí que clamó como muger que espavesce! E así clamaba: ¡Maese Paulo de mi ánima! yo non; mas ella solamente la grand pecadora. ¡Guay! ¡La tu fija, fija

del pecado! ¡Guay! ¡guay! ¡guay! E siguió buen espacio guaymando. E luego de guaymar, enderezó la fabla de la su mala lengua fácia la seduta, e díxole: ¡Catharina! ¿aqueste el fructo es de la dotrina cathólica e apostólica e romana que te endonara el tu buen padre? ¿Vistes quizaves la mala semiente crescer en la mi onesta conduta? ¿Qué fecistes? ¡fija de Satanás, Satanasica! ¡Oh la grand inominia! Arrepara e ver has la vergonzosa color del mi onrado rostro. E la endemoniada fizose á furtadillas en él un grand restriego con el paño de la saya: dende pusose rubra como tizon en lo escuro.

En soma: luego de clamar la una, e de plañir la otra con prosupuesto de non mas caer en tentacion, ofresció la excomulgada (mala punicion le endone Dios) de non descubrir al padre el pecado de la fija, en non acaesciendo que non acaesciera preñedad: fasta hi el su segilo, e de hi allende non. E todo era por cuenta de la su cuenta; ca fincaba así en gracia del mancebo e de la manceba e del Maese, magüer que non de Jesús nin de la Sancta Madre Eglefia.

El mancebo non más retornó en cas de Catharina, ca afeto de mozo deseo es, e juras de mentecapto burlerías son. E Catharinica plañia, e la endemoniada santiguábase, e Maese Paulo reyia, como quier que non sopiera el yogar de la su fija, nin ménos la roindad de la su guarda. Fasta que una noche, seyendo ya á desventura en preñedad la mochacha, priso en segilo la Muñiz al buen Paulo, e sanctiguándose cient vegadas en sino de espavescimiento, díxole desta guisa: ¡Hermá Paulo de mi ánima! fiduciar non hedes, dende fasta el Sancto Juicio, de muger nascida en el mundo, nin fiduciar he mas yo ignoscente de ángel nengund, seyendo así que en cuer de fembra encarne, ca todas carrutas e pecadoras son. ¿E aqueso con nusco fabla? pescudó hermá Paulo. Fabla, respondió la Muñiz. Paulo asentóse estonce, bien así como ome que flaquea en espavescimiento de descubrir el conceto de la frásis; e pasó el su pañuelo por el rostro á efeto de terger la sudor que sudaba, magüer que ivierno era. La mochacha (proseguió la mala fembra), la fijica que yo con vusco endotriné en sancta dotrina ca-

thólica e apostólica e romana, segund los mandamientos de la nueva Sancta Madre Eglesia. la mochacha, hermá Paulo de mi ánima, la doncella.... non es doncella. ¡Jesús! clamó el christiano viejo se levandó sopitaneamente e se sanctiguando una vegada, en miéntra que la mahoméica cient vengadas. Yo mesma veido he con aquestos castos ojos que tierra pudrir ha (repriso la muger), sinos efetivos de non fallir la obra de varon ¡A la ira de Dios! prorrompió agora el ome, tirando grandemente de la su lengua barba en guisa de mohino. E fué en busqueda de la fija clamando, e la endemoniada en zaga del padre haciendo sanctiguadas.

Quando estovo cabe la fija, pescudóla respetivamente, e la fija afinojada e lacrimosa, non fizo excusamiento nengundveyendo que ya non habia mas decir que demandar misericordia. E la muger de Satanás, pescudóla en sazón por cuenta de la su cuenta: Catharinica, ¿seido he yo tercera de encobrir el tu pecado? Por la sancta cruz del nuevo devino Redemptor, júrovos, el mi padre (respondió la plañidera), que la buena Mari Muñiz non fué, sinon que yo, la pecadora. Estonce Maese Paulo priso una correa de animalia del su oficio, e asentó fasta una ducena de zurriagazos como las fermosísimas carnes de la fija, e mas asentara, sinon remembrara la excomulgada muger el su estado de preñedad: magüer ferido otra vegada en la su onra por la malina remembranza de la grand inominia, prísola de la melena e rastróla fasta el portal de la casa e expulsóla allende, la denostando malamente. Al mesmo punto precetó de le cerrar la puerta, e la dueña cerrógela sin cosa de afición, non embargante que la intrusa la punible era, e la expulsa la ignoscente: otrosí, que afinojada en lo externocon ayuntadas las manos como el latir del ánima, solicitaba plañidera e medrosica á ferir ánimas de peña.

Luengo espacio pasó así la lacerada mochacha en guisa de penitenciada, e temerosamente la puerta colpeaba haciendo remembranzas de amoroso afeto, las quales non atendia el christiano, nin menos la judáica. E cada que colpeaba, decia en voz de planto: Por la Sancta Madre de los afitos, e por la mi ma-

dre que morió, remembradvos de la fija, el buen mi padre; ca meriera yo manca de la vuesa misericordia. Compadedcedvos de la mochacha, sancta muger, la Mari Muñiz; compadedcedvos, por la Pasion de Jesús, ú gelarmehia, ca guielo es lo riguroso de la clima. E plañia sin efeto. E paso mas espacio, e mesmamente.

Fué ansi que ánima de umanal persona non discorra en lo externo: fasta luego de luego que por aventura pasar ovieron tres omes. Estonce el uno de los tres, veyendo en atal guisa á la mochacha, pescudóla respetivamente á la su congoxa e plañimiento: e como pescudara fasta tres vegadas en voz precetativa, bien ansi como en auto de judgar, la cuitada dixo que aborrida estaba, ca mal fidalgo roin seducióla e buen padre severo leixóla hi expulsa del caliente fogar, seyendo mochacha de disisiete años e non seyendo mala, mas seduta. E dixógelo todo plañendo.

En sabiendo que sopo el ome mayor de los tres omes la razon del plañimiento, precetó en guisa de alcalde que la conducieran luego presto á la posada de Maese Diago, la qual non era lueñe: e feciéronlo ansi los otros dos menores, yendo la mochacha sin cosa de resestimiento, ca el ome del precetar precetaba á fuero de justicia: el qual ome fué en zaga de ella e dellos.

Hi legados, dixo de muy recio el ome de suso. ¡Ah Maese Diago! E comparecido, proseguió fablando recio el ome fosco con el su index reto en guisa de imperante. Entriégovos, el Diago, en buen recabdo aquesta moza: curedes del yantar e del dormir. Curedes en lo de pescudar: nayde pescude nin por la sal del su baptismo. ¡Guay del ome que osado seya á recuestalla! ¡e guay de la fembra que la desacate! Curedes bien, el Diago; ca otramete juro á Dios que ayuntados á todos en un punto enforcar facervoshia. Yo el Rey.

— ¡Don Pedro! ¡Válanos el santo apostolado! dixo en segilo á los suyos Maese Diago, afinojándose en tierra expavorido mesmamente que todos los sus pernotantes. E ansi en atal positura demoraron tácitos e expavescidos, fasta que el justiciero e las

sus guardas andar ovieron lueñe cient yugadas. Diago requirió estonce la mejor pieza de la su posada e hi condució presto á la moza de la Real encomienda, á la qual endonó de yantar pan de pascuas e golosinas de nupcias, haciendo que le trayeran la su mesma cama bien mollida, e cobierta e sahutada como thálamo.

Al mesmo tiempo de aqueste acaescimiento en cas de Maese Diago, Maese Paulo proseguia de mesar los pelos de la barba, amen de los que mesaba de la tiesta, e á vista de los sus ojos la malina muger, la Mari Muñiz, repasaba la su grand camándula sih cosa de mal en la conscencia, en guisa de beata. E cada que repasaba una casa de sanctas cuentas, decia á recio haciendo bien las que facia para el mesmo Satanás, non que para el Fijo de la Gloriosa: Por las ánimas que adolescen en pecado mortal, para las redemir del captiverio del Dios nos libre.

E amen decia: Para que la devina sangre del nueso Señor faza sanctas á las ánimas que non lo seyan.

E aquesta suplicacion non valia para nengund, ca non valen theológicamente las malas camandulerías para los buenos espíritus e para los malos, *nula est redemptio*; segun e como así lo reza la sancta Eglesia nuesa Madre.

Empero fasta la fin non prenda nayde la palma del vencer, ca es así que acaesce muchas vegadas non vencer el vencedor ú vencedora, seyendo el cielo como la tierra, frasis rethórica que vale tanto como decir que el ome es flaco e la muger flaca, e Dios solimente el poderoso.



... una granada nada ovieron luego para verlas. Dijo: re-  
... rido estonce la mejor pieza de la casa e hi condujo presto  
... a la toxa de la Real encomienda. V.  
... De cómo al cabo de cabos para la ignoscencia es la bienandanza  
... e para los damnados el inferno.

El día de mañana acaescido, ayuntó el Rey en el su alcázar de Sevilla toda la su prez de fidalguía, e luego de ayuntállos, fizo comparecer á Catharina, la qual, segund concierto, fué catando rostros, velada de grand velo: á cabo de muchos topó uno, el qual reconoció incontinentemente, e dixo resoluta, magüer que vergonzosa: Señor de mi ánima, aqueste es. Al mesmo punto el Rey (grand ome era) comandó alexáranse todos los estantes fueras ende Recaredo, que así era el baptismo del burlador. Estonce el mesmo Rey desveló la filosomía de la fermosísima seduta, la qual abaxó los sus ojos por el mesmo turbamiento, como quier que remembrara el su pecado ante justicia de rey e ante roindad de roin.

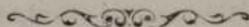
¿Burlado hedes el fidalgo aquesta fembra? pescudóle el Rey.

Burládola he, respondió el fidalgo. Ainde, pues: desposad vos, repriso el justiciero. Catades, señor, que ferradora es, dixo el sedutor. Catedes, el roin (dixo agora el Rey yuntando mil rugas en el rostro), que aqueso mesmo era en la sazón de las juras, e bien que en las ferraduras non topábades. Desposad vos ú enforcarvos he. ¡Aina! Decí sí ú non, e á la iglesia ú á la fo-ca. Estonce el Recaredo, veyendo lo que vido en ambas las filosomias, priso de la mano á la hermosa, quien plañia colorada como aurora, e dixo: Non ha mas plañir, mochacha: desposart he, magüer que plebeya. Noble es, ca la fazo yo, dixo á recio el grand Rey, desrugando el su rosto e largando las sus manos á los novios.

Dende: Catharina e Recaredo desposáronse por ante faz de iglesia, e Don Pedro Rey fizo fiestas de plascimiento á sus costas en epitalamio e loa de la fija de Maese Paulo el ferrador, fecha ya noble; al qual Maese leixó otrosí bienquisto con fija

e genro. E quando sopo el Alteza del grand Rey la roindad de la damnada Mari Muñiz, quien fué la origen príncipe deste en-tuerto, e sopo así mesmo la mágica periclosa del dotor arábi-go, el qual asegundó el desaguisado, enforcar los fizo ayunta-dos á amos los duos, con rétulos como de los sus excomulgados fechos. E fizolos quemar otrosí, e los espíritus malinos leváron-gelos al profundo. E fecieron justicia el Rey e los espíritus: el Rey, en lo de los facer enforcar e quemar, salvo que plazríame á mí que feciera en remate aventar las sus cenizas, ca paz de fuesa fruir non han malos defunctos: e los espíritus feciéronla en lo de somergillos en el escuro logar de los damnados, ca el ome era dotor de pésima sciencia, e la muger mala muger era, como quier que amos, pecador e pecadora, aborrian dotrina de egle-sia. Así tengo para mi sayo que el ánima del defuncto de atal muger haber ovo grand cuita en la mesma gloria; ca si la su muger sobiera en gracia de perdon á lo superno, soplicara él al Summo Judgador de abaxar fasta el profundo: atal es el aborrescimiento de las malas fembras mascaradas de sanctimo-niosas.

En remate, Catharinica fué venturosa de amor e cabdal e onra dende cabadelante con el su afin Recaredo, procreando asaz de fijos para el Reyno de Don Pedro e para el del Nueso Señor Jesus Christo, el qual fazavos sanctos (sin vegilia) á todos los mis letores e dinos de fruir la eternal su sancta glo-ria. Amen.







## GREGORIO MAGNO.

### CAPÍTULO ÚNICO.

De cómo un lego se hace confesor.

Allá *in illo tempore*, habia en un pueblo de la católica España un convento de frailes, no sé si mínimos ó máximos, ni es menester saberlo, pues para el caso no hace falta ningun fraile (ni para nada tampoco); bástanos y aun sobra un lego, y á éste pondré en escena para desenvolver la accion histórica de este sabroso cuento.

Llamábase el lego Gregorio, nombre que por consejo levítico imponian los padres, ó compadres, á sus hijos, como una aspiracion ó predestinacion á papas: solo que aquí desacertaron padres y levitas, porque el Gregorio de este lego jamás salió de sus hábitos.

Gregorio, pues, ó más piadosamente, el hermano Gregorio,

era el demandador más famoso de toda su órden, de todas las órdenes, así por pedigüño, como por *sácalotodo*. Es fama que sacó de una vez un real de á dos á un judío viejo, mercader, por mas señas, de Sevilla, para alumbrar al Niño de Belén. Aun más, y esto es celeberrimo: encontrándose en camino al empolvado y sudoroso limosnero ó pedigüño de una comunidad mendicante, le sacó diez maravedises que el pobre habia recogido en cinco limosnas, de á legua cada una, bajo el sol de los idus de julio, en la misma ardorosa tierra de Andalucía. Mas aun, y esto es ya plusquam celeberrimo: vió una tarde á la fosca luz crepuscular un rebaño sin pastor, y le sacó al pastor mismo un carnero de cincuenta libras vellon: tal y tanta era la piadosa maña que, en lo de sacar, se daba este predestinado.

Pero á esta funcion de su monástico oficio tan solo dedicaba las tardes, pues levítico cual otro Aaron, el hermano Gregorio consagraba irremisiblemente las mañanas al Señor en su ministerio de escoba, despabiladeras y misal.

Una madrugada barrió, como de costumbre, el santuario, limpió el polvo de los altares é imágenes, y preparó los ornamentos, segun rito del dia, para la primera misa, que decia en latin fray Meliton y el lego ayudaba en griego, por bula sin duda de su propia santidad.

Fray Meliton era un reverendo padre, confesor más que piadoso, de manga ya tan ancha, que, á ser así el ojo de las agujas, seguramente habria camellós... es decir, ricos en la gloria. Así fué que atrayendo la fama de su indulgencia á los grandes pecadores, seguros de pasar por aquel ojo, contaba entre otros gremios, por hijas de confesion á todas las beatas de aquella *Cibdad* de Dios y aun de *allende*.

Pero es el caso que el buen fray Meliton habia cenado la noche anterior en mesa agena y... no pudo levantarse el dia siguiente: fenómeno natural que yo no esplico, por no hacerme *indigesto*. Y harto ya de esperarlo en pié el lego, que ignoraba el tal empacho, se sentó humildísimamente en el confesonario de aquel con ánimo de dormirse á la sombra y al abri-

go. Iba ya á traducir en hecho su propósito, cuando á la tenebrosa luz de la sagrada nave vió acercarse á su retiro una como mujer. Y fuera que se asustara de su ropa negra, fuera que no se asustara de su rostro blanco, lo cierto es que se despabiló ahora á sí mismo el despabiador de lámparas, alejando la tentacion de Mórfeo.

La beata, que una beata era la mujer que asustó ó no asustó al lego, se le aproximó más y más, haciendo genuflexiones en todos los altares y santiguadas en todas las genuflexiones; y escudriñando y viendo á la opaca luz que el confesonario del indulgente fray Meliton, su director de conciencia, estaba ocupado por unos hábitos, tomó los unos por los otros, y, por mal de sus pecados, fué confiadamente á arrodillarse á los piés del lego.

El lego apoyó cómodamente su diestro brazo sobre el barrote *ad hoc* del santo tribunal, la barba sobre la mano, diestra tambien, y dejó á la beata en el libre ejercicio de sus devociones.

La penitente ó penitenta, bajando á tierra la vista á guisa de *inmaculata*, se santiguó, se persignó, se examinó.... y despues de formular el *confiteor*, abrió su buena conciencia y entresacó estos escrúpulos:

—Acúsome, padre, de haber bebido agua en dia de ayuno entre comida y reficcion.

—Acúsome, padre, de haber pegado un broche en dia colendo.

—Acúsome, padre, de haber dejado los paternostres del toque de almas, dende para despues.

—Acúsome, padre, de haber dicho.... *caramba*.

Aquí se le concluyó á la *penitenta* el repertorio de los pecados veniales que trajo retóricamente por exordio, y estornudó una vez, y tosió dos, y se santiguó tres; y bajando más la vista, y más que la vista la voz, empezó el queso, ó sea el repertorio de los mortales, diciendo así:

—Acúsome, padre, de haber hablado algunas noches.... con un hombre.... que.... no era mi marido.

—Acúsome, padre, de haber hablado.... con otro hombre.... que.... no era ninguno de los dos.

—Acúsome, padre, de haber hablado.... con otro hombre.... que.... no era ninguno de los tres.

—Acúsome, padre, sobre un *escrúpul*, por si algun otro.... pecado se me ha ido de la frágil memoria.

Calló en diciendo esto la beata, y esperó. Mas como despues de un largo intervalo permaneciera mudo el confesor, osó levantar la cabeza, aunque nó la vista, y tácitamente preguntó:

—Padre, ¿no me echa la absolucion vuestra merced?

—Nó, contestó en el mismo tono el hermano Gregorio.

—¡*Agnus Dei!* ¡Tan graves son mis pecados?

—Nó, hija: la misericordia de Dios encima de todo. Pero yo no puedo absolvete.

—¡*Qui tollis!* ¡Por qué, padre de mi ánima?... Dignaos responder en caridad. ¿Por qué no me podeis absolver?

—Porque soy lego.

—¡*Peccata mundi!* ¡Lego!

—Sí: el hermano Gregorio.

—¡Jesús mil veces!.... Y si es lego, ¿por qué ha oido vuestra merced mis culpas?

—Eso digo yo. Si soy lego, ¿por qué me las has dicho tú? Es así que yo no te las he exigido, *ergo*....

—Agora mesmo voy en zaga del padre Corretor á efeto de decille lo que es vuestra merced.

—¡Amagos á Gregorio! dijo el idem con el tono heróico del Ingenioso Hidalgo en sus *¡Leoncicos á mí!*

Y añadió dando unos pasos hácia la puerta de la calle:

—Yo iré ántes en casa de tu desdichado esposo á decille á mi vez lo que tú eres; tú, la mujer de los cuatro maridos, exclusivos los del *escrúpul* que te se fueron de la frágil memoria....

—¡Nó, por Dios! exclamó ahora la polígama beata mudando ya de tono y deteniéndolo por los hábitos.

—¡Sí, por el diablo! añadió el lego avanzando unos pasos más.

La mujer de los cuatro y pico se interpuso entónces en cruz, y en hinojos, y....

—Guárdente, dijo, guárdeme vuestra caridad este secreto, y pídamme en trueque cuanto quiera: rica soy.

—Eso ya varía de especie, añadió el taimado con cierta risita. ¿Lo ves? Ya me has desarmado. Sí, como decia el Santo Francisco de Sales, se cogen más moscas con una gota de miel que con una arroba de vinagre. Tratemos en paz de Dios, una vez que nadie escucha. Si tú me das cuanto yo te pida, por seguro ten que guardaré el secreto de tu confesion con toda la inviolabilidad del mismo San Juan Nepomuceno.

—Pida vuestra merced.

—Pido, dijo Gregorio Magno aspirando un polvo con más superioridad que el general de su órden, pido.... un par de jamones grandes.

—Otorgo, contestó la beata prestamente.

—Item, una docena de gallinas, que no sean pequeñas.

—Otorgo.

—Item, un odre de aceite nuevo.

—Otorgo.

—Item, dos de vino viejo.

—Otorgo.

—Item, una carga de higos pasos.

—Otorgo.

—Item, un cahiz de trigo.

—Otorgo.

—Item, doce ladrillos de chocolate.

—Otorgo.

—Item, veinticinco ducados de multa.... digo, de limosna.

—Otorgo,

—¿Qué más?... ¿Qué más?... ¡Ah! se me olvidaba lo mejor: item, una hanega de sal.

—Otorgo.

—Corriente.

—Todo lo iré enviando poco á poco para no infundir sospechas.

—Corriente. Pero en el plazo fatal de esta solene otava, á contar desde esta noche, en que me enviarás á la porteria los dos jamones.

—Otorgo.

—Pues ya estás absuelta; vete con mi bendicion.

Y el lego se la echó solemnemente como un abad mitrado.

La mujer de sus maridos se fué á otra parte con su santimoniosa beatería, y es tradicion que le dió religiosamente cuanto le pidió el pediguñeo, quien á su vez cumplió lo prometido guardando el sigilo de la confesion tan fielmente como se deduce.... sabiéndolo.





## LA BUENAVENTURA.

---

### I.

De cómo el hombre es fuego y la mujer estopa, viene el diablo y sopla.

Estamos en Sevilla.

Es concesion que habeis de hacernos, aunque nos vayamos por los cerros de Ubeda; así como tambien habreis de concedernos que es de noche, siquiera esté el sol en mitad de su carrera. Si exigiérais de nosotros una verdad real, ó sea absoluta, en este punto se quedara el cuento, pues nosotros, de ahora para siempre lo decimos, en materia de cuentos, quebrantamos con frecuencia el noveno mandamiento, que diga el octavo. Y

Estamos, pues, en Sevilla (estábamos, porque es tiempo pasado).

Y estaba la noche serena, engalanada y alegre como una novia acabadita de casar.

Un preludio de templado bandolin se oyó en una calle ex-céntrica, al pie de un postigo bajo, y muy luego una voz blanda y dulce, pero varonil, entonó la siguiente serenata:

Ya la noche cerró el día,  
alma mía,  
y mi esperanza yo abrí;  
si amor del galán te afana,  
abre al amor la ventana  
y me dirás cantar á mí.

Traigo toda la armonía,  
alma mía,  
del corazón y su fè;  
si amor con amor se calma,  
abre la puerta del alma  
y el corazón te daré.

Del corazón que en tí fía,  
alma mía,  
tuyos los latidos son;  
y su amor fiel sin querella,  
ave de luz, luz de estrella,  
anida en tu corazón.

Ni estrellas ni luz habría,  
alma mía,  
sin tu amor para el galán:  
estrella y sol, luz y cielo,  
alza de tu frente el velo  
y mis tinieblas huirán.

—Buenas noches, dijo una voz de sexo débil, por el entreabierto postigo.

—¡Oh! exclamó el galán pegándose á la pared.

Y no se oyó más.

No es esto decir que mudos quedaron los amantes, sino que el cronista de esta verdadera historia no pudo sorprender más

que esa interjección ¡oh! y esta ¡ah! Especie de álgebra amorosa, que, para mayor inteligencia, puede formularse así:

*A*, mas *o*, igual *x*.

Después de dos horas largas, ó tres cortas, dijo el galán:

—¿Conque al punto de las doce?

—No faltará, contestó la dama.

—Pues hasta mañana.

—¡Ay!

Y el galán se partió, dejándonos resuelto ya el problema.

—*A*, mas *o*, igual ¡ay!

¿Y qué es ay?

Todo no lo hemos de decir nosotros.

## II.

Donde no se oye ni una palabra, ni media.

Esta otra noche era oscura, como convenia que fuera, y por esta conveniencia, si no hubiera sido así, apagaríamos nosotros la luz para andar mejor á tientas.

Habia sonado ya esa hora que parte de medio á medio la noche y despierta y avisa á los amantes, no casados, que estos la oyen como quien oye llover, si es que la oyen.

Alguien tosió en la calle excéntrica, como tose quien no tiene tos; tos que quiere decir á los iniciados ó iniciadas: *Ego sum*. Y á los profanos: ¡Qué acatarrado estoy!

Casi al mismo tiempo se abrió un postigo en el cuerpo inferior y posterior de una casa, casa ni grande ni pequeña, pero solariega, á juzgar por el escudo de armas de su frontis.

A la soñolienta luz de un farol lejano, que tambien duermen las luces cuando no tienen aceite, se vió acercarse un galán al postigo bajo, donde ya blanqueaba como una luna llena, aunque velada, la hermosa cara de Inés, que así se llamaba la novia de don Ramiro, el galán de la dulce serenata.

—¡Schit! se oyó por dentro como imponiendo silencio.

—¡Schiti se oyó tambien por fuera.

Y hablaron tácitamente un breve instante.

Despues puso Ramiro la diestra mano en la cruz de su tizona, con toda la solemnidad de quien hace un juramento, y luego sacó la suya siniestra la dama, y lo que era le dió á través de las cruces de su reja.

Era una llave

Inés cerró la ventana.

Una puerta abrió Ramiro.

¡*Vae vobilis!* esclama en esta oportunidad el vetusto autor de esta leyenda. ¡Ay de vosotras, mujeres flacas, aunque esteis gordas! ¡Por qué os fiais de los hombres, siendo casi tan pecadores como vosotras?

¡*Vae vobilis!* repite explanando sus ideas sobre la flaqueza humana, quiero decir, femenina; mas como lo dice en latin, y nosotros no entendemos lenguas bárbaras, dejamos como cosa perdida este interesante punto, poniéndolo aquí redondo.

### III.

Pruébase que la última gota de la dulce copa del placer amargamás que la quinina, con ser la quinta esencia de la quina.

Al poco tiempo, y con pretexto de un negocio de interés, se partió Ramiro á Valencia, y se deslizaron dias, semanas, meses y hasta un año (bisiesto por más señas), sin que dirigiera á Sevilla cuatro atentas letras (ni desatentas tampoco).

Dicen que en la ausencia se olvida el amor muy pronto. Es verdad; y más pronto se olvida la pasion ya satisfecha; porque como dijo el otro (otro que me está oyendo):

Si cuatro cuartos no vale  
prometer en galanteo,  
más barato faltar sale  
cuando se logra el deseo.

Pero dejémonos de apotegmas, puesto que no somos filósofos, y sigamos lisa y llanamente nuestra historia por el método *ad narrandum*, ó sea por camino recto.

Era de noche. (*Y sin embargo llovía.*) La luna, pálida y melancólica, como está siempre en el cielo de los novelistas, melancólicos y pálidos también, penetraba por una alta ventana en un sombrío aposento, bañando con su ténue luz un rostro enjuto, marchito, triste... el de Inés.

Inés estaba allí contemplando su pureza (la de la luna), y mirándose en ella, veía como en un espejo de cuerpo entero, una Inés desconocida.

El viento penetraba también en su retiro silbando entre los cristales de un modo tan piadoso, que parecía decir también como el autor susodicho: *Væ vobilis!* Lamentación que ella hubo de entender perfectamente, porque contestó muy acordes la cuitada.

—Es verdad, dijo: fui una boba.

Y volvió á callar.

Pero el aire siguió silbando.

Después de dos horas largas de profunda abstracción, Inés se levantó y anduvo divagando por la estancia, como un mal pensamiento por un cerebro vacío.

—¿Conque ya no te casas conmigo? interrogó al aire, puesto que no estaba allí su novio.

El aire continuó silbando, única cosa que le era dado hacer por ella.

—¡Oh! Pues esto no se queda así. ¿Qué haré? ¿Qué haré? Vengarme. Pero ¿cómo?... Vengándome.

Y esto diciendo, desgarró sus vestiduras como una judía, se tonsuró como una loca, y recogió todo lo que relucía, como una mujer prudente.

Después se miró al espejo y soltó una carcajada.

Después echó á volar como si fuera una bruja.



#### IV.

De un himeneo dulce, pero amargo.

Todo el que á cualquiera hora de esta otra alegre y triste noche pasa por cierta calle de Valencia, se detiene ante una casa grande, arquitectónica, heráldica, donde espléndida y ruidosamente se celebra un fausto acaecimiento.

Óyese dentro la armonía de bailables aires músicos, se oye el sonsonete, músico tambien, de las chocadas copas; se oyen cánticos y aplausos y bromas y carcajadas; y al trasluz de los vidrios de las árabes ventanas, se ven las mil y unas sombras de los danzantes perseguirse unas á otras, ligeras, confusas, mágicas, como fantasmas de un ensueño de todos los diablos.

—¿Qué viene á ser esa gresca? preguntó un extraño.

—¿Qué ha de ser? contestó el que lo sabía: una boda, como la cual no se han visto muchas en Valencia.

—Y diga, seor hidalgo, si vuestra merced perdona y sabe decir.

—Pregunte, que si sé y he de decirle.

—¿Quién es la desposada?

—¡Pardiez! no saber eso es no saber ni una jota. Toda Valencia....

—No vivo yo *entre muros*.

—¡Ah! Pues la desposada es la sobrina del virey.

—¡Hola!

—Cuya dote ha de pesar, si se pesa, una arroba en buenas doblas de Castilla.

—¡Vive el rey! Será esposa de algun principe.

—Hidalgo es no más quien en buen hora la recuestó. Vino hace un año de Sevilla á lucir su buen talante, que en verdad bien puede lucirlo don Ramiro de la Puente, quien, sin atrasar á nadie, es un hombre muy apuesto y gentil de su persona.

Vió á la dama, la rondó, le cantó al son de su laud tiernos cantares y al fin.... la metió en coyunda.

—Hizo un pan como unas hostias.

—Pues de municion lo gasta.

—¿Soldado es?

—Capitan de espada virgen; quiero decir que.... como el aventurero no tenia oficio ni beneficio, por decoro de la sobrina hubo de darle el tio mando de tropa.

Miéntras que así platicaban en varios corrillos estos y otros curiosos, llegó y pasó el portal del palacio una gitana, de que no se apercibieron.

Llevaba en la mano una vihuela y coplas muy estudiadas en su tenebroso cacúmen: al que guardaba la puerta demandó con estrañas carantoñas vénia para entrar hasta la sala del festin, diciéndole que en tan alegres bodas hacia falta quien tañia tan bien y mejor cantaba, poniendo además la buenaventura en la palma de la mano.

Holgóse de su llegada el cancerbero, y le otorgó la demandada vénia, luego que él la obtuvo de sus amos.

Y la gitana trepó como una cabra por la marmórea escalera con su vihuela y sus coplas preparadas.

Pisó luego con sus sucias plantas riquísimas alfombras, y se vió por fin entre los dioses y diosas de aquel nupcial Olimpo.

Su persona hacia el más raro contraste entre las otras, que competian en galas, afeites y esplendor.

Traia metida la cabeza en un capuz, que no era cofia ni gorro lo que se empinaba por detrás dos buenos palmos, y caia por delante hasta los ojos; vestia una vieja y negra túnica, angosta, lacia, escurrida, como sotana de dómine; con un mejuenge de ocre tiñó el pergamino de su luengo rostro, abigarrándolo luego con toques y retoques de almagra y de carbon; y era bizca de un ojo y tuerta de otro, amen de que al andar no disimulaba que era coja.

Tal era la gitanilla.

Posdata. Tenia tambien una joroba, que le hacia mucha gracia.

Al verla, todas las damas gritaron desbandándose, y tímidas ó gazmoñas, fueron á agruparse detrás de los galanes.

La recién llegada, con voz acatarrada y muy graciosas zalemas, saludó á los circunstantes y suplicó luego que se calmaran, asegurando que no venia á turbar la nupcial dichosa fiesta, pues ántes bien, por amenizarla asomaba en aquel jardín de amores su cara de carátula.

Los caballeros la cercaron y preguntaron y tocaron. Y ella lucía entre risas y aplausos sus donaires. Y las damas, que ya á medias confiaban, oyeron sus lisonjas, y al fin tambien le preguntaron, y aun la manosearon.

—¡Cuidiao, que zoy donceya! decia la gitana rehuendo. Esto quie icir, caraz de zolez, que ez lo güeno zaber naar y gualdar la ropa.

—¡Que toque!

—¡Que cantel!

—¡Que dance!

—¡Que haga la buenaventura!

Así gritaban todos en un guirigay de mil voces.

—Ca coza en zu tiempo y loz naboz en el viento, contestaba la gitana sonriendo. Lo primerito ez ántez. Venga una copita ú doz ú trez pa jacer boca, y aluego....

—Sí, sí. Que beba. Que coma.

—Comer nó, que ez día de ayuno.

—No es viernes.

—Pero ez martes.... de ramadan, y yo zoy turca.

—Entónces tu ley te veda beber.

—Nó, porque eztoy tambien acriztianá con toita la zal de María Zanticimica.

—Pues que beba: toma una copa.

—Venga, ceñon mirey, y Dios le dé á ucencia y á toz toito lo que nuz convenga. A la zalú de loz novioz.

Y apuró la copa hasta las heces.

—Baila ahora, dijo Ramiro travado de manos con su esposa.

—Perdone ucía, güen mozo, miz fartaz ú zobraz, contestó la gitana haciendo una gran zalema. Agora corrizponde la

múgica, rezalao, pa que zargan las cozaz más mejor, rezalao, que ce trujo ucía pa acá toita la zal de Ceviya, que ez la tierra premitia, onde ce jicieron las boaz de Caiman. ¡Pos y eya? ¡Jozúl ¡qué jermocícima ez! Zolmente que ez mu flaquita, pero eya engoldará con la arropía de ezta luna, que cerá toita de miel.

—Mereces un agasajo, despues de tantas flores: toma.

—¿Oro ez? Munchaz graciaz, rezalao.

—Toca y canta que se divierta mi esposa.

—Voy á devirtirla, ceñon, con tóz miz ciete centíoz, porque ez ucía mu güen novio, y aluego paga ucía mu religiozamente.

Y sentándose en medio de la sala entre damas y galanes, preludió, tosió y cantó, al punteo de su vihuela y con voz aca-tarrada, las siguientes seguidillas:

El mundo, que ez reondo,  
ruea y más ruea,

y quien no mira á enlante  
atráz ce quea.

Y el eztribiyo  
me como, pa más fuerza  
darle al galiyo.

¡Malhaga la barquiya  
cuando nufraga;  
y malhaya quien debe,  
debe y no paga!

Y el eztribiyo  
me como, pa más fuerza  
darle al galiyo.

Novioz, alegrez novioz,  
reyir con gana,  
por ci acazo no habiera  
rizaz mañana.

Y el eztribiyo  
me como, pa más fuerza  
darle al galiyo.

De la mano en laz rayaz  
teneiz el cino,  
y yo, la zabijonda,  
loz adevino.  
Y el retornelo  
me como, porque ayuno  
pa dir ar cielo.

—¡Bien! ¡Bien! gritaron aplaudiendo damas y galanes.

—Agora ez cuando atoca jacer la güenaventura, dijo la gitana.

—Sí, sí.

—Ahí va mi mano.

—La mia.

—A mí antes.

—A mí.

—¡Cilencio, noble canaya, gritó la bruja levantándose. A naide le atoca antez que á loz maz aelantaoz, y yo, aunque tonta, no inoro ónde comienza el capítul. La jermoza oña Futura, á quien Dioz dé en ezte auto y toz loz ziemprez toito lo que yo le ezeo, debe zer la máz primera: aluego el rezalao de zu novio, pichoncico zin guiel, por quien he de rezar trez patriznoztriz; y en fin, úrtimamente, laz emaz palomaz y palomoz de ezte nio e pájaroz y pájaraz.

—Bien habla.

—¿Que zi jablo? Con toa la ritórica de la aztriolegia en la mano.

Y esto diciendo, tomó otra vez asiento con toda la autoridad de una gran sacerdotisa; santiguóse por tres veces; rezó con voz sorda los *patriznoztriz* en una lengua que no era romance, ni latin, ni griego, sino gráficamente *gringo*; sacó de su faltriquera un canutillo de oro en forma de estilo ó punzon, tomó la mano de la novia y entregó al novio el canuto, despues de cruzarlo varias veces con su *santa* bendicion.

—Agora bien, dijo, moje ucía, pichon, en la durcícima zalíva de zu mezmo pico, ece cañuto, que ez de oro y ez tá limpio, y ezcriba ucencia en la parma de la mano de zu palomica tolo que mi cencia ecija. Ante-to zu dulce nombre.

Y Ramiro llevó el canuto á su boca, y escribió con su saliva el nombre de su esposa.

—¡Ajá! dijo la gitana satisfecha. Ahora ezcriba ucía la hora, dia, mez y año de la zalía de ezte zol por el ocazo, ú cca del nacimiento de la niña.

Ramiro obedeció, mojando otra vez el punzon.

—¡Ajajá! En fin y úrtimamente, ponga ucía ciete puntoz á la ventura e Dios. Moje, moje ucencia máz; que cin zu durcici-ma zaliva, no me zardria bien la cuenta.

Ramiro mojó el estilo, y puso los siete puntos á la ventura de Dios.

—¡Ajajajá! exclamó la quiromanta de un modo inimitable.

Y añadió para sí:

—Por la boca muere el peje.

—Venga, dijo luego en alto, el cañuto de las virtuez, y azperen cayandito la voz del devino orácul.

Y recogido el canuto se santiguó otra vez y conjuró dos y rezó tres *patriznoztriz* en medio de un silencio pavoroso.

Despues de una pausa de estudio quiromántico por una parte, y de ansiosa espectacion por otra, como que se inspiró la sortilega, y poniéndose de pié y estirándose y creciendo como un fantasma entre niños, exclamó con duro acento:

—¡Oh! puntoz de loz azarez, enemigo de los novioz! ¡Nenguno cayó en la raya de la güenaventura!

—¿Qué quiere decir eso? preguntó el interesado.

—Que ez mala, contestó simplemente la gitana.

—¿Mala?

—Mu malita.

La novia se desmayó, las demás mujeres se sobrecogieron, los hombres se afeminaron, y todos se quedaron boquiabiertos.

—Naide tiene otro cino que el que tiene, añadió la quiromanta dominando á aquel ilustre vulgo.

Y añadió con cierta piedad que no tenia nada de cristiana:

—¡Probez novioz! ¡tan rezalaoz y tan ezdichaitoz!

—Calla, superchera, dijo al fin el virey sacando fuerzas de flaqueza. ¡Mal hayas tú y tus artes!

—Ezo nó, ceñon mi rey, y perdone ucencia miz fartaz ú zobraz; yo ceré mala, aunque hay otraz criaturicaz máz peorez; però miz artez, ceñon, zon mu güenaz.

—Sal al punto de mi casa, ó para escarmiento de pícaras embaucadoras, he de hacer que te pasen por las armas.

—Que no me pacen por na, ceñon mirey: yo me iré en paz e Dios.

—¡Afuera!

—Poz buenaz nochez, y no hay máz que perdonar miz fartaz ú zobraz.

## V.

De cómo quien deja atrás un ijerro... pierde el pan y pierde el perro, como reza el refrán.

Por la boca muere el peje, dijo para sí con maligna fruición la quiromanta, luego que don Ramiro hubo chupado bien el canuto de virtudes, con pretexto de los signos de aquella malísima buenaventura.

Para que se entienda el enigma, bastará con decir quién era ella.

Pero no lo diremos, porque nuestros lectores habrán sospechado ya que la feísima gitana era la bella Inés, bella cuando Dios quería.

Si esto no basta, añadiremos que el canuto qué mojaba el pichoncico en la *durcísima zaliva de zu mezmó pico*, destilaba un endiablado licor hecho al efecto por un viejo herbolario (moró por más señas), y que inspiraba ódio invencible hácia todas las mujeres. Víctima de su fatal influencia, don Ramiro riñó aquella misma noche con su esposa, con la vi reina, con sus cuñados, con sus tias, y especialmente con su suegra, y huyó por fin de la casa nupcial, dándose á todos los diablos.

Diz que el virey, sospechando con razon de la gitana, hubo de mandar que la buscaran por todos sus dominios para pasarla por las armas; pero, por dicha ó desdicha, nadie pudo dar con ella. Se la llevarian tambien los diablos, como á Ramiro, quien ya en tan buena compañía, acaso cumpliera su sagrado juramento.

Sobre esto no hemos sabido una palabra.

Y estando dicho ya todo, acabamos aquí este cuento para dar comienzo á otro.







## EL GRAN DIVORCIO.

### I.

De un matrimonio dichoso (mejor me lo depare Dios),

Érase un hombre infeliz; infeliz, porque estaba casado, esto es, unido con lazo indisoluble á una mujer malísima, hembra inverecunda y perdida que ni siquiera tenía bautismo; bien que fuera conocida por calles y plazas bajo el bárbaro nombre de doña *Paupertas*.

Dado el nombre, sino el bautismo de la mora y aun judía consorte de tan infeliz marido, el cuento este pudiera empezar así:

«Érase un desesperado que iba á ahorcarse.»

Pero esto es ya acabar: no unamos los extremos, que en

consejo de razon deben andar separados, y procediendo con lógica, hagamos metódicamente la historia de este cuento, ó sea el cuento de esta historia, ó mejor aun, el cuento histórico de este divorcio.

Pues señor, el marido de esta mujer estaba desesperado, y en Dios y en verdad tenia para estarlo mil motivos reales, aunque no de vellon. Nunca jamás habia sentido en su alma ni un barrunto de simpatía, ménos de afecto, ménos aun de amor hácia su cara mitad, la gentil doña *Paupertas*, porque en hecho de verdad, tan mala hembra no podia inspirar á ningun macho, en achaque de afectos, otro que malquerencia y odio.

Era la tal de condicion tan áspera y salobre, que no hablaba sino por gestos de enojo; tan voluntariosa y dominante, que se habia puesto los calzones de don *Infeliz*, sin dejarle siquiera sus enaguas; tan cruel y cruelísima y feroz, que clavaba como puñal de dos filos su pensamiento y su deseo en las sienes y en el corazon y hasta en el estómago de su inocente adlátere, desnudo como ya dijimos: esta era doña *Paupertas*, fosco genio de todos los diablos, que se encarnaba perfectísimamente en esta bizarra forma: alta, descarnada, negra, bisoja, nariguda, dentilarga, pelicorta, en una palabra, una furia.

Despues de todo, no era mujer de gobierno, ni entendia de sala ni de despensa, ni mucho ménos de cocina. ¡Cocina! Diz que no queria tiznarse y tenia tez de hollin la inmaculada. Por manera que á su alrededor todo estaba *desaguisado*; es decir, desbaratado, desbarajustado, arruinado: tal era, fué siempre y siempre será doña *Paupertas*.

¿Por qué, pues, se casó con ella don *Infeliz*? Dicen que por tapparle el honor; pero no teniendo cosa de eso la señora, no tenia su novio nada que tapparle. Yo opino, y ha de ser esto lo cierto, que él no fué quien se casó con ella, sino ella la que se casó con él. Este *viceversa* esplica la duda y hasta la imposibilidad de union tan antipática, porque en vano dirá un hombre *te huyo* si lamujer ha dicho *ya te atrapo*, mayormente cuando la mujer atesora las dotes físico-morales de doña *Paupertas*.

Doña *Paupertas*, pues, atrapó á don *Infeliz*, á pesar de su racional disenso, y desde entónces vino don *Infeliz* siendo la víctima del pensamiento y deseo, ó sean dientes y uñas de doña *Paupertas*.

## II.

Es vez de la última disension doméstica.

Una noche los dos cónyuges se pusieron frente á frente. Esta figura es retórica, puesto que don *Infeliz* tenía su cara contra el suelo por no ver la de su esposa.

—¡Mujer de todos los diablos! decía don *Infeliz* con voz de treno; ¿hasta cuándo has de abusar de mi paciencia? ¿No te cansas de hincarme uñas, dientes y demás espinas de tu paupérrima entidad?

Doña *Paupertas* hizo un gesto de indiferencia, y don *Infeliz* prosiguió con su tono geremiaco:

—Si yo no fuera tu esposo, es decir, si tú no fueras esposa mía, podría ser yo hasta millonario; pero tú das en tierra con todos mis proyectos, y aun matas mis esperanzas. Después de todo, si fueras mujer de gobierno, estaría al ménos arreglada esta que más parece cueva de ladrones que hogar de un matrimonio honrado. Ni siquiera sabes guisar.

Doña *Paupertas* le enseñó los dientes más que mohina, como diciendo: ¡Vaya V. noramala! ¿Ha creído el pelafustan que vine yo al mundo para ser cocinera?

—Otórgame un favor, que será el primero y el último. Déjame viudo, *Paupertas*, que te lo pido con mucha necesidad.

Doña *Paupertas* rechinó los dientes y crispó los puños con tal violencia, que le salieron las uñas por el dorso de las manos.

El pobre de don *Infeliz* no fué ya osado á insistir en su demanda, y solo dijo en tono de súplica.

—Pues dame mis calzones y yo buscaré bucólica.

Doña *Paupertas* movió la cabeza en sentido de decir que los necesitaba ella.

—Dame siquiera tus naguas.

La implacable mujer se sonrió en son de burla.

—Pues saldré en camisa, gritó ya don *Infeliz* levantándose indignado, saldré si es menester en cueros vivos á pedir á voz en grito ante la Rota Romana el divorcio, el repudio, hasta tu muerte.

No bien hubo proferido esta amenaza, cuando la *descuartizada* esposa se lanzó contra el infeliz esposo, y dando con él en tierra, le clavó las veinte uñas, los treinta y dos dientes, y no sabemos cuántas puntas más.

### III.

Llévase á efecto el divorcio con toda la solemnidad de la fé pública.

En viéndose libre, es decir, en pié, don *Infeliz*, echó una mirada sobre su individuo y lloró sobre sí mismo: vióse flaco, arrugado, calvo, cano, antiguo como un sexagenario; y cuenta que solo tenia treinta años. Pero sacando luego espíritus de su flaqueza misma, insistió en la idea del divorcio con resolución más acabada.

No atreviéndose, empero, á arrostrar en nueva pugna y singular batalla las iras de su cara esposa, salió subrepticamente de su casa, que no era por cierto suya, aprovechando las sombras de la noche, con ánimo de darse á todos los diablos ántes que á doña *Paupertas*.

Ya habia dejado atrás la casa y el pueblo y una buena legua de camino, cuando oyó refunfuñar á su espalda; y volviendo en sobresalto la cara, columbró una forma alta, descar-

nada, negra, bisoja, nariguda, dentilarga, pelicorta... era doña *Paupertas*, que corriendo en zaga de él, le iba ya dando alcance.

Inclinóse entónces don *Infeliz* buscando en su camino un proyectil con que ejercitar el derecho y deber de propia defensa, y hallando solo un cuerno, lo asió en su precipitada fuga.

¡Un cuerno! El cuerno suscitó en su atormentada frente un recuerdo de nigromancia, que él mismo aceptó sin escrúpulo, como único medio de salvacion para sustraerse á las garras de doña *Paupertas*, quien le pisaba ya los carcañales.

Pero le faltaba otro cuerno con cuyo choque hacer la evocacion diabólica.

Y buscando este otro talisman, sin detenerse nunca en su carrera, trepó hasta la cima de un enhiesto monte, donde por casualidad y fortuna tropezó con lo mismo que buscaba.

Dueño ya de aquellas armas, se volvió con aire de triunfo hácia su incansable enemiga, y escupiéndole en el rostro, chocó siniestramente los cuernos.

La mujer se tuvo en aquel punto, y un hombre apareció súbitamente.

El hombre era oscuro, como la negra gasa de su lacia túnica.

—¿Me has llamado? preguntó.

—Sí, respondió don *Infeliz*.

—¿Qué quieres?

—Estoy ligado con vínculo indisoluble á doña *Pobreza*, y quiero el divorcio.

—¿Y qué me darás en trueque?

—Corta este nudo gordiano, y pídemelo todo cuanto poseo, que no has de engordar con las ganancias.

—Acepto el partido.

—Pídemelo, pues, que al mal pagador no duelen prendas.

—Dame tu alma.

—Carga con ella; pero dame tiempo para celebrar la suerte de tan feliz divorcio.

—Cien años.

—¡Generoso eres, hombre! Si tuviera otra alma, había de dártela también.

—Bástame una.

—Pues esa te ofrezco. Pero es el caso, amigo mío, que yo soy muy formal en todos mis compromisos, y, sin que sea desconfianza ni mucho ménos, querría de tu parte alguna prenda que garantizara el contrato.

—Ya la tienes.

—¿Cuál?

—La ausencia de *Paupertas*.

—Es verdad: desapareció esa condenada. Pero no me basta: quiero otra prenda más eficaz, más sonora, más dorada.

—Mírate bien.

Y el hombre oscuro se restregó el índice por un cuerno, y lo alzó luego encendido como un fósforo, á cuya siniestra luz se miró don *Infeliz* y vió que ya era don *Dichoso*: era un becerro de oro (dorado).

Don *Dichoso* se palpó, se manoseó desde los cuernos hasta las mismas pezuñas, y obtuvo toda la evidencia, oyendo sonar su cuerpo lo mismo que un real erario.

—¡Esto es! ¡esto es! dijo despues de una carcajada de insensata fruicion. Por fin tengo la dicha de ser becerro, es decir, de ser hombre.

Y soltó otra carcajada.

Luego añadió:

—Pero amigo mío, formalidad sobre todo, cual cumple entre caballeros. Veo con placer que soy becerro; pero ¿quién diablos me asegura tan dichosa metamórfosis por espacio de cien años?

—No quiero que valga mi palabra, porque al fin soy parte interesada y esto imprimiria un vicio en el contrato, que ha de ser perfectamente legal. Autorícelo la fé pública.

—¿Y á dónde diablos están ahora los escribanos?

—Aquí.

Y esto diciendo, hirió con su pié siniestro el hombre os-

curo la cima de aquel Tibidabo, y surgieron de repente, y como súbditos suyos, todos los escribanos muertos desde que hay fé púnica, ó pútrida, ó pública, en el mundo.

Y todos ellos la dieron bajo su firma; sino que al hacer la cruz del signo, desapareció Satanás arrastrándolos consigo.

#### IV.

De la dicha de don «Dichoso.»

Cuando cayó á los infiernos Satanás con toda la fé pública del celebérrimo contrato, don *Dichoso* no cayó á ninguna parte; ni tan siquiera tuvo necesidad de bajar del monte, porque el monte se bajó á sí mismo, convirtiéndose, por via de encantamiento, en un suntuoso y magnificentísimo palacio, en medio de una ciudad bella y populosa.

Como se ve por esta historia verdadera, como autorizada, por la susodicha fé, las almas valen mucho más en el infierno que en este pícaro mundo, cuando por una sola, y bien mezquina por cierto, da el diablo tal y tanto, miétras que aquí apénas hay quien dé por mil de ellas un mendrugo. Satanás ha de tener más conciencia que muchos mercaderes de este género.

Pero dejando esto aparte, por no ser del caso en nuestra historia, diremos continuándola que á don *Dichoso* no le faltaba ya nada para serlo.

Su palacio tenia siete pisos como el cielo de Mahoma, pero era mucho más *comfortable*, dicho sea sin ofensa del Koran divino. El primer piso era de jamon, el segundo de chorizo, el tercero de merluza, el cuarto de queso, el quinto de salchichon, el sexto de vino y el sétimo de leche y miel.

No hay para qué decir si se regalaria don *Dichoso* subiendo á estos siete pisos siete veces todos los dias (diarios).

Como don *Dichoso* era de oro, todo cuanto salia de su ga-

lardo cuerpo era tambien de idem; así, que ellugar más escusado de su real palacio era precisamente la tesorería de don *Dichoso*. Con solo esta operacion, digámoslo así, financiera, cubria decorosamente la que llamaremos lista incivil, y aun le quedaba un sobrante para tapar la boca á todos sus palaciegos.

¡Dichoso don *Dichoso*! esclama en este punto su cronista. Y enumera luego una por una todas sus virtudes, que, segun su cuenta, no eran ménos de siete, y no setenta, porque no hay más que tres teologales y cuatro cardinales.

Pasa despues á la descripcion de sus prendas personales, y lo pinta jóven y buen mozo.

No desmentiremos en esto al historiador, que sin duda era cortesano y aun tesorero de don *Dichoso*: en esto á lo ménos no faltó del todo á la verdad, porque es un hecho que don *Dichoso* habia criado, nõ solo pelo nuevo, si que tambien pellejo nuevo y hasta nueva edad, bien que su edad vieja constara á la sazón de sesenta y pico; tal era el trato que se daba y podia darse en un palacio tan confortable.

Y ahora esclamamos nosotros. ¡Buena vida la de un becerro! (de oro, por supuesto.) Ni siquiera una gota de hiel cayó nunca en el último piso, piso de leche y miel, como ya dijimos, ó sétimo cielo de don *Dichoso*, quien jamás volvió á ver ni oír ni aun recordar á doña *Paupertas*.

¿Dónde iria la condenada?

Sin duda á casarse con otro infeliz, porque la tal es polígama. ¡Y tan polígama! como que está casada simultáneamente con todos los infelices.

Pero escusemos digresiones. Decíamos que ni una gota de hiel cayó nunca en casa de don *Dichoso*, y eso que este, como todos sus homónimos, la habia derramado á hectólitros en casi todas las casas de sus convecinos. Cien veces, digámoslo ahora desmintiendo respetuosamente al susodicho historiador, cien veces debió ser ahorcado y recludo luego en presidio por toda su vida, en justa satisfaccion de la vindicta; pero los alguaciles no podían llevarlo á la cárcel; pesaba mucho: ni los jueces

condenarlo; era becerro: ni los verdugos ahorcarlo; tenia el pescuezo muy duro, como que era de oro, metal, digámoslo así, *indesnucable*.

Don *Dichoso*, pues, campaba por sus respetos, y seguia subiéndolo á los siete pisos siete veces todos los dias, y bajando otras tantas, como era natural, á la tesorería, al son de la música *celestial* que tocaban en su loa todos sus palaciegos.

No podia, nó, quejarse don *Dichoso* de la religiosidad del diablo en cumplir su compromiso; que el diablo fué en esta ocasion hombre de bien y aun caballero.

Así lo decia tambien el mismo don *Dichoso*, por no ser ménos que él en lo de caballeroso.

Pero ¡ay!...

No hay nada; porque esto es ya asunto de un capítulo distinto.

## V.

De cómo no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague (cuando media la fé pública).

Pero ¡ay! deciamos y repetimos ahora atando cabos sueltos; el tiempo, que es tan pesado en la desgracia como ligero en la dicha, se deslizó en este palacio con presura tanta, como si llevara sebo ó jaboncillo en las suelas de los zapatos. (Prosopopeya se llama esta figura, dice el historiador entre paréntesis).

Y veis aquí que una noche, en ocasion de subir á su sétimo cielo don *Dichoso*, halló una desdicha mucho más infeliz que la antigua adhesion de doña *Paupertas*.

Y fué que vió á sus bellisimas huries metamorfoseadas en feos y tiznados escribanos. Sí, los de marras. Y estos *marrajos* le notificaron *incontinenti* con la suma de fé pública de sus respectivas conciencias que desde el solemne acto del consabi-

do contrato, habian pasado ya 99 años, 11 meses, 3 semanas, 6 dias, 23 horas y 5 minutos y medio.

Oir esta sentencia de olvidada muerte, y caer desmayado el infeliz de don *Dichoso*, fué todo un punto. Y al golpe que diera en tierra quien era de oro macizo, apareció Satanás arrebuñado en su capa de tinieblas con recamos de puntas de tizon.

—¿Qué diablos haceis aqui? les preguntó el mayor de todos.

—No hacemos diablos, sino nuestro deber, contestaron con dignidad los dignos funcionarios.

—¿Qué deber es ese?

—Una diligencia de justicia, que se llama notificacion de parte en práctica forense, práctica que tenemos todos en las uñas.

—En mis cuernos os he de poner yo por diligentes, agradeciendo la eficacia. Y para que no se me olvide el galardón que merece vuestra puntualidad jurídica, hágame un nudo en el rabo.

—Muchas gracias, señor nuestro. Ahora bien, ¿secuestramos ya el alma de este becerro?

—Aun nó, dijo Satanás consultando su reloj: hasta que pasen 54 minutos y 30 segundos y medio, no puedo en conciencia tomar posesion de esa mercancía. La propiedad ajena debe respetarse.

—Sí, pero los derechos de curia, son una propiedad *propia*.

—Ya se cobrará todo cuando venza el plazo del contrato, que los contratos son tambien inviolables.

—Eso será lo que tase un sastre, es decir, lo que tasemos nosotros.

—Basta de jurisprudencia. Escondámonos.

Los escribanos volvieron á meterse en los lindos cuerpos de las huries de aquel sétimo cielo, y Satanás en el dorado cuerpo del becerro.

## VI.

Donde un fraile estaba á Satanás y aun á los escribanos, que es ya cuanto puede decirse.

El golpe del desmayado becerro, aunque sonoro, cundió como trueno horrisono por todos los siete pisos del palacio, inclusa la *tesorería*, donde habitualmente estaban los palaciegos contando noticias y otras curiosidades; y subiendo en tropel todos y en alarma, llevaron al moribundo rey de oros y copas á uno de sus tálamos conyugales, donde hubo de propinarle todas las yerbas y brevajes de la farmacopea, el protomedicato en pleno. Pero infructuosamente: don *ex-Dichoso* se iba á los infiernos por segundos.

En tan extremo trance, y no habiendo ya para recurso ni una hoja de yerba en el fecundo campo de la ciencia, los *doctores* tuvieron el dolor de desahuciarlo, y dejaron la cabecera del ilustre agonizante al padre fray Camándulas, confesor celebérrimo, si lo había, por sus famosas conversiones.

Solos quedaron muy luego ambos á dos siervos del Señor, haciendo una oracion que hemos de llamar primera de activa, por cuanto consta de una persona que hace y otra que padece, con su verbo *sustancial* si no sustantivo.

Despues hablaron bajo el sigilo de la confesion, y nadie, por consiguiente, podria dar cuenta de sus pecados sino ellos y Satanás, como quiera que estaba oculto dentro del mismo becerro.

Cincuenta minutos habian cobrado ya los *infrascriptos* á buena cuenta de su merced el diablo, y viendo su fin tan próximo el ilustre moribundo, alzó la voz cuanto pudo y....

—¡Venid todos! dijo.

Y fué toda su servidumbre.

—Sabed, añadió el hombre de oro, sabed y cumplid mi úl-

tima voluntad, si no quereis que me lleve el diablo. Ordeno y mando que mi dorado cuerpo sea enterrado sin cosa de pompa mundana en el humilde convento del Padre fray Camándulas.

Los palaciegos se sonrieron malignamente.

Sin embargo, todos ofrecieron cumplir la voluntad testamentaria.

Medio minuto faltaba para que espirara el término fatal y el moribundo tambien.

Y pasó el medio minuto.

Satanás salió del cuerpo de oro, sacando un alma de barro atada al rabo.

Los escribanos, ya *desmetamorfosados*, dieron fé del acto de posesion.

Y todos se fueron al infierno, sin que nadie los viera ni escuchara.

Falta ahora lo mejor, para coronar el cuento.

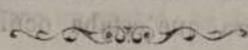
La última voluntad se cumplió religiosamente.

Una tosca piedra cerraba un sepulcro humilde en el convento de fray Camándulas.

Y el epitafio decia en latin bárbaro:

«Aquí yace don Félix Utroque,  
bienaventurado que duerme en el Señor.»

Despues de esto, solo falta ya decir *amen*.





## MOROS Y CRISTIANOS.

I.  
De cómo me arcabucearon cinco amigos.

Hay en la provincia de A. un pueblo, desde donde se ven distintamente los habitantes de la luna. No es ciertamente el Pico de Tenerife; pero es, lo juro yo, que he trepado á él *pedibus andando*, el Pico de todos los diablos. Fuera de esto, el pueblo es un pueblo como cualquiera otro, con la diferencia de no ser lo mismo. Casas de piedra-barro, y pocas; calles de riscos, y muchos.... hé aquí el pueblo. Pero dadle los edificios de Madrid, dadle las calles de Madrid, ponedlo donde mismo está Madrid, y sería la córte de todas las Españas.

Allí, pues, fui yo. Entraremos en el fondo, dado ya el mar-

co del cuadro. Y, como iba diciendo, fui allí á tomar los aires, ó más ingénuamente, las circunstancias, que tambien se toman, como los aires, segun vienen.

Tomábalos (las) con ese abandono, ó descuido, ó indiferencia, que espresa tan bien esa fórmula vulgarmente filosófica de *aquí me las den todas*, cuando vino á sorprenderme un espectáculo alarmante. Mirando por la ventana de mi gabinete, que, dicho sea de paso, podia ser tambien granero, y cocina, y hasta cuadra, porque habia allí utensilios para todo, vi levantar como un cadalso encima de una loma, y afectado pregunté á una vecina, que tambien podia ser vecino:

—¿Quién es el reo?

—¿Qué rey? me contestó el comun de dos, interrogando á su vez con indefinible estrañeza.

—El que ha de ajusticiarse en aquel patíbulo.

—¡Patíbul llama V. á aquello! ¡Hombre de Dios! Pues ¿no vé V. que es el castillo de María Santísima de la Cabeza, que los moros ganarán esta tarde y los cristianos mañana?

—¡Ah! ¿Conque estamos de fiesta?

—Ya verá V., ya verá V. cosas buenas.

En efecto: á eso de las tres de la tarde comencé á verlas, ó más propiamente, á sentir las, pues como si me hallara en el seno eléctrico de una tempestad, así oia vibrar los truenos en mis aporreados tímpanos: tal era el fragor de los trabucazos, repercutidos en las sinuosidades de los montes.

Para huir del foco de tan ruidosa tormenta, me dirigí á la inmunidad de la iglesia, dejando atrás la casa del primer mayordomo, en cuyo honor se hacía aquel simulacro de juicio final. Pero hé aquí que, cayendo sin pensarlo en las avanzadas del segundo, fui, como quien dice, hecho prisionero de guerra por un conocido, á quien se agregaron otros cuatro, y los cinco se empeñaron en obsequiarme, haciéndome honores de mayordomo. Yo afecté toda la modestia de una monja para sustraerme á homenajes exclusivamente debidos á los altos funcionarios de María Santísima de la Cabeza; pero ni por esas: preciso fué aceptar la más atenta de las groserías, y.... fui literal-

mente arcabuceado. Cinco tiros sufrí á quemarropa, porque, hay que subrayar este detalle, el trabucazo es allí tanto más obsequioso, cuanto más cerca se dispare de quien merece ser honrado. Aseguro modestísimamente que yo no lo merecía.

## II.

Trátase de un sacristan, y.... defectos consiguientes.

Luego que fui pasado por las armas, subí.... trepé á la iglesia, en cuya puerta me senté con el sacristan, el cura y el barbero, que estaba ya vestido de califa, con su bonete apuntado á lo Sha de Persia, sus gregüescos á lo Felipe II, sus mangas á la Stuarda, y su chaleco, faja y zapatillas á lo Cúchares. Ni el cura, con sus letras de licenciado en Sigüenza, ni con su mosaico indumentario, el barbero Grande, ni ménos el Pequeño (que así se llaman para distinguirse como si fueran Napoleones), podían competir ni mucho ménos en importancia con el sacristan, ante cuya presencia, aptitudes y actitudes, es preciso detenernos con respeto para arcabucearlo.... es decir, para honrarlo con la preferencia debida á su gran merecimiento.

Era (y será aun, si no ha ejercido ya en sus propios huesos una de sus múltiples funciones: la obra de misericordia de enterrar) era un hombre de cinco piés. No hay para qué decir que estos piés no son patas, porque entónces hasta para bruto le sobraría una al sacristan: son piés, piés de rey. Flaco, huesoso, encerrado en sus hopas verdinegras, pero no herméticamente, pues dejaba ver por debajo media vara de pantalones blancos, una cuarta de medias negras y dos piés cúbicos de alpargatas súcias; por arriba toda la lona de un velámen hinchado con viento en popa, y por medio ambos hipocondrios ceñidos con una faja, color de sangre de toro, amen de las mangas de su chaqueta de crudillo; coronando armónica y dignamente este monumento arqueológico, se destacaba una como

carátula ó cara de pergamino, rugosa, pajiza y desafeitada: así era el sacristan. Y así se paseaba desenfadadamente, ante nosotros sentados, con ese aire de autoridad del que pisa su terreno.

La tempestad de trabucazos continuaba, aunque á lo léjos, y conjurándola yo con mis abrenuncios, di ocasion al cura y al sacristan para proferir palabras características.

—Todo lo que se hace en honor de la Santísima Virgen bueno es; pero ¿cuánto mejor sería emplear en misas el dinero que se gasta en pólvora? dijo el cura con una espresion indefinible.

—*Pópolu esiste*, añadió el sacristan con énfasis de clásico, *pópolu existe la bis minorat, coro ante morum longis á me*. Y creyendo con razon, eso sí, que ni aun el cura, con toda su teología, fuera capaz de comprender su latin, lo tradujo libremente con esta gallardía: «El pueblo existe, la fé aminora: en el coro de los moros alojéme.» No hallando el cura motivo de aplauso en la libertad de nadie, y mucho ménos en la de un tonsurado, permaneció sério, grave, cejijunto; pero yo, que celebro la libertad de todos, aplaudí la del ciudadano sacristan á mandíbulas batientes. Y fué, por cierto, ingrato el moralista; pues tomando el rábano por las hojas, ó acaso por el rábano, se encaró, se *encaratuló* conmigo disparándome á boca de jarro el trabucazo siguiente: *¡Vae vóbilis, vili impi, qui delinquistis lege Dominis de altissimi!* Yo me eché por tierra, como si dijera, quedé fuera de combate; pero el cruel prosiguió despanzurrándome con todos los *¡Vae vóbilis!* de su evangelio, hasta que el cura, para cortar la refriega, recordó las vísperas, que se celebrarán en el capítulo siguiente.

### III.

Trata de unas vísperas, que, con permiso del sacristan, llamaremos «sicilianas.»

Recordó su merced las vísperas, mandando al monaguillo dar el último repique, y cuyo mandato espresó con esta fórmula:

—Deja.

—No dejes, gritó el sacristan, oponiendo á la del cura su fórmula, ménos canónica en verdad, pero más imperativa; y se *encaratuló* con su merced, dejándome ya á mi por muerto.

—¿Qué quiere decir que no deje? interrogó el cura, *encaratulándose* á su vez con el sacristan.

—Que no deje quiere decir.... que no deje, respondió el padre idem en castellano, si no tan retórico, más claro ciertamente que su latin.

—¿Por qué?

—Porque aun no han venido los moros.

—Las vísperas son para los cristianos.

—Y para los moros tambien.

—Los moros no entran en la comunión de los fieles.

—Eso reza con los moros de morería, y estos son de mogiganga.

—Distingo.

—Antes los he distinguido yo.

—Nó, señor.

—Sí, señor.

—¿Quién manda aquí?

—La costumbre *consuetudinaria* del pueblo. Sí, señor, «*Salus popolis suprema lex!*»

—Sepa V., señor sacristan, que yo no puedo conformarme con ese aforismo demagógico.

—Sepa V., señor cura, que con él se han conformado otros párrocos, que sabían tanto como V., ó... ó...

El contrincante dió tan mimica espresion á esta maligna reticencia, que, sin proferirla, pudo muy bien espresarla en sus dos ojos, que, abiertos, desencajados, circulares, podían leerse, deletrearse como dos oes, y traducirse por la afirmacion de que los párrocos predecesores sabían más que el actual.

Después de estas calabazas, el cura debió callar y calló, resignándose prudentemente á esperar á los moros para cantarles las vísperas, aunque *no entraran en la comunión de los fieles*, mientras el sacristan siguió paseándose con su gentil desenfado y sus piés cúbicos y su mirada triunfante y su risita irónica, así como diciendo: Me paso á todos estos por debajo de la pata.

El creciente fragor de la tormenta nos anunciaba ya la irrupcion de los bárbaros, ó sea de los moros y cristianos; y, apercibiéndose el sacristan, dió su vénia al cura para el acto de las vísperas, diciendo lacónicamente: «Ahora.» Y esto diciendo, metió en la iglesia sus cuatro piés, más uno, y ya con su beneplácito, *dejó* el mónico y entramos el cura y yo, saliendo el barbero Grande al encuentro de los suyos.

Abrióse de par en par la puerta grande, que era también la pequeña; el monaguillo encendió, el sacristan ocupó su puesto, el cura el suyo y el mio yo: el mio era un rincón; el del sacristan y el cura un banco, ni más ni ménos que el de los acusados, en primer término de la sagrada nave, é inmediatamente á las parihuelas, que no andas, de la Virgen.

En esto llegó la morisma de cristianos, y, agrupándose en el vestíbulo ó átrio, ó lo que fuera aquella delantera, fueron arca-buceando, no diré á la imágen, por respeto, aunque á ella era el honor principalmente, pero sí diré al cura y al sacristan, quienes murieron por la espalda, sufriendo ambos á dos sin estremecerse todos los honores que les correspondían.

Tributados, pues, los susodichos, apiñáronse en la puerta

más y más los moros y cristianos, hablando algarabía con la misma propiedad que si todos fueran moros, y comiendo garbanzos tostados con la franqueza misma que si fueran sacristanes todos. El sacristan se bajó las gafas, pues fuera de lectura, siempre las montaba él sobre las cejas, y entonó el coro; esto es, se entonó á sí mismo, porque no siendo el cura muy filarmónico, que digamos, el coro se componia del sacristan y.... del sacristan.

He dicho que se entonó, y no he sido exacto, por dos razones que apuntaré, toda vez que escribo una zarzuela. La primera porque *sí*, y la segunda porque *no*: ó lo que es lo mismo, porque se desentonó al *Deus in adjutorium*, y porque no volvió á entonarse hasta el último de los amenes, hasta no cantar, hasta un minuto despues de no cantar, minuto en que siguió desentonándose su eco.

Aparte de esto, y de sus prevaricaciones latinas, y de sus episodios castellanos, y de sus anatemas en *gringo* al monacillo (que se pasó á la morisma con armas y bagajes, ó con hupas y roquete), y de su ir y venir á despabilar (con los dedos, por más señas, limpiándose luego en su basquiña de medio paso), y de sus disposiciones *morocristianas*, y de sus... aparte de esto, digo, las vísperas se hicieron segun rúbrica.

#### IV.

De la procesion y demás escesos de moros y cristianos.

De antemano os he dado el prototipo de la falange moruna, al tener el honor de presentaros al barbero Grande, vestido de punta en alto; pero habiendo adoptado ciertas reformas los que, segun el sacristan, debieron ceñirse á aquel ideal (sin duda suyo), y no habiéndoos dado prototipo ni aun tipo de la morisma cristiana, bueno es consagrar siquiera un momento á

estos detalles, que no entra por poco en las costumbres la parte indumentaria.

El bonete de la soldadesca mora no era á lo persa, sino á lo indio, con sus cintas, plumas y otras zarandajas; ni los gregüescos á la española antigua, sino á la cosaca; ni las mangas á la escocesa, sino á la respectiva camisa; ni el chaleco, faja y zapatillas eran de ningun torero, sino de cada quisque. Pero fuera de este bello desórden, la copia correspondia con su original de que doy fé: todos tenian en el fondo un aire tan propio, como el simun que sopla en los desiertos del Africa.

Pero callen todos los moros, sin esceptuar al Muley-Abbas del barbero, adonde se destaca la gran figura, la figura original, escultural, monumental, del Gran Cristiano, especie de Muley-Abbas católico, apostólico y romano. Vestia... no sé por dónde agarrarlo; lo agarraré por los cuernos. Vestia un tricornio de polizonte, unas botas de realista, un pantalon de nacional, una chaqueta á la zuava, todo un crucifijo por venera y una tizona á la Bernarda.

Postdata. Se me olvidaba la faja, omision que no se me perdonaria, tratando de un general español. Y la faja á la *negligée* (vulgo) á lo contrabandista.

¿Podrá darse un mosaico más abigarrado que este califa cristiano?

Sí: su falange, ó batallona, ó bataola, que era un *potpourri*, un revoltillo ó gatuperio, donde iban juntos y desuniformados todos los uniformes, desde el bonete hasta la esparteña.

*Uniformados* así, y armados con sendos trabucos moros y cristianos, se pusieron en camino (ó sea en procesion, por dar gusto al sacristan en tecnicismo) y llevaron á la Virgen, con los honores consabidos, á una ermita, donde rezó el santo rosario la morisma, trayendo despues á la Señora, siempre con los mismos honores, al castillo, que á mí me pareció cadalso.

Subida á él (al castillo) tomaron posicion las tribus beligerantes; los cristianos al lado, y los moros en contra de la Virgen. Y avanzando estos, y esperando aquellos, vinieron á quedar á tiro de escopeta, ó sea de relacion.

Y ételos ya en procinto. Una inmensa y compacta muchedumbre, ó por seguir dando gusto al sacristan en tecnicismo y retórica, un gran *gentío de gente* se apiñaba en derredor del palenque, circunscrito con una soga en estacas, tomando cada cual partido por el Emir de sus simpatías: quién apostaba por el cristiano; quién ponía por el moro; quién.... Pero al fin se convinieron, á lo ménos en mi grupo, en que, atento á lo valiente, valientes eran así el uno como el otro, si bien el bárbaro tenía más *rectórica* que el cristiano. Sin que yo lo diga la *c* de esta *rectórica* habrá revelado ya al autor de este dictámen. Aunque *decido* de génio, el sacristan era el hablador más *perfeto* de todo aquel *districto*.

Las formas de espresion de este dictámen y de todos los dictámenes hacian el ruidoso efecto de la resaca del mar entre el chinorro, cuando de repente, y dominando tan atroz palabrería, cundió un ¡schit! universal, silbante y rafagoso, como si el soplo de un vendabal se escapará por las rendijas de un vidrio, y todo quedó en silencio. Alguien tosió para hablar. Oid: el moro grande habla.

«Oyeme, tú, mal cristiano,  
perro, sin ley ni vergüenza,  
¿me reindes el castillo,  
¿te cuerto la cabeza.»

A este ex-abrupto contestó el Gran Cristiano con todas las fuerzas de sus facultades fónicas:

«Calla, bárbaro impio;  
tú si que eres perro, pues blasfemias;  
asina no riendo la Virgen:  
ven á ver si me la cuertas.»

—¿La vírgen, ó la cabeza? interrogué yo en secreto al sacristan.

—La cabeza, me contestó él con toda la formalidad del que enseña al que no sabe.

Un rato así estuvieron moro y cristiano hostilizándose con

tales cascos de metralla, hasta que ardiendo en verdadera rabia el mahometano, avanzó unos pasos con gentil talante, y blandiendo su tizona, dijo con voz más recia:

«Pues morirás, perro, pillo,  
infame, general de hembras,  
y morirás, por lo asno  
que estás de la calavera.»

—¡No moriré! gritó á su turno con su voz de gañote el Gran Cristiano. ¡No moriré!... Pero lo diré en verso, como lo dijo él:

«¡No moriré! porque confío  
en la Santa Madre Ilesia,  
que me hará á mi trunfo y á tí vitima  
Asina. ¡Soldaos! ¡á ellos, y decetra!»

Y se armó allí la del Salado.

Entrada ya la noche, *Palas* se fué con los moros y *Palos* con los cristianos; esto es, el campo quedó por Mahoma.

El Gran Cristiano, prisionero ya, se arrodilló ante la Virgen, prisionera tambien, y en esta actitud, aunque incómoda, lo dejaremos hasta la mañana siguiente, en que.... continuarán el combate, procesion y demás escesos de moros y cristianos.

## V.

De cómo el Gran Cristiano subió al patíbulo, como merecía por sus hazañas, para libertar á la Virgen del poder de los sarracenos, y de cómo oyeron misa moros y cristianos y.... •decetra•

La hora señalada para continuar la fiesta era la de las ocho de la mañana; pero no dando el reló público esta hora.... ni las otras, por la sencilla razon de estar el pueblo como yo, *desrelojado*, fui desgraciadamente tarde al paraje del patíbulo.

Sin embargo, no llegué tan á deshora que no oyera el principio del fin de esta epopeya. ¡Bárbaro! ¡Impío! gritaba el Gran Cristiano.... Pero lo diremos en verso por no alterar el texto.

«¡Bárbaro impío! toda la noche  
la he pasado en penitencia,  
lo cual la Virgen me ha dicho....  
estas sus palabras:—Tan y mientras  
que los moros duermen, gúelve  
y en mi santo nombre pelea,  
que yo te imprometo el trunfo.—  
¡Sús! Aquí te quiero, escopeta.»

Y arremetió con los suyos á los moros sorprendidos, cuyo califa decia:

«Eres un vil, Gran Cristiano,  
porque tomas por sorpresa  
lo que ganemos en ley,  
no con ardiles ni tetras.»

Vencidos, pues, los moros á su vez por los cristianos, partieron todos hácia la iglesia en tumulto, ó en procesion, si se quiere, toda vez que allí iba la Virgen, amen del cura y amen del sacristan y amen de otros amenes, satisfechos todos del desenlace del drama, ó *de la dracma*, hablando *rectóricamente*.

El banco de marras era ahora la silla presidencial del ilustre Ayuntamiento, cuyos individuos, autorizados con la doble investidura de sus sendas capas y varas, varas, si no de jurisdiccion, de almendro, se acomodaron en bancos laterales.

Cuatro palabras sobre el presidente.

El presidente no era digno de aquella corporacion; ó, más propiamente, aquella corporacion no era digna de un presidente que no llevaba capa ni vara de almendro, y se sonreia con cierta sonrisita, que aceptaban por suya inocentes y maliciosos. No era de allí, habia respirado en mejor atmósfera; aunque mala no es la de aquel sublime pueblo, especialmente

para los tísicos; era hombre de letras y de mundo, y *dejaba hacer*. ¿Por qué estaba en aquel pueblo?... Acaso por tomar, como yo, las... los aires.

Y prosigo. Acomodados todos dentro, ó fuera de la iglesia, Madre de tan estrecho regazo que dejaba al aire libre á la mitad de sus hijos, se celebró la misa mayor solemnemente, sin diáconos ni sermón, pero con sacristan y plática, que enderezaba el idem, á vueltas de su canto llano, al monacillo, porque dejó caer el misal al tiempo de mudarlo; á los párvulos porque lloraban; á las madres porque los llevaban; á los padres porque les daban mala crianza; á los moros porque le tapaban la luz; á los cristianos porque no tenían cosa de *pulítica*, diplomatismo que envolvía el gran sentido de una alusión culinaria, pues no le habían puesto cubierto en el ambigú. Bien es verdad, lo diré aquí en defensa de los aludidos, que el ambigú de aquellos cristianos no se comía con tenedor ni cuchara: se comía simplemente con.... jarro.

El mayordomo de la fiesta, funcionario dividido en tres ó cuatro volúmenes, tenía su foco de electricidad en la sacristía, desde donde disparaba, á guisa de Tonante, los rayos y centellas de su imperio, imperio compuesto de dos elementos; pólvora, es decir, fuego y agua.... ardiente, fuego también: el fuego era la síntesis del programa.

Después de la misa mayor, que, como las vísperas *sacristanas*, se celebró, según rúbrica, las dos hordas belicosas cubrieron la carrera, como se dice militarmente, formando en dos filas á uno y otro lado de la puerta de la iglesia, y en esta actitud de honor esperaron para tributarlos á quien los merecía. (Yo salí antes por no merecerlos.)

Poco se hicieron esperar los mercedores, y en honra á sus merecimientos fueron pasados por las armas, según iban saliendo, los cuatro volúmenes de la mayordomía, el ilustre ayuntamiento en pleno, todo el clero de aquella mezquita y demás personas notables.

Luego tuvo lugar lo que el curioso lector verá en el capítulo siguiente.

## VI.

Trátase del bautismo y de los cetros.

Abstrusa, arduísima, peligrosa, parecerá por cierto la materia de este artículo, cuyo epígrafe envuelve nada ménos que la teología y la política, ahora que se va á Roma por todo y hay tanto pequeño Gran Duque descoronado, sin contar los que se descoronarán. Pero, con decir que este bautismo no es de agua fresca, ni estos cetros de rey, como los piés del sacristan, habré restablecido la calma, y podré continuar sin infundir alarmas la accion de esta zarzuela histórica en seis actos y en verso.... heróico:

(«Asina no te riendo la Virgen:  
ven á ver si me la cuertas.»)

Pues señor, los moros de esta Barbarería hubieron de sentir durante la misa mayor algo de vision beatífica, pues todos, desde el Califa hasta el tamborilero, decidieron renegar de las zuras coránicas y abrazar el evangelio del sacristan. Pero, como á esta comunión no se puede entrar sino por la puerta del.... de la taberna, todos recibieron el bautismo de agua..... ardiente, siendo los compadres *ambos á cuatro* mayordomos. (Locucion *rectórica*.)

La ceremonia fué larga, pues estuvieron bautizándose hasta las tres del susodicho reló, que serían las cinco, cuando ménos; y entónces subieron todos hácia la iglesia á solemnizar con los honores de marras la otra ceremonia, más clásica que todas, *de tomar los cetros*.

Yo prejuzgué, al oír esta fórmula régia, que se iban á ungir media docena de reyes, y asistí, ansioso de ver con qué zumo hacía el sacristan el óleo del derecho divino; pero mi gozo en un pozo. El sacristan no hizo tal unguénto, concre-

tándose solamente á entregar dos báculos mugrientos á otros dos de los cuatro mayordomos entrantes, con una fórmula especial de investidura en latin, que no pude yo traducir por no saber el árabe.

Como los mayordomos eran cuatro, dos solamente empuñaron los cetros y fueron en procesion, quedando los otros dos sin empuñar nada. Pero los cuatro, eso sí, fueron objeto, ó, con más *rectórica*, *objeto* de las mayores demostraciones de honor, por parte de los cristianos viejos y neófitos.

Vuelta la procesion, los arcabuceros acabaron de gastar su pólvora, y fueron á lavarse los tiznes consiguientes á... la pila bautismal de los catecúmenos; y el sacristan, dejando ya su basquiña de medio paso, tomó otra de paso entero, retirando justamente el cargo de su alusion personal. Despues todos se despidieron en gracia no sé de quién hasta otro año, que esperan con gratas *reminiscencias*, segun la frase de un mayordomo tan *repulistis* y *rectórico* como el mismo sacristan.

## VII.

### Conclusion.

Si alguna vez vuelvo á esa fiesta aniversaria, la morisma de aquellos cristianos ya habrá leído esta *zarzuela*, y definitivamente me arcabuceará. ¿Qué importa? Iré. De ahora para entónces les haré justicia, reconociendo, como reconozco, que ya merezco los honores de que ántes era indigno.





## LA LLAVE DE ORO.

De un padre y de una hija.

No hace mucho tiempo, vivia... donde vivia, un don Teófilo, señor ya maduro, que, educado por gente de iglesia, profesaba en religion, en moral y hasta en política, principios tan severos, que era señalado comunmente como un modelo perfecto de virtudes.

En efecto, para él, aunque lego, no habia más que una ciencia, la teología; no más que una verdad, Roma; no más que un ministerio, el sacerdocio; principios que se reflejaban hasta en su levita, especie de hopa clerical, que iba devotamente besando sus calcaños. Y aplicando este su criterio, que pudiéramos llamar ecuménico, á la variedad infinita de las relaciones humanas, desechaba por antisocial todo lo existente,

quedándose tan solo con su teología, su Roma y su ministerio.

Sus ejercicios eran diariamente la misa conventual, las vísperas y el santo rosario, á vueltas del *Flos sanctorum* y *La Regeneracion*, adelantando siempre muchos pasos más en este camino del cielo con frecuentes confesiones, ayunos, cilicios y otras penitencias.

Por lo demás, los negocios temporales lo ocupaban poco; pues acudir con su voto á los colegios, como lo hacía cada vez que de elecciones se trataba, era para don Teófilo como acudir á una guerra santa contra infieles, para extirpacion de las herejías y paz y concordia entre los príncipes cristianos.

Y era pobre el don Teófilo, ó lo que es lo mismo, era rico; es decir, era á la vez rico y pobre, pues imitando como bienaventurado la pobreza *afectiva* de San Francisco de Sales, podía ser, y era teológicamente pobre, sin dejar por eso de ser rico.

Por lo que hace á la legitimidad de su pobreza *rica*, ningun hereje osaria ponerla en duda, ni aun otorgándole el libérrimo ejercicio de su empecatada autonomía, pues todo lo habia heredado de su Santa Madre Iglesia, y acrecido con la economía de su ama de gobierno, esdrújula y viuda como él, y como él honesta por voto de castidad, condicion *si ne qua non* para vivir bajo su techo.

El buen señor tenia una hija única, y añadiré legitima, para cerrar el paso á la malicia, toda vez que don Teófilo era don Teófilo. Y os va á parecer inverosímil la prosopografía de esta bellísima criatura, la hija, se entiende, pues el padre era, y no podia ménos de ser, una criatura bastante fea. De formas ligeras, pero completas, redondeadas, mórbidas: alta, derecha y flexible como una palma; blanca, limpia, luminosa como la primera estrella, pero de pelo negro y ojos negros, negros y grandes, y rasgados, como diría Ben-or-van-ar soñando huries á la sombra de un granado; Ursula, que así se llamaba la moza, con sus dientes de perlas y sus lábios de rubíes, breves, húmedos, frescos siempre como si Dios los acabara de pintar,

era la encarnación de la estética en un tipo de mujer. Y para que nada faltara á la azucena, habia cierto perfume en su expresion alegre y triste á la vez; alegre, por sus quince años; triste, por su amor soñado, adivinado, solitario.... preso. He ahí la vera efigie de Ursula. ¡Ursula! única cosa fea que tenia la hermosa; bien que don Teófilo, dado siempre á los esdrújulos, no encontraba en el santo martirologio otro nombre más armónico, excepto el de Bárbara, que no le puso porque ya estaba muy repetido en la familia.

Don Teófilo, pues, aunque romano, conocia perfectamente todo el valor extrínseco de esta española, y la guardaba como oro en paño, es decir, como monja en celda; porque celoso de la felicidad de su hija, habia irrevocablemente resuelto casarla á su regalado gusto, al gusto de él, se entiende, más de un poco desabrido.... Meditando sin cesar en este grave asunto, que era á un mismo tiempo su derecho y su deber, pasóle por las mientes una reforma religiosa, por lo que hace al celibato clerical; idea que rechazó *in continenti* como un pecado enorme, y pecado de que se acusó con golpes de pecho, pudiendo así, aunque no sin escrúpulos, tranquilizar su conciencia. Y era que el padre de esta hija, en sus piadosas aficiones, hubiera querido casarla con un arzobispo; mas no siéndole dado ni aun pensar en ello, resolvió casarla con un sacristan, toda vez que fuera conde ó marqués ó duque si quiera.

Y he aquí cómo se justifica la rigorosa prision de una inocente, á quien tenia reclusa con rejas y celosías en las ventanas, llaves y cerrojos en las puertas, y cerberos y cerberas en el zaguan de la casa, hecha al gusto y diseño de don Teófilo.

La cautiva solo salia de su encierro los dias de fiesta para ir á misa, volviendo inmediatamente á la prision, acompañada de la dueña Brígida y del dueño don Teófilo, que aun sin salir la vigilaba, cual si tuviera cien ojos, como el Argos de la fábula. Y diz que al volver la hija, el padre la rociaba con agua bendita, mascullando paternostres á guisa de conjuro, por si algun galan anticatólico le hubiera hechado la vista encima.

Saber Ursula qué cosa era un teatro, una novela, un baile, era ajeno á su crianza y costumbres: estaba á oscuras en todo. Y sin embargo, amaba la luz: la luz de un preso es la libertad; la libertad de una mujer, el amor.

## II.

Donde una serpiente fascina á una paloma.

Una mañana tenia don Teófilo que evacuar diligencias perentorias, y salió en gracia de Dios, asegurando previamente llaves y cerrojos, y prohibiendo, como siempre, á sus cerberos abrir la puerta, como no fuera para el santo Oleo. Hubo sin duda de ofrecer dificultades la gestion de sus negocios, pues era ya media tardé sin que el buen señor hubiera vuelto á casa.

Brigida se alarmó por el retardó, y hecha una Magdalena, comunicó sus temores á la presa por un como locutorio. Ursula, alarmada á su vez, lo encomendó al ángel de su guarda y santo del dia, y no pareciendo aun, despues de la encomienda, osó desencajar la celosía y asomar toda su hermosura á la ventana, donde permaneció buen espacio mirando á las avenidas de la calle, ora por el deseo de ver venir á su padre, ora por el de ver la luz, toda la luz de la tarde, con sus grandes ojos abiertos, aprovechando un pretesto irreprochable.

Sucedió que un galan muy bien vestido, eso sí, pero enjuto, huesoso y negro como un carbon, de nariz grande, de boca más grande, de orejas muy más grandes y de ojos pequeños, punzantes y lúbricos como los de un sátiro silvestre; este feísimo galan vió á la bellissima núbil puesta de pechos en la ventana, y se le acercó resueltamente.

Ursula no vió al profotefo hasta que estuvo al pié de la reja, hasta que oyó sus requiebros; y aunque asustada al ver y oír tan cerca aquella antitesis, y bien que quisiera con doloroso afan sustraerse á la mirada candente de aquellos ojos de fósfo-

ro que penetraban ardiendo por el cristal de los suyos hasta el cielo de su alma, permaneció en la ventana sin poder huir, sin poder volver la espalda, sin poder desviar la vista, quieta, muda, fascinada.

El galan, feo y todo, se despachó á su gusto.

Un largo espacio pasó, espacio de un rosario sin avemarias ni paternostres, pero con letanía más que diabólica.

Y Ursula, la castísima Ursula, quieta, muda, fascinada.

—¡Ah! exclamó por fin, arrancándose de la ventana y desapareciendo de repente.

Habia visto á su padre al lado del galan.

—¿Qué hace V. aquí? interrogó don Teófilo.

—Ya lo ve V., enamorando á esa hembra, contestó el galan con calma imperturbable.

—¿Cómo?

—¿Es V. sordo? Pues bien, se lo repetiré á voz en grito: ¡Enamorando á esa hembra!

—¡Schut! ¿Y por qué la enamora V?

—Porque me gusta.

—¿Que le gusta dijo?

—Muchísimo más que V.

—¿Y con qué permiso osó el libertino tanto?

—Con el de mi real persona.

Y el profotofeo estiró la susodicha irguiéndose como una girafa.

—¿Y ha osado V. hablar con ella mucho tiempo?

—Muchísimo.

—¿Y ella ha osado oír á V?

—Quieta, muda, fascinada.

—¿Y qué ha osado V. decirla, hombre empecatado?

—Que quiero casarme con ella.

—¿Cómo!

—¿Que cómo? Pues, casándome.

—¿Se está V. burlando de mí?

—Nada de eso, que hablo muy sériamente. Yo puedo casarme con la que quiera casarse conmigo, en uso de mi libre autonomía.

- ¿Autonomía dijo V?
- Eso dije.
- V. es un socialista.
- Bien puede ser.
- Y un hereje.
- Acaso,
- Y un diablo.
- Quizás. Pero eso no obsta para que me case con esa hembra.
- Es mi hija.
- Sea enhorabuena; con su hija me casaré, socialista, hereje y diablo como soy.
- Niego mi asenso.
- ¡Cá!
- ¿Qué quiere decir *cá*?
- Cá, quiere decir que V. mismo ha de entregarme á su hija.
- Mañana la encerraré en un convento.
- ¡Já! ¡já! ¡já! Si nos casamos esta noche, hombre de Dios.
- ¡Mil veces nó, hombre del diablo!
- ¡Calma, calma! que todo se arreglará.
- Vaya V. al infierno.
- Allá voy. ¡Ea! hasta luego.

### III.

#### De la correccion paterna.

Hasta que torció la calle el hereje, ó lo que fuera aquel extraño galan, no entró en su casa don Teófilo; y aunque no era responsable de la herejía ninguno de sus confidentes, él, en su santo celo, acusó de ella á todos y aun los conminó con los castigos eternos.

Entró luego en la celda de Ursula, con quien tuvo la de Dios es Cristo, haciéndole, con razon, irrefragables cargos, y pidiéndole cuenta, ó más bien confesion de sus pecados.

—Haga V. la señal de la cruz, dijo con toda solemnidad á la presunta reo.

Y hecha, prosiguió:

—¿Jurais decir verdad en lo que fuéreis preguntada?

—El segundo no jurar su santo nombre en vano, respondió simplemente la muchacha.

—No es en vano, repuso don Teófilo con voz de trompeta de juicio final. ¿Jurais decir verdad?

—Sí juro.

—Si así lo hiciéreis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.... ¿Quién es ese hombre?

—¿Qué hombre?

—Aquel.

—¿Qué aquel?

—¡El diablo.... que se lo lleve!

—No lo conozco.

—¡El quinto no mentir!

—No miento, señor.

—Pues si no lo conoces, hija empecatada, ¿cómo se concilia el hecho de hablar con ese libertino?

—No era yo quien hablaba con él, sino él quien hablaba conmigo.

—¿Qué metafísica es esa?

—No es metafísica.

—Pues ¿qué es?

—Verdad.... verdadera.

—Bien; pero tú asentias, püesto que lo escuchabas.

—Yo, por mí, no queria escucharlo.

—Pues si no querias, ¿qué te obligaba á escucharlo?

Ursula no sabía darse cuenta á sí misma, ni mucho ménos á su padre, de aquel extraño fenómeno: así que, cuando el juez, continuando su inquisitiva, con su voz de trompeta final reiteró su preguntado:

—¿Por qué, dime, condenada, por qué oías sus impúdicos requiebros?

La hija contestó con sencillez angélica:

—Porque.... porque sí.

—¡Jesús! exclamó el devoto con escándalo al ver ingerir en su auto sacramental una razon zarzuelesca.

Y añadió santiguándose:

—¡Conque la hija de don Teófilo Campo-Santo no se sonroja ya de oír palabras obscenas!

—Sí me sonrojé, padre mio, dijo llorando la cándida.

—Y entónces, ¿por qué no te retiraste de la ventana?

—Porque.... porque nó.

—¡Ave María Purísima!!!

Don Teófilo, como si se sintiera segunda vez descalabrado, llevó entrambas manos á su tonsurada testa, y en ella las retuvo espacio de un credo y una salve, que rezó ante las efigies de un altar, imponiendo luego á la pecadora quince dias de ayuno y treinta tercios de rosario en cruz y en hinojos, por via de penitencia; y diz que no la sometió á cuestion de tormento, no por sus lágrimas de arrepentimiento y propósito de la enmienda, mas porque no habia Santo Oficio.

Despues sacó de su honda faltriguera un número de *La Regeneracion*, periódico que pudiéramos llamar *impermeable*, y pegándolo con obleas sobre la ya clavada celosia, quedó la habitacion á oscuras.

Salióse entónces á tientas, no sin haber prevenido á Ursula que hasta salir para el cláustro no habia ya de ver más luz que la que penetraba por el papel susodicho.

Cerrada esta puerta y todas las de la calle con llaves y cerrojos y cadenas, y renovada con apercebimientos terribles la consigna de guardar la casa al portero y á la portera, al criado y á la criada, personas todas de absoluta confianza, como cristianos viejos que eran, don Teófilo llamó á Brígida, gran ama de gobierno, no solo por su economía, si que tambien por su aptitud en esto de resolver cuestiones árduas, y refiriéndole el caso con todos sus pelos y señales, le rogó le aconsejara para

deliberar con acierto en tan grave negocio, y el ama le aconsejó lo mismo que él había pensado, á saber: echar el velo y los votos encima de Ursula, recluyéndola desde el dia siguiente en calidad de novicia en la más estrecha clausura religiosa.

#### IV.

Cómprense una mano y un alma.

Con estas y las otras llegó la noche, y con ella el término fatal señalado por el feísimo y resuelto pretendiente para casarse con Ursula.

El suegro de tal yerno, encastillado en su casa, que él con su familia exclusivamente habitaban, y guardado por servidores fieles y devotos, no tenia por qué temer; y rezando pacíficamente, hacia lo que se llama *hacer tiempo*, para acostarse en gracia de Dios, cuando oyó á sus espaldas una voz, estraña sí, pero no desconocida.

— Buenas noches, dijo familiarmente el que era, acercándose sin hacer puntos ni comas.

Don Teófilo volvió la cabeza y saltó de su poltrona, sorprendido al reconocer al profeteo.

— ¡Jesús! exclamó haciendo una santiguada. ¿Por dónde ha entrado V., espíritu maligno?

— Por la puerta, contestó el intruso con muchísima calma.

— ¡Fracturándola!

— Sin fracturarla.

— Miente V., porque estaba muy bien cerrada con su llave, su cerrojo, su aldaba y su cadena.

— Efectivamente; pero llamé y me abrieron.

— ¿Es posible?

— Ya lo está V. viendo.

- ¡Le han franqueado la entrada!
- ¡Pues nó!
- ¿Con qué permiso?
- Con el mio.
- ¡Dios uno y trino! Pero ¿quién, quién, quien le ha abierto á V. la puerta?
- Mis criados, mis criados, mis criados.
- ¡Sus criados!... No comprendo..... Hágame V. el favor de explicarse....
- Con mucho gusto. Como el que paga es siempre el amo, los criados de V. son míos, cuando me cobran.
- ¡Es decir que me los ha sobornado V!
- Es decir que he pagado por la entrada lo que han querido pedirme.
- ¡Se le han vendido!
- ¡Hasta la devota Brígida!
- ¡Infieles servidores! infieles, herejes, judíos, dijo el suegro de su yerno poseído de santa indignacion.
- Y avanzando hasta el dintel de la puerta de la estancia, sin perder de vista á su grosero hijo político, gritó llamando á los domésticos:
- ¡Críspulo! ¡Hipólito! ¡Mónica! ¡Brígida!
- Puede V. ahorrarse esos gritos, dijo el futuro con su calma heroica, porque no acudirá ninguno de esos esdrújulos.
- ¡Cómo! ¿los asesinó V. acaso?
- Nada de eso; están sanos y.... salvos.
- ¡Y salvos! Eso quiere sin duda decir....
- Que huyeron con sus ganancias.
- ¿Conque segun eso estamos solos?
- Solitos.
- ¡Cruz del Salvador! ¡A solas yo con este hombre infernal! Voy á llamar á la policia.
- Ahórrese V. tambien ese trabajo, porque esa señora está durmiendo, y no se despertará hasta que yo la llame.
- Pero hombre del infierno, ¿cómo tiene V. valor de entrar en mi casa?

—Nunca falta eso á un amante para entrar en casa de su futura.

—¿Qué quiere decir futura?

—Quiere decir que Ursula *será* mía.

—¿De V!

—¡Flaco es V. de memoria! ¿No le dije esta tarde que vendría esta noche á casarme con su hija?

—Pero yo jamás creí que se atreviera V. á tanto!

—¡Oh! yo cumplo siempre todo lo que ofrezco, mayormente tratando con personas de tanto respeto.

—¿Es posible ya tanto cinismo?

—Os lo juro bajo palabra de honor.

—¡Oh tempora! ¡Oh mores! Bajo palabra de honor jura este sacrilego robarnte á mi hija!

—¡Cá! Si cuento con la voluntad del padre.

—¡Nunca!... jamás daré mi asentimiento.

—No es su asentimiento lo que pido yo.

—¿Pues qué diablos pide V?

—Ni diablos tampoco.

—¿Pues qué, qué, qué pide V?

—A su hija, á su hija, á su hija.

—Le digo á V. que nó...

—Le digo á V. que sí.

—Antes la mataría.

—Eso será lo que tase un sastre.

—Aquí no hay más sastre que V., señor libertino.

—Ciertamente, y por eso voy á tasarlo.

—Lo que ha de hacer V. es irse á la calle.

—Antes de cinco minutos. Pero mas ántes vamos á cuentas.

Contratemos.

—¡Caballero! ¿Cree V. que don Teófilo Campo-Santo es de los que venden su alma á Satanás por cuatro cuartos?

—Por cuatro cuartos nó, pero por un millon...

Y metiendo aquella mano siniestra en su bolsillo, derramó la cantidad en oro sonante á los piés de don Teófilo.

—¡Caballero! exclamó este altamente ofendido: rechazo esa

infame seducción con toda la honradez de mi alma. Y sabed que si no la guardara para Dios, ahora mismo os retaría al campo del honor para que me respondiérais del ultraje.

—Diez millones, dijo el otro derramándolos en el suelo, sin hacer caso de tales aleluyas.

—Caballerito, guárdese V. sus millones, que á mí me basta mi honrada pobreza.

—Cincuenta millones, dijo impassiblemente el yerno, derramándolos sobre los otros.

—Hágame V. el favor de retirarse, señor mio, y no me tiene la paciencia.

—Ochenta millones.

—Pero, amigo mio....

—Cien millones.

—¡Este hombre me va á volver el juicio! dijo don Teófilo de un modo indescriptible, retrocediendo unos pasos para hacer lugar á aquel monte de oro:

Y añadió despues de una pausa de reflexion profunda:

—Bien mirado, mi disenso es irracional. Si V. puede y quiere hacer feliz á mi hija, yo no debo lícitamente oponerme.

El yerno se sonrió solapadamente, y el suegro continuó:

—V. ama á mi hija, ¿no es verdad?

—Eso no es cuenta de V.

—Ciertamente, pero.... en fin, ¿quién es V?

—Un hereje.

—¡Hereje!... Bien: esa no es cuenta mia: allá VV....!

—Venga, pues, esa finca.

—¡Cómo! ¿Se la va V. á llevar ya?

—Ahora mismo.

—¿A dónde?

—Al infierno.

—¡Jesús! ¡Qué cosas tiene V!

—¿Se opone V. quizás

—Nada de eso, hijo; pero ántes es preciso que os desposeis ante *faciem ecclesie*.

—Yo no entiendo de.... latin.

—Pues entónces, señor lego, no hay nada de lo dicho.

—Doscientos millones, repuso el pretendiente, sacándolos sin duda del abismo y tirándolos sonoramente al suelo.

—Jamás venderé mi alma por vil oro.

—Si es su hija.

—Ni mi hija.

—Trescientos millones.

—No quiero cargos de conciencia.

—Cuatrocientos millones.

—Déjeme V. en paz.

—Quinientos millones.

—No me tiene V., hombre diabólico.

—Ochocientos millones.

—Pero.... hombre de Dios...

—¡Mil millones!

—Llévesela V., gran diablo, dijo por fin don Teófilo, cayendo de bruces sobre el dorado monte.

Satanás, que Satanás era el amante, soltó una carcajada, y se llevó á Ursula al infierno.

## V.

De cómo es buen remiendo el oro.

A la mañana siguiente estaba Ursula en la casa paterna.

Al mes siguiente era don Teófilo Excelentísimo Señor Duque de Monte-Dorado.

Al año siguiente estaba ya su hija casada con un príncipe, y.... nadie supo que se le había llevado el diablo.

FIN.



# ÍNDICE.

| ASUNTOS.                              | Págs. |
|---------------------------------------|-------|
| Dedicatoria. . . . .                  | 5     |
| Carta prólogo. . . . .                | 7     |
| La cordura de un loco. . . . .        | 11    |
| Doña Sabina. . . . .                  | 27    |
| Sobre.... vino una pendencia. . . . . | 85    |
| El ánima en pena. . . . .             | 117   |
| El tesoro escondido. . . . .          | 135   |
| La venta del Pobre. . . . .           | 163   |
| La moneda. . . . .                    | 193   |
| Misterios de la corte. . . . .        | 213   |
| El martirio sin palma. . . . .        | 237   |
| El entuerto enderezado. . . . .       | 293   |
| Gregorio Magno. . . . .               | 309   |
| La buenaventura. . . . .              | 315   |
| El gran divorcio. . . . .             | 329   |
| Moros y cristianos.   . . . . .       | 341   |
| La llave de oro. . . . .              | 355   |

# INDICE

## FÉ DE ERRATAS,

Nuestros lectores (benévolos por supuesto) se servirán leer tres veces seguidas (nada ménos) veintiocho en vez de veinticuatro, que decimos en la página 142.

Otras incorrecciones se nos han escapado, que no advertimos aquí por no ofender vuestro buen criterio, tales como *inalineable* por malienable, *la es verdad* por la verdad es, etc., etc.

# LAS TIENDAS.

CUADROS HUMORÍSTICOS DE COSTUMBRES

POR

D. CÁRLOS FRONTAURA.

---

SEGUNDA EDICION ILUSTRADA, NOTABLEMENTE CORREGIDA Y AUMENTADA.

---

## PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID. Cada 24 entregas para los suscritores, 6 rs., pagados adelantados.

Por 48 entregas 12 rs., y por 96, ó sea un año de suscripcion, 24.

PROVINCIAS. 8, 14 y 28 respectivamente.

---

Las dos primeras entregas aparecerán el 15 de Mayo.

---

Los suscritores que paguen al recibir las entregas, abonarán por cada una tres cuartos. Se reparten dos cada semana.

# LAS TIENDAS.

CUADROS HUMORÍSTICOS DE COSTUMBRES

D. CARLOS FRONTAURA.

ESTADOS DE LAS TIENDAS, MUY INTERESANTE COMPENDIO Y AUMENTADA

EDICIÓN DE LAS TIENDAS, MUY INTERESANTE COMPENDIO Y AUMENTADA

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MAJAD. Cada 24 entregas para los suscritores, 6 rs.

para los adelantados, 12 rs. y por 24 entregas, 24 rs.

Por 48 entregas 48 rs., y por 96, o sea un año de sus-

cripción, 96 rs.

PROVINCIA. 8, 14 y 28 respectivamente.

Las dos primeras entregas aparecerán el 15 de Mayo.

Los suscritores que paguen al recibir las entregas,

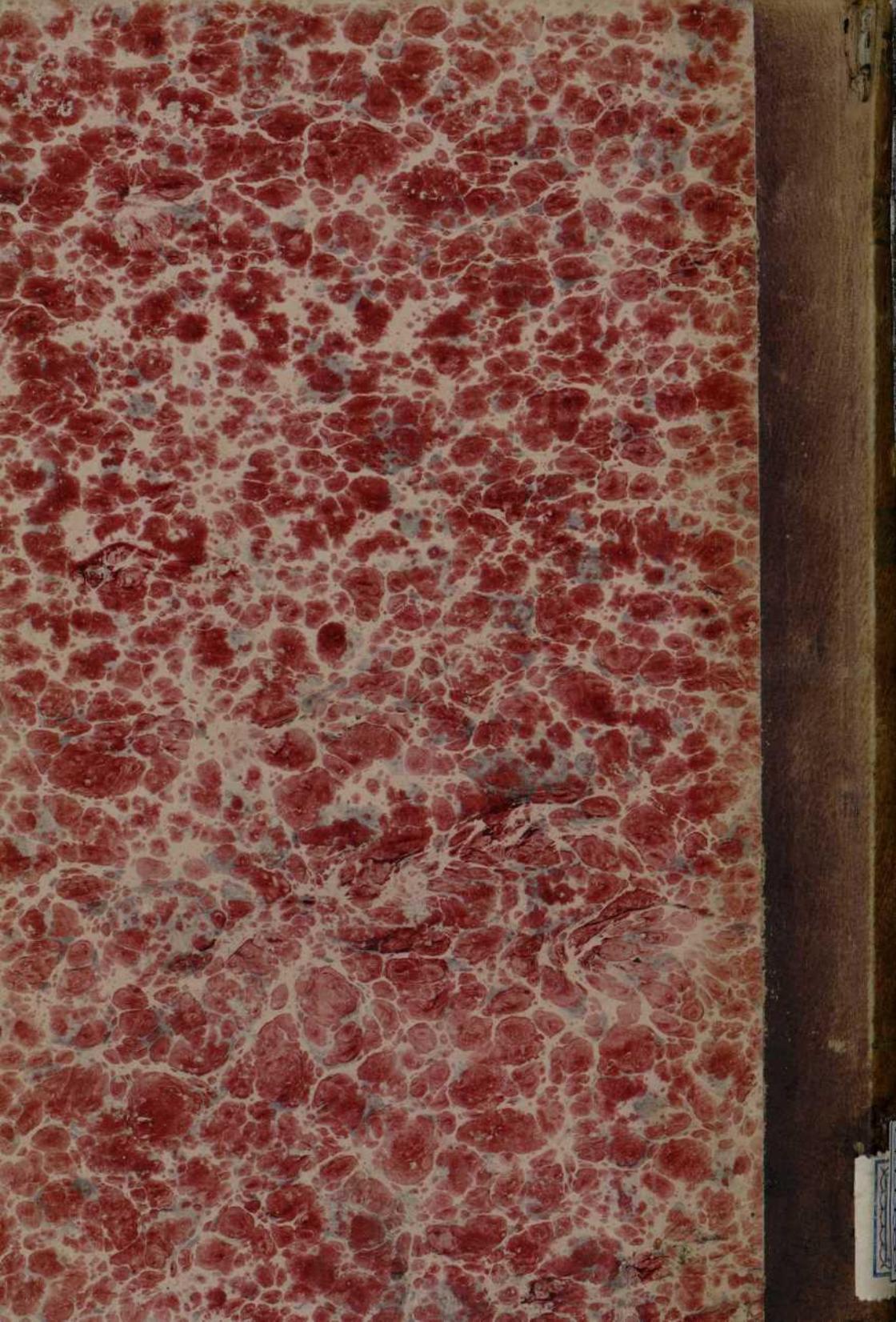
abonarán por cada una tres cuartos. Se reparten dos

cada semana.











CUADROS

AL FRESCO



B  
27  
252